

INÉDITO

CLIVE CUSSLER

Y PAUL KEMPRECOS

**LA CIUDAD
PERDIDA**

Lectulandia

Una enzima capaz de prolongar la vida ha sido descubierta a doscientos pies de profundidad en el Atlántico Norte, en el área conocida como «La Ciudad Perdida». Pero ¿por qué todos los que se dedican a recogerla son asesinados? ¿Por qué los científicos de un remoto laboratorio griego desaparecen uno a uno? ¿Qué tiene todo esto que ver con un cuerpo que acaba de aparecer congelado en una cima de los Alpes? Para Kurt Austin, jefe del equipo NUMA, y su compañero, Joe Zavala, está claro que alguien entorpece su trabajo, pero descubrir quién y por qué, será, sin que ellos lo imaginen, el mayor reto que han tenido que afrontar hasta ahora.

Lectulandia

Clive Cussler & Paul Kemprecos

La ciudad perdida

Archivos NUMA - 5

ePub r1.1

Titivillus 04.10.15

Título original: *Lost city*
Clive Cussler & Paul Kemprecos, 2004
Traducción: Alberto Coscarelli Guaschino
Diseño de cubierta: David Argemí

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

Muchas gracias a Neal Iverson, profesor adjunto de geología y ciencias atmosféricas de la Iowa State University, por la visita guiada al observatorio subglacial de Svartisen, Noruega. Los libros de H. Rider Haggard y Ben Bova me brindaron unas perspectivas únicas sobre las implicaciones de la inmortalidad. Muchas gracias también a SEAmagine Hydrospace Corporation por el uso de su notable SEAmobile.

PRÓLOGO

Los Alpes franceses, agosto de 1914.

Muy por encima de las majestuosas cumbres nevadas, Jules Fauchard luchaba por la vida. Minutos antes, su avión había golpeado contra una invisible pared de aires con una fuerza que le había hecho castañetear los dientes. Ahora las corrientes ascendentes y descendentes sacudían el ligero avión como si fuese una cometa fuera de control. Fauchard se enfrentó a la terrible turbulencia con todos los conocimientos que le habían repetido hasta el cansancio sus estrictos instructores de vuelo franceses. Luego atravesó finalmente la zona difícil, y se encontró de nuevo con un aire calmo, sin darse cuenta de que podría ser letal.

En cuanto consiguió estabilizar el avión, Fauchard cedió al más natural de los impulsos humanos. Cerró los ojos cansados. Sus párpados aletearon un par de veces y después se cerraron como si le pesaran una tonelada. Su mente se perdió en el reino de los sueños. Agachó la cabeza hasta que la barbilla tocó el pecho. Sus dedos laxos soltaron la palanca de mando.

El diminuto aparato rojo comenzó a zigzaguear como un borracho de la manera que los pilotos franceses llaman una *perte de vitesse*, o pérdida del camino, mientras se deslizaba sobre un ala como preludio de una caída en barrena.

Afortunadamente, el oído interior de Fauchard detectó el cambio de equilibrio, y las alarmas sonaron en su cerebro dormido. Levantó la cabeza y se despertó un tanto confuso; tuvo que hacer un esfuerzo para tomar conciencia de la situación.

La cabezada solo había durado unos segundos, pero en ese tiempo el avión había perdido unos cuantos centenares de metros de altitud y estaba a punto de caer en picado. La sangre sonaba como un torrente en su cabeza. Tenía la sensación de que el corazón que latía desbocado iba a estallarle en el pecho.

Las escuelas de aviación francesas enseñaban a sus alumnos a pilotar un avión con la misma suavidad con la que un concertista de piano toca su instrumento, y las innumerables horas de prácticas de Fauchard demostraron ahora todo su valor. Con una delicadeza absoluta en los controles, se aseguró de no sobrecompensar y consiguió que el aparato respondiera a los manos. En cuanto se aseguró de que el avión volaba nivelado, soltó el aliento contenido y respiró profundamente; el aire con un temperatura ártica le produjo la sensación de que trozos de cristal le cortaban los pulmones.

El intenso dolor lo acabó de sacar del todo de su letargo.

Con la cabeza clara, Fauchard recordó el mantra que le había ayudado tanto en su misión desesperada. Los labios helados se negaban a formar las sílabas, pero las palabras sonaban con una fuerza tremenda en su cerebro.

Fracasa, y morirán millones.

Fauchard apretó las mandíbulas, más decidido que nunca.

Limpió la escarcha que le empañaba las antiparras y miró por encima del parabrisas de la cabina. El aire alpino era transparente como el cristal, e incluso los detalles más distantes destacaban con absoluta nitidez. La sucesión de picos abruptos se perdía en el horizonte, y los pequeños pueblos y aldeas parecían colgados en las laderas de los verdes valles alpinos. Las blancas nubes se amontonaban como pilas de algodón acabado de recoger. El color del cielo era de un azul luminoso. La nieve eterna en las cumbres aparecía bañada en un suave color rosa azulado con los últimos rayos del sol poniente.

El piloto se deleitó con la belleza del espectacular paisaje, mientras prestaba mucha atención al sonido del escape del motor rotatorio Le Rhône de nueve cilindros y ochenta caballos de potencia que propulsaba al Morane-Saulnier. No todo funcionaba bien. El sonido del motor era el mismo del que había tenido antes de su cabezada casi mortal. Fauchard se sintió más tranquilo, pero el haber estado casi a punto de morir había minado la confianza en sí mismo. Comprendió, para su asombro, que había experimentado una emoción desconocida: el miedo. No había tenido miedo a morir, sino al fracaso. A pesar de su implacable decisión, los músculos doloridos y el ardor en los ojos inyectados en sangre le recordaron que era un hombre de carne y hueso como todos los demás.

La cabina abierta no dejaba mucho lugar para moverse, y su cuerpo estaba enfundado en un abrigo de cuero forrado de piel sobre un grueso suéter de lana Shetland de cuello alto, y ropa interior de franela. Un bufanda de lana le protegía el cuello. Llevaba la cabeza y las orejas cubiertas con un casco de cuero, y guantes forrados en las manos. Como calzado llevaba botas de alpinista de la mejor calidad. Aunque iba vestido como si estuviese en el polo, el frío lo había calado hasta la médula y disminuía su capacidad de atención. Esto era algo muy peligroso. El Morane-Saulnier tenía la desventaja de ser un avión muy difícil de pilotar y exigía una atención absoluta.

Enfrentado a una fatiga que crecía por momentos, Fauchard se aferró a la cordura con la misma recalcitrante tozudez que lo había convertido en uno de los magnates de la industria mundial. La feroz determinación se apreciaba en sus ojos gris piedra y la empecinada inclinación de su sobresaliente barbilla. Con la larga nariz aquilina, el perfil de Fauchard se parecía al de las águilas que formaban parte del escudo de la familia pintado en el timón del aparato.

Por pura fuerza de voluntad consiguió remover los labios ateridos.

Fracasa, y morirán millones.

La voz estentórea que había infundido miedo en los centros de poder europeos salió de su garganta como un graznido, algo patético ahogado por el rugido del motor y el ruido del roce del aire contra el fuselaje, pero Fauchard decidió que se merecía una recompensa. Buscó en la parte superior de la bota y sacó una petaca de plata. La

destapó con dificultad debido al guante, y bebió un buen trago. El aguardiente de alta graduación estaba hecho con uvas de sus viñedos. El calor de la bebida que era casi alcohol puro se extendió por todo su cuerpo.

Con nuevos bríos, se movió en el asiento, movió también los dedos de las manos y los pies, y echó los hombros atrás y adelante. A medida que la sangre volvía a circular con normalidad por las extremidades, pensó en el chocolate suizo caliente y el pan recién hecho con queso fundido que le esperaban al otro lado de las montañas. Los gruesos labios debajo del impresionante mostacho se arquearon en una sonrisa irónica. Era uno de los hombres más ricos del mundo, y sin embargo se alegraba con disfrutar de la comida de un campesino.

Había gustos para todo.

Fauchard se permitió un momento de autocomplacencia.

Era un hombre meticuloso, y su plan de fuga había funcionado como un reloj. La familia lo había puesto bajo vigilancia después de que él manifestara sus mal recibidas opiniones delante del consejo. Sin embargo, mientras el consejo consideraba cuál sería su destino, él se había evadido de los guardianes con una combinación de astucia y buena fortuna.

Había fingido beber demasiado y le había dicho a su ayuda de cámara, que estaba a sueldo de la familia, que se iba a la cama. Cuando todos dormían, había salido sigilosamente de su dormitorio, y después de salir del castillo, se había dirigido al bosque donde había ocultado una bicicleta. Con su preciosa carga en una mochila, había pedaleado a través del bosque hasta el aeródromo. Su avión estaba preparado para volar. Había despegado con las primeras luces del alba, y había tomado tierra en dos lugares remotos donde sus más leales partidarios le habían tenido preparados los bidones de combustible.

Acabó el contenido de la petaca. Echó una ojeada a la brújula y el reloj. Volaba en la dirección correcta y solo llevaba unos minutos de retraso. Las montañas más bajas en el horizonte le indicaron que estaba llegando al final de su largo viaje. Muy pronto iniciaría la maniobra de aproximación al aeródromo de Zurich.

Pensaba en lo que le diría al emisario del Papa cuando algo que parecía una bandada de pájaros asustados despegó del ala de estribor. Miró a la derecha y vio, para su desconsuelo, que los pájaros eran en realidad trozos de tela que se habían desprendido del revestimiento del ala para dejar un agujero con los bordes desgarrados de considerable tamaño. Esto solo podía tener una explicación. Uno o más proyectiles habían atravesado el ala, y el tronar del motor había ahogado el ruido de los disparos.

En una reacción instintiva, Fauchard inclinó el avión a babor y luego a estribor, y se desvió de su rumbo como una golondrina que huye. Miró en todas las direcciones y finalmente vio a una escuadrilla de seis biplanos que volaban en formación por debajo de él. Con una calma sobrenatural, Fauchard apagó el motor como si se dispusiera a planear hasta el suelo.

El Morane-Saulnier cayó como una piedra.

En una situación de combate normal, esta hubiese sido una acción suicida ya que lo colocaría directamente en el punto de mira de las ametralladoras del adversario. Pero Fauchard había identificado a los aviones como Aviatiks. El avión diseñado y construido por los austrohúngaros era propulsado por un motor Austro Daimler con los cilindros en línea y había sido fabricado en un principio como un aparato de reconocimiento. Todavía más importante era que la ametralladora que utilizaba el artillero solo podía disparar hacia arriba.

Después de una caída de unos cuantos centenares de metros, ajustó suavemente el elevador y situó al Morane-Saulnier detrás de la escuadrilla atacante.

Apuntó el morro del avión hacia el Aviatik que tenía más cerca y apretó el gatillo. Las balas trazadoras de la ametralladora Hotchkiss alcanzaron de lleno la cola del avión. Aparecieron las primeras llamas y al cabo de unos segundos las llamas envolvieron todo el fuselaje.

El Aviatik comenzó a caer a tierra en una larga y lenta espiral. Otro par de descargas certeras abatieron a otro aparato con la misma facilidad con la que un cazador abate una pieza inmóvil.

Fauchard consiguió los dos derribos con tanta rapidez que los otros pilotos no se dieron cuenta del ataque hasta que vieron las densas columnas de humo de los aparatos que caían.

La formación se deshizo como una bandada que escapa.

El industrial interrumpió el ataque. Los objetivos se habían dispersado y ya no disponía de la ventaja de la sorpresa.

Así que tiró hacia atrás de la palanca de mano y el MoraneSaulnier subió casi verticalmente para meterse en el vientre de una gran nube trescientos metros más arriba.

En cuanto las nebulosas paredes grises ocultaron su aparato de la vista del enemigo, Fauchard niveló el avión y realizó una inspección de daños. Era tanta la tela que se había desprendido del ala que ahora se veían la mayor parte de las costillas de madera. Fauchard maldijo por lo bajo. Había confiado en salir de la nube y escapar de los Aviatik gracias a la mayor velocidad de su avión, pero el ala averiada lo demoraba. Incapaz de correr, no podría hacer más que quedarse y luchar.

Lo superaban en número y armamento, pero pilotaba uno de los aparatos más avanzados del momento. Desarrollado a partir de un avión de carreras, el Morane-Saulnier, aunque difícil de pilotar, era muy ágil y respondía instantáneamente a los mandos. En una era donde la mayoría de los aviones eran biplanos, el Morane-Saulnier era un monoplano.

Desde el morro puntiagudo hasta el timón triangular medía poco más de siete metros de largo, pero era sin duda un abejorro letal, gracias a un dispositivo que revolucionaría los combates aéreos.

Saulnier había desarrollado un mecanismo sincronizador que permitía disparar la

ametralladora a través de las palas de las hélices. El sistema evitaba que los proyectiles destrozaran las palas, algo que había ocurrido en los vuelos de prueba, un problema que se había solucionado en principio con la colocación de deflectores, pero este era todavía mejor.

Como parte de su preparación para el combate, Fauchard buscó debajo del asiento y sus dedos tocaron el frío metal de una caja de seguridad. Junto a la caja había una bolsa de terciopelo rojo, que recogió para colocarla sobre los muslos. Sujetó la palanca de mandos con las rodillas, abrió la bolsa y sacó un viejo yelmo de hierro. Pasó los dedos sobre los grabados en la superficie. El metal estaba frío como el hielo, pero parecía irradiar un calor que le recorría todo el cuerpo.

Se puso el yelmo en la cabeza. Le encajó perfectamente sobre el casco de cuero, y estaba muy bien equilibrado. El yelmo tenía un detalle peculiar: el visor tenía la forma de un rostro humano con un mostacho y una nariz que se parecían mucho a la de Fauchard. El visor le limitaba la visibilidad así que lo levantó para dejarlo sujeto sobre la frente.

Los rayos de sol se colaban por la nube a medida que ascendía. La atravesó y se encontró de nuevo a plena luz del día.

Los Aviatik volaban en círculos como un grupo de tiburones hambrientos que nadan alrededor de un barco que se va a pique. Vieron al Morane y comenzaron a subir.

El aparato en la vanguardia se colocó debajo del avión de Fauchard y aceleró para ponerse a distancia de tiro. Fauchard dio un tirón a su cinturón de seguridad para asegurarse de que estaba bien ajustado, y luego elevó el morro del avión para que subiera al tiempo que ejecutaba un rizo invertido.

Se encontró colgado cabeza abajo en la cabina, y dio gracias al instructor francés que le había enseñado la maniobra evasiva.

Completó el rizo y niveló el vuelo en cuanto quedó en posición detrás de los Aviatik. Disparó contra el avión más cercano, pero el enemigo esquivó el fuego con una brusca picada.

Fauchard se mantuvo a la cola del rival. Disfrutaba de la emoción de ser el cazador y no la presa. El Aviatik se niveló al tiempo que hacía una vuelta cerrada en un intento por situarse a popa del Morane-Saulnier. El avión más pequeño y veloz no se lo permitió.

La maniobra del Aviatik lo había situado en un rumbo que llevaba a la entrada de un gran valle. Como su perseguidor no le daba margen de maniobra, el piloto entró en el valle.

Poco dispuesto a derrochar la munición, Fauchard solo disparaba ráfagas cortas. El Aviatik movía las alas a babor y estribor y las trazadoras pasaron junto al fuselaje sin tocarlo.

Volaba bajo para evitar a Fauchard y a su letal ametralladora.

Una vez más, Fauchard intentó situarse en la posición de tiro adecuada. El Aviatik

bajó todavía más.

Los aviones volaban sobre la campiña a poco más de quince metros de altura y a una velocidad de ciento cincuenta kilómetros por hora. Las aterrorizadas vacas se dispersaron como hojas arrastradas por el viento. Las continuas maniobras evasivas del Aviatik evitaban que Fauchard pudiera centrarlo en el punto de mira. El contorno ondulado del suelo complicaba más las dificultades de efectuar un disparo limpio.

El paisaje era como una mancha de prados ondulantes y bonitas casas rurales. Las casas estaban cada vez más cerca.

Fauchard vio los tejados de un pueblo en la salida del valle.

El Aviatik seguía el sinuoso curso de un río que corría directamente por el centro del valle hacia el pueblo. El piloto volaba tan bajo que las ruedas del tren de aterrizaje casi rozaban el agua. Delante, un bonito puente de piedra cruzaba el río allí donde la corriente entraba en el pueblo.

Fauchard estaba a punto de apretar el gatillo, cuando una sombra le hizo perder la concentración. Miró hacia arriba y vio las ruedas y el fuselaje de un segundo Aviatik que volaba a menos de quince metros por encima del Morane. El piloto bajó todavía más, con la intención de obligarlo a aterrizar.

Fauchard miró al Aviatik que era su objetivo. Había comenzado a elevarse para evitar el puente.

Los peatones que cruzaban el puente habían visto al trío de aviones que se acercaban y corrían para salvar sus vidas.

Un viejo caballo de tiro que arrastraba una carreta a través del puente se levantó sobre las patas traseras por primera vez en años cuando el Aviatik pasó a un par de metros por encima de la cabeza del carretero.

El avión que volaba por encima bajó un poco más para impedir que Fauchard evitara estrellarse contra el puente, pero en el último segundo tiró hacia atrás la palanca y aceleró a fondo. El Morane-Saulnier dio un brinco y consiguió pasar entre el puente y el Aviatik. Una lluvia de heno voló por los aires cuando las ruedas del avión golpearon contra la carga de la carreta, pero Fauchard consiguió mantener el control del aparato y lo guio por encima de los tejados del pueblo.

El piloto del avión que lo perseguía tardó una fracción de segundo en imitarlo. Demasiado tarde.

Menos ágil que el monoplano, el Aviatik se estrelló de lleno contra el puente y estalló en una gran nube de fuego. También el primer Aviatik tardó en ganar altura. Rozó el campanario de la iglesia y la punta de piedra le abrió el vientre. El aparato se rompió en mil pedazos.

—¡Id con Dios! —gritó Fauchard con voz ronca, mientras hacía un viraje y ponía rumbo a la salida del valle.

Dos puntos aparecieron a lo lejos. Avanzaban rápidamente en su dirección. Eran los últimos aparatos de la escuadrilla de Aviatik.

Fauchard apuntó el Morane-Saulnier directamente hacia sus enemigos. Una

sonrisa apareció en su rostro. Quería asegurarse de que su familia supiera lo que él opinaba de su intento por detenerlo.

Estaba lo bastante cerca como para ver a los observadores en sus asientos. El de la izquierda le apuntó con lo que parecía ser un bastón, y vio un fogonazo.

Escuchó un golpe sordo y a continuación sintió como si le hubiesen atravesado las costillas con un hierro al rojo. Se estremeció al comprender que el observador del Aviatik había recurrido a una tecnología más primitiva pero mucho más fiable: le había disparado con una carabina.

Tiró involuntariamente de la palanca y un espasmo le paralizó las piernas. Los aviones atacantes aparecieron a ambos lados. Se le aflojó la mano que sujetaba la palanca y el avión comenzó a bambolearse. La sangre que manaba de la herida formó un charco en el asiento. Notó un sabor metálico en la boca y que le costaba más ver con claridad.

Se quitó los guantes, se desabrochó el cinturón y buscó debajo del asiento. Sus dedos cada vez más débiles sujetaron el asa de la caja de seguridad. La apoyó sobre los muslos, buscó la correa unida al asa y se la enganchó en la muñeca.

Con el último resto de fuerzas, se levantó para inclinarse fuera de la cabina. Se dejó caer por encima del carenaje de la cabina y el viento se encargó de apartarlo del avión.

Su mano tiró automáticamente de la anilla, el cojín sobre el que estuvo sentado se abrió, y el paracaídas de seda se desplegó.

Un velo negro comenzaba a cubrirle los ojos. Atisbo por unos segundos un lago azul y un glaciar.

He fallado.

Ahora casi no percibía el dolor, dominado como estaba por la conmoción y una muy profunda y terrible tristeza.

Morirán millones.

Un espumarajo sanguinolento asomó a los labios y luego perdió el conocimiento. Colgado del arnés del paracaídas, era un blanco fácil para los artilleros de los Aviatik.

Nunca sintió el proyectil que perforó el yelmo y le atravesó el cráneo.

Con los rayos del sol reflejados en el yelmo, continuó cayendo hasta que las montañas lo acogieron en su seno.

Las Oreadas, en la actualidad.

Jodie Michaelson estaba furiosa.

Horas antes, ella y los tres restantes concursantes de *Outcasts* habían tenido que caminar calzados con sus pesadas botas por una gruesa cuerda extendida sobre una berma de noventa centímetros de altura hecha de piedras apiladas. El número había sido presentado como «La prueba vikinga del fuego». Habían colocado hileras de antorchas a cada lado de la cuerda, para añadir emoción y riesgo, aunque había una distancia de casi dos metros desde las antorchas hasta la cuerda. Las cámaras tomaban las escenas en un ángulo bajo y desde los laterales para hacer que la caminata pareciera mucho más peligrosa de lo que era.

El número había sido un engaño. En cambio no lo había sido la manera como los productores habían urdido las cosas para conseguir que los concursantes hubiesen estado a punto de utilizar la violencia física.

Outcasts era la última oferta en los programas de «telerrealidad» que habían brotado como hongos después del éxito de *Survivor* y *Fear Factor*. Era una combinación acelerada de ambos formatos, con el añadido de los enfrentamientos a gritos de *Jerry Springer*.

El formato era sencillo. Diez participantes tenían que pasar por una serie de pruebas en el transcurso de tres semanas.

Aquellos que fracasaban, o recibían el voto negativo de los otros, tenían que abandonar la isla.

El ganador ganaría un millón de dólares, con los puntos obtenidos, que parecían obtenerse a partir de lo desagradables que podían ser los concursantes entre ellos.

El programa estaba considerado más despiadado incluso que sus predecesores, y los productores apelaban a toda clase de artimañas para aumentar la tensión. Si los otros programas eran muy competitivos, *Outcasts* era abiertamente combativo.

El formato del programa había estado basado en parte en un curso de supervivencia, donde el participante debía vivir en alguna zona remota. A diferencia de los otros programas por el estilo, que tendían a estar situados en islas tropicales con aguas azul turquesa y ondulantes palmeras, *Outcasts* se filmaba en las Oreadas. Los concursantes habían desembarcado en una réplica barata de un barco vikingo, ante un público de gaviotas.

La isla medía casi cuatro kilómetros de largo y un kilómetro y medio de ancho. En gran parte no era más que pura roca retorcida y fragmentada hacía millones de años en algún cataclismo, con unos pocos árboles achaparrados y una plaza de arena gruesa donde se filmaba la mayor parte de la acción. El clima era suave, excepto por

la noche, y las chozas forradas con pieles eran tolerables.

Aquel trozo de roca era insignificante a tal extremo que los lugareños la habían bautizado como «isla Pizca». Esto había provocado una divertida discusión entre el productor, Sy París, y su segundo, Randy Andleman. París tenía una de sus típicas rabetas.

—Por todos los diablos, no podemos filmar un programa de aventuras en un lugar llamado isla Pizca. Tenemos que llamarla de alguna otra manera. —Se le iluminó el rostro—. La llamaremos la isla de la Calavera.

—No parece una calavera —replicó Andleman—. Se parece más a un huevo demasiado frito.

—Pues eso me basta —afirmó París, antes de salir disparado.

Jodie, que había sido testigo de la discusión, consiguió que Andleman sonriera cuando le dijo:

—Creo que se parece más al cráneo de un estúpido productor de series de televisión.

Las pruebas consistían en hacer cosas repugnantes como descuartizar cangrejos vivos y comérselos o zambullirse en un tanque lleno de anguilas, que garantizaban el asco del espectador y lo animaban a ver el siguiente programa para descubrir hasta dónde podían degenerar las cosas. A algunos de los concursantes parecían haberlos escogido por su agresividad y su total falta de escrúpulos.

El punto culminante sería cuando los dos últimos concursantes pasasen toda una noche cazándose el uno al otro equipados con gafas de visión nocturna y fusiles que disparaban balas de pintura, una prueba inspirada en un cuento corto titulado «El juego más peligroso». El superviviente recibiría otro millón de dólares.

Jodie era profesora de educación física en Orange County, California. Tenía un cuerpo espectacular, aunque sus curvas se desperdiciaban con las prendas astrosas que le habían dado. Tenía una larga cabellera rubia y una viva inteligencia que había debido ocultar para que la admitieran en el programa. Cada concursante correspondía a un estereotipo, pero Jodie se negaba a desempeñar el papel de rubia estúpida que le habían asignado los productores.

En la última prueba de preguntas y respuestas que sumaban y restaban puntos, ella y los demás habían tenido que responder si una concha era un pescado, un molusco o un coche. Como correspondía al estereotipo de rubia, ella debía responder «Coche».

Caray, no podría volver a la civilización si aceptaba algo así.

Desde el fracaso en la prueba, los productores habían insinuado cada vez más abiertamente que debía salir del programa. Ella les había dado una oportunidad para que la echaran cuando una ceniza caliente le había entrado en un ojo y no había podido acabar con el paso entre las antorchas. Los restantes miembros de la tribu, todos con expresiones graves, se habían sentado en torno a la hoguera. Sy París con una voz melodramática había entonado la orden de expulsión del clan y la había

mandado entrar en el Valhalla. Por Dios.

Ahora, mientras se alejaba de la hoguera, Jodie se reprochaba con furia haber fracasado en la prueba. Pero así y todo su lenguaje corporal reflejaba alegría. Después de pasar solo unas pocas semanas con estos lunáticos, agradecía poder marcharse de la isla. Era un lugar dotado de una belleza primitiva, pero había terminado harta de las rencillas, las manipulaciones y las vilezas a las que se entregaban los concursantes por conseguir el dudoso honor de ser cazado como un perro rabioso.

Más allá de la «Puerta del Valhalla», una glorieta hecha con costillas de ballena de plástico, había una gran casa rodante donde se alojaba el equipo de producción. Mientras los miembros de la tribu dormían en chozas hechas de pieles y comían gusanos, el equipo disfrutaba de calefacción, cómodas camas y comidas de gourmet. El concursante que era expulsado del juego pasaba la noche en la casa hasta que a la mañana siguiente llegara el helicóptero para recogerlo.

—Mala suerte —dijo Andleman, que la recibió en la puerta.

Andleman era un encanto, el polo opuesto del canalla de su jefe.

—Sí, muy mala. Duchas calientes. Comidas exquisitas.

Móviles.

—Todo eso lo tenemos aquí mismo.

Jodie echó un vistazo al lujoso interior.

—Ya me he dado cuenta.

—Aquella es tu cama. Prepárate una copa, y hay un paté estupendo en la nevera que te ayudará a desconectar. Tengo que ir a echarle una mano a Sy. Pilla una buena cogorza.

—Gracias, lo haré.

Se acercó al bar y se preparó un martini de Beefeater en un vaso largo. El paté era delicioso. No veía la hora de marcharse a su casa. Los exconcurstantes siempre hacían una ronda por las tertulias de la tele donde ponían a parir a las personas que seguían en el programa. Te daban bastante dinero. Se acomodó en un mullido sillón. Al cabo de unos minutos, el alcohol hizo su efecto y se durmió profundamente.

Se despertó con un respingo. En el sueño, había escuchado unos alaridos agudos como el sonido de las bandadas de aves marinas o de los niños en el parque, contra un fondo de gritos y voces airadas.

Curioso.

Se levantó del sillón para acercarse a la puerta y escuchar.

Se preguntó si Sy no habría descubierto otra manera de humillar a los concursantes. Quizá ahora los estaban haciendo bailar una danza de guerra alrededor de la hoguera.

Caminó con paso vivo por el sendero que conducía a la playa. Los sonidos sonaron más fuertes, más frenéticos. Estaba pasando algo que no era en absoluto normal. Los alaridos eran de espanto y dolor, no de jolgorio. Echó a correr y cruzó la Puerta del Valhalla. Lo que vio parecía un fragmento del infierno pintado por

Hieronymus Bosch.

Los concursantes y el equipo de producción estaban siendo atacados por unas criaturas siniestras que parecían mitad hombre, mitad animal. Los salvajes atacantes gruñían mientras tumbaban a sus víctimas y las mataban con las garras y los dientes.

Vio caer a Sy, y luego a Randy. Reconoció varios de los cuerpos que yacían destrozados en la playa.

A la luz de la hoguera, Jodie vio que los atacantes tenían largas cabelleras blancas desgreñadas que les llegaban más abajo de los hombros. Sus rostros tenían muy poco de humano, más bien parecían máscaras aplastadas y retorcidas.

Una de las criaturas sujetó el brazo arrancado a una de las víctimas y se lo llevó a la boca. Jodie no pudo evitarlo, chilló de horror... y las otras bestias interrumpieron su inmundito festín para mirarla con ojos que eran como ascuas.

Jodie quería vomitar, pero ahora aquellos seres se le acercaban con un andar simiesco.

Echó a correr con todas sus fuerzas.

Su primera idea fue refugiarse en la casa rodante, pero tuvo la suficiente presencia de ánimo como para entender que sería meterse en una trampa.

Corrió hacia la zona más alta y escarpada, perseguida por las criaturas que olfateaban el rastro de la misma manera que un sabueso. En la oscuridad, tropezó y cayó en una grieta, un accidente que le salvó la vida. Sus perseguidores perdieron el rastro.

Jodie había recibido un fuerte golpe en la cabeza como consecuencia de la caída. En una ocasión recobró el conocimiento durante unos segundos y le pareció escuchar unas voces ásperas y disparos. Luego se hundió de nuevo en las tinieblas.

Permaneció inconsciente hasta la mañana siguiente cuando llegó el helicóptero. Para el momento en que la tripulación había recorrido la isla y finalmente habían encontrado a Jodie, había realizado un descubrimiento sorprendente.

Todos los demás habían desaparecido.

Monemvassia, El Peloponeso, Grecia.

En la recurrente pesadilla, Angus MacLean era una cabra ofrecida como cebo a un tigre hambriento cuyos ojos amarillos resplandecían entre las sombras de la selva. Los roncros gruñidos sonaban cada vez más fuertes hasta aturcido. Luego el tigre saltaba. Él olía su aliento fétido, sentía los afilados colmillos que se clavaban en el cuello; tiraba de la cuerda en un inútil intento por escapar. Sus patéticos balidos de terror se transformaban en un gemido de desesperación... y se despertaba bañado en un sudor frío, la respiración entrecortada, y las sábanas arrugadas empapadas con su transpiración.

MacLean se levantó del camastro y abrió las persianas. La luz cegadora del sol griego alumbró las paredes blancas de lo que había sido la celda de un monje. Se vistió con un pantalón corto y una camiseta, se calzó las sandalias y salió al exterior.

Entrecerró los párpados para protegerse del resplandor del mar azul zafiro. Poco a poco se normalizó el latido de su corazón.

Respiró profundamente el aire perfumado con el aroma de las flores silvestres que rodeaban el monasterio de dos pisos. Esperó a que sus manos dejaran de temblar, y luego inició su paseo matinal que había demostrado ser el mejor antídoto para sus nervios destrozados.

El monasterio se alzaba a la sombra de un enorme peñasco que tenía una altura de varios centenares de metros y que las guías de turismo mencionaban como «el Gibraltar de Grecia». Para llegar a la cumbre, subió por un camino en lo alto de un antigua muralla. Siglos atrás, los habitantes de la ciudad se retiraban detrás de la muralla para defenderse de los invasores. Ahora solo quedaban las ruinas del poblado donde los habitantes habían vivido durante los asedios.

Desde el elevado balcón ofrecido por las ruinas de una antigua iglesia bizantina, MacLean disfrutaba de una vista que se extendía hasta el infinito. Vio a lo lejos unas cuantas de las típicas barcas pesqueras que faenaban no muy lejos de la costa. Todo parecía estar en calma. MacLean era consciente de que el paseo le daba una falsa sensación de seguridad. Las personas que le daban caza no se mostrarían hasta el momento de matarlo.

Se paseó entre las ruinas como un espectro vagabundo antes de descender por el camino en lo alto de la muralla para ir al comedor del monasterio. El edificio del siglo xv formaba parte de la cadena de antiguos monasterios y mansiones pertenecientes al patrimonio nacional que el gobierno griego había reconvertido en hostales por todo el país. MacLean siempre desayunaba después de que todos los demás huéspedes ya se habían marchado de excursión.

El joven que estaba limpiando la cocina lo recibió con una amplia sonrisa.

—*Kalimera*, doctor MacLean.

—*Kalimera*, Angelo —respondió MacLean. Se tocó la sien con el índice un par de veces—. ¿Lo has olvidado?

Los ojos de Angelo se iluminaron.

—Sí. Lo siento mucho, señor MacLean.

—Tranquilo, no pasa nada. Lamento incordiarte con mis extrañas peticiones —manifestó MacLean con su suave acento escocés—. Como ya te he dicho antes, no quiero que la gente crea que puedo curarles el dolor de barriga.

—*Ne*. Sí, por supuesto, señor MacLean. Lo entiendo.

Angelo le sirvió un bol de fresas, trozos de melón y yogur griego, rociado con miel y almendras picadas, y un taza de café solo. Angelo era el joven pope que regentaba el hostel.

Tenía treinta y pocos años, el pelo oscuro rizado y en su agraciado rostro casi siempre brillaba una sonrisa beatífica. Era una combinación de conserje, cocinero y anfitrión. Vestía ropas de trabajo y el único detalle de sus votos era la cuerda anudada a la cintura.

Los dos hombres habían trabado una fuerte amistad en las semanas que MacLean llevaba en el hostel. Todos los días, después de que Angelo acababa de servir los desayunos y ordenar la cocina, se pasaban horas hablando de su interés común: la civilización bizantina.

MacLean se había interesado por la historia como un pasatiempo de su intenso trabajo como investigador químico.

Años atrás sus estudios lo habían llevado a Mystra, que había sido un centro muy importante del mundo bizantino. Luego había continuado el recorrido por el Peloponeso y había descubierto Monemvassia. Una angosta calzada construida en el mar era el único acceso al pueblo, un laberinto de callejuelas al otro lado de un muro con una sola puerta que daba a Monemvassia, su nombre. MacLean se había rendido al hechizo del lugar. Había jurado regresar algún día, sin pensar que cuando lo hiciera estaría intentando salvar la vida.

El Proyecto había sido en sus comienzos algo del todo inocente. MacLean daba clases de química avanzada en la Universidad de Edimburgo cuando le habían ofrecido el trabajo de sus sueños: dedicarse solo a la investigación. Había aceptado la oferta y solicitado una excedencia en la universidad. Se dedicó a la tarea en cuerpo y alma, dispuesto a soportar las muchas horas de trabajo y a respetar el absoluto secreto impuesto por sus patronos. Dirigía uno de los varios equipos que investigaban las enzimas, las complejas proteínas responsables de las reacciones bioquímicas.

Los científicos del Proyecto vivían en unas habitaciones muy cómodas en la campiña francesa, y tenían muy poco contacto con el mundo exterior. Uno de sus colegas, aficionado a las bromas, se había referido a sus trabajos como el Proyecto Manhattan. El aislamiento no representaba una molestia para MacLean, que era

soltero y no tenía ningún familiar cercano.

Pocos de sus colegas se quejaban. Los salarios astronómicos y las excelentes condiciones de trabajo eran una amplia compensación.

Entonces se había producido un cambio inquietante en el Proyecto. Cuando MacLean y los demás plantearon sus preguntas, les habían respondido que no se preocuparan. En cambio, los enviaron de regreso a sus casas con la promesa de que les comunicarían oportunamente los resultados de sus trabajos.

MacLean había optado por ir a visitar ruinas en Turquía.

A su regreso a Escocia al cabo de varias semanas, en el contestador automático había grabadas varias llamadas donde la persona había colgado sin más y un extraño mensaje de uno de sus antiguos colegas. El científico quería saber si MacLean había leído los periódicos y le rogaba que le devolviera la llamada. MacLean había intentado hacerlo en varias ocasiones, hasta que en una de ellas alguien le comunicó que su colega había muerto después de haber sido atropellado por un vehículo cuyo conductor se había dado a la fuga.

Más tarde, cuando se ocupaba de la correspondencia acumulada durante su ausencia, encontró un paquete que el científico le había enviado antes de su muerte. El abultado sobre estaba lleno de recortes de periódicos donde se describían varias muertes accidentales. Mientras leía los recortes, un escalofrío le recorrió la espalda. Todas las víctimas eran científicos que habían trabajado con él en el Proyecto. Escrito en una hoja adjunta había un mensaje que no podía ser más claro: «¡Escapa o muere!».

MacLean quería creer que se trataba de una pura coincidencia, aunque fuera en contra de sus instintos científicos.

Luego, al cabo de unos pocos días de haber leído los recortes, un camión había intentado sacar a su Mini Cooper de la carreta. Milagrosamente, solo había sufrido unos pocos rasguños. Pero había identificado al conductor como uno de los silenciosos guardias que habían vigilado a los científicos en el laboratorio.

Qué idiota he sido.

MacLean tenía claro que había llegado la hora de escapar.

¿Pero adónde? Había recordado Monemvassia. Se trataba de un lugar de vacaciones favorito de los griegos. La mayoría de los turistas extranjeros solo lo visitaban durante el día.

Ahora estaba aquí.

Mientras MacLean consideraba los acontecimientos que lo habían llevado allí, Angelo le trajo un ejemplar del *International Herald Tribune*. El pope tenía que ocuparse de unos recados pero regresaría en una hora. MacLean asintió. Bebió un sorbo del fuerte café solo. Echó una rápida ojeada a los titulares de las noticias que hablaban de las habituales crisis económicas y financieras. Entonces le llamó la atención el titular en la columna de noticias internacionales:

SOBREVIVIENTE DECLARA QUE UNOS MONSTRUOS MATARON A LOS CONCURSANTES Y PRODUCTORES DE UN PROGRAMA DE TV.

El hecho había tenido lugar en las islas Oreadas. Intrigado, leyó la noticia. Solo eran unos pocos párrafos, pero cuando acabó de leerlos, le temblaban las manos. Releyó la noticia varias veces antes de que las palabras se volvieron borrosas.

Dios mío, pensó. Ha ocurrido algo terrible.

Dobló el periódico, lo dejó sobre la mesa y salió al exterior. Se quedó al sol hasta serenarse. Tomó la decisión de que regresaría a su casa y buscaría a alguien que estuviese dispuesto a creer en su historia.

MacLean caminó hasta la puerta de la ciudad y cogió un taxi hasta la oficina naviera, donde compró un billete para el hidrofoil a Atenas del día siguiente. Después volvió a su habitación y guardó en una maleta sus escasas pertenencias.

¿Ahora qué? Decidió que hoy haría lo mismo que en los días anteriores. Fue hasta un café, se sentó en la terraza y pidió un vaso de limonada. Estaba totalmente absorto en la lectura del periódico cuando se dio cuenta de que alguien le hablaba.

Alzó la mirada y vio a una mujer de cabellos grises junto a su mesa, vestida con un pantalón de poliéster y una blusa estampada, con una cámara en la mano.

—Lamento molestarlo —dijo la mujer con una dulce sonrisa—. ¿Le importaría? Mi marido y yo...

Los turistas solían pedirle a MacLean que les ayudara a documentar sus viajes. Era alto y delgado, y con sus ojos azules y el cabello canoso destacaba entre los griegos más bajos y morenos.

Un hombre sentado un par de mesas más allá le dedicó a MacLean una amplia sonrisa. Su rostro pecoso tenía un color remolacha de tanto sol. MacLean cogió la cámara de manos de la mujer. Hizo unas cuantas fotos de la pareja y le devolvió la cámara.

—¡Muchísimas gracias! —dijo la mujer efusivamente—. ¡No sabe lo que significan estas fotos para nuestro álbum de viajes!

—¿Norteamericanos? —preguntó MacLean.

Su ansia por hablar inglés pudo más que la renuencia de trabar conversación con desconocidos. Los conocimientos de inglés de Angelo eran limitados.

—¿Tanto se nota? —La mujer sonrió—. Hacemos todo lo posible por integrarnos.

MacLean pensó que el poliéster amarillo y rosa no era precisamente una declaración en pro de la moda griega. El marido vestía una camisa de algodón blanca sin cuello y una gorra de capitán negra, dos prendas que eran las de mayor venta en las tiendas para turistas.

—Vinimos en el hidrofoil —comentó el hombre con un fuerte acento, al tiempo que se levantaba. Estrechó la mano de MacLean. Le sudaban las manos—. Menudo

viajecito. ¿Es inglés?

MacLean lo miró con una expresión de espanto.

—Oh, no, soy escocés.

—Yo soy mitad escocés y mitad sifón —dijo el hombre con su sonrisa caballuna—. Perdone la confusión. Soy de Texas. Supongo que habrá creído que somos de Oklahoma.

MacLean se preguntó por qué todos los texanos que había conocido siempre hablaban como si los demás fueran sordos.

—Nunca se me hubiese ocurrido que pudieran ser de Oklahoma. Que disfruten de la visita. Adiós.

No había dado más que un par de pasos cuando se detuvo al escuchar a la mujer preguntarle si su marido les podía hacer una foto juntos ya que había sido tan amables con ellos. MacLean posó con la mujer, y después con el marido.

—Muchas gracias. —La mujer hablaba con un tono más refinado que su marido.

MacLean no tardó en enterarse que Gus y Emma Harris eran de Houston, que Gus había trabajado en el negocio del petróleo, y que ella había sido profesora de historia. Ahora estaba cumpliendo el sueño de su vida: visitar la cuna de la civilización.

Estrechó las manos de la pareja, aceptó sus agradecimientos y se alejó por una de las callejuelas. Caminaba a buen paso, con el deseo de que no se les ocurriera seguirle, y regresó al monasterio por la ruta más larga.

Cerró las persianas para que la habitación estuviese oscura y fresca. Durmió durante las horas de calor más intenso, luego se levantó y se lavó la cara con agua fría. Salió para respirar aire fresco y se sorprendió al ver a los Harris cerca de la blanca capilla en el patio del monasterio.

Gus y su esposa estaban haciendo fotos del edificio. Lo saludaron y sonrieron en cuanto lo vieron, y MacLean se les acercó para invitarlos a visitar su celda. Los norteamericanos se mostraron muy impresionados por la calidad de las tallas de madera oscura. De nuevo en el exterior, contemplaron los farallones detrás del monasterio.

—Desde allá arriba la vista debe ser magnífica —manifestó Emma.

—Hay un trecho hasta la cumbre.

—Hago largas excursiones cuando salgo a observar pájaros, así que estoy en forma. Gus está en mejor estado de lo que parece. —La mujer sonrió—. Era jugador de fútbol, aunque ahora cueste de creer.

—Soy un Aggie —señaló el señor Harris—. A y M de Texas. Claro que ahora peso algunos kilos más. De todas maneras, creo que lo intentaré.

—¿Cree que podría enseñarnos el camino? —preguntó Emma.

—Lo siento —respondió MacLean—. Me marcho mañana a primera hora en el hidrofoil. —Les explicó que podrían hacer la subida por su cuenta si salían muy temprano antes de que hiciera demasiado calor.

—Es usted un encanto —afirmó Emma.

Le palmeó la mejilla con una expresión maternal.

Sonrió, admirado por su valor mientras los observaba alejarse por el camino al borde del mar delante del monasterio.

Se cruzaron con Angelo, que regresaba de la ciudad.

El pope saludó a MacLean y luego se volvió para mirar a la pareja.

—Veo que ha conocido a los norteamericanos de Texas.

La sonrisa de MacLean desapareció reemplazada por una expresión de extrañeza.

—¿Cómo sabe de dónde son?

—Llegaron ayer por la mañana. Usted estaba haciendo su paseo. —Señaló la ciudad vieja.

—Es curioso, se comportaron como si hoy fuera su primer día aquí.

Angelo se encogió de hombros.

—Quizá cuando nos hagamos viejos, nosotros también nos olvidaremos.

Repentinamente, MacLean se sintió como la cabra de la pesadilla. Un puño helado le oprimió la boca del estómago.

Se disculpó y volvió a su habitación para servirse una generosa medida de ouzo que se bebió de un trago.

Qué fácil hubiese sido. Habrían subido hasta la cumbre del peñasco y luego le hubiesen pedido que posara para una foto cerca del borde. Un empujón y adiós, muy buenas.

Otro accidente. Otro científico muerto.

No era necesario tener fuerza. Hasta una encantadora y vieja profesora de historia podía hacerlo.

Buscó en la bolsa de plástico donde guardaba la ropa sucia. En el fondo estaba el sobre con los recortes de periódicos.

Los distribuyó sobre la mesa.

Los titulares eran otros, pero el tema de cada noticia era el mismo.

CIENTÍFICO MUERE EN UN ACCIDENTE DE COCHE.

CIENTÍFICO MUERE ARROLLADO.

CIENTÍFICO ASESINA A SU ESPOSA Y SE SUICIDA.

CIENTÍFICO MUERTO MIENTRAS ESQUIABA.

Todas las víctimas habían trabajado en el Proyecto. Releyó la nota: «¡Escapa o muere!». A continuación guardó el recorte del *Herald Tribune* con los demás y fue a la recepción del monasterio. Angelo estaba apuntando las reservas.

—Debo marcharme —anunció MacLean.

Angelo pareció desilusionado.

—Lo siento mucho. ¿Cuándo?

—Esta noche.

—Imposible. No hay ningún hidrofoil o autobús hasta mañana.

—Así y todo debo marchar, y le pido que me ayude. Puedo recompensarle por las molestias.

Esta vez una expresión triste apareció en los ojos del pope.

—Lo haré por amistad, no por dinero.

—Lo siento —se disculpó MacLean—. Estoy un poco alterado.

Angelo era un hombre inteligente.

—¿Es por los norteamericanos?

—Me persiguen unas personas peligrosas. Bien podría ser que esta pareja esté a su servicio. Fui un estúpido y les comenté que me marchaba mañana en el hidrofoil. No tengo ninguna garantía de que estén solos. Puede que tengan a alguien vigilando la puerta.

—Puedo llevarlo a tierra firme en la lancha —dijo Angelo—. Necesitaré un coche.

—Me preguntaba si no podría alquilar uno para mí.

—MacLean le entregó la tarjeta de crédito, que había procurado no utilizar, consciente de que podrían rastrearla.

Angelo llamó a la agencia de alquiler de coches en tierra firme. Habló durante unos minutos y colgó.

—Todo arreglado. Dejarán las llaves en el coche.

—Angelo, no sé cómo pagárselo.

—No me tiene que pagar nada. La próxima vez que venga traiga un buen regalo para la iglesia.

MacLean tomó una cena ligera en un café apartado, donde no dejó de observar con desconfianza a los demás parroquianos. Todo transcurrió con normalidad. En el camino de regreso al monasterio, miró varias veces por encima del hombro.

La espera se le hacía interminable. Se sentía atrapado en la habitación, pero se recordó a sí mismo que las paredes tenían como mínimo treinta centímetros de espesor y la puerta podía resistir las embestidas de un ariete. Unos pocos minutos después de la medianoche, oyó que llamaban suavemente a la puerta.

Angelo se hizo cargo de la maleta y lo guio por el camino hasta unas escaleras que bajaban a un muelle de piedra utilizado por los nadadores para zambullirse. A la luz de la linterna, MacLean vio una pequeña lancha amarrada al muelle. Subieron a la embarcación. Angelo se disponía a quitar la amarra cuando se escucharon unas pisadas en los escalones.

—¿Dispuesto a dar un paseo nocturno? —preguntó la dulce voz de Emma Harris.

—No creerás que el doctor MacLean se marcharía sin despedirse, ¿verdad? —dijo su marido.

Tras la sorpresa inicial, MacLean recuperó el habla.

—¿Qué se ha hecho de su acento texano, señor Harris?

—Oh, eso. Debo admitir que no sonaba muy auténtico.

—No sufras, cariño. Fue lo bastante bueno como para engañar al doctor

MacLean. Así y todo reconozco que nos ha sonreído la suerte a la hora de realizar nuestro cometido. Estábamos sentados en la terraza de aquel bonito café cuando apareció. Fue muy amable de su parte permitirnos que le hiciéramos una foto para compararla con la que teníamos de su expediente. No nos gusta cometer errores.

El marido soltó una risotada.

—Recuerdo que dije: «Pase usted a mi sarita...».

—... Le dijo la araña a la mosca.

La pareja se echó a reír.

—Los ha enviado la compañía —señaló MacLean.

—Son personas muy listas —afirmó Gus—. Sabían que usted estaría alerta ante la presencia de cualquiera con pinta de mafioso.

—Es un error que comete mucha gente —manifestó Emma, con una nota de pesar en la voz—. Pero nos ayuda a nosotros a seguir con el negocio, ¿no es así, Gus? Ha sido encantador recorrer Grecia. Pero todo lo bueno se acaba.

Angelo había escuchado la conversación con una expresión de desconcierto. No era consciente del peligro en que se encontraban. Antes de que MacLean pudiese evitarlo, cogió el cabo de amarre para soltarlo.

—Perdonen —dijo—. Debemos irnos.

Fueron las últimas palabras que pronunció.

Se escuchó el sonido sordo de un arma con silenciador y una lengua de fuego brilló en la oscuridad. Angelo se llevó las manos al pecho. Luego, con un gemido ahogado, cayó al agua.

—Trae mala suerte matar a un pope, cariño —le comentó Gus a su esposa.

—No vestía la sotana —protestó Emma—. ¿Cómo podía saberlo?

Sus voces sonaban duras y burlonas.

—Vamos, doctor MacLean —dijo Gus—. Tenemos a un coche esperando para llevarlo a un avión de la compañía.

—¿No van a matarme?

—Oh, no —exclamó Emma, de nuevo en su papel de una inocente turista—. Tienen otros planes para usted.

—No lo entiendo.

—Ya lo entenderá, cariño. Ya lo entenderá.

Los Alpes franceses.

El helicóptero ligero Alouette construido por Aerospatiale que volaba a través de los profundos valles alpinos parecía insignificante como un abejorro contra el telón de fondo de las impresionantes montañas. A medida que el helicóptero se aproximaba a una de las montañas cuya cumbre estaba coronada por tres peñascos dentados, Hank Thurston, sentado en el asiento delantero, tocó el hombro de la persona que se encontraba a su lado y señaló a través de la burbuja.

—Aquella es *LE Dormeur* —dijo en voz muy alta para hacerse escuchar por encima del estruendo del rotor—. El Durmiente. El perfil se parece al rostro de un hombre que duerme acostado boca arriba.

Thurston era profesor de glaciología en la Iowa State University. Aunque el científico ya era un cuarentón, su rostro tenía una expresión de entusiasmo infantil. En Iowa, Thurston iba siempre muy bien afeitado y llevaba el pelo castaño oscuro muy corto, pero después de unos pocos días de trabajo de campo comenzaba a tener el aspecto de un piloto aventurero. Era un aspecto que le gustaba y por eso usaba gafas de sol de piloto, se dejaba crecer el pelo para que se vieran las canas y se afeitaba a medias para que le quedara una sombra de barba.

—Una licencia poética —comentó Derek Rawlins—. Veo la frente, la nariz y la barbilla. Me recuerda al Viejo Hombre de la Montaña en New Hampshire antes de que se desplomara, excepto en que aquí el perfil es horizontal y no vertical.

Rawlins era un periodista de la revista *Outside*. Estaba a punto de cumplir los treinta, y con sus aires de optimismo y el cabello y la barba rubios bien cortados, se parecía más a un profesor universitario de Thurston.

La absoluta transparencia del aire creaba una ilusión de cercanía y la montaña parecía estar a un tiro de piedra. Después de un par de pasadas alrededor de los peñascos, el helicóptero dejó de volar en círculos, pasó por encima de una afilada cresta y descendió hacia una cuenca que tenía varios kilómetros de ancho. En el fondo había un lago que formaba un círculo casi perfecto. Aunque era verano, placas de hielo grandes como un coche flotaban en la superficie que parecía un espejo.

—*Lac du Dormeur* —dijo el profesor—. Excavado por el movimiento de un glaciar durante la era del Hielo y que ahora se alimenta con las aguas del deshielo.

—Es el martini con hielo más grande que he visto —afirmó Rawlins.

Thurston se echó a reír.

—El agua es clara como la ginebra, pero no encontrará una aceituna en el fondo. Aquella estructura cuadrada en la ladera de la montaña a un lado del glaciar es la central eléctrica. La ciudad más cercana está al otro lado de la cordillera.

El aparato sobrevoló un barco que parecía un remolcador anclado cerca de la orilla. Las grúas y los pescantes sobresalían de la cubierta.

—¿Qué están haciendo allá abajo? —preguntó Rawlins.

—Creo que se trata de una misión arqueológica —respondió Thurston—. El barco seguramente ha remontado el río, que es el desagadero del lago.

—Ya lo comprobaré más tarde —prometió Rawlins—. Quizá pueda arrancarle un aumento a mi editor si regreso con dos artículos por el precio de uno. —Miró el enorme témpano que ocupaba todo el espacio entre dos montañas—. ¡Caray! ¡Aquello debe de ser nuestro glaciar!

—Exactamente. *La Langue du Dormeur*. La Lengua del Durmiente.

El helicóptero efectuó una pasada por encima del río de hielo que avanzaba por un ancho valle hacia el lago. Las escabrosas laderas de roca negra salpicadas de nieve contenían al glaciar por ambos lados y modelaban su frente redondeado.

Los bordes del campo de hielo eran dentados allí donde el flujo se encontraba con grietas y hondonadas. El hielo tenía un tinte azulado y aparecía agrietado por toda la superficie como la lengua reseca de un buscador de oro extraviado en el desierto.

Rawlins se inclinó hacia delante para ver mejor.

—El durmiente tendría que visitar a un doctor. Tiene un grave problema de angina ulcerosa.

—Como dijo antes, una licencia poética —replicó Thurston—. Sujétese. Nos disponemos a aterrizar.

El helicóptero pasó por encima del frente del glaciar y luego comenzó a virar al tiempo que descendía. Un par de minutos más tarde, los patines se posaron en una zona de hierba seca a unos treinta metros del lago.

Thurston ayudó al piloto a descargar unas cajas y le sugirió a Rawlins que fuera a estirar las piernas. El periodista se acercó a la orilla. La quietud del agua parecía sobrenatural. Ni la más mínima ondulación perturbaba la superficie, que parecía lo bastante sólida como para caminar por ella. Arrojó una piedra al agua para asegurarse de que el lago no estaba helado.

La mirada de Rawlins pasó de las cada vez más amplias ondulaciones a la embarcación fondeada a unos cuatrocientos metros de la costa. Identificó de inmediato el característico color azul verde turquesa del casco. Se había encontrado con otras embarcaciones pintadas con estos mismos colores en todos los mares del mundo. Incluso sin necesidad de leer el nombre de NUMA pintado con grandes letras mayúsculas negras, hubiese sabido que el barco pertenecía a la flota de la National Underwater and Marine Agency. Se preguntó qué podría estar haciendo una nave de la NUMA en este lugar remoto, muy lejos del océano más cercano.

No había ninguna duda de que había dado con un reportaje que no se imaginaba, pero tendría que esperar. Thurston lo llamaba. Un destartado Citroen 2C avanzaba hacia el helicóptero en medio de una nube de polvo. El coche se detuvo junto al helicóptero y un hombre que parecía un ogro salió por la puerta del conductor como

un criatura que rompe la cáscara de un huevo deforme. Era bajo, moreno, con una barba negra y el cabello largo. El hombre estrechó la mano de Thurston con gran entusiasmo.

—Es una alegría tenerlo de nuevo por aquí, *monsieur le professeur*. Usted debe de ser el periodista, *monsieur* Rawlins. Soy Bernard LeBlanc. Bienvenido.

—Gracias, doctor LeBlanc —dijo Rawlins—. Esperaba con ansias esta visita. No veo la hora de ver el fantástico trabajo que hace aquí.

—Pues entonces en marcha. —LeBlanc recogió el macuto del periodista—. Fifi nos espera.

—¿Fifi? —Rawlins miró en derredor como si esperase ver una bailarina del Follies Bergére.

Thurston le señaló el Citroen con una expresión burlona.

—Fifi es el nombre del coche de Bernie.

—¿Por qué no puedo ponerle a mi coche un nombre de mujer? —protestó LeBlanc con una falsa expresión de enfado—. Es fiel y trabajadora, y a su manera muy hermosa.

—A mí ya me está bien —declaró Rawlins. Siguió a LeBlanc hasta el Citroen y se sentó en el asiento trasero.

Las cajas de suministros ya estaban cargadas en la baca.

Los otros dos hombres se sentaron delante y LeBlanc condujo a Fifi hacia la base de la montaña en el lado derecho del glaciar. Mientras el coche subía por un camino de piedra, el helicóptero remontó el vuelo, ganó altitud por encima del lago y desapareció al otro lado de la cumbre.

—¿Conoce el trabajo que estamos haciendo en nuestro observatorio subglacial, *monsieur* Rawlins? —preguntó LeBlanc por encima del hombro.

—Por favor, llámeme Deke. He leído los artículos. Sé que es similar a las instalaciones en el glaciar Svartisen en Noruega.

—Efectivamente —manifestó Thurston—. El laboratorio Svartisen está a doscientos cincuenta metros de profundidad.

Nosotros estamos casi a trescientos. En ambos lugares, el agua del deshielo es canalizada hacia una turbina para generar energía eléctrica. Cuando los ingenieros perforaron los conductos para el agua, también perforaron otro túnel debajo del glaciar para albergar nuestro laboratorio.

El coche entró en un bosque de pinos achaparrados. LeBlanc condujo por la angosta senda con la más absoluta despreocupación. Las ruedas pasaban a solo unos centímetros del borde de un impresionante precipicio. A medida que la pendiente se hacía más empinada, el pequeño motor del Citroen comenzó a jadear.

—Me parece que a Fifi comienzan a pesarle los años —comentó Thurston.

—Lo importante es su corazón —replicó LeBlanc.

Así y todo, avanzaban a paso de tortuga cuando llegaron al final del camino. Se apearon del coche y LeBlanc les entregó a cada uno un arnés, antes de ponerse el

suyo. Sujetaron una caja en cada arnés.

—Lamentó tener que reclutarlo como sherpa —le dijo Thurston al periodista—. Trajimos provisiones para tres semanas, pero nos acabamos el queso y el vino antes de lo calculado, y decidimos aprovechar su visita para reabastecernos.

—No pasa nada —respondió Rawlins con una sonrisa, mientras se acomodaba hábilmente la carga para repartir el peso sobre los hombros—. Solía cargar suministros para las cabañas de White Mountains en New Hampshire antes de convertirme en un gacetillero.

LeBlanc marchó en cabeza por un sendero que subía a lo largo de casi cien metros entre los árboles. Por encima de los pinos, se encontraron con un llano. La roca estaba marcada con trazos de pintura amarilla que señalaban el sendero. No tardaron mucho en llegar a un tramo donde la pendiente era aún mayor, y la piedra más lisa debido a miles de años de erosión causada por el glaciar. El agua hacía que la superficie fuera muy resbaladiza y traicionera. De vez en cuando cruzaban grietas llenas de nieve húmeda.

El periodista resoplaba con el esfuerzo y la altitud. Exhaló un suspiro de alivio cuando por fin se detuvieron en una cornisa junto a una pared de piedra negra que se elevaba casi verticalmente. Estaban a una altura de seiscientos cincuenta metros por encima del lago, que brillaba como un espejo con los rayos del sol de mediodía. El glaciar quedaba oculto por una saliente, pero Rawlins notaba el frío que desprendía, como si alguien hubiese dejado abierta la puerta de un congelador.

Thurston le señaló una entrada con un arco de cemento en la base del acantilado.

—Bienvenido al Palacio de Hielo.

—Diría que se parece más a una alcantarilla —dijo Rawlins.

El profesor se echó a reír. Se agachó mucho para no golpearse la cabeza contra el arco y encabezó la marcha por el túnel forrado con planchas de metal ondulado que tenía apenas un metro y medio de altura. Los demás los siguieron de la misma manera para evitar que las cargas tocaran el techo.

Recorrieron unos treinta metros y llegaron a otro túnel mucho mayor. Las paredes de roca metamórfica naranja con franjas negras que indicaban la presencia de diversos minerales rezumaban humedad. Rawlins no disimuló su asombro.

—Aquí se podría circular con un camión.

—Le sobraría lugar. Tiene diez metros de diámetro —le informó Thurston.

—Es una verdadera pena que no pudieran pasar a Fifi por la entrada —dijo el periodista.

—Lo pensamos. Hay una entrada lo bastante grande para un coche cerca de la central eléctrica, pero Bernie tiene miedo de que termine agotada correteando por estos túneles.

—Fifi tiene una constitución muy delicada —afirmó LeBlanc, en defensa de su dama.

El francés abrió un armario de plástico sujeto a la pared. Repartió las botas de

goma y los cascos con lámparas de minero.

Al cabo de unos pocos minutos, iniciaron la marcha por el túnel; el restregar de las botas contra el suelo resonaba en el túnel. Mientras avanzaban, Rawlins miró a la penumbra más allá del alcance de la luz de la linterna.

—No se puede decir que sea precisamente Broadway.

—La compañía eléctrica instaló las luces cuando perforaron el túnel. Desde entonces, nadie se ha ocupado de cambiar las lámparas fundidas.

—Sé que probablemente ya se lo han preguntado antes, pero ¿qué lo impulsó a dedicarse a la glaciología? —preguntó Rawlins.

—No es la primera vez que me lo preguntan. La gente cree que los glaciólogos somos unos tipos raros. Estudiamos enormes y muy antiguas masas de hielo que tardan siglos en llegar a alguna parte. No es precisamente un trabajo para un hombre hecho y derecho, ¿tú qué opinas, Bernie?

—Quizá no, pero una vez conocí a una chica esquimal que era toda una belleza en el Yukon.

—Habla como un auténtico glaciólogo —afirmó Thurston—. Tenemos en común el amor por la belleza y la vida en la naturaleza. Muchos de nosotros nos vimos seducidos por la llamada cuando nos encontramos por primera vez ante la visión de un campo de hielo. —Señaló las paredes del túnel—. Así que no deja de ser una ironía que nos pasemos semanas debajo del glaciar, sin ver la luz del sol, como si fuéramos topos.

—Mire lo que me ha hecho a mí —dijo LeBlanc—, vivir a una temperatura constante de veinte grados bajo cero y una humedad del ciento por ciento. Era alto y rubio, y he acabado convertido en una bestia enana y peluda.

—Eres una bestia enana y peluda desde que te conozco.

Hacemos turnos de tres semanas, y estoy de acuerdo en que tenemos algo de topos. Pero incluso Bernie estará de acuerdo en que somos muy afortunados. La mayoría de los glaciólogos solo observan la superficie de los campos de hielo. Nosotros en cambio podemos hacerles cosquillas en la barriga.

—¿Cuál es exactamente la naturaleza de sus investigaciones? —preguntó el periodista.

—Estamos realizando un estudio de tres años sobre el movimiento de los glaciares y los efectos en las rocas sobre las que se deslizan. Espero que lo haga parecer mucho más interesante cuando escriba su artículo.

—No será difícil. Con tanto interés como hay por el cambio del planeta, la glaciología se ha convertido en un tema de moda.

—Es lo que me han dicho. Es un reconocimiento merecido desde hace mucho. Los glaciares se ven afectados por el clima, y gracias a ellos podemos saber con un error mínimo cuál era la temperatura de la tierra hace miles de años. Además, ellos también provocan cambios en el clima. Ah, ya hemos llegado, el Club Dormeur. —Había cuatro pequeñas construcciones que parecían casas rodantes en un hueco

excavado en la pared. Thurston abrió la puerta de la primera—. Todas las comodidades del hogar. Cuatro dormitorios con lugar para ocho personas, cocina, baño con ducha. Normalmente tengo a un geólogo y otros científicos, pero ahora solo hay un equipo mínimo formado por Bernie, un investigador de la Universidad de Uppsala y yo. Puede dejar la caja aquí. Es un paseo de treinta y cinco minutos hasta el laboratorio. Tenemos comunicación telefónica entre la entrada, el túnel de exploración y el laboratorio. Avisaré a los muchachos del observatorio que hemos llegado.

Cogió el teléfono y dijo unas cuantas palabras. Su sonrisa se convirtió en un gesto de extrañeza.

—Repítemelo. —Escuchó atentamente—. De acuerdo.

Ahora mismo vamos.

—¿Ha pasado algo, profesor? —preguntó LeBlanc.

Thurston frunció el entrecejo.

—Acabo de hablar con mi ayudante. ¡Increíble!

—*Qu'est-ce que c'est?*

Thurston miró a su colega con una expresión de asombro.

—Dice que ha encontrado a un hombre congelado en el hielo.

A sesenta metros debajo de la superficie del Lac du Dormeur en unas aguas cuya temperatura gélida bastaría para matar a un humano desprotegido, la resplandeciente esfera flotaba sobre el fondo de grava del lago como un fuego fatuo en un cementerio. A pesar de la hostilidad del entorno, el hombre y la mujer sentados en el interior de la cabina de acrílico transparente parecían relajados como una pareja en un bar.

El hombre era fornido, con los hombros como arietes. El tiempo pasado en el mar y al sol habían bronceado las vigorosas facciones que ahora estaban bañadas con la suave luz naranja del panel de instrumentos, que también teñía sus cabellos prematuramente grises. Con la rotundidad del perfil y la fuerza de su expresión, Kurt Austin tenía el rostro de un guerrero tallado en una columna de la victoria romana. Pero la pétrea dureza detrás de las bronceadas facciones era suavizada por una sonrisa siempre a flor de labios, y en sus ojos azul coral de mirada penetrante resplandecía el buen humor.

Austin era el jefe del equipo de misiones especial de la NUMA, creado por el anterior director, el almirante James Sandecker, que ahora era vicepresidente de Estados Unidos, para ocuparse de misiones submarinas que a menudo se realizaban secretamente sin la supervisión del gobierno. Austin, que era ingeniero marino, había ingresado en la NUMA procedente de la CIA, donde había trabajado en una sección muy poco conocida especializada en reunir inteligencia submarina.

Su primera tarea en la NUMA había sido reunir a un equipo de expertos donde estaban Joe Zavala, un magnífico ingeniero especializado en vehículos submarinos; Paul Trout, geólogo marino; y la esposa de Trout, Gamay Morgan Trout, una buceadora experta que se había especializado en arqueología náutica antes de doctorarse en biología marina.

Juntos, habían realizado muchas misiones para resolver con éxito extraños y siniestros enigmas en y debajo de la superficie de todos los océanos.

No todas las misiones que realizaba Austin entrañaban peligro. Algunas, como esta de ahora, eran muy agradables y le compensaban por los golpes y heridas que había sufrido en diversas operaciones. A su acompañante femenino la había conocido hacía muy poco, pero se sentía muy atraído. Skye Labelle tenía treinta y tantos años, la piel morena y unos ojos azul violáceo de mirada traviesa que lo observaban por debajo del ala de su gorra de lana. Su cabello era castaño oscuro, casi negro. La boca era demasiado grande para ser considerada clásica, pero los labios eran carnosos y sensuales. Tenía un buen cuerpo, pero nunca aparecería en la portada de una revista. La voz era baja y tranquila, y cuando hablaba resultaba evidente su inteligencia.

Aunque era más llamativa que bonita, Austin la consideraba como una de las

mujeres más atractivas que había conocido. Le recordaba el retrato de una joven condesa de cabellos negros que había visto en una de las salas del Louvre. Austin había admirado la capacidad del artista para captar la pasión y desinhibida franqueza en la mirada de la modelo. La mujer de la pintura tenía la malicia en los ojos, como si quisiera despojarse de sus soberbias galas y correr descalza por un prado. Recordó su deseo de haberla podido conocer personalmente. Ahora, al parecer, lo había conseguido.

—¿Crees en la reencarnación? —preguntó Austin, con el pensamiento puesto en el retrato del museo.

Skye parpadeó, sorprendida. Habían estado hablando de geología glacial.

—No lo sé. ¿Por qué lo preguntas? —Hablaban el inglés como una norteamericana con un leve acento francés.

—Por nada en particular. —Austin hizo una pausa—. Tengo otra pregunta un tanto más personal.

La mujer lo miró con una expresión suspicaz.

—Creo que la sé. Quieres saber algo más de mi nombre.

—Nunca había conocido a nadie llamado Skye Labelle.

—Algunas personas creen que me pusieron el nombre de una corista de Las Vegas.

—A mí me parece que alguien en tu familia tenía vena de poeta —dijo Austin con un tono risueño.

—Mis padres, que eran unos locos. —Skye puso los ojos en blanco—. A mi padre, que pertenecía al servicio diplomático, lo destinaron a Estados Unidos. Un día fue al festival de globos aerostáticos en Albuquerque y desde entonces se convirtió en un fanático aeronauta. A mi hermano mayor lo bautizaron Thaddeus en honor de Thaddeus Lowe, uno de los pioneros. Mi madre es norteamericana, una artista con un espíritu liberal, así que mi nombre le pareció maravilloso. Mi padre insiste en que me dio el nombre del color de mis ojos, pero todos saben que el color de los ojos de los recién nacidos es neutro.

A mí no me importa. Creo que es un bonito nombre.

—No hay nada más bonito que un Bello Cielo.

—Gracias, y gracias también por todo esto. —Miró a través de la burbuja y aplaudió con una alegría infantil—. ¡Esto es absolutamente maravilloso! ¡Nunca hubiese imaginado que mis estudios de arqueología me llevarían a sumergirme en las profundidades dentro de una burbuja!

—Debe de ser mucho más entretenido que pulir armaduras medievales en las salas de un museo.

Skye tenía una risa cálida y desinhibida.

—Paso muy poco tiempo en los museos excepto cuando estoy organizando alguna exposición. Trabajo mucho con empresas para conseguir fondos para mis investigaciones.

Austin la miró, intrigado.

—Pensar en que Microsoft y General Motors contraten los servicios de una experta en armas y armaduras despierta mi curiosidad por conocer los motivos.

—Piénsalo. Para sobrevivir, una empresa debe intentar matar o herir a la competencia al tiempo que se defiende. En sentido figurado, por supuesto.

—La vieja técnica del degüello.

—No está mal. Usaré la frase en la próxima presentación.

—¿Cómo les enseñas a un grupo de ejecutivos a sacar sangre? En sentido figurado, por supuesto.

—Todos tienen sed de sangre. Solo hago que «salgan del armario», como les gusta decir. Les propongo que imaginen ser proveedores de armas para fuerzas rivales. Los antiguos fabricantes de armas tenían que ser metalúrgicos e ingenieros.

Muchos eran artistas, como Leonardo, que diseñaba máquinas de guerra. Las armas y la estrategia estaban en un continuo proceso de cambio y las personas que suministraban a los ejércitos tenían que acomodarse rápidamente a las nuevas condiciones.

—Las vidas de sus clientes dependían de que lo hicieran.

—Así es. Puedo pedirle a un grupo que diseñe una máquina de asedio y a otro que busque las defensas adecuadas.

También puedo darles a unos saetas que atraviesan el metal mientras los otros idean un blindaje que funcione sin molestar los movimientos. Luego cambiamos y lo intentamos de nuevo. Aprenden a utilizar su inteligencia natural y a no depender de los ordenadores.

—Quizá tendrías que ofrecerle tus servicios a la NUMA.

Aprender a perforar agujeros en una pared de tres metros de grosor con un trabuco parece mucho más divertido que analizar presupuestos.

Una sonrisa taimada apareció por un segundo en el rostro de Skye.

—Bueno, ya sabes, la mayoría de los ejecutivos son hombres.

—Los chicos y sus juguetes. Una fórmula infalible para el éxito.

—Admito que apelo al lado infantil de mis clientes, pero mis cursos son inmensamente populares y muy lucrativos.

Además me permiten la flexibilidad de trabajar en proyectos que no me podría permitir con mi sueldo en la Sorbona.

—¿Proyectos con las viejas rutas comerciales?

—Sería un golpe maestro si pudiese demostrar que el estaño y otros productos eran transportados por tierra por la vieja ruta del Ámbar, a través de los pasos y valles alpinos hasta el Adriático, donde las naves fenicias y minoicas las llevaban hasta los confines orientales del Mediterráneo, y que el intercambio funcionaba en los dos sentidos.

—La logística de tu teórica ruta comercial debió de ser sin duda muy compleja.

—¡Eres un genio! ¡Eso es exactamente lo que quiero demostrar!

—Gracias por el cumplido, pero solo me baso en mi propia experiencia a la hora de mover gente y material.

—Entonces sabes lo complicado que puede ser. Los pueblos a lo largo de la ruta terrestre, como los celtas y los etruscos, tuvieron que participar en los acuerdos comerciales para permitir el paso de los productos. Creo que el comercio era mucho más extenso de lo que mis colegas están dispuestos a admitir. Todo esto tiene unas fascinantes implicaciones sobre cómo vemos a las antiguas civilizaciones. No se dedicaban exclusivamente a la guerra; conocían el valor de las alianzas pacíficas mucho antes de que existieran la Unión Europea o el NAFTA, y estoy dispuesta a demostrarlo.

—¿La globalización en la antigüedad? Un meta muy ambiciosa. Te deseo suerte.

—La necesitaré. Si triunfo tendré que agradecértelo a ti y a la NUMA. Tu agencia ha sido extremadamente generosa al permitirme utilizar su nave de exploración y los equipos.

—Ambos hemos salido beneficiados. Tu proyecto le ha dado a la NUMA la oportunidad de probar nuestro nuevo vehículo en aguas interiores y ver cómo se comporta el sumergible en condiciones reales.

La arqueóloga abarcó el entorno con un amplio ademán.

—El escenario es absolutamente encantador. Solo nos hace falta una botella de champán y foie gras.

Austin se inclinó para recoger una pequeña nevera portátil y se la entregó a su acompañante.

—No puedo complacer tu pedido, pero ¿qué tal un bocadillo de jamón y queso?

—Un bocadillo de jamón y queso era mi segunda opción.

—Abrió la nevera, sacó un bocadillo, se lo dio a Austin y cogió otro para ella.

Austin detuvo el sumergible a media altura. Mientras saboreaba el pan crujiente y el cremoso trozo de queso Camembert, estudió la carta del lago.

—Estamos aquí, junto a una cornisa natural que corre más o menos en paralelo a la costa —explicó, al tiempo que seguía con el dedo una línea ondulada—. Esto bien pudo haber estado en la superficie hace siglos atrás.

—Coincide con mis hallazgos. Una parte de la ruta del Ámbar bordeaba la costa del Lac du Dormeur. Cuando subió el nivel de las aguas, los comerciantes buscaron otra ruta.

Cualquier cosa que encontremos aquí será muy antigua.

—¿Qué estamos buscando?

—Lo sabré cuando lo vea.

—Ya me vale.

—Eres muy confiado. Te lo explicaré. Las caravanas que recorrían la ruta del Ámbar necesitaban lugares donde pasar la noche. Busco restos de caravasares, o poblados que crecieran alrededor de dichos lugares. Luego espero encontrar armas y otros objetos que sirvan de prueba a mi teoría.

Acompañaron los bocadillos con agua mineral, y luego Austin tecleó los controles. Se escuchó el zumbido de los impulsores laterales gemelos movidos por los motores eléctricos, y el sumergible continuó la exploración.

El SEAmachine SEAmobile tenía cinco metros de eslora y poco más de dos metros de manga, y permitía que dos pasajeros con la comodidad de una atmósfera permanecieran a una profundidad de quinientos metros durante horas. El vehículo tenía una autonomía de doce millas y una velocidad de dos nudos y medio. A diferencia de la mayoría de los sumergibles, que botaban como corchos cuando salían a la superficie, el SEAmobile se pilotaba como una lancha. Se mantenía elevado en la superficie cuando no estaba sumergido, cosa que permitía al piloto una amplia visibilidad, y navegar hasta el lugar de la inmersión o acercarse a una plataforma de descenso.

El SEAmobile tenía el aspecto de haber sido armado con las piezas sobrantes de un laboratorio sumergible. La cabina esférica de acrílico tenía un metro treinta y cinco de diámetro y estaba montada sobre dos grandes cilindros de flotación.

Dos marcos metálicos protectores con forma de D flanqueaban la esfera.

El vehículo estaba construido para mantener siempre la flotabilidad positiva y la tendencia a subir a la superficie la contrarrestaba por un impulsor vertical montado en el centro. Debido a que el SEAmobile estaba equilibrado para mantenerse constantemente equilibrado ya fuera sumergido o en la superficie, el piloto no tenía necesidad de atender los controles de inclinación para mantenerlo en posición horizontal.

Con la ayuda de un instrumento de navegación acústico basado en el efecto Doppler para controlar la posición, Austin guio el vehículo a lo largo de la cornisa, una amplia saliente que se inclinaba gradualmente hacia aguas más profundas.

Austin siguió un patrón de búsqueda básico, que consistía en ir y volver por líneas paralelas como quien corta el césped.

Los cuatro focos halógenos del sumergible alumbraban el fondo, cuyo contorno había sido moldeado por el avance y el retroceso de los glaciares.

Continuaron con las idas y venidas durante dos horas y Austin comenzó a tener dificultades para mantenerse concentrado en el monótono paisaje gris. Skye seguía entusiasmada con el entorno. Estaba inclinada hacia delante, con la barbilla apoyada en las manos, sin pasar por alto ni un solo metro cuadrado. A la postre, su persistencia dio resultado.

—¡Allí! —exclamó, al tiempo que señalaba con el índice.

Austin redujo la velocidad del vehículo al mínimo y centró la mirada en una vaga silueta que aparecía allí donde terminaba el alcance de las luces. Luego acercó el sumergible para verlo mejor. El objeto tumbado en el fondo era una gran lápida de piedra de unos cuatro metros de longitud y dos de ancho. Las marcas talladas en los bordes indicaban que no se trataba de una formación rocosa natural. Había otros monolitos cercanos, algunos en posición vertical; otros estaban coronados con piedras

horizontales y formaban la letra griega *pi*.

—Al parecer nos equivocamos al dar la vuelta en alguna parte y hemos acabado en Stonehenge —comentó Austin.

—Son monumentos funerarios —le explicó Skye—. Los arcos marcan el camino hacia la tumba que seguían las procesiones fúnebres.

Austin aumentó la potencia de los impulsores y el vehículo pasó por encima de seis arcos idénticos separados entre sí por una distancia de unos diez metros. El fondo a cada lado de los arcos subía poco a poco para crear un valle poco profundo. Las laderas naturales llegaban hasta unos muros ciclópeos contruidos con enormes bloques de piedra cortados a mano.

—Increíble —murmuró Skye—. Es un *tholos*.

—¿Lo habías visto antes?

—Es una tumba como una colmena. Hay una en Micenas llamada el Tesoro de Atreo.

—Micenas. Eso está en Grecia.

—Sí, pero el diseño es mucho más antiguo. Las tumbas se remontan al 2200 a. C. Se utilizaban para entierros comunitarios en Creta y otras partes del Egeo. ¿Kurt, sabes lo que significa esto? —La voz de la mujer temblaba con la excitación—. Podríamos establecer vínculos comerciales entre el Egeo y Europa mucho antes de lo que cualquiera se hubiese atrevido a proponer. Daría lo que fuera por ver mejor la tumba.

—Mi tarifa habitual para una visita a una tumba submarina es una invitación a cenar.

—¿Podemos entrar?

—¿Por qué no? Hay mucho espacio a los lados y por arriba. Si avanzamos lentamente...

—¡Nada de lentamente! *Dépêche-toi. Vite, vite!*

Austin soltó una carcajada. Dirigió el sumergible hacia la oscura entrada. Compartía el entusiasmo de Skye, pero avanzaba con precaución. Las luces comenzaban a alumbrar el interior cuando una voz sonó en el receptor del vehículo.

—Kurt, aquí base. Contesta, por favor.

Las palabras transmitidas a través del agua tenían un sonido metálico. Austin reconoció la voz del capitán del barco de la NUMA.

Detuvo el sumergible y cogió el micrófono.

—Aquí el SEAmobile. ¿Me recibes?

—La recepción no es muy buena, pero te escucho. Por favor, dile a la señorita Labelle que François quiere hablar con ella.

François Balduc era el observador francés que la NUMA había invitado a bordo como un cortesía con el gobierno francés. Era un burócrata de mediana edad, muy amable y que se mantenía apartado de las actividades de a bordo excepto a la hora de la cena, cuando ayudaba al cocinero a preparar platos a cual más delicioso. Austin le

pasó el micrófono a Skye.

Austin escuchó la acalorada discusión en francés, que acabó cuando la arqueóloga le devolvió el micrófono.

—*Merde!* —exclamó Skye, ceñuda—. Hay que emerger.

—¿Por qué? Aún disponemos de una amplia reserva de aire y energía.

—François acaba de recibir una llamada de un alto cargo del gobierno. Me necesitan urgentemente para identificar no sé qué artefacto.

—Eso no parece algo muy urgente. ¿No puede esperar?

—Por lo que a mí respecta podría esperar hasta que Napoleón regrese del exilio —respondió la mujer con un tono de resignación—, pero el gobierno subvenciona una parte de mis investigaciones en este lugar, así que podríamos decir que estoy de servicio. Lo siento.

Austin observó la entrada.

—Esta tumba lleva miles de años escondida de las miradas humanas. No se moverá de aquí.

Skye asintió con un gesto, aunque era obvio que no le hacía ninguna gracia.

Miraron el misterioso portal con expresión de anhelo, y luego Austin dio la vuelta. Una vez fuera del cañón, puso en marcha el impulsor vertical, y el sumergible comenzó a subir.

Unos momentos más tarde, la burbuja de la cabina asomó en la superficie cerca del catamarán de la NUMA. Austin guio el SEAmobile alrededor del barco para situarlo en una plataforma sumergida entre los cascos gemelos. La reja estaba levantada y una grúa izó la plataforma con el sumergible a la cubierta.

François los esperaba, con una expresión preocupada en su rostro normalmente plácido.

—Lamento mucho interrumpir su trabajo, *mademoiselle* Skye. La persona que me llamó fue muy insistente.

Ella le dio un beso en la mejilla.

—No se preocupe, François, no es culpa suya. Dígame lo que quieren.

El funcionario señaló las montañas.

—La quieren allá arriba.

—¿En el glaciar? ¿Está seguro?

François asintió vigorosamente.

—Sí, sí, yo también les pregunté lo mismo. Me respondieron con toda claridad que necesitaban de sus servicios. Encontraron algo en el hielo. Eso es todo lo que sé. La lancha la espera.

Skye se volvió hacia Austin con una expresión inquieta.

Él se anticipó a sus palabras.

—Descuida. No bajaré a la tumba hasta que regreses.

La mujer le dio un abrazo y lo besó en las mejillas.

—Gracias, Kurt, no sabes cuánto te lo agradezco. —Le dedicó una sonrisa que no

podía ser más seductora—. En la Rive Gauche hay un pequeño restaurante donde se come de maravilla. Una excelente relación calidad-precio. —Se rio al ver la expresión de desconcierto de Austin—. No me digas que te has olvidado de tu invitación a cenar. Acepto.

Antes de que Austin pudiese responder, Skye bajó la escalerilla hasta la lancha. Se escuchó el rugido del motor fueraborda, y la lancha partió hacia la costa. Austin era un hombre atractivo y encantador, y había conocido a muchas mujeres hermosas en el transcurso de los años. Sin embargo, como jefe del equipo de misiones especiales de la NUMA, él también estaba de servicio permanente. Casi nunca estaba en casa y su estilo de vida más propio de un trotamundos no era el más adecuado para una relación a largo plazo. La mayoría de sus encuentros siempre eran demasiado breves.

Se había sentido atraído por Skye desde el primer momento, y si había interpretado correctamente los mensajes transmitidos por la mirada, la sonrisa y la voz, el sentimiento era mutuo. Se rio por lo bajo ante el cambio de papeles. Por lo general era él quien salía disparado en respuesta a la llamada del deber, mientras que la interesada no podía hacer más que esperarlo. Miró la lancha que se alejaba en dirección a la costa y se preguntó cuál sería el artefacto que había despertado tanto interés. Casi lamentó no haber acompañado a Skye.

Al cabo de unas pocas horas, agradecería a los dioses no haber ido con ella.

LeBlanc recibió a Skye en la playa y se dio cuenta en el acto de su enfado. La apariencia descuidada del francés enmascaraba su considerable encanto e ingenio. A los pocos minutos de subirse al coche, Skye se reía a carcajadas con las divertidas historias de la temperamental Fifi que le narraba el hombre con pinta de ogro.

Skye vio que el Citroen se dirigía a un lado del campo de hielo.

—Creía que íbamos al glaciar.

—No vamos al glaciar, sino a su interior. Mis colegas y yo estamos estudiando los movimientos del hielo en un observatorio instalado a casi trescientos metros por debajo de Le Dormeur.

—No tenía idea. Cuénteme más.

LeBlanc se embarcó en una larga explicación de su trabajo en el observatorio. La arqueóloga lo escuchaba atentamente y la curiosidad científica no tardó en borrar parte del enfado que le había producido la llamada.

—¿Cuál es la naturaleza de su trabajo en el lago? —preguntó LeBlanc cuando acabó su relato—. Un día salimos de la cueva y *voilà!* El sumergible estaba allí como por arte de magia.

—Soy arqueóloga. Trabajo en la Sorbona. La NUMA tuvo la gentileza de facilitarme uno de sus vehículos para la investigación. Remontamos el río que es el aliviadero del lago. Espero encontrar pruebas de las paradas de la antigua ruta del Ámbar en las profundidades del lago.

—¡Fantástico! ¿Ha encontrado alguna cosa de interés?

—Sí. De ahí las prisas por volver a mi trabajo lo antes posible. ¿Podría decirme por qué necesitan de mis servicios con tanta urgencia?

—Encontramos un cuerpo congelado en el hielo.

—¿Un cuerpo?

—Creemos que es el cuerpo de un hombre.

—¿Como el hombre de hielo? —preguntó Skye, que recordó el hallazgo del cuerpo momificado de un cazador del neolítico en los Alpes ocurrido unos años antes.

LeBlanc sacudió la cabeza.

—Creemos que el pobre hombre es de un origen mucho más reciente. La primera idea fue que se trataba de un alpinista que se había caído en una grieta.

—¿Qué les hizo cambiar de opinión?

—Ya lo verá.

—Por favor, no juegue conmigo, *monsieur* LeBlanc —dijo Skye, con voz tajante—. Mi especialidad son las armas y las armaduras antiguas, no los cadáveres.

—Le pido perdón, *mademoiselle*. *Monsieur* Renaud nos ha pedido que no

dijéramos nada.

Skye lo miró, boquiabierta.

—¿Renaud? ¿De la junta de arqueología estatal?

—El mismo, *mademoiselle*. Llegó al cabo de unas pocas horas después de que comunicáramos el descubrimiento a las autoridades y se ha puesto al mando. ¿Lo conoce?

—Oh, sí, claro que lo conozco. —Disculpó a LeBlanc por el enfado y se echó hacia atrás en el asiento, con los brazos cruzados. Lo conozco muy bien, pensó.

Auguste Renaud era profesor de antropología en la Sorbona. Dedicaba muy poco tiempo a la enseñanza, algo que era una bendición para los alumnos, que lo despreciaban, y en cambio estaba volcado de lleno a la política. Se había hecho con un grupo de amigos influyentes, y con sus vinculaciones había conseguido que lo designaran para un alto cargo en la sección ministerial de la que dependía todo lo referente a la arqueología, donde utilizaba su poder para recompensar a sus favoritos y castigar a sus rivales. Había vetado varios de los proyectos de Skye, y había dejado caer la insinuación de que las cosas podían ser de otra manera si se iba a la cama con él.

Skye le había contestado que antes se acostaría con una cucaracha.

LeBlanc aparcó el Citroen y llevó a Skye a la entrada del túnel. Se agachó para entrar y, después de un instante de vacilación, ella lo siguió hasta el túnel principal. Una vez allí, LeBlanc le entregó un casco de minero y un par de botas y emprendieron la marcha. Tardaron cinco minutos en llegar a los alojamientos. LeBlanc llamó por teléfono al laboratorio para comunicar que iban de camino. Luego iniciaron su marcha de media hora.

Mientras avanzaban por el túnel, las pisadas resonaban en las paredes que chorreaban agua. Skye echó una ojeada al entorno.

—Esto es como el interior de una bota mojada.

—Admito que no se parece mucho a los Campos Elíseos, pero el tráfico es mucho más soportable que en París.

Skye estaba asombrada por el extraordinario trabajo de ingeniería que representaba el túnel y no dejó de hacer preguntas mientras se adentraban en las profundidades. Llegaron a una sección cuadrada donde había una puerta de acero en una de las paredes.

—¿Adónde conduce esa puerta?

—Da a otro túnel que comunicaba con el sistema hidroeléctrico. A principios de año, cuando la corriente en los túneles es menor, abrimos la puerta, cruzamos un pequeño arroyo, y vamos a otros lugares del sistema. Pero en esta época del año, el agua sube, así que mantenemos la puerta cerrada.

—¿Se puede llegar a la central desde aquí?

—Hay túneles que atraviesan toda la montaña y debajo de la capa de hielo, pero solo son accesibles los secos. Los otros llevan agua a la central. Hay un río que fluye

debajo del glaciar y la corriente llega a ser muy fuerte. Por lo general no trabajamos cuando la estación está tan avanzada. El agua del deshielo fluye en las cavidades naturales entre el hielo y la roca, crea bolsas y retrasa nuestras investigaciones. Pero esta primavera nuestro trabajo requirió más tiempo del calculado.

—¿Cómo ventilan todo esto? —preguntó Skye.

—Si dejáramos atrás el laboratorio y continuáramos caminando por debajo del glaciar más o menos un kilómetro, llegaríamos a una gran abertura al otro lado. Es por donde trajeron los módulos para el laboratorio y los alojamientos.

Está abierto como la boca de una mina, y es por allí por donde entra el aire.

Skye se estremeció de frío.

—Admiro su voluntad. Este no es un lugar de trabajo muy agradable.

La sonora risa de LeBlanc resonó en el túnel.

—Es absolutamente desagradable, muy aburrido, y siempre estamos calados hasta los huesos. Hacemos algunas salidas a la luz del sol durante las tres semanas que estamos aquí, pero es muy deprimente tener que volver a las cuevas, así que lo habitual es quedarse en el laboratorio que es un lugar seco y abrigado. Tiene de todo: ordenadores, bombas de vacío para filtrar los sedimentos, incluso hay un congelador donde podemos trabajar con las muestras de hielo sin necesidad de fundirlas. Después de una jornada de dieciocho horas, te duchas y te vas a la cama, así que el tiempo pasa rápido. Ah, ya hemos llegado.

Los módulos del laboratorio, como los de alojamiento, estaban en una sección excavada en la piedra. En el momento en que LeBlanc subió los peldaños del primer módulo, se abrió la puerta y salió un hombre alto y delgado. Ver a Renaud reavivó la furia de Skye. Se parecía más a una mantis religiosa que a una cucaracha. Tenía el rostro triangular, ancho en la parte superior y la barbilla puntiaguda, la nariz larga y los ojos pequeños y muy juntos. El pelo ralo era de un color rojo claro.

Renaud saludó a Skye con el apretón de manos débil y húmedo que tanto asco le había producido la primera vez.

—Buenos días, mi querida señorita Labelle. Gracias por venir a esta húmeda y lóbrega cueva.

—Buenos días, profesor Renaud. —Skye echó un vistazo al poco acogedor recinto—. Encaja usted muy bien con el entorno.

Renaud pasó por alto la velada sugerencia de que había salido de debajo de una piedra y su mirada se recreó en el cuerpo de Skye como si pudiera ver a través de las gruesas prendas de abrigo.

—Cualquier lugar donde usted y yo estemos juntos me parece perfecto.

Skye consiguió controlar las arcadas.

—Quizá quiera explicarme qué es eso tan importante que lo ha obligado a apartarme de mi trabajo.

—Será un placer. —Tendió una mano para sujetarla del brazo.

La mujer se apartó rápidamente y enganchó su brazo al de LeBlanc.

—Adelante.

El glaciólogo había estado observando el duelo verbal con una mirada divertida. Una sonrisa caballuna apareció en su rostro cuando del brazo de Skye subieron unos empinados peldaños de madera. La escalera conducía a un túnel de unos cuatro metros de alto y tres de ancho.

Aproximadamente a unos veinte pasos de las escaleras, el túnel se bifurcaba. LeBlanc escoltó a Skye por el túnel de la derecha. El agua corría por un poco profundo canal de desagüe cortado en el suelo. Al pie de la pared había una manguera negra de unos diez centímetros de diámetro.

—Es una manguera de agua caliente —le explicó LeBlanc—. Recolectamos el agua del desagüe, la calentamos y luego la pulverizamos sobre el hielo para que se derrita. El hielo es como masilla en el fondo del glaciar. Tenemos que fundirlo constantemente, de lo contrario volvería a congelarse a un promedio de sesenta a cien centímetros por día.

—Eso es muy rápido —comentó Skye.

—Mucho. Algunas veces bajamos hasta una profundidad de cincuenta metros dentro del glaciar y tenemos que estar alertas para que el hielo no se cierre detrás nuestro.

El túnel acababa en una pendiente de hielo de unos tres metros de altura. Subieron por una escalera de mano apoyada en la resbaladiza superficie y entraron en una caverna de hielo con capacidad suficiente para acomodar a más de una docena de personas.

—Nos encontramos en el fondo del glaciar, a una profundidad de trescientos metros —dijo LeBlanc—. No hay nada más que hielo por encima de nuestras cabezas. Esta es la parte más sucia del glaciar. A medida que perforas está más limpio. Ahora tengo que irme. Debo hacer un recado para el profesor Renaud.

Skye le dio las gracias y luego miró hacia la pared más lejana donde un hombre con un chubasquero rociaba el hielo con agua caliente. El hielo al fundirse producía unas grandes nubes de vapor y como consecuencia aún resultaba más difícil respirar con normalidad. El hombre cerró la manguera cuando vio que tenía un visitante y se acercó para presentarse.

—Bienvenida a nuestro pequeño observatorio, señorita Labelle. Espero que el viaje desde el exterior no haya sido demasiado arduo. Me llamo Hank Thurston. Soy el colega de Bernie. Este es Craig Rossi, nuestro ayudante de la Universidad de Uppsala. —Señaló a un joven veinteañero—, y este es Derek Rawlins, que está escribiendo un artículo sobre nuestro trabajo para la revista *Outside*.

Mientras Skye estrechaba las manos de todos, Renaud pasó junto a ellos y se acercó a la pared para observar a una figura vagamente humana atrapada en el hielo.

—Como ven, este caballero lleva congelado unos cuantos años —dijo Renaud. Miró a Skye y añadió—: Como algunas de las mujeres que he conocido.

Nadie le rio el chiste. Skye no hizo el menor caso de Renaud y se acercó a la

pared para reseguir con los dedos los bordes de la oscura silueta. Los miembros estaban retorcidos en unas posiciones grotescas.

—Lo encontramos cuando estábamos agrandando la cueva —explicó Thurston.

—Se parece más a un insecto aplastado contra un parabrisas que a un hombre —opinó Skye.

—Tenemos suerte que no sea solo una masa aplastada —afirmó Thurston—. Se podría decir que, después de todo, se encuentra en bastante buen estado. El hielo en el fondo, y cualquier cosa en su interior, termina aplastado como si fuese plastilina por la presión ejercida por las miles de toneladas del glaciar.

—¿Supone que en algún momento estuvo en la superficie del glaciar? —preguntó Skye sin apartar la mirada de la figura.

—Por supuesto —respondió Thurston—. En un glaciar como Le Dormeur o alguno de los otros que encontrará en los Alpes, hay una cantidad considerable de nieve que se mueve con gran rapidez a través del hielo.

—¿Cuánto tiempo tardaría?

—Diría que alrededor de unos cien años, para bajar desde lo alto hasta el fondo de Le Dormeur. Claro que solo funcionaría para un objeto cerca de la cabecera del glaciar en lo más alto de la montaña donde el hielo se mueve vertical y horizontalmente.

—¿Entonces no es posible que se trate de un alpinista que cayera en una grieta?

—Eso fue lo que creímos al principio. Luego miramos más de cerca.

Skye acercó el rostro al hielo. El cuerpo estaba vestido prácticamente con cuero negro, desde las botas hasta el casco de aviador tipo Snoopy. Asomaban trozos del forro de piel en algunas partes. Había una pistolera, con el arma en ella, sujeta al cinturón.

Miró el rostro. Las facciones no se veían muy bien, pero la piel tenía un color cobre oscuro, como si hubiese estado expuesto al sol mucho tiempo. Llevaba antiparras.

—Increíble —susurró, antes de apartarse y preguntar—: ¿Qué tiene esto que ver conmigo?

Renaud sonrió mientras se acercaba a un recipiente de plástico. Soltó un gruñido cuando sacó un yelmo de acero.

—Encontraron esto cerca de la cabeza del hombre.

Skye cogió el casco y observó el intrincado diseño grabado en el metal. Frunció el entrecejo. El visor tenía la forma del rostro de un hombre con la nariz grande y un formidable mostacho. La parte superior mostraba un grabado de flores entrelazadas y unas criaturas míticas que giraban como planetas alrededor de un águila con tres cabezas. Los picos aparecían abiertos en un grito de desafío y las afiladas garras sujetaban manojos de lanzas y flechas.

—Primero descubrimos el casco —explicó Thurston—. Cerramos la bomba inmediatamente y eso evitó que dañáramos el cadáver.

—Una muy prudente medida —aprobó Renaud—. Todos los yacimientos arqueológicos son vulnerables a la contaminación, de la misma manera que la escena de un crimen.

Skye metió el dedo en un agujero en el lado derecho del yelmo.

—Esto parece ser un agujero de bala.

—¡Un agujero de bala! —exclamó Renaud—. Una lanza o una flecha sería mucho más apropiado.

—No es nada extraño ver este tipo de huellas en las armaduras cuando se las someten a ensayos con armas de fuego —manifestó Skye—. El agujero es perfecto. El acero es de muy alta calidad. Mire, excepto por unas pocas rascadas y golpes apenas si está dañado después de haber soportado la presión del hielo. ¿Ha llamado a un experto forense?

—Llegará mañana —respondió Renaud—. No necesitamos a un especialista para que nos diga que el tipo está muerto. ¿Qué puede decirnos del yelmo?

—No sé a qué época pertenece —admitió la arqueóloga—. La forma se corresponde con algunos que he visto, pero las marcas me son del todo desconocidas. Tendré que buscar el sello del fabricante y ver si aparece en mi base de datos. —Miró el cuerpo—. Las prendas y el arma parecen ser del siglo xx. A juzgar por el uniforme y las antiparras podría tratarse de un aviador. Pero si es así, ¿por qué llevaba un yelmo?

—Todo es muy interesante, señorita Labelle —afirmó Renaud con un tono impaciente—, pero esperaba que pudiera sernos de más ayuda. —Cogió el yelmo de sus manos y volvió a guardarlo en el recipiente. A continuación sacó una pequeña caja de seguridad. La sostenía como si fuese un recién nacido—. Esto estaba cerca del cuerpo. Quizá su contenido pueda identificar a esta persona y decirnos cómo llegó hasta aquí. —Se volvió hacia Thurston—. Mientras tanto quisiera que continuara fundiendo el hielo alrededor del cuerpo.

Puede que encontremos más cosas que nos ayuden a identificarlo. Asumo toda la responsabilidad.

Thurston lo miró con una expresión escéptica, y luego se encogió de hombros.

—Estamos en su país —dijo, y abrió la manguera de agua caliente.

Derritió unos cuantos centímetros de hielo a cada lado del cuerpo sin encontrar nada. Al cabo de un rato fueron al laboratorio para comer un bocado y calentarse. Al salir para continuar con sus trabajos en la cueva, Renaud dijo que se quedaría en el laboratorio. Nadie protestó.

Thurston había avanzado considerablemente cuando reapareció Renaud y batió palmas para pedir atención.

—Hemos de hacer una pausa. Tenemos visitas.

Escucharon unas voces excitadas en el túnel. Al cabo de un momento, tres hombres provistos con cámaras fotográficas y de vídeo entraron en la cueva. Excepto por un hombre alto, que se mantuvo apartado, los otros dos se disputaron

ruidosamente el mejor lugar para filmar y fotografiar el cuerpo. Skye sujetó a Renaud por la manga y se lo llevó a un aparte.

—¿Qué están haciendo aquí estos reporteros?

—Yo los invité —contestó Renaud con una expresión altiva—. Son parte del grupo de periodistas escogidos para ocuparse de este gran descubrimiento.

—Usted ni siquiera sabe qué es este descubrimiento —replicó ella sin disimular su desprecio—. Solo hace un momento en que pontificaba sobre la necesidad de no contaminar el lugar.

El profesor descartó la protesta con un ademán.

—Es importante que el mundo tenga noticias de este fantástico hallazgo. —Renaud alzó la voz para llamar la atención de los reporteros—. Responderé a sus preguntas sobre la momia en cuanto salgamos de la tumba —anunció, y se dirigió hacia la salida.

La furia enrojeció las mejillas de Skye.

—¡Caray! —murmuró Rawlins—. Momia. Tumba. Como si hubiese acabado de encontrar la tumba de un faraón.

Los reporteros sacaron unas cuantas fotos más y salieron de la caverna. El hombre alto se tomó las cosas con más calma. Medía alrededor de un metro noventa y cinco, su tez era de un color blanco tiza y la constitución física estaba en consonancia con su estatura. Llevaba una cámara colgada alrededor del cuello y colgada del hombro una bolsa de fotógrafo.

Miró el cadáver con una expresión impasible durante unos segundos, y solo entonces siguió a los demás.

—He escuchado lo que le ha dicho a Renaud —le comentó Thurston a Skye—. El lugar no tardará en congelarse de nuevo y eso lo protegerá.

—Bien. Mientras tanto, vayamos a ver qué se propone hacer ese idiota.

Salieron de la cueva a paso ligero y bajaron primero por la escalera de mano y después por la escalera de traviesas para acceder al túnel principal. Renaud estaba delante del laboratorio, con la caja de seguridad levantada por encima de la cabeza.

—¿Qué contiene? —preguntó uno de los reporteros.

—No lo sabemos. La abriremos en un entorno controlado para evitar cualquier daño al contenido.

Se volvió para que pudieran fotografiarla y filmarla desde todos los ángulos. El hombre alto con la cámara colgada alrededor del cuello fue el único que no aprovechó la oportunidad. En cambio, se abrió paso entre los demás, sin hacer caso de los murmullos de protesta de sus colegas, y se plantó delante de Renaud.

—Entrégueme la caja —dijo con una voz monótona, al tiempo que extendía una manaza.

Renaud lo miró, sorprendido. Luego, al creer que el hombre le estaba gastando una broma, decidió seguirle el juego.

Con una gran sonrisa, sujetó la caja muy fuerte contra su pecho.

—Ni aunque en ello me fuera la vida —dijo.

—Como usted quiera —replicó el hombre, sin alzar la voz.

Metió la mano debajo de la chaqueta, sacó una pistola y golpeó brutalmente los nudillos de Renaud con el cañón del arma. La expresión divertida de Renaud pasó a otra de sorpresa, y luego de dolor. Soltó la caja y cayó de rodillas, al tiempo que se sujetaba los dedos aplastados.

El desconocido se hizo con la caja antes de que tocara el suelo. Después se volvió para encañonar a los reporteros, que se apartaron rápidamente, y a continuación se alejó por el túnel.

—¡Que alguien lo detenga! —gritó Renaud con una voz que reflejaba claramente el dolor de la herida.

—¿Por qué no damos aviso por teléfono? —sugirió uno de los reporteros.

Thurston se apresuró a coger el teléfono mural y acercó el auricular al oído.

—No hay línea. —Frunció el entrecejo—. Han cortado el cable. De todas maneras, ahora mismo no hay nadie en las habitaciones. Iremos a la entrada para pedir ayuda.

Thurston y LeBlanc ayudaron a Renaud. Le hicieron una primera cura de emergencia con el botiquín del laboratorio.

Mientras tanto, los reporteros discutían sobre la identidad del pistolero. Ninguno de ellos lo conocía. Sencillamente se había presentado con las credenciales necesarias y le habían dado un asiento en el hidroavión que los había llevado hasta el lago donde los había recogido LeBlanc.

Skye y LeBlanc dijeron que acompañarían a Thurston.

Los reporteros decidieron quedarse donde estaban después de que Thurston les advirtiera que el pistolero podría estar apostado en el túnel. Empezaron la marcha a paso rápido, alumbrados con las linternas sujetas en los cascos. Luego acortaron el paso y avanzaron con precaución, como si esperaran que el asaltante se abalanzara sobre ellos desde las sombras. Estaban alertas al ruido de las pisadas, pero solo escucharon el ruido del agua que goteaba del techo y las paredes.

Entonces se escuchó una explosión sorda en algún lugar del túnel seguido por una violenta sacudida del suelo. Casi simultáneamente, una oleada de aire caliente les llegó por el túnel. Se lanzaron cuerpo a tierra, con los rostros aplastados contra el suelo mientras los sacudía la onda expansiva. Cuando les pareció que había pasado el peligro, se incorporaron y se limpiaron las caras lo mejor que pudieron. Les silbaban los oídos, así que tuvieron que hablar a gritos para hacerse escuchar.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó LeBlanc.

—Vayamos a echar una ojeada —propuso Thurston, que ya se temía la peor.

—¡Un momento! —exclamó Skye.

—¿Qué pasa? —preguntó el norteamericano.

—Mire a sus pies.

Las luces de las linternas se reflejaban en algo resplandeciente que se movía por

el suelo del túnel.

—¡Agua! —gritó Thurston.

Un torrente avanzaba hacia ellos.

Dieron media vuelta y echaron a correr por el túnel, con el agua lamiéndoles los talones.

Austin había observado a Skye a través de los prismáticos cuando subía al coche y siguió el lento ascenso del vehículo por un lado del glaciar hasta que desapareció detrás de unos árboles. Fue como si se la hubiese tragado la tierra. Apoyado en la borda del barco, contempló La Lac du Dormeur.

Con la superficie moteada y los oscuros picos a ambos lados, el glaciar parecía algo más propio de la superficie lunar. El sol se reflejaba en el hielo, pero servía de muy poco para aliviar las olas de frío que se elevaban y corrían por la superficie del lago que parecía un espejo.

Mientras pensaba en la teoría de Skye, que las caravanas que recorrían la ruta del Ámbar habían rodeado el lago, intentó ponerse en el lugar de los antiguos viajeros y se preguntó cuáles habrían sido sus pensamientos al encontrarse con un fenómeno natural tan enorme e impresionante como el glaciar. Lo más probable era que lo hubiesen considerado como una creación de los dioses, a los que debían apaciguar. Quizá la tumba sumergida tenía alguna relación con el glaciar. Tenía tantas ganas como ella de explorar la tumba. Costaría muy poco bajar el sumergible y hacer un recorrido en solitario, pero sabía que la mujer nunca se lo perdonaría y tendría toda la razón.

Austin decidió tener el sumergible preparado para una inmersión cuando ella regresara. Mientras comprobaba a fondo el SEAmobile, escuchaba la voz de su padre recordándole que debía verificar hasta el último detalle. Su padre, un rico propietario de una compañía de salvamentos marinos con base en Seattle, le había enseñado a Kurt casi todo lo que sabía de náutica y le había dado un par de consejos que valían su peso en oro. «Nunca hagas un nudo que no se puede desatar con un simple tirón del cabo, incluso cuando esté mojado, y siempre mantén tu barco a punto y reluciente como el oro».

Había seguido los consejos de su padre al pie de la letra.

Los nudos que había aprendido a hacer a través de la práctica constante nunca se enredaban. Se aseguraba de que los cabos en el velero que le había regalado su padre siempre estuviesen bien enrollados, la madera limpia y encerada y los metales libres de corrosión. No había olvidado los consejos cuando fue al colegio universitario. Mientras estudiaba administración de sistemas en la Universidad de Washington, también asistió a los cursos de una famosa escuela de buzos en Seattle y obtuvo la licencia de buzo profesional, con unas excelentes notas en diversas materias especializadas.

Cuando salió del colegio universitario, trabajó en las plataformas petroleras en el mar del Norte durante dos años y otros seis en la compañía de su padre, antes de dejarse tentar por una oferta del gobierno e ingresar en una sección poco conocida de

la CIA dedicada a la recolección de inteligencia submarina. Al final de la Guerra Fría, la CIA había cerrado la sección y él había ingresado en la NUMA.

Como amante de la filosofía, que es la búsqueda de la verdad y los significados ocultos, Austin sabía que los consejos de su padre iban más allá de los aspectos prácticos de capitanear una embarcación. Su padre le había hablado con términos muy claros de la vida, y la necesidad de estar siempre preparado ante cualquier imprevisto. Eran unos consejos que Austin se había tomado muy en serio, y su atención a los detalles le había salvado la vida a él y aquellos que lo acompañaban en más de una ocasión.

Verificó el nivel de carga de las baterías, se aseguró de que se habían cambiado los tanques de aire, y por último realizó una inspección visual. Satisfecho de que todo estaba en orden, golpeó suavemente con los nudillos en la cúpula transparente. «A punto y reluciente como el oro».

Austin bajó del sumergible que estaba posado en la cubierta del *Mummichug*. La embarcación de doble casco y treinta metros de eslora era el barco de exploraciones científicas de la NUMA más pequeño, y para él representaba toda una novedad.

Como el diminuto pez cuyo nombre llevaba, el *Mummichug* estaba como en su casa en agua dulce o salada. Era una versión modificada de una embarcación construida para la navegación en las agitadas aguas de la costa de Nueva Inglaterra.

Era muy marinero y rápido, provisto con unos motores diésel que le permitían navegar con una velocidad de crucero de veinte nudos. Tenía alojamiento para ocho tripulantes y era ideal para las misiones breves. A pesar de su tamaño, los pescantes y la grúa le permitían levantar cargas muy pesadas.

Por otra parte, ningún otro barco más grande hubiese podido navegar por el sinuoso cauce del río hasta el glaciar.

Un tanto perdido sin tener a Skye para conversar, Austin se hizo con una taza de café en la cocina, y después fue bajo cubierta al laboratorio de sensores remotos. Era un espacio pequeño ocupado en su mayor parte por las mesas donde estaban las pantallas de los ordenadores. Como todo lo demás en el barco, el laboratorio parecía modesto, pero los instrumentos sensores eran de última generación.

Se sentó en una silla delante de una de las pantallas, bebió un sorbo de café y abrió un archivo del sonar lateral. El doctor Harold Edgerton había sido uno de los pioneros del sonar lateral en 1963 cuando había montado un sonar transductor en el fondo de su barco de exploración. El descubrimiento, que permitía a los barcos de superficie abarcar grandes extensiones del fondo, revolucionaría las técnicas de búsqueda submarina.

Cuando el *Mummichug* había llegado, Skye había pedido que hicieran una exploración a lo largo de la costa a través del lago a partir del glaciar, que sin duda había sido un formidable obstáculo para el paso de las caravanas. Sostenía que los viajeros probablemente acampaban cerca del río antes de vadearlo y que quizá había construido algo similar a un caravasar. Incluso el propio río bien podía haber sido una

parte de la ruta del Ámbar.

Mientras el sumergible realizaba sus exploraciones submarinas, el barco había continuado con su relevamiento a lo largo del perímetro del lago. Austin quería ver qué había captado el sonar. Redujo la velocidad de la proyección y las imágenes en alta resolución del sonar comenzaron a bajar desde la parte superior de la pantalla como dos cataratas gemelas de color ámbar. En la parte derecha de la pantalla aparecían la latitud, la longitud y la posición.

Interpretar las imágenes del sonar requería un ojo experto, pero no era algo muy entretenido. Con su fondo plano, el Lac du Dormeur era incluso más monótono que la mayoría.

Austin se distrajo. Sus párpados se bajaron a media asta, pero se abrieron en el acto cuando una anomalía le llamó la atención. Retrocedió las imágenes y se inclinó hacia delante para ver mejor la cruz negra marcada contra el monótono fondo; luego, con un clic del ratón, centró la imagen y la amplió.

Se encontró mirando un avión; incluso veía la cabina.

Hizo clic en el icono de la impresora y a los pocos segundos tuvo la imagen impresa. La acercó a la lámpara para verla mejor. Parecía faltar un trozo de una de las alas. Se levantó y caminaba hacia la puerta con la intención de comunicar el hallazgo al capitán, cuando François irrumpió en el laboratorio.

Parecía muy agitado. El observador francés siempre mostraba una sonrisa imperturbable, pero ahora parecía como si hubiese recibido la noticia de que se había desplomado la torre Eiffel.

—*Monsieur* Austin, debe acudir inmediatamente al puente.

—¿Qué pasa?

—Se trata de *mademoiselle* Skye.

Austin tuvo la sensación de que un puño helado le oprimía la boca del estómago.

—¿Qué le ha pasado?

Una incomprensible mezcla de *franglais* salió de la boca del hombre. Austin apartó al francés y subió la escalerilla del puente de dos en dos. El capitán estaba en el puente. Mantenía una conversación por el radioteléfono. Al ver a Kurt, dijo: «*Attendez*», y dejó el micrófono a un lado.

El capitán Jack Fortier era un hombre menudo de origen francocanadiense que se había nacionalizado estadounidense para trabajar en la NUMA. Sus conocimientos de francés habían resultado útiles para la expedición, aunque algunos de los locales con quienes se trataba se burlaban a sus espaldas de su fuerte acento quebequense. Fortier le había comentado a Austin que las burlas no le preocupaban porque su francés era más puro, sin los acentos regionales, como en Francia. No había nada que pareciera capaz de alterar al capitán, y por esa razón Austin se sorprendió al ver la preocupación reflejada en el rostro de Fortier.

—¿Qué le ha pasado a Skye? —preguntó Austin, sin andarse con rodeos.

—Tengo al supervisor de la central eléctrica al teléfono.

Dice que se ha producido un accidente.

Un escalofrío recorrió la espalda de Austin.

—¿Qué clase de accidente?

—Skye y otras personas se encontraban en un túnel debajo del glaciar.

—¿Qué estaban haciendo allí?

—Hay un observatorio debajo del hielo donde los científicos estudian los movimientos del glaciar. Es parte del sistema de túneles que construyó la compañía eléctrica para utilizar el agua del glaciar. Al parecer se ha producido un fallo y el agua ha inundado el túnel.

—¿Han podido establecer contacto con el laboratorio desde la central eléctrica?

—No. La línea telefónica está cortada.

—Así que no sabemos si están vivos o muertos.

—Así es —admitió Fortier en voz baja.

La noticia sacudió a Austin. Respiró profundamente y luego exhaló poco a poco mientras intentaba poner en orden sus pensamientos.

—Dígale al supervisor de la central que me reuniré con él.

Que tenga preparados los planos detallados del sistema de túneles, y que preparen una lancha para llevarme a tierra. —Austin se interrumpió al advertir que le estaba dando órdenes al capitán—. Lo siento. No pretendía comportarme como un sargento. Este es su barco. Solo eran unas sugerencias.

—Bienvenidas sean —manifestó el capitán con una sonrisa—. No se preocupe. No tengo ni idea de qué se puede hacer. El barco y la tripulación están a su servicio.

El capitán Fortier cogió el micrófono y comenzó a hablar en francés.

Austin contempló el glaciar a través de la cristalera del puente. Permanecía inmóvil como una estatua de bronce, pero su pasividad era engañosa. Su mente despierta no hacía más que barajar estrategias. No obstante era consciente que de momento nada le servía porque no podía trazar un plan sin saber exactamente a qué se enfrentaba.

Pensó en la encantadora expresión en el rostro de Skye en el momento de abandonar el barco. Sabía que las perspectivas no eran favorables, pero se juró que volvería a ver de nuevo aquella preciosa sonrisa.

Un camión esperaba a Austin en la playa. El conductor subió la empinada cuesta hasta la central a una velocidad de vértigo.

Cuando el camión se acercó a un edificio de cemento, construido en la base de un farallón, Austin vio a un hombre que se paseaba a paso vivo delante de la entrada. El camión frenó bruscamente y el hombre se acercó a la carrera, le abrió la puerta a Austin y le tendió la mano.

—¿Habla francés, *monsieur* Austin?

—Muy poco —respondió Austin mientras se bajaba.

—Bueno, no importa —dijo el hombre con una sonrisa indulgente—. Mi inglés es pasable. Me llamo Guy Lessard.

Soy el supervisor de la central. Esto es algo terrible.

—Entonces tiene claro que el tiempo es esencial —señaló Austin.

Lessard era un hombre bajo y nervudo, de rostro delgado y bigote bien recortado. Parecía dotado de una gran energía, como si estuviese conectado a una de las líneas eléctricas de las torres de alta tensión.

—Sí, me hago cargo. Vamos. Le explicaré cuál es la situación. —Entró en el edificio a paso vivo.

Austin echó una ojeada al pequeño y sencillo vestíbulo.

—No sé por qué pero me esperaba algo más imponente.

—No se lleve a engaño —manifestó Lessard—. Esto es solo un portal. Aquí están los alojamientos y los despachos. La central está en las profundidades de la montaña. Venga.

Pasaron por otra puerta al otro lado del vestíbulo y entraron en un recinto mucho más grande y bien iluminado.

—Aprovechamos las formaciones naturales para comenzar la perforación —dijo el supervisor, y las paredes y el techo devolvieron el eco de su voz—. Hay unos cincuenta kilómetros de túneles que atraviesan la montaña y pasan por debajo del glaciar.

Austin silbó suavemente.

—Hay autopistas en Estados Unidos que no tienen esa longitud.

—Fue un logro extraordinario. Los ingenieros utilizaron una tuneladora de casi diez metros de diámetro. Perforar el túnel para los glaciólogos fue algo sencillo.

Lessard precedió a Austin a través de la cueva hasta la entrada de un túnel. Kurt escuchó un zumbido que parecía el de un centenar de colmenas.

—El zumbido debe de ser el del generador.

—Sí, por ahora solo tenemos una turbina, pero hay planes para instalar una segunda. —Lessard se detuvo delante de una puerta en la pared del túnel—. Aquí está

la sala de control.

El centro neurálgico de la central era una cámara estéril de unos cincuenta metros cuadrados, que parecía el interior de una gigantesca tragaperras. Tres de las paredes estaban cubiertas con paneles de luces que parpadeaban, indicadores eléctricos, manómetros e interruptores. Lessard se acercó a una consola con forma de herradura instalada en el centro de la sala, se sentó delante de la pantalla del terminal y le señaló a Austin la silla a su lado.

—¿Sabe lo que hacemos en la central?

—Tengo una idea general. Me han dicho que utilizan el agua del deshielo para generar energía eléctrica.

—La tecnología es relativamente sencilla. Nieva y la nieve se acumula en el glaciar. Cuando sube la temperatura el hielo se funde y forma depósitos de agua y ríos. El torrente es canalizado a través de los túneles hasta la turbina. *Voilà!* Ya tiene usted electricidad. Limpia, barata y renovable. —La muy repetida explicación de Lessard no disimulaba el orgullo en su voz.

—Sencillo en la teoría, pero impresionante en la ejecución —afirmó Austin, que intentaba hacerse un esquema mental del sistema—. Deben de tener mucho personal.

—Solo somos tres. Uno por turno. La central está casi totalmente automatizada y probablemente funcionaría sin nuestra presencia.

—¿Podría mostrarme un diagrama del sistema?

Lessard tecleó una orden. Un diagrama apareció en la pantalla, muy parecido al que aparecía en un centro de control de tráfico metropolitano. Las líneas de colores que se cruzaban le recordaron a Austin un plano de la red del metro.

—Las líneas azules corresponden a los túneles que transportan agua. Los rojos son los conductos secos. La turbina está aquí.

Austin observó el diagrama con atención, dispuesto a encontrarle algún sentido al laberinto en la pantalla.

—¿Cuál es el túnel inundado?

—Este —respondió Lessard, con la punta del dedo apoyado en la pantalla sobre la línea azul—. Es el acceso principal al observatorio.

—¿Hay alguna manera de cerrar el paso del agua?

—Lo intentamos en cuanto vimos que entraba agua en el túnel de acceso. Al parecer, se ha producido una rotura en el muro entre el túnel de acceso y los que transportan agua.

Al desviar la corriente hacia otros túneles, hemos podido contenerla, pero el túnel de acceso continúa inundado.

—¿Tiene alguna idea de cómo se pudo abrir una brecha en el muro?

—Hay una compuerta en esta intersección que permite el acceso de un túnel a otro. En esta época del año está cerrada porque el nivel del agua es muy alto. La compuerta puede resistir una presión de muchas toneladas. No sé qué pudo haber pasado.

—¿Hay alguna manera de desaguar el túnel?

—Sí, podríamos sellar algunos de los túneles y bombear el agua, pero tardaríamos días —fue la terrible respuesta.

Austin señaló la pantalla.

—¿Incluso en una red de túneles de esta extensión?

—Le enseñaré cuál es el problema.

Salieron de la sala de control y caminaron unos minutos por un túnel. El omnipresente zumbido de la turbina quedó tapado por otro sonido que parecía el de un vendaval entre los árboles. Cruzaron una compuerta de acero y subieron por una escalerilla hasta una plataforma de observación donde había una cabina de plástico y acero. El supervisor le explicó que este era uno de los puestos de control secundarios. El ruido era ensordecedor.

Lessard apretó un interruptor y se encendió un foco que alumbraba una sección del túnel donde rugía el torrente. El nivel del agua casi llegaba a la cabina de observación. Austin intuyó el tremendo poder de aquella masa de agua.

—En esta época del año el agua fluye de las inmensas bolsas en el hielo —le explicó a gritos el supervisor—, y se suma al torrente normal. Es lo que ocurre cuando crece el caudal de los ríos debido al deshielo durante la primavera. —Había una expresión de pena en el rostro del técnico—. Lamento mucho no poder ayudarlo a usted ni a las personas atrapadas en el túnel.

—Ya me ha ayudado mucho, pero necesito ver un diagrama detallado del túnel de acceso al observatorio.

—Por supuesto. —Mientras caminaban de regreso a la sala de control central, Lessard decidió que Austin le caía bien. Era concienzudo y metódico, dos cualidades que apreciaba por encima de todas las demás.

En cuanto entraron en la sala, Austin echó una ojeada al reloj en la pared y comprobó que habían pasado unos preciosos minutos desde que habían comenzado la gira. Lessard se acercó a un archivador de metal, abrió uno de los cajones y sacó un juego de planos.

—Aquí está la entrada principal del túnel. No es mucho más grande que la boca de una alcantarilla. Estos rectángulos corresponden a los módulos de vivienda de los científicos. El laboratorio está a un kilómetro y medio de la entrada. Como puede ver en esta sección lateral, hay unas escaleras que pasan a través del techo hasta otro nivel, donde hay una galería que lleva al observatorio debajo del glaciar.

—¿Sabemos cuántas personas pueden estar atrapadas?

—Hay tres del equipo científico. Algunas veces, cuando están hartos de vivir encerrados, nos hacen una visita y tomamos una copa de vino. Después está la mujer de su barco. Un hidroavión trajo a unas personas antes del accidente, pero no sé cuántas estaban a bordo cuando despegó no hace mucho.

Austin se inclinó sobre el plano, atento a los detalles.

—Vamos a suponer que las personas debajo del glaciar han conseguido llegar al

observatorio. El aire atrapado en este pasaje impediría que el agua inundara el sector.

—Efectivamente —admitió Lessard, sin demasiado entusiasmo.

—Si disponen de aire, aún podrían estar vivos.

—Es verdad, pero la provisión de aire es limitada. Bien podría ser una de esas situaciones donde los vivos envidian a los muertos.

Austin no necesitaba que le recordaran el espantoso destino que le aguardaba a Skye y a los demás. En el caso de que hubiesen sobrevivido a la inundación, se enfrentaban a una lenta y terrible muerte por falta de oxígeno. Se concentró en el diagrama y vio que el túnel principal se prolongaba más allá del observatorio.

—¿Adónde conduce este tramo?

—Sube gradualmente a lo largo de un kilómetro y medio hasta otra entrada.

—¿Otra boca de alcantarilla?

—No. Hay una entrada como la boca de una mina en la ladera.

—Me gustaría verla. —Un plan comenzaba a formarse en la mente de Austin. Estaba basado en suposiciones y conjeturas, y necesitaría que la suerte estuviese totalmente de su parte para funcionar, pero era mejor que nada.

—Está al otro lado del glaciar. La única manera de llegar hasta allí es por el aire, pero le mostraré dónde está desde aquí.

Subieron a la azotea del edificio de la central. Lessard le señaló un barranco al otro lado del glaciar.

—Está allí mismo, cerca de aquel pequeño valle.

Austin miró en la dirección indicada, y luego miró al cielo. Un helicóptero de transporte se acercaba a la central.

—¡Gracias a Dios! —exclamó Lessard—. Por fin alguien ha respondido a mi llamada de socorro.

Los dos hombres se apresuraron a bajar y salieron del edificio en el momento en que el helicóptero iniciaba el descenso. El conductor del camión y otro hombre que Austin supuso que sería el encargado del tercer turno ya estaban cerca del punto de aterrizaje a poco más de cien metros de la central. En cuanto se detuvieron los rotores, tres hombres bajaron del aparato. Austin frunció el entrecejo. Este no era un equipo de rescate. Los tres hombres vestían trajes oscuros y tenían todo el aspecto de ser mandos intermedios.

—Es mi jefe, *monsieur* Drouet. Nunca viene aquí —dijo Lessard, con un tono de respeto.

Drouet era un hombre regordete con un bigote a lo Hercule Poirot. Se acercó rápidamente y preguntó con un tono acusador:

—¿Qué está pasando aquí, Lessard?

Austin consultó su reloj mientras el supervisor explicaba cuál era la situación. Las manecillas parecían volar alrededor de la esfera.

—¿Qué consecuencias ha tenido el accidente en la producción? —preguntó Drouet.

Austin acabó por estallar al escuchar la pregunta.

—Podría mostrarse un poco más interesado en las consecuencias que tiene en las personas atrapadas en el interior del glaciar.

El hombre alzó la barbilla en un gesto tan altivo que pareció mirar a Austin desde arriba a pesar de que era varios centímetros más bajo.

—¿Quién es usted? —preguntó como si un gusano acabara de dirigirle la palabra.

El supervisor de la central se apresuró a intervenir.

—Es el señor Austin, del gobierno norteamericano.

—¿Norteamericano? —El tono no podía ser más desdeñoso—. Esto no es asunto suyo.

—Se equivoca. Es algo que me concierne y mucho —replicó Austin en un tono calmo que enmascaraba su furia—. Hay una persona amiga mía en el túnel.

Drouet no cambió de actitud.

—Tengo que informar a mi superior y esperar sus órdenes. No crea que no le comprendo. Ordenaré que se inicie una operación de rescate inmediatamente.

—No me basta —afirmó Austin—. Tenemos que hacer algo ahora.

—Es todo lo que le puedo decir. Ahora, si me disculpa.

Drouet y sus acompañantes se dirigieron hacia la central.

Lessard miró a Austin, sacudió la cabeza en un gesto de pesar y siguió a los demás.

Austin intentaba controlar el impulso de coger al burócrata por el cuello cuando escuchó el sonido de un motor y vio un punto en el cielo. El punto se fue haciendo más grande y se convirtió en un helicóptero, más pequeño que el primero. Sobrevoló el lago, dio una vuelta sobre la central eléctrica, y a continuación se posó en tierra junto al otro aparato envuelto en una nube de polvo.

Antes de que los rotores acabaran de detenerse, un hombre delgado y moreno saltó a tierra y saludó a Austin. Joe Zavala se acercó con el andar elástico heredado de sus tiempos de boxeador, cuando peleaba profesionalmente en la categoría de peso medio para pagarse los estudios universitarios. Su rostro apuesto, sin ninguna marca, era un testimonio de sus éxitos en el cuadrilátero.

Zavala había sido reclutado por el almirante Sandecker en cuanto acabó sus estudios en la Escuela de Náutica de Nueva York, para formar parte del equipo de misiones especiales, y desde entonces había sido el compañero de Austin. Tenía un don natural para la mecánica y era un piloto experto, con miles de horas de vuelo en helicópteros, reactores medianos y aviones de turbohélice.

Habían viajado juntos a Francia. Mientras Austin volaba a los Alpes para ir a bordo del *Mummichug*, Joe se había quedado en París. Como experto en el diseño y la construcción de vehículos submarinos, lo habían invitado a participar de un seminario sobre sumergibles tripulados y no tripulados patrocinado por el Instituto Francés de Investigaciones y Exploraciones Marinas.

Austin había llamado a Zavala al móvil en cuanto se enteró del accidente.

—Lamento interrumpir tu visita a París.

—Has interrumpido algo más que eso. Conocí a un miembro de la Asamblea Nacional que me enseñó la ciudad.

—¿Cómo se llama el caballero?

—La dama se llama Denise. Después de un recorrido por París, decidimos hacer una visita a las montañas donde la señora tiene una casa. Estoy en Chamonix.

Austin no se sorprendió en lo más mínimo. Con sus ojos de mirada lánguida y los cabellos negros peinados hacia atrás, Joe era una versión joven del famoso actor del cine y la televisión Ricardo Montalbán. El físico, el encanto y la inteligencia formaban una combinación que lo convertían en un hombre deseado por muchas de las solteras de Washington, y los mismos atributos atraían a las mujeres allí donde fuera. Algunas veces llegaba a ser un estorbo, sobre todo cuando estaban participando en una misión, pero en este caso era de agradecer. Chamonix solo estaba unas pocas montañas más allá.

—Mejor me lo pones. Necesito tu ayuda.

Zavala comprendió por el tono de urgencia en la voz de su amigo que la situación era grave.

—Ahora mismo salgo.

Se dieron la mano en la pelada colina que miraba al lago y Austin se disculpó de nuevo por perturbar la vida amorosa de su amigo. En el rostro de Zavala apareció una sonrisa.

—Ningún problema, compañero. Denise es una servidora pública y me comprendió perfectamente cuando le dije que me reclamaba el deber. —Miró el helicóptero—. También se ocupó de conseguirme un medio de transporte.

—Le debo a tu joven dama una botella de champán y un ramo de flores.

—Siempre he dicho que en el fondo eres todo un romántico. —Zavala miró el entorno—. Es un paisaje precioso, aunque un poco solitario. ¿Qué está pasando?

Austin caminó hacia el helicóptero.

—Te lo explicaré por el camino.

Despegaron al cabo de un par de minutos. Mientras volaban por encima del glaciar, Austin le relató a Zavala una versión resumida de los hechos.

—No tiene buena pinta —comentó Zavala cuando Austin acabó—. Lamento lo de tu amiga. Por lo que me cuentas Skye es una mujer que me encantaría conocer.

—Espero que tu deseo se convierta en realidad —dijo Austin, consciente de que tenía todo en contra y que las cosas empeoraban por momentos.

Le indicó a Zavala el valle que Lessard le había señalado desde la azotea de la central. Zavala aterrizó en una zona más o menos nivelada entre las grietas y peñascos. Se hicieron con una linterna del equipo de emergencia del helicóptero y subieron la pendiente. El frío húmedo que se desprendía del glaciar les traspasó los

gruesos abrigos. Un arco de cemento reforzaba la entrada del túnel. El área delante de la entrada aparecía surcada de canalillos abiertos por el agua que bajaba por la ladera.

Entraron en el túnel que tenía las mismas dimensiones de los otros que Austin había visto detrás de la central eléctrica. Por el suelo inclinado corría el agua, y no habían avanzado más que unos pocos metros que el agua ya les cubría los zapatos.

—No es precisamente el túnel del amor —opinó Zavala, que intentaba ver lo que tenía delante.

—Yo diría que este es el aspecto que seguramente tiene el camino al infierno. — Austin contempló por un momento la oscura corriente de agua, y entonces una descarga de energía pareció atravesar su cuerpo—. Volvamos a la central eléctrica.

Drouet y sus compañeros salieron del edificio en cuanto aterrizó el helicóptero de Zavala. Drouet se apresuró a ir al encuentro de Austin.

—Le pido disculpas por mi anterior comportamiento.

No estaba al corriente de todos los detalles de esta terrible situación. He hablado con mis superiores y la embajada norteamericana; me han hablado de usted y la NUMA, señor Austin. No sabía que había ciudadanos franceses atrapados debajo del glaciar.

—¿La nacionalidad tiene alguna importancia?

—No, por supuesto que no. Le agradecerá saber que he pedido ayuda. Un equipo de rescate ya está de camino.

—Ya es algo. ¿Cuánto tardarán en llegar?

Drouet titubeó, consciente de que su respuesta no complacería a Austin.

—Tres o cuatro horas.

—Se dará usted cuenta de que para entonces será demasiado tarde.

Drouet se retorció las manos en un gesto de impotencia.

Era obvio que estaba angustiado.

—Al menos podrán recuperar los cadáveres. Es todo lo que puedo hacer.

—Pues no es todo lo que yo puedo hacer, *monsieur* Drouet. Vamos a intentar sacarlos con vida, pero necesitaremos su ayuda.

—¡Eso es imposible! Esas pobres personas están atrapados debajo de trescientos metros de hielo. —Observó la expresión decidida de Austin y enarcó las cejas—. De acuerdo.

Haré lo que sea para conseguirle cualquier cosa que necesite.

Dígame lo que debo hacer.

Austin se llevó una agradable sorpresa al descubrir que detrás del aspecto complaciente de Drouet había una voluntad de acero.

—Gracias por el ofrecimiento. En primer lugar, necesito que me preste su helicóptero y al piloto.

—Sí, por supuesto, pero su amigo ya tiene uno.

—Necesito uno más grande.

—No lo entiendo. Esas personas están atrapadas bajo tierra, no en el aire.

—Tanto da. —Austin miró a Drouet con una expresión que decía claramente que no podía perder más tiempo.

—Bien —asintió Drouet—. Tiene toda mi colaboración.

Mientras Drouet iba a hablar con su piloto, Austin llamó al capitán del barco de la NUMA y le explicó el plan. Fortier lo escuchó atentamente.

—Lo tendré todo preparado —prometió.

Austin le dio las gracias y observó el glaciar, para tomarle la medida al adversario con el que iba a enfrentarse. En su plan no había lugar para las dudas. Sabía que el mejor plan podía acabar en fracaso, y las cicatrices en su cuerpo lo demostraban. También sabía que los problemas tenían solución. Estaba seguro de que, si la suerte lo acompañaba, el plan funcionaría.

En cambio no tenía claro si Skye aún estaba viva.

Skye estaba muy viva. Renaud, que estaba experimentando en carne propia todo el azote de su furia, podía dar testimonio de ello. Después de que Renaud hiciera otro de sus presuntuosos comentarios, Skye había estallado. Se había ensañado con el desventurado francés, con los ojos encendidos de rabia, y le había dicho de todo y más por haber estropeado el mayor descubrimiento de su carrera. Renaud había acabado finalmente por reunir el coraje necesario para manifestar una protesta. Para entonces Skye ya había agotado su repertorio y se estaba quedando ronca, así que lo había cortado con una mirada de odio y una palabra bien escogida.

—¡Idiota!

Ahora Renaud intentó apelar a su compasión.

—¿No ve que estoy herido? —Levantó la mano con los dedos bañados en sangre.

—¡Usted es el único responsable! —replicó Skye, implacable—. ¿Cómo se le ocurrió permitir que un hombre armado entrara en este lugar?

—Creía que era un reportero.

—Tiene usted el cerebro de una ameba. Las amebas no piensan. Rezuman.

—Señorita, por favor —le rogó LeBlanc—. No disponemos de mucho aire para respirar. Ahorre sus fuerzas.

—¿Ahorrarlas para qué? —Skye señaló el techo de la cueva—. Quizá se le ha pasado por alto, pero estamos atrapados debajo de un glaciar.

LeBlanc se llevó un dedo a los labios.

Skye miró los rostros asustados de los demás y comprendió que solo estaba consiguiendo que se sintieran todavía peor. Comprendió también que su ataque contra Renaud había sido el resultado de la frustración y el miedo que sentía. Se disculpó con LeBlanc y cerró la boca, aunque antes de hacerlo, afirmó:

—Renaud es un idiota.

Luego fue a sentarse junto a Rawlins, que estaba sentado con la espalda apoyada en la pared, muy ocupado en tomar notas. Se había improvisado un cojín con un trozo de plástico para evitar el contacto con el suelo helado. Skye se acurrucó junto al periodista en busca de calor.

—Discúlpeme si le parezco atrevida, pero me estoy helando.

Rawlins la miró sorprendido, dejó el ordenador portátil a un lado y luego le pasó un brazo por encima de los hombros como un caballero que protege a su dama.

—Pues hace un segundo parecía arder —comentó.

—Siento haberme comportado de esa manera delante de todos —murmuró.

—No la culpo, pero procure ver el lado positivo. Al menos tenemos luz.

El torrente no había llegado a los cables que pasaban a la altura del techo y se conectaban con la central. A pesar de que las lámparas habían parpadeado unas

cuantas veces, no se había interrumpido el suministro eléctrico. Los empapados y ateridos supervivientes estaban amontonados en un tramo del túnel entre la cueva y las escaleras.

Rawlins, por mucho que intentaba mantener el optimismo, era consciente de que se les agotaba el tiempo. Como a todos los demás, cada vez le costaba más respirar. Intentó pensar en otra cosa.

—¿A qué descubrimiento científico se refería? —le preguntó a Skye.

En el rostro de Skye apareció una expresión soñadora.

—Encontré una antigua tumba sumergida en las aguas del lago. Creo que puede tener alguna relación con la ruta del Ámbar, y si es así entonces los contactos comerciales entre el norte de Europa y los pueblos del Mediterráneo se remontan a una época mucho más remota de lo que imaginábamos. Quizá a la época minoica o micénica.

Rawlins soltó un gemido.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Skye.

—Sí, estoy bien. Diablos, no, no lo estoy. El único motivo por el que vine aquí fue para escribir un artículo sobre el observatorio debajo del glaciar. Luego encontraron el cuerpo sepultado en el hielo, algo que hubiese sido una exclusiva.

A continuación un pistolero que se hace pasar por periodista hiere a su colega Renaud y provoca una inundación en el túnel. Mis artículos se hubieran publicado en todo el mundo.

Me hubiese convertido en otro Jon Krakauer. Los editores hubiesen acudido en manada a mi puerta para ofrecerme el oro y el moro. Si no le importa, explíqueme algo más de la relación minoica.

—No sé si es minoica —respondió Skye, en un intento por tranquilizar al periodista—. Podría estar equivocada.

Rawlins sacudió la cabeza, apesadumbrado. El reportero de televisión que había escuchado la conversación, se decidió a intervenir.

—No se culpe por sentirse mal. No quiera saber cómo me siento. Tengo filmado el cuerpo y al pistolero cuando le aplastó los dedos a Renaud.

Otro reportero señaló su magnetófono.

—Pues yo tengo grabadas todas las conversaciones.

Rawlins miró la manguera de agua caliente junto a sus pies.

—Me pregunto si podríamos utilizar el chorro para abrir un túnel a través del glaciar.

Thurston, que estaba sentado junto a Rawlins, se echó a reír.

—Ya lo calculé y el resultado fue que tardaríamos unos tres meses si trabajamos de firme.

—¿Tendríamos libres los fines de semana? —preguntó Rawlins.

Todos se rieron, excepto Renaud.

El humor de Rawlins hizo que Skye pensara en Austin.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que había desembarcado? Consultó su reloj y comprobó que solo habían pasado unas horas. Había esperado con ansia el momento de la cita.

Se había sentido atraída por el fuerte perfil, el pelo casi blanco, pero había algo más que la mera atracción física. Era un hombre muy interesante. Austin tenía un fantástico sentido del humor y podía ser amable y cariñoso, pero había advertido la dureza del diamante detrás de la viva mirada de sus ojos azules. También, por supuesto, estaban aquellos magníficos hombros. Se dijo para sus adentros que era la encarnación de un atlante.

Miró a Renaud, que estaba en el extremo opuesto del atractivo masculino. Su colega se mantenía apartado de los demás, junto a la pared opuesta del túnel, preocupado por su mano herida. Skye frunció el entrecejo al pensar que lo peor de todo esto era verse encerrada con un insecto como Renaud. El pensamiento la deprimió, así que se levantó para caminar hasta las escaleras que comunicaban con el túnel principal. El agua llegaba hasta el escalón más alto. No había ninguna posibilidad de fuga por este lago. Se deprimió todavía más. Dispuesta a encontrar algo que la entretuviese, subió la escalera de mano para acceder a la caverna.

El glaciario había comenzado a recuperar el terreno perdido. El hielo había aumentado de espesor y ya no se veía el cuerpo en la tumba. Se acercó al recipiente de plástico para recoger el yelmo. Lo sostuvo bajo una luz para ver los grabados. Eran muy elaborados. La obra de un maestro. Le dominó la impresión de que no se trataba de un diseño puramente decorativo. Había una pauta, como si narrara una historia. El metal parecía estar dotado de vida propia. Hizo un esfuerzo para controlar sus pensamientos. La falta de aire comenzaba a tener sus efectos y se imaginaba cosas. De haber tenido más tiempo, hubiese descubierto el enigma. Maldito Renaud.

Se llevó el yelmo al túnel. Moverse en una atmósfera donde escaseaba el oxígeno la había dejado agotada. Encontró un lugar junto a la pared y se sentó, con el yelmo a su lado. Los demás guardaban silencio. Vio cómo jadeaban, en un intento por llevar el máximo de aire a los pulmones. Cayó en la cuenta de que ella hacía lo mismo, como un pez fuera del agua.

Agachó la cabeza, y se quedó dormida.

Cuando abrió los ojos de nuevo, las luces se habían apagado. Así que, pensó, después de todo moriremos en la oscuridad. Intentó llamar a los demás, despedirse de ellos, pero le faltaron las fuerzas. Se durmió una vez más.

Austin sujetó la última bolsa impermeable en la cubierta trasera del SEAmobile detrás de la cabina y se apartó para inspeccionar el resultado. El vehículo se parecía más a una mula mecánica que un sumergible de alta tecnología, pero el improvisado aparejo tendría que bastar. Como no sabía cuántas personas se encontraban atrapadas debajo del glaciar, se había hecho con todos los equipos de buceo que había encontrado y ahora solo podía rogar para que alcanzaran para todos.

Le hizo una señal a François. El observador del gobierno cumplía ahora la función de traductor entre el barco y el piloto del helicóptero. François respondió a la señal y habló por la radio. El piloto del helicóptero francés esperaba la llamada.

El helicóptero despegó de la playa y se situó en la vertical del barco de la NUMA para bajar el cable de la grúa hasta la cubierta. Austin, agachado para protegerse de la fuerte corriente de aire provocada por los rotores, cogió el gancho en el extremo del cable y lo enganchó en el arnés de cuatro puntas. Con la ayuda de la tripulación, habían sujetado el sumergible al remolque para que levantaran toda la carga de una sola vez.

Le hizo una señal al piloto para indicarle que todo estaba preparado. El helicóptero subió un poco, el cable se tensó, y entonces el piloto aumentó la potencia. Sin embargo, a pesar del estruendo de los rotores, el sumergible y el remolque solo se elevaron unos centímetros por encima de la cubierta. El peso combinado del sumergible, el remolque y la carga superaba la potencia del helicóptero. Austin le hizo señas al piloto para que abandonara el intento. Se aflojó el cable y la carga golpeó contra la cubierta. Austin le señaló el helicóptero a François al tiempo que le gritaba al oído:

—Dígale que mantengan la posición hasta que encuentre una solución.

Mientras François traducía el mensaje, Austin llamó a Zavala, que estaba volando en círculos con su helicóptero.

—Tenemos un problema.

—Ya lo veo. Es una pena que este helicóptero no sea una grúa volante —dijo Zavala.

Se refería a los gigantescos helicópteros diseñados para el transporte de grandes cargas.

—Quizá no lo necesitamos —señaló Austin, y le explicó lo que tenía en mente.

—Desde que te conocí mi vida es un jolgorio —comentó con una carcajada.

—¿Qué me dices?

—Complicado. Peligroso por donde lo mires. Audaz.

Pero posible.

Austin jamás dudaba de la capacidad de su compañero para pilotar en las

condiciones más extremas. Eran los imponderables, las cosas inesperadas lo que le preocupaban. Un cambio en la dirección del viento, un error humano o un fallo en el equipo podían transformar un riesgo perfectamente calculado en un desastre. En este caso, el desastre lo podía provocar un error en la traducción. Necesitaba asegurarse de que el mensaje fuese claro.

Se llevó a François a un aparte y le dijo lo que quería que hiciera el piloto. Después le pidió que le repitiera las instrucciones. François asintió. Se comunicó con el piloto y el helicóptero francés se apartó para que el cable quedara en un ángulo.

Zavala se acercó con su helicóptero y bajó un cable que Austin se apresuró a enganchar al arnés. Miró a los helicópteros para asegurarse de que estaban bien separados. El peso de la carga acortaría la separación y no quería que chocaran.

Austin repitió la señal para que iniciaran la maniobra. El estrépito de los rotores de ambos aparatos era tremendo y esta vez el sumergible y el remolque parecieron dar un salto.

Un palmo, dos, un metro, dos. Los pilotos eran muy conscientes del tamaño y la potencia de sus máquinas, y equilibraron la diferencia con extraordinaria pericia.

Se elevaron lentamente, con la extraña carga colgada entre ellos, hasta alcanzar una altura de unos doscientos metros sobre la superficie del lago, y entonces volaron hacia tierra hasta que desaparecieron contra el fondo oscuro de las montañas.

Zavala narraba la operación paso a paso y solo interrumpió la comunicación en dos ocasiones para corregir la posición.

Austin no respiró tranquilo hasta que escuchó el lacónico anuncio de Zavala:

—Las águilas están en tierra.

Austin y varios tripulantes embarcaron en una lancha, y ya estaban esperando en la playa cuando regresaron los helicópteros que volaban en formación. Austin subió al helicóptero de Zavala y los marineros del *Mummichug* lo hicieron en el aparato francés.

Solo tardaron unos minutos en saltar a tierra junto al sumergible amarillo, montado en el remolque, delante de la entrada del túnel. Austin supervisó el trabajo de los marineros que se ocuparon de ajustar la carga del sumergible. Luego lo arrastraron con el remolque por el túnel hasta el borde del agua. Calzaron las ruedas con unas cuñas mientras Austin salía del túnel para hablar con Lessard. A petición de Austin, el supervisor había traído otro plano que desplegó sobre una roca plana.

—Estas son las columnas de aluminio que le mencioné. Se las encontrará a unos centenares de metros en el interior del túnel. Hay doce grupos de tres columnas, con una separación de unos nueve metros entre grupo y grupo.

—El sumergible tiene una manga de dos metros treinta.

Creo que solo tendré que cortar una columna de cada grupo para pasar.

—Le sugiero que las corte de forma alterna. En otras palabras, no corte la misma columna en cada grupo. Como se ve en el diagrama, el techo en este sector del túnel es el más delgado de todo. Tendrá miles de toneladas de hielo y roca que presionan el

techo.

—Ya lo tenía calculado.

Lessard lo miró con atención.

—Llamé a París después de que me explicara el plan para hablar con un amigo en la compañía. Me informó que este extremo del túnel lo construyeron para transportar los módulos de vivienda y del laboratorio. Lo descartaron como acceso principal porque existía el riesgo de un hundimiento. Las columnas las instalaron para que el túnel sirviera como el conducto de ventilación. Esto es lo que me preocupa —manifestó el supervisor, y apoyó un dedo en el punto donde acababa el túnel—. Aquí hay una gran bolsa de agua inestable. Debido a lo muy avanzado de la estación, es más grande de lo habitual.

Si se debilita la estructura de apoyo, se podría desplomar todo el techo.

—Vale la pena intentarlo —afirmó Austin.

—¿Ha considerado la posibilidad de que estén arriesgando sus vidas en vano, que las personas ya estén muertas?

—No lo sabremos hasta que llegemos allí —replicó Austin sencillamente.

Lessard lo miró con franca admiración. El norteamericano de pelo casi blanco y ojos azules estaba loco o tenía una confianza ciega en su capacidad.

—Debe de gustarle mucho esta mujer —comentó.

—Hace una semana que la conozco, pero quedamos para cenar en París y no me lo quiero perder.

Lessard se encogió de hombros. La galantería era algo que un francés sabía valorar.

—Las primeras semanas son siempre las de máxima atracción entre un hombre y una mujer, antes de que lleguen a conocerse bien. *Bonne chance, mon ami*. Veo que su amigo reclama su atención.

Austin le agradeció los consejos y fue a reunirse con Zavala, que lo esperaba delante de la entrada del túnel.

—Le eché una mirada a los mandos del sumergible. Es bastante sencillo —dijo Zavala.

—Estaba seguro de que no le encontraría ninguna pega. —Austin echó una última ojeada—. Hora de cabalgar, amigo.

Zavala lo miró con una expresión desabrida.

—Has estado viendo demasiadas reposiciones de Cisco Kid.

Austin se vistió con un traje de buzo de una sola pieza. Refulgente como un arco iris, entró en el túnel. Se puso el casco con un transmisor acústico submarino. Zavala lo ayudó con la botella de aire y el cinturón de lastre, y luego le echó una mano para que subiera a la cubierta trasera del sumergible.

Se sentó detrás de la burbuja sobre las bolsas impermeables y se calzó las aletas. Uno de los tripulantes le alcanzó un soplete y la botella de oxígeno, que Austin aseguró a la cubierta con un par de pulpos. Zavala se acomodó en la cabina y le hizo

una señal a Austin.

—¿Listo para el viaje? —preguntó Austin, para probar el funcionamiento del transmisor.

—Por supuesto, pero me siento como el niño burbuja.

—Te cambio el lugar cuando quieras, Niño Burbuja.

—Gracias, pero paso de tu generosa oferta —respondió Zavala, con un tono risueño—. Veo que te sale natural montar de lado como las señoras.

Austin golpeó la burbuja con los nudillos. Estaba preparado.

Los marineros quitaron las cuñas y dejaron que el remolque se deslizara hacia el agua. Controlaban la velocidad con un par de cabos, hasta que las ruedas quedaron sumergidas.

En el momento en que el SEAmobile comenzó a flotar, tiraron de los cabos para recuperar el remolque. El sumergible flotó libre de su soporte y los motores se pusieron en marcha.

Zavala utilizó los impulsores laterales en la sección de popa para hacer una vuelta de 360 grados, y situar la proa hacia el túnel. Avanzó hasta llegar a la profundidad necesaria para sumergirse. Con el impulsor vertical, bajó hasta que el casco quedó debajo del agua. Funcionaron de nuevo los impulsores de popa y las olas comenzaron a pasar por encima de la burbuja y Austin.

Los cuatro focos halógenos a proa alumbraban las paredes y el techo de color naranja, y el reflejo le daba al agua un color marrón. La voz metálica de Zavala sonó en los auriculares de Austin.

—Esto es como sumergirse en un cubo de salsa de chocolate.

—Lo tendré presente la próxima vez que pida un postre.

Yo pensaba en algo más poético, algo de Dante, como el descenso al infierno.

—Al menos el infierno es un lugar caliente y seco. ¿A qué distancia están las primeras columnas?

Austin miró hasta donde alcanzaban las luces y le pareció ver el brillo del metal. Se levantó para inclinarse sobre la burbuja, bien sujeta a los arcos protectores.

—Creo que ya las tenemos aquí.

Zavala disminuyó la velocidad y detuvo el sumergible muy cerca del primer grupo de columnas, cada una de unos quince centímetros de diámetro, que les cerraban el paso.

Austin cogió el soplete y la botella de oxígeno y nadó hasta la base de la columna central. Encendió el soplete y cortó la base. Luego repitió la operación en la parte superior, gritó «¡Árbol!» y derribó la columna. Le indicó a Zavala que lo siguiera. Lo guio a través de la abertura con los mismos gestos de una persona que ayuda a otra a aparcar el coche. Después se dirigió hacia el siguiente grupo de columnas.

Mientras nadaba, observó con atención el techo del túnel, sin querer pensar en los millones de litros de agua y las toneladas de hielo que lo presionaban. Atento a las recomendaciones de Lessard, en el segundo grupo cortó la columna de la derecha.

Zavala avanzó de nuevo. Austin cortó otra columna central y a continuación una en el lado izquierdo. Repitió el mismo patrón en los tres grupos siguientes.

No surgieron problemas, y muy pronto había doce columnas en el suelo del túnel. Austin se sentó de nuevo en la popa y le dijo a Zavala que avanzara a la velocidad máxima.

Aunque se movían a una velocidad de dos nudos y medio por hora, la oscuridad y la proximidad de las paredes, Austin tenía la sensación de que estaba en la cuadriga de Neptuno que bajaba a las profundidades del océano.

Sin nada más que hacer que sujetarse, se centró en la tarea que les aguardaba. Las palabras de Lessard resonaron en sus oídos. El francés no se equivocaba en aquello de la máxima atracción. Quizá también tenía razón al decir que todos los atrapados en el túnel estaban muertos.

Se hubiese sentido más optimista de haber estado en la superficie. Pero mientras se adentraban en la oscuridad, era consciente de que el intento de rescate podía ser en vano. Debía admitir que las posibilidades de encontrar a alguien con vida en ese espantoso lugar después del tiempo transcurrido eran mínima. Muy a su pesar, comenzó a prepararse para lo peor.

En el sueño, Skye cenaba con Austin en un restaurante cerca de la torre Eiffel. Kurt le decía: «Despierta», y ella le respondía enfadada: «No estoy dormida».

«Despierta, Skye».

Otra vez Austin. Qué hombre más pesado.

Entonces Austin estiró el brazo a través de la mesa, por encima del vino y el paté, para darle una palmadita en la mejilla, y ella se enfureció. Abrió la boca.

—¡Para!

—Eso está mejor —dijo Austin.

Abrió los párpados y apartó el rostro de la luz que la cegaba. La luz se movió y Skye vio el rostro de Austin. Parecía preocupado. Kurt le apretó las mejillas suavemente hasta conseguir que abriera la boca para meterle entre los dientes la boquilla de plástico de un respirador.

El aire que entró en sus pulmones la revivió en el acto, y Skye vio a Austin de rodillas a su lado. Vestía un traje de buzo color naranja y llevaba en la cabeza un casco muy curioso.

Austin le cogió la mano y la ayudó a sujetar la pequeña botella de aire que alimentaba el respirador. Kurt se quitó la boquilla de la boca.

—¿Puedes mantenerte despierta? —le preguntó.

Ella asintió con un gesto.

—No te vayas. Ahora mismo vuelvo.

Kurt se levantó para caminar hacia la escalera. En los segundos que transcurrieron antes de que se sumergiera en el agua con la linterna, Skye vio a los demás que estaban atrapados con ella, tumbados en el suelo como un grupo de vagabundos borrachos que duermen la mona en un callejón.

Al cabo de unos momentos, apareció un extraño resplandor en el agua junto a la escalera y Austin reapareció con una cuerda sobre el hombro. Afirmó bien los pies y comenzó a tirar de la cuerda. Hubo un momento en que resbaló, pero se levantó de inmediato. Una bolsa de plástico atada a la cuerda asomó por encima del agua y se deslizó por el suelo como un pescado. Aparecieron más bolsas.

Austin se apresuró a abrirlas y repartió las botellas de aire que contenían. Tuvo que sacudir a algunos de los atrapados para despertarlos, pero con la primera bocanada, se despertaron en el acto. El ruido de las válvulas de los respiradores resonó en el interior del túnel mientras todos respiraban afanosamente el aire que los había devuelto a la vida. Skye se quitó la boquilla de la boca.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, con el tono de una dama que acababa de descubrir la presencia de un indeseable en una de sus fiestas.

Austin la ayudó a levantarse y le dio un beso en la frente.

—Que no se diga que Kurt Austin permitió que una tontería como esta le impidió llevarte a cenar.

—¡Cenar! Pero...

Kurt le metió de nuevo la boquilla entre los dientes.

—No hay tiempo para discusiones.

Comenzó a abrir otras bolsas donde estaban los trajes de buzo. Resultó que Rawlins y Thurston también eran submarinistas, y le ayudaron a equipar a los demás. No tardaron mucho en estar preparados. No se podía decir que fueran precisamente un pelotón de SEAL, pensó Austin, pero con un poco de suerte quizá saldrían con bien de esta peripecia.

—¿Preparados para volver a casa? —preguntó.

El coro de voces ahogadas que resonó en la cueva era incomprensible pero entusiasta.

—Muy bien. Síganme.

Austin precedió al grupo en el descenso de las escaleras y el avance por el túnel inundado. Más de uno enarcó las cejas ante la extraña visión de Zavala, que los saludaba desde el interior de la resplandeciente burbuja.

Kurt había previsto que los pasajeros necesitaran de algo a lo que sujetarse durante el viaje. Antes de que él, con la ayuda de la tripulación del *Mummichug*, procedieran a cargar las bolsas con los equipos de submarinistas, habían instalado una red en la cubierta del SEAmobile. Con vigorosos gestos y empujones, Austin había colocado a los supervivientes boca abajo en la cubierta en filas de a tres como sardinas en una lata.

Puso a Renaud, con la mano herida, en la primera fila, detrás de la burbuja, entre los reporteros. Skye estaba en la fila del medio entre Rawlins y Thurston, que eran los más expertos. Él estaría detrás de la mujer en la tercera fila entre LeBlanc, que parecía fuerte como un toro, y Rossi, el joven ayudante científico.

Como una medida de seguridad añadida, pasó unos cabos por encima de los pasajeros como si estuviese sujetando una carga cualquiera. El sumergible quedaba casi oculto por los cuerpos apretujados, pero el arreglo era el mejor posible a la vista del poco espacio disponible. Austin nadó hasta la popa para ocupar su puesto detrás de Skye. Como necesitaba disponer de la máxima libertad de movimientos, no se ató a la red.

—Todos los patitos están en fila —le comunicó a Zavala—. Vamos un poco apretados aquí atrás, así que no se te ocurra recoger a nadie que haga dedo.

Se escuchó el zumbido de los motores eléctricos y el SEAmobile se movió primero con la lentitud de un caracol, pero no tardó en ganar velocidad. Austin sabía que los supervivientes estaban agotados. Aunque les había advertido que tuvieran paciencia, la lentitud del avance desesperaba a cualquiera y tenía problemas para seguir su propio consejo.

Al menos él podía hablar con Zavala. Los demás estaban a solas con sus

pensamientos. El sumergible avanzó por el túnel como si lo arrastraran un tiro de tortugas. Había momentos en los que el sumergible parecía estar inmóvil y fueran las paredes las que se movían. Los únicos sonidos eran el monótono zumbido de los motores y el burbujeo de los respiradores. Casi gritó de alegría cuando Zavala anunció:

—Kurt, tengo a las columnas directamente delante.

—Para antes de llegar a ellas. Yo te guiaré por la pista de slalom.

El SEAmobile se detuvo. Austin se soltó de la red y se elevó por encima de la burbuja. El primer grupo de columnas estaba a unos diez metros. Nadó impulsado por las aletas hasta los soportes y pasó por el agujero donde faltaba una columna.

Luego se volvió para indicarle que avanzara y le fue señalando las correcciones de rumbo a izquierda y derecha como si fuera un agente dirigiendo el tráfico.

El sumergible cruzó la apertura lentamente. Zavala se desvió de la trayectoria recta para encarar la segunda abertura y fue entonces cuando aparecieron los problemas. El vehículo sobrecargado respondió torpemente y se deslizó de lado.

Zavala utilizó los impulsores para controlar la deriva y encaró el sumergible hacia la abertura. Sin embargo, cuando el SEAmobile pasó por el hueco, intentó compensar. El sumergible golpeó contra una de las columnas y comenzó a colear.

Austin se apartó rápidamente y se mantuvo pegado a la pared hasta que Zavala detuvo el sumergible. Entonces se acercó a la burbuja.

—Chico, tendrás que tener más cuidado cuando conduces.

—Lo siento. Con todo el peso atrás, esta cosa se mueve como un carro por un pedregal.

—Procura recordar que no estás sentado al volante de tu Corvette.

—Ojalá lo estuviese —replicó Zavala, con una sonrisa.

Austin echó una ojeada a los pasajeros, vio que estaban bien sujetos y nadó hasta el siguiente grupo de columnas.

Contuvo el aliento hasta que el vehículo y la carga pasaron sin tropiezos. Zavala le había cogido el tranquillo y atravesaron varios más. Austin llevaba la cuenta. Solo les quedaban tres grupos.

A medida que se acercaba al siguiente grupo, advirtió que algo no cuadraba. Miró atentamente a través del cristal de la máscara y el resultado lo inquietó. Había cortado la columna central y ahora los dos soportes restantes parecían dos paréntesis. Un movimiento le llamó la atención y levantó la cabeza.

Vio las burbujas que salían por una grieta en el techo.

Austin no necesitaba ser un ingeniero para comprender lo que sucedía. El peso sobrepasaba la resistencia de los soportes. Podían partirse en cualquier momento, y el submarino y los pasajeros quedarían enterrados por siempre en el interior del túnel.

—Joe, tenemos un problema a proa —anunció Austin, que hizo lo posible por mantener un tono normal.

—Ya lo veo —respondió Zavala, que se inclinó hacia delante en la burbuja para

ver mejor—. Esas columnas tienen el aspecto de las piernas de un vaquero patituerto. ¿Alguna idea sobre cómo pasamos por esta ratonera?

—De la misma manera que se aparean los puercoespines.

Con mucho cuidado. Asegúrate de pisar en mis huellas.

Austin nadó hacia los soportes combados y pasó sin problemas. Se volvió con una mano sobre la máscara para que no lo cegaran los focos, y le hizo una señal a Zavala para que avanzara. Su compañero guio al sumergible a través de la abertura sin tocar las columnas. El problema surgió donde menos se lo esperaba. Un trozo de la red que colgaba por la popa se enganchó en el muñón de la columna que había cortado Austin. Zavala notó el tirón e instintivamente aumentó la potencia de los impulsores.

Fue lo peor que podía hacer.

El vehículo permaneció frenado por un momento hasta que la potencia de los impulsores pudo más que la red y entonces el sumergible salió disparado fuera de control para ir a chocar contra la columna derecha del siguiente grupo con todo su peso. Zavala compensó rápidamente la violenta desviación.

Pero ya era demasiado tarde. La columna dañada cedió.

Austin observó cómo se producía el desastre a cámara lenta. Su mirada se centró en el techo, súbitamente oscurecido por una gran nube de burbujas.

—¡Sal pitando! —gritó Austin—. ¡El techo se desploma!

Una retahíla de maldiciones en español sonaron en los auriculares de Austin.

Zavala aceleró los impulsores a la máxima potencia y apuntó a la siguiente abertura. El sumergible pasó a menos de un metro de Austin. En el momento exacto se sujetó a la red y el vehículo lo arrastró.

Zavala se desprecupó totalmente de la precisión; solo le interesaba la velocidad. El sumergible rozó una columna. Fue un golpe débil pero bastó para que la columna se partiera.

Para entonces, Austin había conseguido montarse en la cubierta y se sujetó con todas sus fuerzas mientras el SEAmobile realizaba un giro completo sobre sí mismo y recuperaba el rumbo correcto.

Solo les faltaba cruzar un grupo de columnas.

Esta vez el sumergible pasó limpiamente sin tocar ninguno de los soportes. Pero el daño ya estaba hecho.

El techo se desplomó. Una avalancha de rocas cayó sobre el suelo del túnel y liberó el agua atrapada en la bolsa. Miles de litros de agua se sumaron al agua contenida en el túnel y crearon una ola que golpeó al SEAmobile y lo arrastró como una hoja en un huracán.

La ola avanzaba hacia la salida con el vehículo en la cresta.

Ajenos al drama que se producía en las profundidades del glaciar, los marineros del barco de la NUMA esperaban junto a los helicópteros. El único tripulante que esperaba la aparición del sumergible había salido del túnel para respirar un poco de aire fresco cuando escuchó un rugido procedente de las entrañas de la tierra. Sus

piernas reaccionaron antes que el cerebro y lo apartaron de la entrada. Se encontraba a un lado, protegido detrás de un peñasco, cuando el sumergible salió disparado por la boca del túnel.

La fuerza de la ola se acabó en el exterior, y el vehículo quedó varado sobre unas rocas. Los vapuleados pasajeros desataron los cabos que los sujetaban y saltaron de la cubierta. Escupieron las boquillas de los reguladores y respiraron a fondo el aire helado de la montaña, Zavala salió de la burbuja y corrió a la boca del túnel. Se apartó cuando una ola secundaria mucho más débil salió del túnel. En su estela arrastraba a una figura vestida con un traje de submarinismo naranja. La máscara de Austin estaba rajada.

El casco transmisor había desaparecido y la fuerza del agua lo hacía girar sobre sí mismo como un pelota.

Zavala sujetó a Austin en mitad de una voltereta y lo ayudó a levantarse.

Se tambaleaba como un borracho y tenía los ojos vidriosos como canicas. Austin escupió el agua sucia que le llenaba la boca, y con una voz que sonó como un ladrido comentó:

—Te lo advertí, Joe. Tendrás que tener más cuidado cuando conduces.

El equipo de rescate francés se presentó una hora más tarde. El helicóptero aterrizó delante mismo de la central y antes de que los patines tocaran el suelo, seis gallardos y fornidos montañeros saltaron del aparato, cargados con sus equipos. El jefe del grupo explicó que habían traído equipos de escalada porque les habían dicho que las personas estaban atrapadas en la superficie del glaciar, no debajo.

En cuanto el jefe se enteró de que sus servicios no eran necesarios, se encogió de hombros y admitió filosóficamente que el mejor equipo de montañeros de poco servía en un rescate submarino. Luego abrió un par de botellas de champán que había traído. En el brindis dijo que ya habría otras oportunidades; siempre había alguien que tenía problemas en las montañas.

Después de la improvisada celebración, Austin supervisó el transporte del sumergible al *Mummichug*, y seguidamente volvió a la central con Zavala. Habían llevado a los supervivientes al edificio para que se ducharan y comieran algo caliente. Vestidos con un variopinto surtido de prendas prestadas, estaban reunidos en la sala de descanso de la central para contar sus historias.

Los reporteros pasaron los vídeos del ataque a Renaud, pero era de poca calidad y apenas si veía el rostro del pistolero. En las grabaciones solo se escuchaba la breve conversación entre Renaud y el atacante.

Austin se aliviaba del dolor de los cortes y las magulladuras con una botella de cerveza belga de la despensa de la central. Permanecía sentado con la barbilla apoyada en una mano, y notaba cómo crecía su furia mientras Skye y los otros atrapados en el túnel describían en detalle el despiadado acto que había estado a

punto de conseguir que varias personas inocentes sufrieran una muerte horrible en el interior del glaciar.

—Este es un asunto que incumbe a la policía —señaló Drouet, cuando acabaron los relatos—. Hay que ponerlo en conocimiento de las autoridades.

Austin prefirió callarse. Para cuando llegaron los gendarmes, el rastro estaría más frío que su cerveza.

Renaud no veía la hora de marcharse. Se aprovechó de sus rasguños como si se tratara de una herida mortal para hacerse con un asiento en el helicóptero de la compañía. Rawlins y los reporteros también querían ocuparse de sus artículos, que abarcaban mucho más que la noticia del hallazgo del cuerpo congelado. Los periodistas llamaron al piloto del hidroavión que los había traído al glaciar para que los recogiera.

El piloto les aclaró un misterio. Dijo que había estado en el lago a la espera de que volvieran los reporteros del glaciar, cuando el hombre alto había llegado a la playa en el Citroen de LeBlanc. El hombre le había comunicado que los demás se quedarían a pasar la noche, y que él necesitaba marcharse con urgencia.

Skye, que miraba el hidroavión a punto de despegar, se echó a reír al recordar la marcha de Renaud.

—¿Has visto lo que hizo Renaud? Se aprovechó de la mano herida para que lo dejaran marchar primero.

—Tu tono de burla sugiere que no te dio ninguna pena que Renaud se marchara —dijo Austin.

Skye hizo como si se lavara las manos.

—Mi padre decía que la basura maloliente cuanto más lejos mejor.

Lessard, que estaba junto a Skye, observó el despegue del hidroavión y lo siguió con una mirada triste hasta que desapareció al otro lado de las montañas.

—Bien, señor Austin, es hora de volver al trabajo —comentó con voz lúgubre—. Gracias por la diversión que usted y sus amigos han traído a este solitario lugar.

Austin le dio un fuerte apretón de manos.

—El rescate hubiese sido imposible sin su ayuda. Creo que dentro de muy poco tendrá compañía. En cuanto se divulgue la historia, esto se llenará de reporteros y policías.

Lessard pareció muy complacido.

—¿Usted cree? —Sonrió—. Si me perdona, iré ahora mismo a mi despacho para prepararme. Le enviaré una furgoneta para que lo lleve al lago.

—Lo acompaño —dijo Skye—. Tengo que recoger algo que dejé en la central.

—El caballero no parece estar satisfecho con sus quince minutos de fama —comentó Zavala—. Ahora, si ya no necesitas de mis servicios...

Austin apoyó una mano en el hombro de su amigo.

—No me digas que quieres abandonar este paraíso para regresar a Chamonix y estar con ese bombón francés.

Zavala siguió a Skye con la mirada.

—No creo ser el único que quiere disfrutar de las golosinas locales.

—Me llevas ventaja, Joe. La dama y yo ni siquiera hemos disfrutado de nuestra primera cita.

—Pues no seré yo quien se interponga en el camino del romance.

—Ni yo —Austin acompañó a Zavala hasta el helicóptero—. Nos vemos en París.

El atasco era horroroso incluso para lo que era habitual en Washington. Paul Trout, sentado al volante del Humvee, contemplaba con ojos vidriosos el muro de coches que cerraba la avenida Pensilvania, cuando se volvió bruscamente hacia Gamay y le dijo:

—Se me están taponando las agallas.

Gamay puso los ojos en blanco como suelen hacer las esposas acostumbradas a las excentricidades de sus maridos.

Tenía claro lo que vendría a continuación. La familia de Paul solía decir, y no era una broma, que si un Trout permanecía demasiado tiempo lejos de su hogar ancestral, comenzaría a boquear como un pez fuera del agua. Por lo tanto, no se sorprendió cuando Paul dio la vuelta en U, con el desprecio por las normas que parecía innato en los conductores de Massachussets.

Mientras Paul conducía como si estuviese participando en las maniobras de la operación Tormenta del Desierto, Gamay llamó primero a una compañía aérea para reservar dos pasajes y luego a la NUMA para avisar que se ausentarían durante unos días. Pasaron por su casa en Georgetown como dos tornados. Hicieron las maletas con lo mínimo indispensable y marcharon al aeropuerto.

No habían pasado ni dos horas desde que habían desembarcado en Boston, que ya estaban en Cape Cod, y paseaban por Water Street en el pueblo de Woods Hole, donde había nacido Paul. La calle principal de Wood Hole tenía una longitud de unos cuatrocientos metros, pasaba entre el puerto y una salina, y los edificios a ambos lados albergaban las oficinas y laboratorios de entidades dedicadas a las ciencias marinas y medioambientales.

La más famosa era la Woods Hole Oceanographic Institution. Un poco más allá, en un antiguo edificio de ladrillo y piedra, estaba el Marine Biological Laboratory, cuyos programas de investigación y su biblioteca de casi doscientos mil libros atraían a expertos del todo el mundo. A un tiro de piedra del MBL se encontraba el acuario de la National Marine Fisheries. En las afueras estaban el U.S. Geological Survey y docenas de instituciones relacionadas con los estudios marinos y empresas privadas que fabricaban instrumentos de alta tecnología utilizados por los científicos marinos de todo el globo.

Una brisa procedente de las islas Elizabeth soplaba a través de la bahía. Trout se detuvo en el pequeño puente levadizo que unía Eel Pond con Great Harbor y respiró profundamente el aire salado, convencido de que había algo de verdad en la historia de las agallas. Ahora podía respirar a placer.

Trout era hijo de un pescador local, y su familia continuaba viviendo en la misma casa típica de Cape Cod donde había nacido. Su hogar intelectual era el

Oceanographic Institution.

En la adolescencia había hecho recados para algunos de los científicos de la institución y habían sido ellos quienes lo habían animado a especializarse en geología oceánica, algo que acabaría por llevarlo a la NUMA y al equipo de misiones especiales.

En las pocas horas transcurridas desde la llegada, Paul había ido a su casa, había llamado a varios parientes y había comido con Gamay en un pequeño restaurante donde conocía a todos los clientes. Luego había comenzado las visitas. Estaba en el laboratorio de la institución donde un antiguo colega le explicaba las últimas novedades en vehículos sumergibles autónomos, cuando sonó el teléfono.

—Es para ti —dijo su colega, y le pasó el teléfono.

—Hola, Trout —gritó una voz—. Soy Sam Osborne. Me dijeron en el correo que estaba por aquí. ¿Qué tal están usted y su preciosa esposa?

Osborne era un botánico, considerado como uno de los más destacados expertos mundiales en el estudio de las algas.

Después de años dedicados a la enseñanza, hablaba como si tuviese que hacerse escuchar en el fondo del aula.

Trout no se molestó en preguntarle cómo lo había encontrado. Era imposible mantener algo en secreto en un pueblo del tamaño de Woods Hole.

—Estamos bien, gracias. Le agradezco la amabilidad de llamarme, doctor Osborne.

Se escuchó con toda claridad el carraspeo de Osborne.

—En honor a la verdad, con quien quiero hablar no es con usted sino con su esposa.

—No lo culpo —respondió Trout, con una sonrisa—. Gamay es mucho más bonita.

Le pasó el teléfono a su esposa. Gamay Morgan-Trout era una mujer que sin tener un cuerpo escultural, a los hombres les parecía muy atractiva. Tenía una sonrisa deslumbrante con una muy pequeña separación en los incisivos. Era alta, medía un metro setenta y cinco, y pesaba sesenta y cinco kilos, que era poco para su estatura. El pelo largo era de un color burdeos, y había sido la razón por la que su padre, un buen conocedor de vino, le hubiese dado el nombre de la uva Beaujolais.

Mucho más abierta y vivaracha que su marido, trabajaba bien con los hombres, un talento que se remontaba a su adolescencia en Wisconsin. Su padre, un acaudalado promotor inmobiliario, la había animado a competir con los hombres, y le había enseñado a navegar y a disparar. Era una buceadora experta y una excelente tiradora. Gamay escuchó durante unos segundos, y después respondió:

—Ahora mismo salimos. —Colgó el teléfono—. El doctor Osborne quiere que vayamos al MBL. Dice que es urgente.

—Todo es siempre urgente para Sam —comentó Paul.

—Vamos, chico. No es necesario que seas sarcástico solo porque quisiera hablar

conmigo.

—Te juro que nada más lejos de mi intención —afirmó Paul, y enlazó el brazo de Gamay con el suyo.

Se despidió de su colega y él y Gamay salieron de nuevo a Water Street. Al cabo de unos pocos minutos llegaron al Lillie Research Building. Subieron la ancha escalinata de piedra y entraron en el edificio.

El doctor Osborne los esperaba en el vestíbulo. Estrechó la mano de Paul y abrazó a Gamay, que había sido una de sus alumnas cuando estudiaba biología marina en el Scripps Institute of Oceanography en California. Osborne era un cincuentón de cabellos canosos; un hombre de huesos grandes y unas enormes manos que parecían más adecuadas para empuñar un pico que para trabajar con los delicados filamentos de la vegetación marina que era su especialidad.

—Gracias por venir. Espero que no sea una molestia.

—En absoluto —manifestó Gamay—. Siempre es un placer verlo.

—Quizá no opine lo mismo cuando escuche lo que tengo que decirle —replicó Osborne con una sonrisa enigmática.

Sin darles más explicaciones, los llevó a su despacho. El MBL gozaba una muy merecida fama a nivel mundial por su magnífica biblioteca y la calidad de sus instalaciones científicas, pero el Lillie era un lugar muy poco imponente. Las tuberías estaban a la vista, las puertas eran de madera con los cristales esmerilados, y su aspecto general reflejaba exactamente lo que era: un venerable laboratorio.

Osborne los hizo pasar a su despacho. Gamay recordaba que Osborne era un fanático del orden, y vio que no había cambiado. Mientras muchos profesores de su mismo nivel tenían unos despachos que eran auténticas leoneras, en el suyo no había más que una mesa con un ordenador y un par de sillas plegables para las visitas. El único lujo era una tetera que había comprado en Japón.

Sirvió tres tazas de té verde y después de un par de minutos de charla, entró en materia.

—Perdonen si les parezco brusco, pero escasea el tiempo, así que iré directamente al grano. —Se reclinó en la silla, unió las manos por las puntas de los dedos y se dirigió a Gamay—. Usted es bióloga marina. ¿Qué sabe de la *Caulerpa taxifolia*?

Gamay se había licenciado en arqueología marina en la Universidad de Carolina del Norte antes de ingresar en el Scripps donde se había doctorado en biología marina. La joven sonrió para sus adentros al recordar su época de estudiante en la clase de Osborne. El profesor tenía la costumbre de plantear las preguntas como si fueran afirmaciones.

—La *Caulerpa* es una alga nativa de los trópicos, aunque a menudo se la encuentra en los acuarios domésticos.

—Correcto. ¿También sabe que la variedad de agua fría que se adapta perfectamente al acuario se ha convertido en un problema importante en algunas zonas costeras?

—El alga asesina —dijo Gamay—. Ha destruido grandes extensiones de la vegetación submarina en el Mediterráneo y se ha extendido a otros lugares. Es una variedad de un alga tropical. Las algas tropicales no viven en las aguas frías, pero esta variedad se ha aclimatado. Puede propagarse por cualquier parte del mundo.

—El alga de la que hablamos fue a parar al agua accidentalmente durante una limpieza en el Museo Oceanográfico de Mónaco en 1984. Desde entonces se ha extendido en una superficie de treinta mil hectáreas de fondos marinos pertenecientes a seis países mediterráneos, y es un problema en Australia y San Diego. Se propaga como el fuego. El problema no solo es la velocidad. Las colonias de *Caulerpa* son extremadamente invasivas. Es rastrera y forma una densa capa verde sobre la flora y la fauna, de forma tal que las priva de la luz y el oxígeno. Su presencia destruye la base de la pirámide alimenticia marina, y acaba con las especies nativas con tremendas consecuencias para los ecosistemas.

—¿No hay manera de combatir esta plaga?

—En San Diego han probado con cierto éxito cercarla con lonas y verter cloro en el agua y el fango que la sujeta. La técnica sería inútil en caso de una propagación a gran escala.

También se ha comunicado a las tiendas que venden la *Caulerpa* o rocas que podrían estar contaminadas que adviertan del peligro que representa.

—¿No tiene enemigos naturales? —preguntó Trout.

—Sus mecanismos de defensa son sorprendentemente complejos. El alga contiene unas toxinas que repelen a los herbívoros. Tampoco muere durante el invierno.

—Un auténtico monstruo —dijo Paul.

—Lo es. El trozo más pequeño puede dar origen a una nueva colonia. La única debilidad es que no se reproduce sexualmente, como sus parientes salvajes. Pero piense en lo que podría ocurrir si dispersara esporas a grandes distancias.

—No es una perspectiva agradable —admitió Gamay—. No habría forma de detenerla.

—Usted es geólogo marino —le dijo Osborne a Paul—. ¿Qué sabe de la zona de la Ciudad Perdida?

Trout agradeció salir del reino de la biología y entrar en un tema que era el suyo.

—Es una zona de chimeneas hidrotermales a lo largo del macizo atlántico. El material que sale del fondo marino ha formado unas torres de sedimentos minerales que parecen rascacielos, de ahí el nombre. He leído los trabajos publicados. Es algo fascinante. Me gustaría poder ir allí en alguna ocasión.

—Quizá la oportunidad esté muy próxima —señaló Osborne.

Paul y Gamay se miraron intrigados.

Osborne se echó a reír al ver sus expresiones.

—Será mejor que me acompañen —dijo.

Salieron del despacho y después de varias vueltas y revueltas llegaron a un

pequeño laboratorio. Osborne se acercó a un armario metálico cerrado con llave. Lo abrió y sacó un recipiente de cristal con tapa hermética de unos treinta centímetros de alto y quince de diámetro. Colocó el recipiente debajo de una lámpara. Estaba lleno con una sustancia espesa de color gris verdoso. Gamay se inclinó para observar el contenido.

—¿Qué es este mucílago?

—Antes de responder a la pregunta, le daré algunos detalles. Hace unos meses, el MBL participó con el Woods Hole Oceanographic en una expedición conjunta a la Ciudad Perdida. El lugar está lleno de extraños microbios y las sustancias que producen.

—Las temperaturas y los compuestos químicos en el lugar son comparables a las condiciones imperantes en el planeta cuando comenzó la vida —dijo Gamay.

—Así es. En aquella expedición, el sumergible *Alvin* obtuvo muestras de algas. Este es un ejemplar muerto.

—El tallo y las hojas tienen un cierto parecido con la *Caulerpa*, pero son diferentes.

—Correcto. El género tiene más de setenta variedades de *Caulerpa*, incluidas las que se venden en las tiendas. Hay pruebas de conducta invasiva en cinco de ellas, aunque son pocas las variedades estudiadas a fondo. Esta es una variedad absolutamente desconocida. Le he dado el nombre de *Caulerpa gorgonosa*.

—Alga gorgona. Me gusta.

—No le gustará cuando conozca bien a este engendro infernal. En términos científicos, estamos viendo una mutación de la *Caulerpa*. A diferencia de sus primos, en cambio, esta variedad se reproduce sexualmente.

—Si es así, la gorgona puede esparcir sus huevos (esporas) en grandes extensiones. Eso sería un problema grave.

—Ya lo es. La gorgona se ha mezclado con la *taxifolia*, y ahora la está desplazando. Ha aparecido en las Azores, y estamos encontrando muestras a lo largo de la costa española. El ritmo de crecimiento es fenomenal. Se ha producido un desarrollo que es excepcional. Ahora mismo hay grandes masas de algas que flotan en el Atlántico. No tardarán mucho en formar una sola.

Paul silbó por lo bajo.

—A esa velocidad podría cubrir todo el océano.

—Eso no es lo peor. La *taxifolia* crea una capa asfixiante.

Como la Medusa cuya mirada transformaba a los hombres en piedra, la gorgona se convierte en una biomasa dura que acaba con todo lo vivo a su alrededor.

Gamay contempló el frasco con el horror aportado por su conocimiento de los océanos.

—En resumen, nos está diciendo que los océanos se solidificarían.

—Ni siquiera alcanzo a concebir semejante escenario, pero sí sé una cosa. Dentro de muy poco, la gorgona llegará a costas con temperaturas moderadas y causará una

catástrofe ecológica irrecuperable —declaró Osborne, con una voz que por una vez era poco más que un murmullo—. Afectará al clima, y provocará hambrunas. Se acabará el transporte marítimo. Las naciones que dependen de las proteínas marinas pasarán hambre. Habrá revueltas en todo el mundo entre los que tengan y no tengan alimentos.

—¿Quién más está enterado de esto? —preguntó Paul.

—Los capitanes han informado de la presencia de los bancos de algas solo como una molestia para la navegación, pero fuera de esta sala solo un puñado de colegas de la máxima confianza en este y otros países están al corriente de la gravedad del problema.

—¿La gente no tendría que saberlo para unir esfuerzos y acabar con la amenaza? —preguntó Gamay.

—Por supuesto. Pero no quiero arriesgarme a que cunda el pánico hasta acabar con mis investigaciones. Estoy preparando un informe que presentaré la semana que viene ante las organizaciones pertinentes como las Naciones Unidas y la NUMA.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda ser antes? —Quiso saber Gamay.

—Sí, pero hay un problema. Cuando el tema es el control biológico, casi siempre se plantea un conflicto entre los partidarios de la erradicación y el estudio científico. Los primeros, como es comprensible, quieren atacar el problema rápidamente y con todas las armas a su alcance. Si se divulga la noticia, se pondrá freno a las investigaciones por miedo a que su trabajo ayude a la propagación del alga. —Miró el recipiente—. Esta criatura no es sencillamente una mala hierba que arrastra la corriente. Estoy convencido de que podremos vencerla en cuanto tengamos más armas a nuestra disposición. A menos que sepamos exactamente a qué nos enfrentamos, no habrá ningún método de erradicación que funcione.

—¿En qué puede ayudar la NUMA? —preguntó Gamay.

—Está en marcha otra expedición a la Ciudad Perdida. El barco de exploración oceánica *Atlantis* llegará esta semana al lugar con el *Alvin* a bordo. Intentarán explorar la zona donde se ha producido la mutación del alga. En cuanto averigüemos las condiciones que llevaron a esta aberración, comenzaremos a trabajar en la forma de combatirla. Estaba buscando la manera de acabar el trabajo pendiente y unirme a la expedición. Cuando me enteré de que ustedes habían llegado, me dije que no podía ser más oportuno. Tienen todos los conocimientos necesarios. ¿Qué les parece sumarse a la expedición?

Solo serían unos pocos días.

—Por supuesto. Tendremos que obtener el permiso de nuestros superiores, pero eso no será un problema.

—Confío en su discreción. En el momento en que tengamos las muestras, haré público el informe con mis colegas de todo el mundo.

—¿Dónde está ahora *el Atlantis*? —preguntó Paul.

—Regresa de otra expedición. Recalará mañana en las Azores para cargar

combustible. Pueden embarcar allí.

—Lo haremos —afirmó Paul—. Podemos estar de regreso en Washington esta noche y salir mañana por la mañana. —Miró el frasco—. Tendremos una grave problema si esta cosa sale de la botella.

Gamay, que no había apartado la mirada del recipiente, manifestó:

—Me temo que el genio ya está fuera de la botella. Tendremos que encontrar la manera de que vuelva al interior.

—¿Alga gorgona? —repitió Austin—. Esa es nueva. ¿Es tan mala como dice tu amigo?

—Podría serlo —respondió Gamay—. El doctor Osborne está muy preocupado. Respeto mucho sus opiniones.

—¿Tú qué crees?

—Es un motivo de preocupación, pero no puedo darte una opinión definitiva hasta que obtengamos más pruebas en la Ciudad Perdida.

Gamay había llamado a Austin, que se encontraba a bordo del *Mummichug*. Se había disculpado por sacarlo de la cama, y le había comunicado que ella y Paul iban de camino a la Ciudad Perdida y que se había querido asegurar de que supiera lo que harían.

—Gracias por la información. Será mejor que avisemos a Dirk y Rudi. —Se refería a Dirk Pitt, que había sucedido al almirante Sandecker como director de la NUMA, y Rudi Gunn, que estaba a cargo de dirigir las operaciones de la agencia.

—Paul ha hablado con los dos. La NUMA ya tiene a unos cuantos biólogos trabajando en el problema de la *Caulerpa*.

—¿Por qué no me sorprende que Dirk esté a un paso por delante de nosotros? —comentó Austin, con un tono risueño.

—Solo medio paso. No sabía nada de la relación con la Ciudad Perdida. Espera el informe sobre nuestra misión.

—Yo también. Buena suerte. Mantenedme informado.

Las palabras de T. S. Eliot sonaron en la mente de Austin cuando colgó el teléfono. «Es de esta manera que se acaba el mundo. No con una explosión sino con un gemido». Más apropiado sería decir con un gorgoteo.

Paul y Gamay podían ocuparse de la situación y no había nada más que él pudiera hacer por ahora, así que se dedicó a realizar una inspección a fondo del SEAmobile. Austin llegó a la conclusión de que aparte de unas pocas abolladuras y rasponazos, el sumergible estaba en mejor estado que él. Se sentó en la cabina y comprobó el funcionamiento de los controles. Todos los sistemas funcionaban correctamente, así que fue a la cocina para buscar dos tazas de café, y luego bajó para ir a llamar a la puerta del camarote de Skye.

Conscientes de que el *Mummichug* era un barco relativamente pequeño, sus diseñadores habían incluido pequeños camarotes individuales para que los tripulantes pudieran tener intimidad. Skye ya se había levantado. Abrió la puerta en el acto y sonrió al ver a Austin.

—Buenos días —dijo Kurt. Le dio una de las tazas de café—. ¿Has dormido bien? —le preguntó al ver las bolsas oscuras debajo de los ojos.

—La verdad es que no. No dejo de soñar que me aplastan toneladas de hielo.

—Tengo la mejor cura para las pesadillas. ¿Qué te parece la exploración de una tumba submarina?

El rostro de Skye se animó inmediatamente.

—¿Cómo podría una mujer en su sano juicio rechazar semejante propuesta?

—Pues entonces acompáñame. La carroza nos espera.

Austin y Skye se instalaron en la cabina y la tripulación bajó el sumergible montado en la plataforma entre los dos cascos del catamarán. Una vez libre del soporte, el vehículo navegó por la superficie hasta un punto cuyas coordenadas estaban marcadas en el sistema de navegación, y Austin inició la inmersión.

Las aguas cubrieron la burbuja de la cabina cuando el sumergible desapareció debajo de la superficie, y en cuestión de minutos seguían la fila de megalitos hasta la tumba. Austin detuvo el vehículo en la entrada y se aseguró de que las cámaras funcionaban antes de reanudar la marcha. Un segundo más tarde, el SEAmobile cruzaba la entrada del antiguo sepulcro.

Los potentes focos no alcanzaban a iluminar la pared más lejana de la cámara, una clara indicación de que era enorme, con el techo a tanta altura que no podían verlo. Mientras el SEAmobile se adentraba lentamente en la cámara, Austin utilizó uno de los reflectores móviles para alumbrar la pared derecha. Vio que estaba decorada con un bajo relieve.

Las figuras, de una gran calidad artística y muy detalladas, mostraban embarcaciones de vela, paisajes rurales con palmeras y flores, bailarines y músicos. Había peces voladores y delfines. Las embarcaciones eran muy antiguas. Las personas representadas iban bien vestidas y parecían disfrutar de una vida próspera.

Skye estaba inclinada hacia delante con el rostro apoyado en la cúpula transparente como una niña que mira los regalos de Navidad en un escaparate.

—Veo cosas maravillosas —dijo.

Eran las palabras pronunciadas por Howard Carter cuando había descubierto la tumba de Tutankamón.

Austin tenía la sensación cada vez más fuerte de que había algo muy conocido en los dibujos.

—He estado antes aquí —afirmó.

—¿Aquí, en esta tumba?

—No. He visto representaciones similares en una cueva de las islas Feroe, en el Atlántico Norte. El estilo y los temas eran prácticamente los mismos. ¿Cuál es tu opinión?

—Probablemente diré una tontería, pero tienen todo el aspecto de ser minoicos, similares a los dibujos encontrados en Akrotiri, en la isla de Santorini, o en Creta. La civilización minoica floreció alrededor del 1500 a. C. —La joven se dio cuenta de la importancia de sus palabras—. ¿Sabes qué significa esto? —preguntó, entusiasmada—. Estos dibujos y los que tú viste indican que los cretenses viajaron mucho más

lejos de lo que se creía.

—¿Eso los convierte en el eslabón perdido en tu teoría del comercio internacional?

—Efectivamente. Esto confirma que el intercambio comercial norte-sur es mucho más antiguo y activo de lo que suponíamos. —Aplaudió satisfecha—. No veo la hora de mostrarle las imágenes de este vídeo a mis presuntuosos colegas de París.

El sumergible llegó a la pared del fondo, donde dieron la vuelta para recorrer el lado izquierdo de la cámara rectangular. Ahora las escenas correspondían al Lac du Dornier y el glaciar. Pero en lugar de una costa desierta, había edificios, incluso lo que parecía ser una representación de la tumba donde estaban, con los arcos y el glaciar, silencioso e implacable como siempre.

—Por lo que parece, tenías razón sobre los asentamientos alrededor del lago y la boca del río.

—¡Esto es maravilloso! Podemos utilizar las representaciones para trazar un plano con la ubicación de las ruinas.

Por lo que se apreciaba en las escenas del bajorrelieve, el campo de hielo había cubierto una extensión del valle muy superior a la actual. El escultor habían conseguido infundir a su obra una majestuosidad y un poder que iba mucho más allá de una reproducción objetiva del entorno. Realizaron varias pasadas más pero no encontraron ningún túmulo o un sarcófago.

—Me equivoqué del todo con este lugar —reconoció Skye—. No es una tumba. Es un templo.

—Una deducción razonable a la vista de la ausencia de cuerpos. Si hemos acabado aquí, quisiera aclarar otro misterio del lago. —Desplegó el gráfico del sonar lateral y le señaló la anomalía en el fondo.

—Tiene todo el aspecto de un avión —opinó Skye—. ¿Qué hace un avión aquí abajo? Espera. ¿El hombre en el hielo?

Austin respondió con una sonrisa enigmática. Puso en marcha los impulsores, y salieron del templo. Aminoró la marcha cuando se acercaron a la posición marcada en el gráfico, con la mirada atenta. No tardaron mucho en ver una silueta con la forma de un puro.

A medida que se acercaban, Austin vio que la armazón de madera cilíndrica estaba revestida parcialmente con una tela roja. El carenado cónico del morro yacía en el fondo y el motor reflejaba las luces del sumergible. Las bajas temperaturas del agua habían mantenido el fuselaje limpio de la vegetación marina que lo hubiese recubierto en zonas más cálidas. No había ningún rastro de la hélice que seguramente se había destrozado al estrellarse el aparato. Dio una vuelta alrededor del fuselaje hasta que encontró a unos cincuenta metros la parte que faltaba del ala. Luego se acercó de nuevo a los restos.

Skye le señaló el emblema pintado en el timón.

—Vi ese mismo dibujo, el águila de tres cabezas, en el yelmo que encontramos

debajo del glaciar.

—Es una pena que no lo tengamos ahora.

—Lo tenemos. Me lo traje. Está en el barco.

Austin recordó que Skye cargaba con una bolsa en el momento de subir al SEAmobile. Estaba aprendiendo a marchas forzadas que esta hermosa mujer con una sonrisa como un día de sol era alguien a tener muy en cuenta. Observó el dibujo, y luego se fijó en la cabina vacía.

—Ahora sabemos de dónde llegó el Hombre de Hielo.

Debió de saltar antes de que el avión se estrellara en el lago.

Skye se rio con una risa perversa.

—Pienso en Renaud. El muy idiota dijo que el Hombre de Hielo no había caído del cielo. Se equivocó, como siempre.

Por lo que has descubierto, eso es exactamente lo que ocurrió.

El sumergible continuó dando vueltas alrededor del aparato mientras Austin lo filmaba en el vídeo y tomaba fotos digitales, y luego emprendieron el camino de regreso al barco.

Skye se había mostrado muy locuaz y feliz con el hallazgo, pero en cuanto pisó la cubierta y vio el glaciar se calló. Se acercó a la borda para contemplar el campo de hielo. Austin, al advertir el cambio de humor, le pasó un brazo por los hombros.

—¿Estás bien?

—Bajo el agua todo era absolutamente tranquilo, pero se acabó la calma en cuando emergimos y vi el glaciar. —Se estremeció—. Me acuerdo que estuve a punto de morir en su interior.

Austin observó la mirada en los bonitos ojos de Skye, que tenían la expresión perdida de los soldados que sufren fatiga de combate.

—Ni siquiera soy un mal psicólogo aficionado, pero siempre me ha ayudado mucho enfrentarme a mis demonios.

Vayamos a dar un paseo.

La inesperada propuesta la devolvió a la realidad.

—¿Lo dices en serio?

—Ve a la cocina y pide unos cuantos bollos y un termo de café. Te espero en la lancha. Por cierto, me gustan los bollos con pasas.

Skye tenía una fe ciega en Austin, y probablemente hubiese caminado sobre ascuas si se lo hubiese pedido. Austin fue a preparar la lancha mientras ella buscaba los bollos y el café, y partieron para la orilla. Esquivaron los trozos de hielo flotante y desembarcaron en una playa de guijarros a unos trescientos metros del lugar donde el glaciar se partía en pedazos en su entrada al lago.

Una corta caminata por la orilla los llevó hasta la pared lateral del glaciar. La masa de hielo se elevaba muy por encima del llano; la superficie estaba salpicada de cuevas, cráteres y formas retorcidas que semejaban esculturas creadas por los constantes cambios de temperatura y las tremendas presiones. El hielo estaba cubierto

de tierra y una luz azul ultraterrenal alumbraba las fisuras y las cuevas.

—Aquí tienes a tu demonio —dijo Austin—. Ahora ve y tócalo.

Skye esbozó una tímida sonrisa, se acercó al glaciar como si fuese un ser vivo y luego tocó una saliente con la punta del dedo. A continuación apoyó las dos manos en el hielo y empujó con los ojos cerrados, como si quisiera apartarlo.

—Está frío —afirmó con una sonrisa más decidida.

—Es porque tu demonio no es más que un cubito gigante.

Yo pienso en el mar de la misma manera. No está ahí para pillarte. Ni siquiera sabe que existes. Lo acabas de tocar y sigues respirando. No te ha pasado nada. — Levantó la bolsa con los bollos y el café—. Final de la consulta. Es la hora de comer.

Encontraron un par de rocas planas cerca de la orilla y se sentaron de cara al agua. Skye repartió los bollos.

—Gracias por el exorcismo. Tenías razón en eso de enfrentarse a los miedos.

—Tengo una gran experiencia en el tema.

—Me cuesta creer que le tengas miedo a algo.

—No es verdad. Tenía mucho miedo a no encontrarte viva.

—Te lo agradezco y te debo la vida. Pero me refería a otra cosa. No pareces temer en absoluto cuando se trata de tu propia vida.

Austin se inclinó hacia la mujer para hablarle al oído.

—¿Quieres que te cuente mi secreto?

Skye asintió.

—Sé fingir de maravilla. ¿Qué tal el bollo?

—Delicioso, pero la cabeza me da vueltas. ¿Qué opinas de toda esta locura?

La mirada de Austin se fijó en el barco de la NUMA. Recordó la descripción de Coleridge de un barco pintado en un mar pintado mientras ponía en orden los acontecimientos.

—Empecemos por lo que ya sabemos. —Bebió un sorbo de café—. Los científicos que trabajan en el glaciar encontraron el cuerpo de un hombre que llevaba allí mucho tiempo.

Cerca del cuerpo había un yelmo y una caja de seguridad. Un hombre que se hizo pasar por un reportero se llevó la caja a punta de pistola e inundó el túnel. Al parecer, no sabía nada del yelmo.

—Es ahí donde mi mente lógica se frena. ¿Por qué intentó matarnos? No estábamos en disposición de hacerle ningún daño. Para cuando nosotros hubiésemos salido del túnel, él ya estaría muy lejos.

—Creo que inundó el túnel para ocultar al Hombre de Hielo. Tú y los demás simplemente estabais allí. Fue como el glaciar. Nada personal.

Skye mordisqueó el bollo con una expresión pensativa.

—Bueno, debo admitir que tiene su lógica.

Miró a lo lejos, por encima del hombro de Austin. Una nube de polvo se acercaba a gran velocidad. Un minuto más tarde, vieron un Citroen entre el polvo; Fifi. El

coche se detuvo con un tremendo chirrido de frenos. LeBlanc, Thurston y Rawlins bajaron del vehículo y fueron a su encuentro.

—Me alegra muchísimo encontrarlos —manifestó LeBlanc, con una gran sonrisa—. Llamamos al barco desde la central eléctrica y nos dijeron que habían desembarcado.

—Venimos a despedirnos —dijo Thurston.

—¿Se marchan? —preguntó Skye.

—Sí. —El científico norteamericano señaló en dirección del glaciar—. No tiene sentido quedarnos aquí con el laboratorio inundado. Regresamos a París. Un helicóptero nos llevará hasta el aeropuerto más cercano.

—¿París? —exclamó Skye—. ¿Hay un asiento para mí?

—Por supuesto —contestó LeBlanc. Le tendió la mano a Kurt—. Muchas gracias otra vez por salvarnos la vida, señor Austin. No me hubiese gustado dejar huérfana a Fifi. Se quedará en la central con el supervisor Lessard. Hablaremos con la compañía eléctrica sobre los trabajos de vaciado del túnel.

Quizá podamos regresar el año que viene.

—Lamento marcharme de esta manera —le dijo Skye a Kurt—. Pero aquí no hay nada más que hacer y quiero preparar toda la información recogida para el análisis.

—Lo comprendo. También se acaba el proyecto del *Mummickug*. Me quedaré a bordo para escribir el informe mientras el barco vuelve a la base. Después iré a la estación de ferrocarril más cercana y cogeré el TGV a París para nuestra cena.

—Muy bien. Con una condición. Invito yo.

—¿Cómo podría alguien en su sano juicio decir que no?

Me enseñarás la ciudad.

Austin llevó a Skye al barco para que recogiera sus pertenencias y la trasladó de nuevo a la playa, donde esperaba el helicóptero. Ella le besó en las mejillas y los labios, le hizo prometer que la llamaría en cuanto llegara a París, y subió al helicóptero. Ya regresaba al barco cuando el helicóptero pasó por encima de la lancha y vio cómo Skye lo saludaba.

De nuevo a bordo, Austin descargó las cámaras de vídeo y la digital del sumergible. Se las llevó a la sala de ordenadores. Imprimió las fotos del fuselaje y las observó detenidamente. Luego, puso en la pantalla las fotos correspondientes al motor hasta que encontró una donde aparecía lo que buscaba: las marcas en el bloque.

Seleccionó la zona grabada con el cursor y la amplió hasta que vio el nombre del fabricante y un número de serie. Se reclinó en la silla y miró la imagen durante un momento antes de coger el teléfono y marcar un número.

—Taller de bicicletas volantes de Orville y Wilbur —dijo una voz chillona.

Austin sonrió mientras se imaginaba la nariz ganchuda y el rostro afilado de su interlocutor.

—No puedes engañarme, Ian. Sé que los hermanos Wright cerraron su taller de bicicletas hace mucho.

—Caray, Kurt, no puedes reprocharme el intentarlo. Estoy muy ocupado recaudando fondos para el Centro UdvarHazy en el aeropuerto Dulles y no quiero perder tiempo en pamplinas.

Ian MacDougal era un antiguo piloto de combate de la marina a cargo de los archivos del Smithsonian's Air and Space Museum. Era el equivalente aeronáutico de St. Julien Perlmutter, cuya inmensa biblioteca de temas náuticos era la envidia de muchas instituciones académicas, y cuyos conocimientos de historia naval eran admirados en todo el mundo. El alto y delgado MacDougal era la antítesis física del fornido Perlmutter, y mucho menos extravagante, pero sus enciclopédicos conocimientos sobre los aviones y su historia rivalizaban los conocimientos marítimos de St. Julien.

—Puedes contar con una substanciosa aportación, e intentaré evitarte la cháchara. Estoy en Francia y necesito identificar un avión que encontré en el fondo de un lago glaciar en los Alpes.

—Nadie como tú para plantearme desafíos. —MacDougal parecía encantado de tener una ocasión para olvidarse de recaudar fondos—. Explícame más.

—Pon en marcha tu ordenador y te enviaré unas cuantas fotos.

—Está encendido.

Austin ya tenía las fotos preparadas en un archivo, y las imágenes captadas en el fondo del lago volaron por el ciberespacio a través del Atlántico en un milisegundo. MacDougal seguía al teléfono y Austin lo escuchó murmurar.

—¿Qué me dices? —le preguntó al cabo de unos segundos.

—Por la forma cónica del carenado del motor, diría que se trate de un Morane-Saulnier. Era un avión de la Primera Guerra Mundial basado en un aparato de carreras. Era más rápido y maniobrable que cualquier otro caza de la época. La ametralladora sincronizada con el paso de la hélice fue algo revolucionaria. Desafortunadamente, uno de los aviones aliados se estrelló en territorio enemigo y Fokker no solo copió el sistema sino que lo mejoró. Supongo que en alguna parte hay una moraleja.

—Te dejo a ti las complejidades morales. ¿Se te ocurre alguna idea de cómo pudo este avión acabar en el fondo de un lago?

—La respuesta obvia es que cayó, cosa que a veces hacen los aviones. Podría intentar adivinarlo, pero seguramente me equivocaría. Sé de una persona que podría ayudarte. Solo está a un par de horas de París.

Austin tomó nota del nombre y el teléfono.

—Muchas gracias. Recibirás mi donación en cuanto regrese a Washington. No te olvides de darle mis saludos a Wilbur y Orville.

—De tu parte.

Austin colgó, y de inmediato marcó el número que le había dado Ian.

Skye cerró de un golpe la tapa del grueso catálogo que había estado consultando y lo empujó a través de la mesa para dejarlo junto a una pila de volúmenes similares. Movi6 los hombros en círculos, estiró los brazos para relajar los músculos, y luego se reclinó en la silla, con los labios fruncidos, y observó el yelmo que tenía delante. Siempre había considerado las armas y las armaduras como simples herramientas, objetos inanimados que se empleaban en algo tan repugnante como la guerra, pero el yelmo le provocaba escalofríos. El metal negro parecía exudar una malevolencia que le era del todo desconocida.

A su regreso a París, se había llevado el yelmo a su despacho en la Sorbona convencida de que no le costaría mucho identificarlo con todas las herramientas de búsqueda que tenía a su disposición. Lo había fotografiado digitalmente para cargarlo en el ordenador y luego había iniciado la búsqueda en las bases de datos. La primera consulta la hizo en los archivos franceses, y a continuación pasó a los de Italia y Alemania, los países que habían sido los principales fabricantes de armamento de la época.

Al no encontrar ninguna referencia, había ampliado la búsqueda al resto de Europa, y después había pasado a Oriente y el resto del mundo. Había rastreado en los registros que se remontaban a la Edad del Bronce. Cuando la búsqueda informática acabó en fracaso, recurrió a los catálogos y otros libros de referencia de su biblioteca. Repasó los antiguos manuscritos y grabados. Llevada por la desesperación, buscó en el tapiz Bayeux, pero los cascos cónicos de los guerreros no se parecían en nada al yelmo que tenía en la mesa.

El yelmo era todo un enigma. No había duda que era obra de un extraordinario artesano y por sus características parecía más una pieza ornamental que un artefacto de guerra, aunque las abolladuras y rasponazos apuntaban a la posibilidad de que hubiese sido utilizado en la batalla. También el agujero producido aparentemente por un proyectil era un misterio en sí mismo.

El diseño sugería un origen muy antiguo. El peso lo soportaba la cabeza como en los primeros yelmos. Los modelos posteriores tenían una gola que permitía transferir el peso a los hombros. El yelmo tenía en la parte superior una cresta en forma de abanico, otra innovación que reforzaba las defensas contra los golpes de una maza.

La forma de los yelmos había evolucionado de la cónica propia del siglo XI a los redondeados del siglo XII. Los protectores nasales se habían ampliado para defender todo el rostro, y habían aparecido las hendiduras para los ojos y los respiraderos. Los yelmos alemanes solían ser pesados y angulosos; los modelos italianos eran de líneas redondeadas, como un reflejo de la influencia renacentista.

Lo más extraordinario del yelmo era el metal. La fabricación del acero había comenzado en el 800 a. C. pero se había tardado siglos en conseguir un metal de esta calidad. Quien había fundido este metal era un maestro. La dureza del acero era evidente en la muesca en la parte superior conocida como «marca de prueba». Alguien había disparado contra el yelmo con un arcabuz, sin perforar el metal. Pero tal como demostraba el agujero, cada nuevo adelanto en el blindaje provocaba un adelanto equivalente en las formas de atravesarlo. Las armaduras se habían convertido en obsoletas después de la batalla de Bicocca en 1522. El enemigo imbatible había sido la gravedad más que los proyectiles; las armaduras sencillamente pesaban demasiado.

El rostro grabado en el visor era típico de las armaduras italianas del siglo XVI. Los artesanos nunca grababan los yelmos de combate. Las superficies debían ser pulidas y redondeadas, o con planos que permitieran el deslizamiento del golpe. Los grabados destruían la eficacia de la superficie. Cogió su abridor de cartas, una daga italiana, e intentó meter la punta o el filo en alguno de los resquicios. A pesar de los grabados y relieves que cubrían el yelmo, el metal estaba trabajado de tal modo que resbalaban los golpes.

Volvió a centrarse en el acero. No había un detalle más claro para distinguir a un artesano de otro que su técnica para temprar el metal. Golpeó el casco con los nudillos y se escuchó un sonido claro como el tañido de una campana. Luego resiguió con el dedo la figura de una estrella de cinco puntas con «patas». Giró el yelmo. Visto desde otro ángulo, el relieve representaba una estrella fugaz. Recordó haber visto una espada hecha con hierro de un meteorito en una colección inglesa. Se podía afilar el acero como una navaja. ¿Por qué no un yelmo? Tendría que consultar a un metalúrgico.

Se frotó los ojos fatigados después de tantas horas de lectura, y con un suspiro de resignación cogió el teléfono. Un hombre atendió la llamada. Su voz era profunda y educada.

—*Oui, Darnay Antiquités.*

—Charles. Soy Skye Labelle.

—¡Ah, Skye! —El tono de Darnay reflejó su placer—. ¿Cómo estás, querida? ¿Qué tal el trabajo? ¿Es verdad que has estado en los Alpes?

—Sí. Por eso te llamo. Me encontré un viejo yelmo durante la expedición. Es algo muy curioso y me gustaría que lo vieras. Me tiene absolutamente desconcertada.

—¿Qué le pasa a tu fantástico ordenador?

Darnay y Skye solían discutir amistosamente sobre las herramientas tecnológicas que ella utilizaba. El anticuario creía que la experiencia obtenida a través del contacto directo con los artefactos era muy superior a escarbar en una base de datos. Skye sostenía que el ordenador le ahorraba tiempo.

—No le pasa nada a mi ordenador —replicó con un falso tono de indignación—. También he buscado en todos los libros de mi biblioteca. No he encontrado nada que

se le parezca.

—Me sorprende mucho. —Darnay conocía la biblioteca de Skye—. Era una de las mejores. Me encantará verlo. Pásate por aquí ahora mismo si quieres.

—Hecho, ahora mismo salgo.

Envolvió el yelmo en una funda de almohada, lo guardó en una bolsa de *AH Printemps* y se dirigió a la estación de metro. La tienda de Darnay estaba en la margen derecha del Sena, en una callejuela junto a una panadería de donde salían olores a cuál más delicioso. En la puerta estaba escrita con pequeñas letras mayúsculas doradas la palabra ANTIQUITÉS. En el escaparate había solo unos cuantos cuernos de pólvora, un par de pistolas de duelo y media docena de espadas oxidadas, todo cubierto con una gruesa capa de polvo. No era una muestra que animara a entrar en la tienda, y esa era la intención de Darnay.

Sonó una campanilla cuando entró en el local. El interior era oscuro, olía a moho y estaba casi vacío: una armadura polvorienta y un par de vitrinas con unas réplicas baratas de dagas antiguas. Se abrió una cortina de terciopelo en el fondo, y un hombre nervudo vestido de negro salió de la trastienda.

Miró de reojo a Skye, pasó a su lado silencioso como una sombra y al salir cerró la puerta con mucha discreción.

Otro hombre salió de la trastienda. Era bajo, setentón, y se parecía al viejo actor de cine Claude Rains. Iba impecablemente vestido con un traje azul oscuro y una corbata de seda roja, pero también hubiese parecido elegante vestido con un mono. En sus ojos oscuros resplandecía la inteligencia. Tenía el pelo y el bigote canoso y fumaba un Gauloises en una boquilla, que se quitó de la boca para besar a Skye en las mejillas.

—Sí que te has dado prisa —comentó con una sonrisa—. Ese yelmo debe de ser un hallazgo muy importante.

Skye le devolvió los besos.

—Eso me lo dirás tú. ¿Quién era el hombre que acaba de salir?

—Es uno de mis... proveedores.

—Pues tiene toda la pinta de ser un ladrón.

Una expresión de alarma apareció por un instante en el rostro de Darnay, que después se echó a reír.

—Por supuesto. Lo es.

Darnay colgó el cartel de CERRADO en la puerta, y la invitó a pasar a la trastienda. A diferencia del aspecto ruinoso de la sala de exposiciones, el despacho-taller estaba muy bien iluminado y todo era un diseño muy moderno. En las paredes había una amplia colección de armas, pero todas de inferior calidad que le vendía a coleccionistas poco entendidos. Las antigüedades de verdadero valor las tenía a buen recaudo en un almacén.

A pesar de que se burlaba de Skye por su confianza en la tecnología, realizaba casi todas sus operaciones a través de internet y un catálogo de lujo que enviaba a una

muy exclusiva lista de clientes, y que era esperado con ansia por anticuarios y coleccionistas de todo el mundo.

Skye había conocido a Darnay cuando buscaba consejo para descubrir falsificaciones. No tardó en averiguar que su conocimiento de las armas y armaduras sobrepasaba al de muchos académicos, incluida ella. Se habían hecho grandes amigos, aunque no había ninguna duda de que traficaba con antigüedades robadas. En resumen, era un ladrón, pero con mucha clase.

—Veamos lo que has traído, querida. —Le señaló la mesa brillantemente iluminada que utilizaba para fotografiar los objetos que aparecerían en el catálogo.

Skye sacó el yelmo de la bolsa, la dejó sobre la mesa y luego le quitó la funda como quien descubre un busto.

Darnay contempló el yelmo con reverencia. Luego caminó alrededor de la mesa y en varias ocasiones se agachó para arrimar el rostro al metal hasta casi tocarlo. Después de un par de vueltas, recogió el casco, lo sopesó, lo sostuvo en alto y acabó por ponérselo. Con el yelmo puesto, se acercó a un armario y sacó una botella de Grand Marnier.

—¿Brandy?

Skye se echó a reír al ver su aspecto ridículo y sacudió la cabeza.

—¿Qué opinas?

—Extraordinario. —Darnay dejó el casco en la mesa y se sirvió una copa—. ¿Dónde has conseguido esta preciosa obra de arte?

—Enterrada en el glaciar Le Dormeur.

—¿En un glaciar? Todavía más extraordinario.

—Te lo parecerá aún más cuando escuches toda la historia. Lo encontraron junto a un cuerpo atrapado en el hielo. Es probable que el cuerpo lleve menos de cien años allí. Se cree que saltó en paracaídas de un avión cuyos restos encontraron en un lago junto al glaciar.

Darnay pasó el dedo índice por el orificio en el yelmo.

—¿Qué me dices de esto?

—Creo que es un agujero de bala.

El anticuario no pareció sorprenderse.

—¿Entonces podría ser que el aviador llevara puesto el yelmo?

—Posiblemente.

—¿No es una marca de prueba?

—No lo creo. El acero es de una dureza notable. Las balas de los mosquetes seguramente rebotaban en el metal como si fuesen guisantes. El agujero lo hizo el proyectil de un arma mucho más moderna.

—Así que tenemos a un hombre que sobrevuela un glaciar con un viejo yelmo y que fue abatido con armas modernas.

—Eso parece. —Skye se encogió de hombros.

—Fascinante. —Darnay bebió un sorbo de *brandy*—. No tiene mucho sentido.

—Nada en todo este asunto tiene sentido.

Se sentó en una silla y le narró toda la historia. Desde el momento en que recibió la llamada de Renaud para que fuera a la cueva y el espeluznante rescate. Darnay la escuchó con el entrecejo fruncido.

—¡Gracias a Dios que estás sana y salva! No hay duda de que Kurt Austin es un *homme formidable*. Supongo que también muy apuesto.

—Mucho. —Skye sintió arder sus mejillas.

—Le estaré eternamente agradecido. Siempre he pensado en ti como una hija, Skye. Hubiese sido terrible para mí que te hubiese sucedido algo.

—Afortunadamente no ocurrió nada, gracias al señor Austin y a su colega Joe Zavala. —Señaló el casco—. ¿Qué?

—Creo que es más antiguo de lo que parece. Tal como dices, el acero es extraordinario. El metal bien pudo ser forjado en las estrellas. El hecho de que sea el primero que veo, y que tú no encontraras ninguna referencia en las bases de datos ni en tu biblioteca, me lleva a creer que bien puede tratarse de un prototipo.

—Si las características eran absolutamente innovadoras, ¿por qué no se utilizaron?

—Ya conoces la naturaleza de las armas y los hombres. El sentido común no siempre prevalece sobre la intransigencia.

Los polacos insistieron en utilizar la caballería contra las divisiones blindadas. Billy Mitchell se las vio negras para convencer a los generales de la importancia de los bombardeos aéreos. Quizá se lo mostraron a alguien y el hombre dijo que lo viejo era preferible a algo que nunca se había probado.

—¿Alguna idea del motivo del águila que también aparece en el timón del aeroplano?

—Varias, pero ninguna de ellas es científica.

—De todas maneras, quiero escucharlas. Creo que también me tomaré una copa de *brandy*.

Darnay se la sirvió y brindaron.

—Diría que el águila representa una unión, una alianza de algún tipo, de tres grupos diferentes en uno. *E pluribus unum*. «De muchos, uno». No fue un acuerdo fácil. El águila parece querer deshacerse, y sin embargo debe mantenerse unida o morir. Las armas que sujeta en las garras me llevan a creer que la alianza tiene algo que ver con la guerra.

—No está nada mal para ser una explicación no científica.

—Si solo supiéramos quién era tu Hombre de Hielo. —El anticuario consultó su reloj—. Me tendrás que perdonar, Skye, pero tengo una conferencia con un colega de Londres y un comprador en Estados Unidos. ¿Te importaría si me quedo con el yelmo para estudiarlo mejor?

—En absoluto. Llámame para avisarme cuándo puedo pasar a recogerlo. Estaré en el despacho o en mi casa.

El rostro de Darnay se ensombreció por un segundo.

—Mi querida muchacha, aquí hay mucho más de lo que se ve a simple vista. Alguien ha estado dispuesto a matar para hacerse con este objeto. Debe tener un gran valor. Debemos ser muy precavidos. ¿Alguien más sabe que lo tienes?

—Kurt Austin, el hombre de la NUMA que te mencioné.

Es de absoluta confianza. También algunos de los que estaban en la cueva, y Renaud, por supuesto.

—Ah, Renaud. —Darnay recalcó el nombre—. Eso no es bueno. Querrá recuperarlo.

La furia apareció en los ojos oscuros de Skye.

—Antes tendrá que matarme. —Sonrió inquieta, al comprender la implicación de sus palabras—. Puedo despistarlo, decirle que lo tiene un experto en metalurgia.

—Esa es mi llamada —dijo Darnay cuando sonó el teléfono—. Hablaremos más tarde.

Skye se marchó de la tienda, pero se fue a su apartamento en lugar de volver a su despacho. Quería escuchar los mensajes, saber si Austin la había llamado. La conversación con Darnay la había inquietado. Tenía la sensación de que la acechaba el peligro, y la voz de Austin podía ofrecerle algún consuelo. Cuando llegó a su casa, escuchó los mensajes en el contestador automático. Kurt no la había llamado.

Estaba cansada. Se tendió en el sofá con una revista de modas, dispuesta a descansar un rato antes de regresar al despacho. Pero al cabo de unos pocos minutos, la revista se le cayó de las manos y se quedó profundamente dormida.

Skye no se hubiese dormido con tanta tranquilidad de haber sabido lo que estaba haciendo Auguste Renaud. El académico estaba en su despacho, con un humor de perros, muy ocupado en redactar una lista de quejas contra Skye Labelle. La herida de la mano estaba mucho mejor, pero no ocurría lo mismo con la ofensa recibida.

No veía la hora de vengarse de aquella mujer insolente.

Apelaría a todos sus contactos políticos, removería cielo y tierra para conseguir destruirla, acabar con su carrera y las de todos aquellos que habían sido sus amigos. Lo había humillado delante de todos y no había hecho caso de su autoridad. Se había negado en redondo a entregarle el yelmo. Conseguiría que la expulsaran de la Sorbona. Vendría a suplicarle misericordia. Se vio a sí mismo como el Creador en uno de los cuadros del Renacimiento donde Dios expulsaba a Adán y Eva del paraíso.

Se la había encontrado en el ascensor aquella misma mañana. Había tenido el descaro de sonreírle y desearle buen día, algo que lo había puesto fuera de sí. Había conseguido controlar la cólera para el momento de entrar en el despacho y ahora estaba redactando un pliego de acusaciones. Absorto en la detallada descripción de las faltas cometidas apenas si escuchó el roce de unas pisadas. Crujió la silla delante de su mesa. Supuso que sería su ayudante. Sin levantar la cabeza, preguntó:

—¿Sí?

Al no recibir respuesta, alzó la mirada y la sangre se le heló en las venas. Habían dado la vuelta a la silla. Sentado en ella estaba el hombre alto de rostro macilento que lo había atacado en el glaciar. Renaud tenía pasta de superviviente.

Fingió no reconocer al visitante. Carraspeó.

—¿En qué puedo servirle?

—¿No me conoce?

—No lo creo. ¿Tiene alguna relación con la universidad?

—No. Tengo un asunto que quiero tratar con usted.

El miedo de Renaud fue en aumento.

—Creo que se equivoca.

—Usted apareció en la televisión.

Incluso antes de regresar a París, Renaud había llamado a un reportero de la televisión para ofrecerle una entrevista en exclusiva donde se atribuía todos los méritos del hallazgo del Hombre de Hielo, y daba a entender que también había sido el artífice del rescate.

—Sí. ¿Vio la entrevista?

—Usted le dijo al reportero que había encontrado unos objetos debajo del glaciar. La caja era uno. ¿Cuáles eran los demás?

—Aparte de la caja solo había un yelmo. Al parecer, muy antiguo.

—¿Dónde está ahora el yelmo?

—Creía que se había quedado en la cueva, pero después me enteré de que se lo había llevado una mujer.

—¿Quién?

Una mirada de malicia apareció en los ojos de Renaud.

Quizá este cretino lo dejaría en paz si le ofrecía un cebo más tentador. Se libraría del sujeto y Skye a la vez.

—Se llama Skye Labelle. Es arqueóloga. ¿Quiere el número de despacho? — Buscó la guía de la universidad—. Su despacho está en el piso de abajo. El número es el 216. Por mí puede hacer con ella lo que quiera. —Intentó disimular la alegría. Hubiese dado lo que fuera por ver la cara de Skye cuando este loco entrara en su despacho.

El hombre se levantó lentamente. Bien, ya se marcha, pensó Renaud.

—¿Desea algo más? —preguntó el catedrático con una sonrisa magnánima.

El hombre le respondió a la sonrisa. Metió la mano debajo de la americana y sacó una pistola del calibre 22 con silenciador.

—Sí. Su vida.

El arma disparó una vez. Un agujero apareció en la frente de Renaud. Cayó de bruces sobre la mesa, la sonrisa congelada en su rostro.

El pistolero recogió la guía, se la guardó en el bolsillo y sin siquiera dirigir otra mirada al cadáver desplomado sobre la mesa, salió del despacho tan sigilosamente

como había entrado.

El viejo aeroplano que volaba muy alto por encima de Austin ejecutaba un fantástico *ballet* aéreo en un aparente desafío de las leyes de la gravedad y la física. Miró asombrado desde un costado de la pista de hierba del aeródromo al sur de París cómo el aparato realizaba una espiral, luego un medio rizo hacia arriba y un medio tonel para luego invertir la dirección con un Immelmann implacablemente ejecutado.

Se tensó cuando el aeroplano se lanzó en picado para luego nivelarse en la aproximación a la pista. Llevaba una velocidad excesiva para un aterrizaje seguro. Se acercó como un misil guiado. Segundos más tarde, el tren de aterrizaje, con unas ruedas que parecían de bicicleta, tocó el suelo, rebotó un par de metros para luego acabar de posarse y carretear hacia el hangar con un tremendo rugido del motor.

La hélice de madera de dos palas no había acabado de girar, cuando un hombre de mediana edad se bajó de la cabina, se quitó el casco y se acercó a Austin, que esperaba junto al hangar. Sonreía de oreja a oreja. De haber sido un cachorro, seguramente hubiese meneado la cola en señal de contento.

—Lamento que el avión solo tenga un asiento, señor Austin. Hubiese sido un placer llevarlo a dar una vuelta.

Austin observó el aparato y no se perdió detalle del carenado del motor con forma de bala, el fuselaje de madera y el timón triangular adornado con el dibujo de las tibias cruzadas y la calavera. Los cables que soportaban las alas formaban un abanico con el centro en un soporte con forma de A sujeto delante mismo de la cabina.

—Con el debido respeto, señor Grosset, su avión apenas si parece tener capacidad para una persona.

Una expresión risueña apareció en el rostro curtido del francés.

—No lo culpo por el comentario, señor Austin. El Morane-Saulnier N tiene todo el aspecto de haber sido montado por un escolar en el patio de su casa. Solo mide siete metros de largo con una envergadura de nueve metros. Pero este pequeño abejorro fue uno de los aviones más letales de su época. Era rápida, casi ciento sesenta kilómetros por hora, y extraordinariamente maniobrable. En manos de un piloto experto, era una temible máquina de matar.

Austin se acercó al aparato y pasó una mano por el fuselaje.

—Me sorprendí al ver el fuselaje aerodinámico y que se trataba de un monoplano. Cuando se trata de la Primera Guerra Mundial, siempre pienso en biplanos rechonchos y morro plano.

—Algo del todo lógico. La mayoría de los aviones utilizados en aquella contienda tenían dos alas. Los franceses se adelantaron a las otras naciones en el desarrollo de los monoplanos. Este modelo fue, durante un tiempo, el avión con el mejor diseño aerodinámico de la guerra. La principal ventaja sobre el biplano era que podía subir a

mayor velocidad, aunque la ventaja desapareció con la aparición del Sopwith y el Nieuport.

—Su Immelmann fue una maravilla.

—Muchas gracias —respondió Grosset con una leve inclinación—. Hay ocasiones en las que no es tan fácil como parece. Este avión pesa menos de seiscientos kilos con toda la carga, pero tiene un motor I Rhône de 116 caballos. Es difícil de pilotar y requiere un tacto muy delicado en los controles. —Sonrió—. Un piloto dijo una vez que el mayor peligro al volar en un N no era el combate sino el aterrizaje. Quizá haya visto que mi velocidad en la aproximación era alta.

—Tiene usted un don para quitarle importancia a las cosas, señor Grosset. Creí que acabaría enterrado en el suelo.

—No hubiese sido el primero —admitió Grosset, con un tono risueño—. Mi aterrizaje fue mucho menos complicado que el de los antiguos pilotos. Imagínese aterrizando con las alas llenas de agujeros y la tela desgarrada. Quizá ha resultado herido, así que está débil por la pérdida de sangre. Eso sí que es un desafío.

Austin percibió una cierta envidia nostálgica en la voz de Grosset. Con su físico delgado, las facciones bien marcadas y el bigotillo, el francés era la encarnación de los audaces pilotos de combate que habían atacado las trincheras alemanas sin arredrarse ante el fuego de las baterías antiaéreas. Había llamado a Grosset, director del museo del aire, después de hablar con Ian MacDougal, y le había preguntado si podía enviarle las fotos del avión en el fondo del lago. Grosset había prometido ayudarlo en todo lo posible. Fiel a su palabra, lo había llamado a poco de recibir las fotos por correo electrónico para darle una primera identificación.

—Su avión está hecho pedazos, pero estoy de acuerdo con Ian en que se trata de un Morane-Saulnier N de la Primera Guerra Mundial.

—Me temo que mis conocimientos de los aeroplanos de aquellos años no sean muy extensos. ¿Podría explicarme algo más?

—Le mostraré uno. Tenemos un N en nuestro museo.

A primera hora, después de alquilar una habitación en su hotel de París, había tomado un tren de alta velocidad que lo había llevado al museo mucho más rápido que si hubiese volado en el avión de Grosset. El museo estaba en un grupo de hangares en un aeródromo a unos cincuenta kilómetros al sur de París.

Tras asistir a la demostración aérea, Grosset invitó a Austin a una copa de vino. El despacho del director estaba en una esquina de un hangar lleno de aviones antiguos. Pasaron junto a un Spad, un Corsair y un Fokker en su camino al despacho, que tenía las paredes cubiertas con fotografías de aviones y pilotos de antaño.

Grosset sirvió dos copas de vino de Burdeos y brindó por los hermanos Wright. Austin propuso un brindis por Alberto Santos-Dumont, uno de los pioneros aeronáuticos de Brasil que había vivido en Francia durante muchos años y que muchos creían que era francés.

Las copias impresas de las fotos enviadas por Austin estaban colocadas en orden

sobre una vieja mesa de madera. Austin cogió una de las fotos, echó una ojeada a los restos y sacudió la cabeza sin disimular su admiración.

—Me asombra que pudiera identificar el avión a partir de este desastre.

Grosset dejó a un lado la copa y buscó entre el montón de fotos aquella que le interesaba.

—Al principio no estaba muy seguro. Tenía mis sospechas, porque como usted dijo esto es un desastre. Identifiqué la ametralladora, una Hotchkiss, pero casi todos los aviones la llevaban. La pista más clara era el carenado del motor. Entonces vi algo muy interesante. —Le pasó la foto a Austin y una lupa—. Mire esto.

Austin miró a través de la lupa un trozo de madera redondeado.

—Parece la pala de una hélice.

—En efecto, aunque no es una pala de hélice cualquiera.

Mire aquí, fíjese en esta placa metálica atornillada a la pala.

Raymond Saulnier diseñó a principios de 1914 un sincronizador que le permitía disparar la ametralladora a través de la hélice. Claro que a veces se producían fallos y las balas destrozaban la hélice, así que instaló unos rudimentarios deflectores en las palas.

—Algo había oído al respecto. Una solución sencilla a un problema complejo.

—Después de que un puñado de pilotos de prueba resultaran muertos por las balas rebotadas, la idea fue abandonada durante un tiempo. Entonces estalló la guerra y con ella el entusiasmo por encontrar nuevas maneras de matar al enemigo.

Un as de la aviación francesa llamado Roland Garros se reunió con Saulnier y equiparon su aeroplano con unas placas deflectoras que funcionaban correctamente. Consiguió varias victorias antes de que su avión cayera detrás de las líneas enemigas. Los alemanes se basaron en su sistema para desarrollar el sincronizador de Fokker.

Austin recogió otra de las fotos y señaló un pequeño rectángulo más claro en la cabina.

—¿Qué me dice de esto? Parece una placa de metal.

—Tiene una vista envidiable —manifestó Grosset con una sonrisa—. Es la placa del fabricante. —Buscó otra foto—. Amplié la imagen en el ordenador. Las letras y los números estaban un poco borrosos, pero aumenté la resolución y ahora se ven con toda claridad. Busqué la identificación en los registros del museo.

—¿Pudo dar con el propietario? —preguntó Austin.

—Se construyeron cuarenta y nueve N. Tras el éxito de Garros, otros pilotos franceses se hicieron con ellos y los utilizaron con una eficacia letal. Los ingleses compraron algunos de los «Balas», como llamaban a este modelo. Otros los compraron los rusos. Eran superiores a los Fokker, pero muchos pilotos se quejaron de la exagerada velocidad de aterrizaje y de la sensibilidad de los controles. ¿Dice usted que encontró los restos en los Alpes?

—Sí, en el fondo de un lago junto al glaciar Dormeur.

Grosset se reclinó en la silla y unió las manos.

—Es curioso. Hace unos años atrás me llamaron para que fuera a aquella zona para inspeccionar los restos de unos viejos aeroplanos dispersos en el lugar. Era de un modelo llamado Aviatik, que se utilizaban sobre todo para misiones de reconocimiento. Entrevisté a algunos de los lugareños que me hablaron de los relatos de sus abuelos sobre un combate aéreo. Al parecer se había producido poco antes del comienzo de la guerra, aunque no conseguí establecer una fecha exacta.

—¿Cree que aquel combate aéreo tiene alguna relación con este hallazgo?

—Quizá. Bien puede ser otra pieza de un rompecabezas que comenzó hace casi cien años. La misteriosa desaparición de Jules Fauchard. Era el propietario del aeroplano que usted encontró.

—El nombre no me suena.

—Fauchard era uno de los hombres más ricos de Europa.

Desapareció en 1914, al parecer mientras pilotaba su Morane Saulnier. Recorría en avión sus grandes fincas y viñedos. Un día no volvió. Se realizó una búsqueda en todo el radio de vuelo del aparato sin que nunca encontraran ningún rastro.

Al cabo de unos pocos días estalló la guerra y su desaparición, aunque muy lamentable, pasó a la historia.

Austin apoyó un dedo en la foto donde se veía la ametralladora.

—Fauchard debía de preocuparse mucho por sus viñedos. ¿Cómo es que un civil pilotaba un avión de combate?

—Fauchard era fabricante de armas y tenía muchas y muy importantes vinculaciones políticas. Nada más fácil para él que conseguir un aeroplano del arsenal francés. La gran pregunta es cómo llegó a los Alpes.

—¿Se perdió?

—No lo creo. Su avión nunca hubiese llegado al Lac du Dormeur con un tanque de combustible. En aquellos tiempos había pocos aeródromos. Tuvo que contar con depósitos de combustible a lo largo de la ruta. Eso me lleva a pensar que el vuelo formaba parte de un plan.

—¿Dónde cree que iba?

—El lago está muy cerca de la frontera suiza.

—Suiza es famosa por el secreto bancario. Quizá volaba a Zurich para cobrar un cheque.

Grosset respondió con una risita al comentario.

-Un hombre en la posición de Fauchard no necesita dinero. —Su expresión se volvió grave—. ¿Ha visto los reportajes sobre el cuerpo que encontraron en el hielo que pasaron en la televisión?

—No, pero hablé con alguien que vio el cuerpo. Dijo que llevaba un abrigo de cuero largo y un casco como los que usaban los aviadores en la época.

Grosset se inclinó hacia delante con una mirada de entusiasmo.

—¡Eso encajaría! Quizá Fauchard saltó en paracaídas. Él cayó en el glaciar y el aparato se estrelló en el lago. Si pudiéramos recuperar el cuerpo...

Austin pensó en el túnel con el techo derrumbado y lleno de agua.

—Sería una tarea monumental drenar el túnel.

—No lo dudo. —Grosset sacudió la cabeza—. Si hay alguien capaz de conseguirlo, serían los Fauchard.

—¿Todavía existe la familia?

—Claro que sí, aunque nadie lo diría. Son unos fanáticos en lo que se refiere a su intimidad.

—No me sorprende. Es algo bastante habitual entre las familias multimillonarias.

—Es algo mucho más profundo. Los Fauchard son los que conocen como «mercaderes de la muerte». Traficantes de armas a gran escala. Es una actividad que muchos ven con desagrado.

—Los Fauchard deben de ser la versión francesa de los Krupp.

—Se los ha comparado con los Krupp, aunque Racine Fauchard tendría algo que decir al respecto.

—¿Racine?

—Es la sobrina nieta de Jules. Una mujer formidable según me han dicho. Todavía dirige las empresas de la familia.

—Me imagino que a la señora Fauchard le gustaría conocer el destino de su antepasado.

—Estoy de acuerdo, pero sería muy difícil para un particular pasar por la barrera de abogados, agentes de relaciones públicas y guardaespaldas que protegen a una persona de su riqueza. —Pensó por un momento antes de añadir—: Tengo un amigo que tiene un cargo ejecutivo en la empresa. Puede comunicarle esta información y ver en qué acaba. ¿Dónde puedo encontrarlo?

—Ahora regresaré a París. Le daré el número del móvil.

—Bien. —Grosset llamó a un taxi para que llevara a Austin a la estación.

Volvieron a pasar por delante de los aviones antiguos en su camino hacia la salida para esperar a que llegara el taxi. Se dieron la mano.

—Gracias por la ayuda —dijo Austin.

—Ha sido un placer. ¿Puedo preguntarle cuál es el interés que tiene la NUMA en este asunto?

—En realidad, ninguno. Encontré el avión mientras trabajaba en un proyecto patrocinado por la NUMA, y lo estoy investigando solo por curiosidad personal.

—¿Entonces no utilizará intermediarios en cualquier trato que pudiera tener con los Fauchard?

—Ni se me había ocurrido.

El director del museo pensó en la respuesta de Austin.

—He estado en el ejército del aire durante muchos años y tiene usted el aspecto de ser un hombre que sabe cuidar de sí mismo, pero le recomiendo que tenga mucho cuidado en cualquier trato que pudiera tener con los Fauchard.

—¿Por qué?

—Los Fauchard no son simplemente una familia rica. —Grosset hizo una pausa para buscar cuidadosamente las palabras—. Se dice que tienen un pasado.

Antes de que Austin pudiera pedirle que le explicara algo más, apareció el taxi. Se despidieron y subió al taxi. Mientras viajaba hacia la estación, pensó en la advertencia del francés.

Grosset parecía estar avisándole de que los Fauchard tenían más de un esqueleto en el armario. Lo mismo se podía decir de casi cualquier otra familia rica en la faz de la tierra, se dijo Austin. Las fortunas que construían grandes mansiones y permitían disfrutar de todos los privilegios a menudo se habían conseguido a partir de la esclavitud, el tráfico de drogas, el contrabando o el crimen organizado.

Austin se olvidó de los Fauchard y pensó en reunirse de nuevo con Skye. Sin embargo las palabras de Grosset continuaron sonando en el fondo de su mente como un lejano toque de campana.

Se dice que tienen un pasado.

Skye tenía su despacho en el centro de ciencias de La Sorbona, en un edificio de cristal y cemento en la línea de Le Corbusier que se alzaba entre unos edificios de estilo art nouveau cerca del Panteón. Era una calle tranquila donde solo se escuchaban las voces de los estudiantes que la utilizaban como un atajo. Pero cuando Skye llegó a la esquina, vio los coches de policía que cerraban los dos extremos. Había más coches aparcados delante del edificio y un grupo de agentes en la entrada.

Un agente corpulento que montaba guardia junto a la cinta de plástico amarilla levantó la mano para impedirle el paso.

—Lo siento, señorita. No puede pasar.

—¿Qué ha sucedido?

—Se ha producido un accidente.

—¿Qué clase de accidente?

—No lo sé, señorita —respondió el policía, y se encogió de hombros en un gesto poco convincente.

Skye buscó en el bolso su identificación de la universidad y se la mostró.

—Trabajo en este edificio. Me gustaría saber qué está pasando y si es algo que me concierne.

El agente miró la tarjeta para comprobar si la foto era la de Skye.

—Será mejor que hable con el inspector a cargo. —Acompañó a Skye hasta donde se encontraba un hombre de paisano que conversaba con dos agentes junto a uno de los coches—. Esta mujer dice que trabaja en el edificio —le explicó al inspector, un hombre rechoncho con la expresión de alguien que ha visto demasiado el lado oscuro de la vida.

El inspector echó una ojeada a la tarjeta de identificación de Skye con los ojos inyectados en sangre y se la devolvió después de anotar el nombre y la dirección en su libreta.

—Me llamo Dubois —se presentó—. Por favor, acompañeme. —Abrió la puerta de atrás del coche, la invitó a sentarse en el asiento trasero y se sentó a su lado—. ¿Cuándo fue la última vez que estuvo en el edificio, señorita?

—Hará dos o tres horas —contestó Skye, después de consultar su reloj—. Quizá un poco más.

—¿Adónde fue?

—Soy arqueóloga. Llevé una pieza a un experto en antigüedades para una consulta. Después fui a mi apartamento para echar una cabezada.

El inspector tomó nota de la respuesta.

—¿Mientras estuvo en el edificio, vio a alguien o algo que le llamara la atención?

—No. Todo parecía normal como siempre. ¿Podría decirme qué ha pasado?

—Se ha producido un tiroteo. Mataron a una persona.

¿Conoce a un tal señor Renaud?

—¿Renaud? ¡Por supuesto! Es el director de mi departamento. ¿Han matado a Renaud?

—Así es. Asesinado por un atacante desconocido. ¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Renaud?

—Cuando entré a trabajar alrededor de las nueve. Nos encontramos en el ascensor. Mi despacho está en el piso de abajo del suyo. Nos dijimos buenos días y luego cada uno siguió con lo suyo.

Skye rogó para que el leve falseamiento de la verdad no se reflejara en su rostro. Cuando había saludado a Renaud, él solo le había dedicado una mirada de odio sin decir palabra.

—¿Conoce a alguien que pudiera querer atentar contra el señor Renaud?

Skye titubeó. Sospechaba que la expresión de sabueso amable del inspector era solo una máscara destinada a conseguir que los sospechosos dijeran cosas que no querían. Si había hablado con los demás, ya sabía que Renaud era detestado por todos. Si decía lo contrario, se preguntaría por qué le mentía.

—El señor Renaud era una persona controvertida en el departamento —manifestó—. Eran muchas las personas a las que no le gustaba cómo llevaba las cosas.

—¿Qué me dice de usted, señorita? ¿Le gustaba cómo llevaba las cosas?

—Yo me cuento entre las personas de la facultad convencidas de que no era el más indicado para el cargo.

El inspector sonrió por primera vez.

—Una respuesta muy diplomática, señorita. ¿Puedo preguntarle dónde estuvo antes de venir aquí?

Skye le dio el nombre de Darnay y la dirección de la tienda de antigüedades. El inspector le aseguró mientras escribía que solo era un procedimiento rutinario. Luego se bajó del coche, ayudó a Skye a salir y le dio su tarjeta.

—Muchas gracias, señorita Labelle. Por favor, llámeme si recuerda cualquier cosa relacionada con este asunto.

—Sí, por supuesto. Tengo que pedirle un favor. ¿Puedo ir a mi despacho en el segundo piso?

—Sí, pero la acompañará uno de mis hombres.

El inspector Dubois llamó al mismo agente, con quien había hablado Skye y le dijo que la escoltara a través del cordón policial. Parecía como si todos los policías de París hubiesen convergido en la escena del crimen. Renaud era un canalla, pero también era una figura destacada en la universidad y su asesinato causaría sensación.

Había más policías y técnicos en el interior. El personal forense se ocupaba de tomar huellas y hacer fotos. Skye subió al segundo piso con el agente pisándole los talones, entró en el despacho y miró en derredor. Todo parecía estar en orden y sin embargo tuvo la sensación de que no era así.

Miró de nuevo con más atención. Era una fanática del orden. Antes de salir del despacho, había ordenado los libros, los documentos y las carpetas con una precisión milimétrica.

Ahora los bordes de las pilas eran desiguales, como si las hubiesen hecho de nuevo a la carrera.

¡Alguien había estado en su mesa!

—¿Señorita?

El policía la miraba con una expresión extraña y comprendió que se había quedado con la mirada perdida en el vacío.

Asintió, abrió un cajón de la mesa y sacó una carpeta. Se la puso debajo del brazo sin preocuparse en mirar el contenido.

—Ya está —dijo con una sonrisa forzada.

Skye controló el impulso de echar a correr e intentó caminar con su paso habitual, pero las piernas parecían habersele convertido en madera. Su rostro calmo no daba ninguna indicación de que el corazón le latía desbocado. Estaba convencida de que la misma mano que había desordenado sus cosas era la que había empuñado el arma asesina.

El policía la escoltó fuera del edificio y más allá del cordón de seguridad. Le dio las gracias y caminó de regreso a su casa, sin detenerse a mirar a un lado y otro cuando cruzaba en las calles, algo que en París era casi un suicidio. No hizo el menor caso de las violentas frenadas, los bocinazos y los insultos de los conductores.

Para el momento en que llegó a la callejuela donde estaba su apartamento había conseguido superar el terror. Se preguntó si había hecho lo correcto al no comunicarle al inspector Dubois que alguien había entrado en su despacho. Seguramente el policía la habría tomado por una paranoica que debía figurar en la lista de sospechosos.

Vivía en un edificio del siglo XIX en Mouffetard, en los límites del Barrio Latino. Le gustaba el bullicioso vecindario, con multitud de tiendas, restaurantes y los músicos callejeros.

La casa había sido rehabilitada para convertirla en tres apartamentos. El de Skye estaba en el tercer piso y desde el balcón con su balaustrada de hierro forjado veía la vida callejera y los sombreretes de las chimeneas. Subió las escaleras de dos en dos. Se relajó al abrir la puerta. Se sintió a salvo en cuanto entró en el apartamento, pero la sensación de seguridad desapareció en el acto cuando entró en la sala. No se podía creer lo que veía.

Era como si hubiese estallado una bomba en la sala. Los cojines del sofá y las sillas estaban desparramados por el suelo. No quedaba ni una sola revista en la mesa de centro. Habían quitado los libros de las estanterías. El estado de la cocina todavía era peor. Las alacenas estaban abiertas de par en par y el suelo estaba cubierto con trozos de copas y platos.

Caminó como una sonámbula hasta el dormitorio. Los cajones de la cómoda y del armario estaban abiertos y todas sus prendas estaban en el suelo. También habían

quitado la colcha y las sábanas de la cama y habían cortado el colchón para quitar el relleno.

Volvió a la sala y contempló el desastre. Temblaba de furia ante la violación de su intimidad. Era como si la hubiesen violado físicamente. La furia dio paso al miedo cuando se dio cuenta de que la persona que había hecho todo esto aún podía estar allí. No había mirado en el baño. Se hizo con un atizador de la chimenea, y con la mirada fija en la puerta del baño, comenzó a caminar de espaldas hacia la puerta del apartamento.

Escuchó un crujido en el suelo.

Se volvió en el acto con el atizador en alto.

—Hola —dijo Austin, con sus ojos azul coral abiertos como platos por la sorpresa.

Skye casi perdió el conocimiento. Bajó el atizador.

—Lo siento.

—Me disculpo por el susto. Vi la puerta abierta y entré. ¿Estás bien? —preguntó al ver el color ceniciento en el rostro de Skye.

—Ahora que estás aquí me siento mucho más tranquila.

Austin echó una ojeada a la habitación.

—No sabía que hubiera tornados en París.

—Creo que es obra de la persona que mató a Renaud.

—¿Renaud? ¿El mismo que estuvo atrapado contigo en el glaciar?

—Sí. Lo mataron de un disparo en su despacho.

—¿Has mirado en las demás habitaciones? —preguntó Austin, con una expresión grave.

—En todas menos el baño. Tampoco he mirado en los armarios.

Austin le quitó el atizador de la mano.

—Por si acaso —dijo.

Entró en el baño y solo tardó un minuto en salir.

—¿Tú fumas?

—Hace años que lo dejé. ¿Por qué?

—Tenías motivos para asustarte. —Kurt le mostró una colilla—. Hay unas cuantas más en la bañera. Alguien estuvo esperando tu regreso.

Skye se estremeció.

—¿Por qué se marchó?

—No lo sé, pero es una suerte para ti que lo hiciera.

Cuéntame lo de Renaud.

Despejaron el sofá y se sentaron. Skye le contó todo lo que sabía del asesinato y que alguien había estado en su despacho.

—¿Crees que es una locura relacionar este desastre y la búsqueda en mi despacho con el asesinato de Renaud?

—Estarías loca si no lo hicieras. ¿Has visto si falta alguna cosa?

Skye echó otra ojeada a la sala y sacudió la cabeza.

—Ahora mismo no te puedo responder. —Miró el contestador automático—. Es curioso. Cuando me marché, solo había dos mensajes y ahora hay cuatro.

—Uno es mío. Te llamé en cuanto llegué a París.

—Alguien ha tenido que escuchar los dos últimos mensajes porque la luz no parpadea.

Austin puso en marcha el aparato y se escuchó a sí mismo diciendo que no la había encontrado en el despacho, y que pasaría por el apartamento para ver si estaba allí. Luego se escuchó la voz de Darnay: «Skye. Soy Charles. Quería preguntarte si me puedo llevar el yelmo a mi casa. Me está costando más de lo que pensaba encontrar alguna referencia».

—Dios mío —exclamó Skye, pálida como un cadáver—. La persona que me esperaba ha escuchado el mensaje.

—¿Quién es Charles?

—Un amigo. Un anticuario experto en armas y armaduras. Le dejé el yelmo para ver si descubriría algo más. Espera. — Buscó entre los libros y papeles desparramados hasta dar con la agenda. Faltaba la página correspondiente a la D. Le mostró la agenda a Austin—. El desconocido sabe dónde encontrar a Darnay.

—Intenta avisarle.

Skye cogió el teléfono, marcó el número y esperó.

—No atiende. ¿Qué hacemos?

—Lo inteligente sería llamar a la policía.

—A Charles no le haría ninguna gracia —manifestó Skye—. Sus actividades no siempre son muy legales. Nunca me lo perdonaría si la policía se presenta en la tienda y comienza a husmear en sus cosas.

—¿Aunque fuese para salvarle la vida?

—No atendió el teléfono. Quizá ni siquiera está allí. Lo más probable es que nos estemos preocupando sin motivo.

Austin compartía su optimismo, pero tampoco quería perder el tiempo en discusiones inútiles.

—¿A qué distancia estamos de la tienda?

—Está en la orilla derecha. Unos diez minutos en taxi.

—Tengo un coche. Lo haremos en cinco.

Salieron del apartamento a la carrera.

El escaparate de la tienda estaba a oscuras y la puerta cerrada con llave. Skye, que era una de las pocas personas a las que Darnay había dado una copia, la sacó del bolso y abrió la puerta. Un hilo de luz salía por debajo de la cortina de terciopelo de la trastienda.

Austin entreabrió la cortina con mucha cautela. La estrafalaria escena que vio

parecía sacada de un museo de cera. Un hombre canoso estaba de rodillas con la barbilla apoyada en un cajón, como un condenado con la cabeza en el tajo del verdugo. Tenía los cabellos desordenados; las manos y los pies atados, y la boca amordazada con una cinta adhesiva.

Un hombre alto estaba a su lado como un verdugo, apoyado en una larga espada de doble filo, y con la parte superior del rostro cubierto con una máscara. El verdugo sonrió a Austin.

Se quitó la máscara, la arrojó a un lado y levantó la espada por encima del cuello de Darnay. La luz se reflejó en el acero.

—Por favor, no se marchen —dijo con una voz sorprendentemente aguda para alguien de su tamaño—. Si se van, su amigo perderá la cabeza.

Skye clavó los dedos en el brazo de Austin quien ni siquiera se dio cuenta. Acababa de recordar las descripciones y estaba seguro de que tenía delante al falso reportero que había inundado el túnel en el glaciar.

—¿Qué sentido tiene marcharse si acabamos de llegar? —Replicó Austin despreocupadamente.

El hombre de cara pastosa sonrió sin apartar la espada del cuello del anticuario.

—Este caballero se comporta como un idiota. —Miró un estante donde había cascos y yelmos—. Rehúsa decirme cuál de estas salvaderas es la que busco.

La negativa de Darnay probablemente le había salvado la vida, pensó Austin. El viejo debía de tener muy claro que sería hombre muerto en cuanto le diera a su agresor lo que había venido a buscar.

—Estoy seguro de que cualquiera de ellas le iría bien —dijo Austin con la mejor voluntad.

El hombre no hizo el menor caso de la sugerencia y miró a Skye.

—Usted sí que me lo dirá. Es la experta en estas cosas.

—Usted asesinó a Renaud, ¿no es así? —preguntó la arqueóloga.

—No llore por Renaud. Fue él quien me dijo dónde encontrarla. —La espada se elevó un palmo—. Dígame cuál es el yelmo que se llevó del glaciar y podrán irse.

No mientas, pensó Austin. En cuanto el asesino de Renaud se hiciera con el yelmo los mataría a los tres. Decidió tomar la iniciativa aunque significara arriesgar la vida de Darnay. Había un hacha de combate en la pared. Se acercó y descolgó el arma.

—Le aconsejo que baje la espada —dijo, con voz calma.

—¿Quiere que la baje en el cuello del señor Darnay?

—Podría hacerlo —replicó Austin, con la mirada fija en el rostro del criminal, atento a cualquier cambio—, y si lo hace su cabeza calva rodaría por el suelo junto a la suya.

Sopesó el hacha como una reafirmación de sus palabras.

El arma era primitiva pero temible. La cabeza de acero era alargada y tenía un diseño que permitía utilizarla como una lanza. Una púa como el pico de una cigüeña

salía por el lado posterior de la cabeza. Un refuerzo metálico protegía la unión entre la cabeza y el mástil.

El hombre valoró el desafío de Austin. Parecía obvio por el tono de voz de Austin que si mataba a Darnay o a Skye, era hombre muerto. Primero tendría que ocuparse de Kurt, y después de los demás. Era precisamente lo que Austin esperaba. Sabía por experiencia que los hombres corpulentos tendían a despreciar a los más pequeños.

El asesino avanzó un paso, levantó la espada y descargó un mandoble con una velocidad sorprendente. Austin no se lo esperaba y comprendió que había subestimado a su oponente. A pesar de su corpachón, el hombre se movía con la agilidad de un felino. Los reflejos de Austin entraron en acción antes de que su mente tuviera tiempo de procesar el relámpago metálico. Levantó los brazos, con el hacha en posición horizontal.

La hoja golpeó contra el protector metálico. Austin sintió el pinchazo del dolor en los brazos tras la descomunal violencia del impacto. En cuanto consiguió evitar que le hendiera la cabeza, apartó la espada con un empujón, deslizó una mano a lo largo del mástil y descargó un hachazo. Fue un ataque estimulado por la furia más que por la imperiosa necesidad de defender su vida. También había otra razón: el tipo no le caía nada bien.

La temible cabeza hubiese destripado al hombre si no hubiese advertido el ataque, pero en el último momento arqueó el tronco hacia atrás y el hacha no alcanzó a rozarlo. Austin estaba aprendiendo sobre la marcha que en la lucha cuerpo a cuerpo con armas medievales hacía falta algo más que puro músculo. El peso de la cabeza del hacha lo hizo girar como una centrifugadora, y dio una vuelta completa antes de poder frenar.

El asesino se apartó ante la inesperada ferocidad del ataque, pero se recuperó rápidamente. Al ver que el giro descontrolado de Austin le había hecho perder el equilibrio, cambió de táctica. Empuñó la espada como si fuese un florete y lanzó una estocada.

Fue una jugada inteligente. La punta de la espada solo tenía que penetrar la defensa de Austin unos pocos centímetros para matarlo. Austin hundió el estómago y dio un salto atrás, al tiempo que se ponía de lado. Esquivó el golpe, que pasó junto al mástil del hacha, pero la punta de la espada abrió un agujero en la camisa y brotó la sangre. Austin apartó la espada con un golpe para reanudar su propio ataque.

Comenzaba a cogerle el tranquilo. El hacha era el fusil M-16 de su época. Con ella, el infante podía derribar a un caballero de la montura, destrozarle la coraza a hachazos y después clavarle la punta. La longitud del mástil le daba una cierta ventaja y descubrió que los golpes cortos y los pinchazos eran la manera de sacarle el máximo provecho y el más letal.

Era algo que el asesino no tardó en comprobar.

Sus golpes no servían de gran cosa frente a los puntazos y acabó por retroceder ante el ímpetu del decidido ataque de Austin. Siguió retrocediendo hasta chocar con

la mesa donde se amontonaban los cascos y yelmos. Al ver que tenía cortada la retirada, levantó la espada dispuesto a iniciar el contraataque. Austin se le adelantó con una súbita carga. El pistolero golpeó contra la mesa y los cascos cayeron al suelo.

Estuvo a punto de caer cuando tropezó con uno. En cuanto recuperó el equilibrio, rugió como un león herido y atacó con una barrera de golpes a diestro y siniestro que eran prácticamente imposibles de anticipar. El sudor se colaba en los ojos y le dificultaba la visión, y Austin se vio obligado a retroceder ante la ferocidad de la embestida hasta que se encontró con la espalda contra la pared.

Al ver que Austin ya no podía retirarse más, el hombre soltó un grito de triunfo y levantó la espada dispuesto a descargar un mandoble con todas sus fuerzas. Austin vio venir el golpe consciente de que no podría pararlo con el ataque o responder.

Pasó a la ofensiva. Levantó el hacha en posición horizontal, se lanzó hacia delante y golpeó de lleno la garganta del atacante. Por un momento pareció como si al hombre se le fueran a salir los ojos de las órbitas y soltó un grito ahogado.

Austin había detenido el ataque, pero el movimiento lo había dejado en una posición vulnerable. El asesino jadeaba con desesperación, pero la grasa alrededor del cuello de toro había impedido que el golpe le aplastara la tráquea. Apartó la mano izquierda de la empuñadura de la espada y sujetó el mástil del hacha. Austin intentó repetir el golpe. Cuando no funcionó, tiró del hacha, pero el hombre la tenía sujeta con todas sus fuerzas.

Kurt descargó un tremendo rodillazo en la entrepierna, pero su oponente solo gruñó. Tiene los testículos de hierro, se dijo Austin, al tiempo que intentaba que el hombre soltara el mástil del hacha. La cosa se complicó cuando el asesino soltó la espada para sujetar el mástil con la mano derecha. Eran como dos niños que luchaban por hacerse con un bate de béisbol, solo que el perdedor en este juego mortal volvería a su casa en un ataúd.

La fuerza y el peso del hombre comenzaron a imponerse.

Sus manos sujetaban un extremo del mástil y, por lo tanto, podía hacer palanca. Su sonrisa de loco dio paso a un feroz grito de triunfo cuando consiguió arrancar el hacha de las manos de Austin.

Kurt miró en derredor. Había armas por todas partes, pero ninguna a su alcance. El asesino sonrió mientras avanzaba. Austin retrocedió de nuevo hasta encontrarse otra vez con la pared. El atacante levantó el hacha para descargar un golpe que lo partiría en dos.

Al ver que el estómago del hombre estaba expuesto, Austin agachó la cabeza y con un violento empujón de las piernas se lanzó contra el objetivo con la fuerza de un ariete. El aire escapó de los pulmones con la fuerza de un fuelle y dejó caer el hacha.

Austin salió del ataque con los pies bien plantados, dispuesto a aporrear el rostro del asesino. La tremenda arremetida le había hecho mucho daño. Estaba terriblemente pálido y boqueaba como un pez fuera del agua.

Debió decidir que era mejor renunciar a convertir a Austin en picadillo, porque

metió la mano debajo de la chaqueta y sacó una pistola con silenciador. Austin se preparó para el balazo a quemarropa. Pero la sonrisa del hombre dio paso a una expresión perpleja. Un dardo aparecido como por arte de magia le había atravesado el hombro derecho. La pistola se le escapó de los dedos.

Al volverse, Austin se encontró con el espectáculo de Skye armada con una ballesta. Acababa de colocar otro dardo y ahora tensaba la cuerda a toda velocidad. El asesino miró a Austin, que se lanzaba a por la pistola, y de nuevo a Skye.

Abrió la boca y bramó como una bestia herida. Se agachó para recoger al azar uno de los yelmos y a continuación echó a correr hacia la salida. En la prisa por escapar arrancó la cortina de terciopelo.

Austin se hizo con la pistola antes de avanzar con mucha cautela. Había escuchado el timbre de la puerta, pero cuando salió del local, en la calle no había nadie. Entró de nuevo, y se aseguró de cerrar la puerta con el cerrojo. Skye ya había cortado las ligaduras de su amigo.

Kurt ayudó a Darnay a levantarse. El anticuario no parecía haber sufrido ninguna herida de consideración, más allá de los roces de las ligaduras y en el envaramiento de las rodillas.

—Nunca me habías dicho que eras un as con la ballesta —le dijo Austin a Skye.

La mujer parecía pasmada.

—No me puedo creer que le haya dado. Apunté más o menos en su dirección y cerré los ojos al disparar. —Vio la mancha de sangre en la camisa—. Estás herido.

—Solo es un rasguño, pero alguien me debe una camisa nueva.

—Utilizó la *fauchard* como un maestro —afirmó Darnay, mientras se limpiaba el polvo de las rodillas y los codos.

—¿Qué ha dicho?

—El arma que empleó con tanta habilidad. Es una *fauchard*, un arma del siglo xv similar a la *glaive*. En la Edad Media acabaron por prohibirla debido a las terribles heridas que producía. Su arma era una combinación entre una *fanchará* y un hacha de combate. Parece intrigado.

—Es que he escuchado ese nombre con mucha frecuencia en los últimos dos días.

—Toda esta conversación sobre armas me resulta fascinante —intervino Skye—, ¿pero no podría alguien proponer qué haremos ahora?

—Siempre podemos llamar a la policía —respondió Austin.

Darnay frunció el entrecejo.

—Preferiría no tener a los gendarmes por aquí. Algunos de mis negocios...

—Skye ya me ha puesto al corriente. Pero tiene razón; a la policía les costaría creer una historia sobre un grandullón malvado que nos atacó con una espada.

El anticuario respiró mucho más tranquilo y echó una ojeada al desastre.

—Nunca creí que mi despacho acabaría sirviendo para una reedición de la batalla de Agincourt.

—No está aquí —anunció Skye con una expresión lúgubre mientras miraba entre

el montón de cascos.

Darnay sonrió al escucharla. Se acercó a una de las paredes y apretó un panel de madera. Se abrió toda una sección para dejar al descubierto una caja blindada. Marcó la combinación y abrió la puerta. Del interior sacó el yelmo.

—Por lo que parece este objeto despierta pasiones.

—Siento mucho haberte metido en esto —dijo Skye—. Ese hombre siniestro entró en mi apartamento y escuchó tu mensaje. Nunca hubiese imaginado...

—No te culpes. Como te decía en el mensaje, necesito estudiar esta belleza un poco más. Creo que lo más prudente será cerrar la tienda durante un tiempo y atender mis negocios desde mi finca en la Provenza. Me encantará que seas mi invitada. No dejaré de preocuparme por ti mientras ese gorila ande suelto.

—Gracias, pero tengo mucho trabajo por delante —respondió Skye, después de pensárselo—. El departamento será un caos sin Renaud. Puedes quedarte con el yelmo todo el tiempo que quieras.

—De acuerdo. Así y todo, considera la posibilidad de pasar la noche en mi apartamento.

Esta vez Skye aceptó. Austin la acompañó a su apartamento para que recogiera lo mínimo imprescindible, y no la dejó entrar hasta asegurarse de que no había ningún peligro. No creía que el asesino tuviese muchas ganas de seguir rondando con un dardo en el hombro, aunque el hombre parecía tener un umbral de dolor muy alto y don para lo inesperado.

Skye casi había acabado de preparar la maleta cuando sonó el móvil de Austin. Kurt atendió la llamada y cuando acabó la conversación, sonreía.

—Hablando del diablo. Era la secretaria de Racine Fauchard. Mañana seré recibido en audiencia por la gran dama en persona.

—¿Fauchard? Vi tu reacción cuando Darnay identificó el arma. ¿De qué va?

Austin le hizo un rápido resumen de la visita al museo del aire y la relación entre el Hombre de Hielo y la familia Fauchard.

—Quiero ir contigo —afirmó Skye, y cerró la maleta con un sonoro chasquido.

—No creo que sea una buena idea. Podría ser peligroso.

—¿Una anciana dama? ¿Peligrosa? —Skye soltó una carcajada.

—Parece ridículo, desde luego —admitió Austin—, pero todo ese asunto del cuerpo en el glaciar, el yelmo y aquel gorila que asesinó a Renaud parece estar ligado a los Fauchard.

No quiero verte involucrada.

—Ya estoy involucrada, Kurt. Fui yo quien se quedó atrapada debajo del glaciar. Fue en mi despacho y mi apartamento donde estuvo el asesino, dispuesto a robar el yelmo que había traído del glaciar. Es mi amigo Darnay quien ahora estaría muerto de no haber sido por ti. —Se cruzó de brazos y manifestó el punto más importante—: Además, soy una experta en armas antiguas y mis conocimientos pueden resultar útiles.

—Argumentos muy convincentes todos ellos. —Austin sopesó los pros y las contras—. De acuerdo. Este es el trato.

Te presentaré como mi ayudante, y utilizaremos un nombre falso.

—No te arrepentirás —dijo Skye, y le dio un beso en la mejilla.

—Muy bien —asintió Austin.

No parecía muy convencido, aunque sabía que a Skye no le faltaba razón.

Skye era una mujer atractiva y estar con ella no era desperdiciar el tiempo. No había ninguna vinculación directa entre los Fauchard y el pistolero. Por otro lado, la advertencia de Grosset respecto a la familia Fauchard resonaba en su mente como una campana de alarma repicando en plena noche.

Se dice que tienen un pasado.

El granjero cantaba una melancólica versión de *Le Souvenir* cuando un relámpago rojo apareció en el parabrisas y un ruido ensordecedor retumbó en la cabina del camión. Giró el volante a la derecha y las ruedas delanteras del vehículo cargado hasta los topes se hundieron en la zanja que bordeaba la carretera. El morro del camión chocó contra el terraplén y la carga de jaulas de madera voló por los aires. La violencia del impacto contra el suelo hizo que las jaulas se rompieran y centenares de pollos y gallinas se dispersaron por el camino.

El granjero se apeó del camión y agitó un puño airado contra el avión rojo con la insignia del águila en el timón. Se lanzó cuerpo a tierra entre las aves aterrorizadas cuando el aparato hizo otra pasada rasante.

El avión ascendió casi en vertical y luego ejecutó un tonel triunfante. El piloto se reía tan fuerte que casi perdió el control del aparato. Se enjugó las lágrimas con la manga y voló muy bajo sobre los viñedos que se extendían a lo largo de kilómetros en todas las direcciones. Apretó un interruptor y de los tanques sujetos debajo de las alas salieron sendas nubes de pesticida. Cuando acabó de fumigar, cambió de rumbo. Los viñedos dieron paso a un enorme bosque salpicado de lagos de aguas oscuras que conferían al paisaje un aspecto melancólico.

Continuó volando casi a ras de las copas de los árboles, en dirección a lo que parecían ser cuatro columnas que se elevaban por encima del bosque en lo alto de una colina. A medida que se acercaba, las columnas se transformaron en cuatro torres de guardia en las esquinas de una muralla almenada. Un ancho foso de agua estancada rodeaba la muralla y la separaba de los extensos jardines cruzados por senderos arbolados. El piloto realizó una pasada sobre el imponente castillo, y luego voló de nuevo por encima del bosque para ir a aterrizar en una pista de hierba. Ya en tierra continuó hasta el final de la pista donde estaba aparcado un Jaguar. En cuanto el piloto bajó de la cabina, la tripulación de tierra apareció de la nada y se llevó el avión a un pequeño hangar.

Sin hacer caso de la tripulación, Emil Fauchard, vestido con un mono de cuero italiano negro, caminó hacia el coche con un andar atlético. Se quitó las antiparras y se las dio al chófer junto con los guantes. Todavía riéndose al recordar la expresión aterrorizada del granjero, se sentó en el asiento trasero y se sirvió un copa de coñac.

Fauchard tenía las facciones clásicas de una estrella del cine mudo y un perfil que hubiese envidiado la familia Barrymore. Sin embargo, a pesar de su belleza física, Fauchard era un hombre repelente. Sus arrogantes ojos oscuros tenían la frialdad de los ojos de una cobra. Con su rostro casi perfecto, era como una estatua de mármol a la que le hubiesen dado vida pero no sentimientos.

Los campesinos de la región comentaban por lo bajo que Fauchard tenía el

aspecto de un hombre que había hecho un pacto con el diablo. Quizá él era el diablo, afirmaban otros.

Los más supersticiosos no querían arriesgarse y se persignaban a su paso, un recuerdo de los tiempos en que se creía en el mal de ojo.

El Jaguar circuló por un camino donde las copas de los árboles a su vera se entrelazaban para formar un túnel, y luego subió hasta la entrada principal del castillo. El coche cruzó el foso por un puente de piedra y entró en el enorme patio de armas.

El castillo Fauchard tenía una silueta medieval, sin el menor rastro del refinamiento arquitectónico de los castillos del Renacimiento. Era un edificio macizo, con torres medievales en cada esquina, que replicaban el emplazamiento de las torres de guardias en la muralla. Parte de las saeteras en el muro habían sido reemplazadas por ventanas, y se habían añadido algunos ornamentos, pero estos detalles no podían disimular su aspecto castrense.

Un hombretón con el cráneo afeitado y el rostro de un mastín montaba guardia en las puertas talladas del castillo. Se las había apañado para embutir su cuerpo, que parecía una nevera en el traje negro de un mayordomo.

—Su madre está en la armería —dijo el hombre con una voz ronca—. Le espera.

—Por supuesto, Marcel —respondió Emil, y siguió su camino.

Marcel estaba al mando del pequeño ejército que rodeaba a su madre como una guardia pretoriana. Ni siquiera Emil podía acercarse a ella sin que lo interceptara alguno de ellos.

Muchos de estos hombres que desempeñaban los trabajos reservados normalmente a la servidumbre eran antiguos matones de la mafia francesa, aunque su madre prefería a los exlegionarios como Marcel. Permanecían fuera de la vista la mayor parte del tiempo, pero Emil siempre notaba que estaban allí, alertas y vigilantes, a pesar de que no podía verlos. Detestaba a los guardaespaldas de su madre. Le hacían sentir como un extraño en su propia casa, y lo que era peor, no tenía ningún poder sobre ellos.

Atravesó un gran vestíbulo con magníficos tapices en las paredes y caminó por una galería que parecía no tener fin.

Había centenares de cuadros colgados en las paredes. Emil ni siquiera miró de pasada a sus antepasados que para él tenían tan poca importancia como los rostros en los sellos de correo.

Tampoco le importaba que muchos de estos personajes hubiesen tenido una muerte violenta en esta misma casa. Los Fauchard llevaban siglos viviendo en este castillo, que habían hecho suyo después de asesinar al propietario original. Casi no había ni una habitación, dormitorio o sala donde algún miembro de la familia, o alguno de sus enemigos, no hubiese sido estrangulado, apuñalado o envenenado. Si los fantasmas de los asesinados aún rondaban por el castillo, entonces los espectros debían de apiñarse en todos y cada uno de los pasillos del enorme edificio.

Entró en la armería, una inmensa sala con los techos abovedados y las paredes cubiertas con armas de todos los siglos, desde las pesadas espadas de bronce hasta los fusiles automáticos, ordenados según las épocas. Lo más llamativo era una colección de armaduras montadas y en plena carga contra un enemigo invisible. Unos enormes vitrales donde los guerreros reemplazaban a los santos ocupaban una de las paredes y creaban una atmósfera religiosa, como si la armería fuese una capilla dedicada a la violencia.

Emil atravesó otra puerta que comunicaba con una biblioteca de historia militar adyacente a la armería. La luz que entraba por una claraboya octogonal iluminaba una gran mesa de caoba en el centro de la sala. En un claro contraste con el tema militar, la mesa estaba tallada con flores y ninfas.

Una mujer vestida con un traje chaqueta oscuro estaba sentada a la mesa, muy ocupada en la lectura de unos documentos.

Racine era una mujer entrada en años, pero que aún conservaba una extraordinaria belleza. Era delgada como una modelo, y a diferencia de otras mujeres, que se encorvaban con la edad, se mantenía erguida como una vara. Una red de arrugas apenas visibles cubría la piel, pero su complexión era perfecta como la más fina de las porcelanas. Algunas personas comparaban el perfil de Racine con el de la famosa Nefertiti.

Otras decían que se parecía más a las figuras que adornaban los capós de los coches clásicos. Aquellos que la veían por primera vez quizá intuían por sus cabellos blancos que había alcanzado la edad madura.

Madame Fauchard levantó la cabeza cuando entró su hijo y lo miró con unos ojos que tenían el color del acero pulido.

—Hace rato que te espero, Emil. —La voz era suave pero el tono autoritario era inconfundible.

Fauchard se sentó en una silla tapizada del siglo XIV que valía más de lo que muchas personas ganaban en una década.

—Lo siento, madre —dijo, con una expresión despreocupada—. Estaba fumigando los viñedos con el Fokker.

—He escuchado cómo temblaba el tejado. —Racine enarcó las cejas—. ¿A cuántas vacas y ovejas has aterrorizado esta mañana?

—Ninguna —respondió Emil, muy ufano—. Ametrallé un convoy enemigo y liberé a unos cuantos prisioneros aliados. —Se echó a reír al ver el desconcierto en el rostro de su madre—. Muy bien, de acuerdo. Hice una pasada rasante sobre un camión cargado de pollos que acabó en la cuneta.

—Tus travesuras aéreas son la mar de divertidas, Emil, pero estoy cansada de tener que pagarle a los campesinos los daños que causas. Hay asuntos mucho más importantes que merecen tu atención. Entre ellos, el futuro del imperio Fauchard.

Emil no pasó por alto el tono gélido y se irguió en la silla, como un niño travieso que acaba de recibir una reprimenda.

—Ya lo sé, madre. Solo es mi manera de descargar la tensión. Pienso mejor cuando estoy allá arriba.

—Confío en que hayas pensado en cómo enfrentarte a las amenazas a nuestra familia y estilo de vida. Eres el heredero de todo lo que los Fauchard han construido a lo largo de los siglos. No es una obligación que se pueda tomar a la ligera.

—No lo hago. Debes admitir que hemos enterrado un problema potencialmente embarazoso debajo de toneladas de hielo.

En el rostro de Racine apareció el esbozo de una sonrisa que permitió entrever su dentadura perfecta.

—Dudo que a Jules le hubiese gustado que lo llamaran «un problema potencialmente embarazoso». Sebastian no se merece el más mínimo reconocimiento. Debido a su torpeza, casi perdimos para siempre la reliquia.

—No tenía ninguna información sobre lo que había debajo del hielo. Considero que lo único importante era la caja de seguridad.

—Una pérdida de tiempo. —Levantó la tapa de la estropeada caja de acero que estaba sobre la mesa—. Las filtraciones de agua se encargaron de destruir todos los documentos que podían ser comprometedores.

—No lo sabíamos.

La mujer no hizo caso de la disculpa.

—Tampoco sabías nada de la arqueóloga que se escapó con la reliquia. Debemos recuperar el yelmo. El éxito o el fracaso de toda nuestra empresa depende ahora de su recuperación. Aquello de la Sorbona fue un desastre y atrajo a la policía. Después Sebastian fracasó en su nuevo intento por recuperar nuestra propiedad. El yelmo que nos trajo de la tienda del anticuario no era más que una de esas réplicas baratas hechas en China para los turistas.

—Estoy pensando en...

—Ya no es hora de pensar sino de actuar. En nuestra familia nunca se han tolerado los fracasos. No podemos mostrar la más mínima debilidad porque nos destruirían. Sebastian se ha convertido en un riesgo. Quizá lo vieron en la Sorbona. Ocúpate de solucionarlo.

—Lo haré —prometió Emil.

Racine sabía que era una mentira. Sebastian era como un mastín entrenado para matar y solo guardaba lealtad a su hijo.

Tener un sirviente así en la recalentada cámara de presión que era la familia Fauchard era algo que no se podía permitir por razones eminentemente prácticas. Tenía muy claro que los lazos familiares nunca habían sido un obstáculo para parar una puñalada mortal o apartar la almohada que te ahogaba cuando estaban en juego el poder y la fortuna.

—Ocúpate de que así sea, y cuanto antes.

—Lo haré. Mientras tanto nuestro secreto está a salvo.

—¡A salvo! Casi nos descubrieron por un hallazgo casual. La clave del futuro de

la familia está en manos de un extraño. Tiemblo con solo pensar en todos los demás peligros que nos acechan. Sigue mi ejemplo. Cuando el doctor Mac Lean escapó, lo atrapé con la máxima discreción.

Emil soltó una carcajada.

—Pero, madre, si tú fuiste quien organizó todos aquellos «accidentes» que sufrieron aquellos científicos excepto MacLean antes de que acabaran su trabajo.

Racine fulminó a su hijo con la mirada.

—Un error de cálculo. Nunca he dicho que sea infalible.

Es una señal de madurez admitir los errores y corregirlos.

Ahora mismo el doctor MacLean trabaja en la fórmula.

Mientras tanto, debemos recuperar la reliquia para que la familia esté a salvo. ¿Has hecho algún progreso?

—El anticuario ha desaparecido. Estamos intentando localizarlo.

—¿Qué hay de la arqueóloga?

—Parece haberse esfumado.

—Sigue buscando. He enviado a mis propios agentes para que la busquen. Debemos actuar con toda discreción. También debemos ocuparnos de algo que amenaza a nuestro principal proyecto. La Woods Hole Oceanographic Institution está colaborando con la NUMA en una exploración de la Ciudad Perdida.

—Kurt Austin, el hombre que rescató a las personas atrapadas debajo del glaciar, pertenece a la NUMA. ¿Hay alguna relación?

—No que yo sepa. La expedición conjunta ya estaba dispuesta antes de que Austin apareciera en la escena. Me preocupa que la expedición vea los resultados de nuestros trabajos y comiencen a formular preguntas.

—Es algo que no nos podemos permitir.

—Estoy de acuerdo. Por eso mismo he puesto en marcha un plan. El sumergible *Alvin* realizará varias inmersiones.

Desaparecerá en la primera.

—¿Te parece prudente? Dará lugar a que se organice una operación de rescate de gran envergadura. Aquello se llenará de investigadores y reporteros.

En el rostro de Racine apareció una sonrisa desabrida.

—Muy cierto, pero solo si se comunica la desaparición.

También desaparecerá la nave nodriza, junto con toda su tripulación, antes de que puedan comunicar que el *Alvin* ha desaparecido. Los encargados de la operación de salvamento tendrán que buscar en una extensión de miles de kilómetros cuadrados.

—¡Un barco que se esfuma con toda la tripulación! Tus talentos siempre me han impresionado, madre, pero no tenía ni la más remota idea de que también fueras una bruja.

—Pues entonces aprende de mí. Utiliza el fracaso como un peldaño al éxito. Ahora mismo un barco navega a toda máquina hacia la Ciudad Perdida con la bodega cargada de nuestros «errores». Lo dirigen por control remoto desde otro barco situado

a unas cuantas millas. Fondeará cerca del lugar de la inmersión. En cuanto el sumergible inicie sus operaciones, el barco transmitirá una llamada de socorro. Comunicará que hay fuego a bordo. La nave nodriza enviará a un equipo para que evalúe la situación. El grupo será recibido por nuestras hambrientas criaturas. En cuanto ellas acaben con su trabajo, el barco se acercará a la nave nodriza hasta situarse a su lado y entonces harán detonar los explosivos por control remoto. Desaparecerán los dos barcos. No habrá testigos. No queremos que se repita aquello que pasó con la gente de la serie de televisión.

—Un auténtico desastre —reconoció Emil.

—La telerrealidad más absoluta. Debemos dar gracias porque todos crean que la única superviviente está loca perdida. Una cosa más. Kurt Austin ha solicitado una entrevista.

Dice que tiene una información referente al cuerpo enterrado en el glaciar que podría ser de interés para nuestra familia.

—¿Sabe algo de Tules?

—Lo descubriremos. Lo he invitado aquí. Si compruebo que sabe demasiado, lo pondré en tus manos.

Emil se levantó de la silla y se acercó a su madre para darle un beso en la mejilla. Racine lo siguió con la mirada mientras cruzaba la armería, y pensó en lo bien que Emil encarnaba el espíritu de los Fauchard. Como su padre, era brillante, cruel, sádico, criminal y codicioso. También como su padre, Emil carecía de sentido común y era impulsivo. Eran las mismas características que habían llevado a Racine a asesinar a su marido muchos años atrás antes de que sus acciones pudieran poner en peligro sus planes.

Emil quedaría para sucederla, pero ella temía por el futuro del imperio Fauchard y sus muy bien trazados planes.

Además sabía que Emil no vacilaría en matarla cuando llegara el momento, y por eso no le había dicho nada del verdadero significado de la reliquia. Lamentaría tener que matar a su único hijo, pero todas las precauciones eran pocas cuando se tenía una serpiente en la casa.

Cogió el teléfono. Había que buscar y recompensar a cada campesino que Emil había sacado de la carretera por el daño infligido a sus pollos y a su dignidad.

Exhaló un sonoro suspiro, convencida de que el trabajo de una madre nunca se acaba.

El mar en calma y los vientos favorables permitieron que el *Atlantis* realizara una rápida y plácida travesía desde las islas Azores hasta un punto situado al norte de la cordillera mesoatlántica donde fondeó en la vertical de una montaña submarina llamada el Macizo Atlántico. La montaña se alzaba bruscamente del fondo marino a unas mil quinientas millas al este de las Bermudas y al sur de las Azores. En tiempos prehistóricos, la montaña se elevaba por encima del océano, pero ahora la cumbre plana estaba a unos ochocientos metros por debajo de la superficie.

El *Alvin* realizaría la primera inmersión a la mañana siguiente. Después de cenar, Paul y Gamay se reunieron con los demás científicos a bordo para hablar de la inmersión. Decidieron recoger muestras de rocas, minerales y plantas en la zona alrededor de la Ciudad Perdida y hacer el mayor número de observaciones visuales posibles.

El grupo Alvin, formado por siete pilotos y técnicos, se levantó con el alba y a las seis de la mañana comenzaron con el repaso de las catorce páginas de verificaciones. A las siete, ya estaban en el sumergible para la revisión de las baterías, los equipos electrónicos y el instrumental. Cargaron las cámaras, la comida y prendas de abrigo para el piloto y los científicos.

Después fijaron al exterior del casco las barras de hierros del lastre que ayudarían a la inmersión. El descenso del *Alvin* a las profundidades era más una caída libre que una inmersión controlada. Cuando llegara el momento de emerger, el piloto soltaría el lastre y el vehículo subiría a la superficie. Entre las medidas de seguridad añadidas, se podían soltar los brazos mecánicos si se engancharan, y si el sumergible tenía alguna avería, un mecanismo desprendía el casco de fibra de vidrio para que la cabina esférica subiera a la superficie de forma autónoma. En el caso más grave, la tripulación disponía de aire y energía para setenta y dos horas.

Paul Trout era un pescador veterano que comprendía muy bien la naturaleza caprichosa del océano. Había leído los partes meteorológicos, pero confiaba más en su instinto y experiencia. Observó el estado del mar y el tiempo desde la cubierta del *Atlantis*. No había ni una sola nube en el cielo azul y había visto aguas más agitadas en la bañera de su casa. Las condiciones ideales para una inmersión.

Con las primeras luces del día, el equipo había lanzado al agua dos señalizadores en la zona donde se sumergiría el *Alvin*. Los aparatos transmitían una señal que permitiría al vehículo guiarse en un mundo oscuro donde no había carteles y las técnicas de navegación en superficie resultaban inútiles.

Gamay mantenía una animada conversación telefónica con el doctor Osborne sobre la información transmitida por los satélites referente a la dispersión del alga gorgona.

—Se extiende con una rapidez muy superior a la estimada —señaló Osborne—. Ahora mismo hay grandes masas que se mueven hacia la costa este de Estados Unidos. También están apareciendo manchas en el Pacífico.

—Nos disponemos a sumergirnos en el *Alvin* —dijo Gamay—. Estamos en un período de calma, así que el agua estará bastante clara.

—Necesitaréis de toda la visibilidad posible —comentó Osborne—. Permaneced muy atentos a las zonas de crecimiento. Quizá no se vean en el acto.

—Las cámaras lo filmarán todo y quizá descubramos algo cuando las visionemos. Le enviaré las imágenes en cuanto tengamos algo.

Gamay se despidió, y luego le hizo un resumen a Paul.

Era la hora de marchar. Una pequeña multitud se había reunido en la popa. Entre ellos había un hombre delgado de pelo canoso que se acercó para desearle buena suerte. Charlie Beck era el jefe de un equipo que había estado entrenando a la tripulación en los procedimientos de seguridad.

—Hay que tener mucho coraje para bajar en esa cosa —comentó—. Cada vez que me meto en uno de los vehículos de los SEAL me entra claustrofobia.

—Estaremos un poco apretados —admitió Gamay—, pero solo serán unas pocas horas.

Cuando no se utilizaba, el sumergible se guardaba en una estructura montada en la cubierta de popa que llamaban el hangar de *Alvin*. Habían abierto las puertas del hangar y sacaron el sumergible montado en un remolque que se deslizaba sobre vías. Lo situaron debajo de la grúa de carga. Los Trout y el piloto subieron por la escalerilla y caminaron por la pasarela hasta la parte superior del sumergible que estaba pintada de rojo y que recibía el nombre de «vela». Se quitaron los zapatos y entraron por la escotilla de cincuenta centímetros de diámetro.

Dos buzos autónomos se montaron en el sumergible para encargarse de enganchar el cable de la grúa. Mientras lo hacían, otros tripulantes se encargaron de arriar una lancha neumática. Un técnico sentado en la «caseta del perro», como llamaban a la cabina instalada en el techo del hangar, puso en marcha la grúa, que levantó el vehículo de dieciocho toneladas y lo pasó por encima de la borda para bajarlo al agua con los dos buzos encaramados en el vehículo. Una vez en el agua, los buzos desengancharon el cable, hicieron una última comprobación y después de despedirse de los tripulantes a través de la escotilla, nadaron hasta la barca neumática que los llevaría de regreso al barco.

Los tres ocuparon sus asientos en la cabina, una esfera de titanio presurizada que medía dos metros de diámetro. Casi todo el interior de la esfera estaba cubierto con paneles de instrumentos que controlaban todas las funciones del *Alvin*. El piloto disponía de un asiento un poco más elevado desde donde manejaba el sumergible con la palanca de mando.

Los Trout estaban sentados en el poco espacio disponible a cada lado del piloto, en unos cojines que ofrecían un mínimo de comodidad. A pesar de la estrechez, Paul

estaba muy entusiasmado. Solo la reserva típica de los nativos de Nueva Inglaterra impedía que gritara de alegría. Para un geólogo marino, la cabina del *Alvin* era infinitamente mejor que los camarotes de lujo del *Queen Elizabeth 2*.

Desde que la marina de Estados Unidos había encargado su construcción en 1964, las hazañas del *Alvin* lo habían convertido en el sumergible más famoso del mundo. El rechoncho vehículo de ocho metros de eslora con su nombre de ardilla listada podía sumergirse a una profundidad de casi cinco mil metros. En una de sus misiones había recuperado una bomba de hidrógeno en las aguas litorales españolas. También había transportado a los primeros visitantes a la tumba del *Titanio*.

No era fácil conseguir una plaza en el *Alvin*. Paul se consideraba muy afortunado. De no haber sido por el carácter urgente de la expedición, podría haber tardado años en participar de una inmersión, a pesar de ser miembro de la NUMA y de tener muchas vinculaciones.

El piloto era una joven bióloga marina de Carolina del Sur llamada Sandy Jackson. Era una muchacha serena y parca en palabras, que parecía una versión moderna de la legendaria aviadora Jacqueline Cochran. Rondaba los treinta, era delgada y debajo de los vaqueros y el suéter de lana se ocultaba un cuerpo con la resistencia de un corredor de maratones. Llevaba el pelo color zanahoria recogido debajo de una gorra marrón con el logo del sumergible y la visera hacia atrás.

Gamay había optado por un práctico mono de mecánico.

En cambio su marido no había considerado necesario cambiar su vestimenta habitual solo para una inmersión. Iba impecablemente vestido. Los vaqueros lavados a la piedra eran a medida, la camisa, de Brooks Brothers, y llevaba una de las grandes pajaritas de colores que coleccionaba. La de hoy tenía un estampado de caballitos de mar. La cazadora era del mejor cuero italiano. Incluso la ropa interior de seda era a medida. Se peinaba el pelo castaño claro con la raya al medio y echado hacia atrás en las sienes, cosa que le daba el aspecto de un personaje de una novela de F. Scott Fitzgerald.

—Este es un viaje sencillo —comentó Sandy mientras se llenaban los tanques de lastre y el sumergible comenzaba un descenso de ochocientos metros—. *Alvin* baja a unos treinta y tres metros por segundo, o sea que estaremos en el fondo en menos de media hora. Si fuéramos a descender a la profundidad máxima de cinco mil metros, tardaríamos una hora y media. La costumbre es escuchar música clásica en el descenso y rock suave en el ascenso, pero no pasa nada si quieren cambiar.

—Creo que Mozart sería muy adecuado —dijo Gamay.

Un segundo más tarde se escucharon los primeros acordes de un concierto para piano.

—Ya estamos por la mitad —anunció Sandy, cuando había transcurrido un cuarto de hora.

Trout celebró el anuncio con una gran sonrisa.

—No veo la hora de contemplar esta metrópolis sumergida.

Al mismo tiempo que el *Alvin* se sumergía en las profundidades, el *Atlantis* comenzó a navegar en círculo alrededor de la zona y la tripulación de apoyo se reunió con el jefe del grupo de científicos en una sala entre el puente y el cuarto de mapas, desde donde se controlaba la inmersión.

Sandy comunicó a la sala de control el ritmo de descenso, escuchó la respuesta, y luego miró a los Trout.

—¿Qué saben de la Ciudad Perdida?

—Sé que la descubrieron por accidente en el año 2000. Leí que el descubrimiento fue toda una sorpresa —contestó Gamay.

—Sorpresa no es la palabra más precisa para describir nuestra reacción. Nos quedamos alelados. Estábamos remolcando al *Argo II* para detectar cualquier actividad volcánica en la cordillera mesoceánica. Alrededor de la medianoche, el jefe del segundo turno vio en las pantallas de los monitores algo que parecían ser árboles de Navidad cubiertos de nieve, y comprendió que habíamos dado con las chimeneas hidrotermales. No vimos gusanos ni almejas como las que se encuentran en otras zonas de chimeneas. La noticia corrió como la pólvora. Al cabo de unos minutos, toda la tripulación intentaba entrar en la sala de control. Ya se comenzaban a ver las torres.

—Un científico comentó que si la Ciudad Perdida estuviese en tierra, sería un parque nacional —dijo Paul.

—No es solo lo que encontramos sino dónde lo encontramos. La mayoría de las chimeneas ya las habían descubierto, como los «fumadores negros», y estaban cerca de las cordilleras mesoceánicas formadas por las placas tectónicas. La Ciudad Perdida está a nueve millas del centro volcánico más cercano. Enviamos al *Alvin* al día siguiente.

—Me han dicho que algunas de las columnas tienen la altura de un edificio de veinte pisos —señaló Paul.

Sandy encendió los focos exteriores y miró a través de la ventanilla de babor.

—Miradlo vosotros mismos.

Paul y Gamay miraron a través de las ventanillas circulares. Habían visto fotos y vídeos de la Ciudad Perdida, pero nada podía prepararlos para el panorama que se desplegaba ante sus ojos. Los grandes ojos castaños de Paul se abrieron como platos cuando el vehículo pasó por encima de un fantástico bosque de gráciles columnas. Gamay, embelesada como su marido, comentó que las columnas le recordaban los «fantasmas de la nieve» que aparecían en las cumbres cuando la niebla helada formaba carámbanos en las ramas de los árboles.

Las columnas de carbonato y mica mostraban una gama de colores que iba del blanco níveo al beige. Gamay sabía por sus investigaciones que las columnas claras eran las activas y las oscuras las extintas. En las cúspides se veían unas ramificaciones esponjosas. Unas delicadas pestañas sobresalían en los costados de la misma manera que las setas que crecen en los troncos de los árboles. La formación de

nuevos cristales era continua y daban a los bordes el aspecto del encaje español.

Sandy aminoró la velocidad de descenso y el sumergible flotó cerca de una chimenea cuya cima plana tenía diez metros de diámetro. La torre parecía estar viva y en movimiento.

Toda la columna estaba cubierta de una vegetación que se ondulaba con las corrientes como si quisiera seguir el ritmo de la música que sonaba en los altavoces. Gamay soltó el aliento.

—Es como estar en medio de un sueño.

—Lo he visto antes y no dejo de asombrarme —manifestó Sandy. Maniobró para acercar el sumergible a la parte superior de la columna—. Aquí es donde las cosas comienzan a ponerse interesantes. El agua caliente que emerge del fondo queda atrapada debajo de estas pestañas. Eso que parecen alfombras son agrupaciones microbianas. Las pestañas retienen los fluidos alcalinos que suben por las chimeneas a una temperatura de ochenta grados centígrados. El agua transporta metano, hidrógeno y minerales. Algunas personas creen que estamos contemplando los orígenes de la vida —añadió en voz baja.

—Ya sabes que soy un tipo de pico y pala —le dijo Paul a su esposa—. ¿Tú eres bióloga, qué opinas de esa teoría?

—Desde luego es posible —manifestó Gamay—. Las condiciones aquí abajo bien podrían ser las mismas que había en los orígenes. Los microbios que viven enganchados a las columnas se parecen a las primeras formas de vida que evolucionaron en el mar. Si este proceso puede ocurrir sin los volcanes, se amplían considerablemente los lugares en el primitivo fondo marino adecuados para el desarrollo microbiótico. Chimeneas como estas también podrían ser incubadoras de vida en otros planetas. Las lunas de Júpiter tienen océanos congelados que podrían estar llenos de vida. La cordillera mesoatlántica tiene una longitud de centenares de millas, así las posibilidades de nuevos descubrimientos son ilimitadas.

—Fascinante —exclamó Paul.

—¿A qué distancia estamos del epicentro del alga gorgona? —preguntó Gamay.

Sandy echó un vistazo a los instrumentos.

—Un poco al este de aquí. La velocidad del *Alvin* no es ninguna maravilla, dos nudos a toda máquina, así que pónganse cómodos y disfruten del viaje, como dicen los pilotos.

Las torres se fueron espaciando y acabaron por desaparecer cuando el sumergible dejó atrás la Ciudad Perdida. Sin embargo, al cabo de unos minutos las luces del vehículo alumbraron más columnas.

—¡Caray! —Sandy silbó por lo bajo—. ¡Otra Ciudad Perdida! ¡Increíble!

El sumergible se abrió paso lentamente entre el bosque de torres que se extendía en todas las direcciones más allá del alcance de las luces.

—Esto hace que la primera Ciudad Perdida parezca un villorrio —afirmó Paul, que miraba con asombro a través de la ventanilla de babor—. Aquí tenemos

verdaderos rascacielos. Aquella parece el Empire State Building.

—¡Qué asco! —exclamó Gamay—. Creo que este es el lugar. Me recuerda al kudzu.

Gamay se refería a una cortina de algas verde oscuro que flotaba como un telón entre las chimeneas.

El *Alvin* ascendió unos diez metros para pasar por encima de las algas, y bajó de nuevo cuando encontró agua clara.

—Es curioso ver algas a esta profundidad —añadió Gamay, con un tono intrigado.

—No es la única cosa curiosa —murmuró Paul, que no dejaba de mirar a través de su ventanilla—. ¿Estoy viendo cosas a la derecha o es una alucinación?

Sandy maniobró el sumergible para que los faros iluminaran directamente el fondo.

—¡No puede ser! —El tono de Sandy era como si hubiese visto un McDonald's en una esquina de la nueva metrópolis submarina. Situó al submarino a un par de metros del fondo.

Dos líneas de rodadas paralelas separadas unos diez metros se perdían en la oscuridad.

—Por lo que parece no somos los primeros visitantes —dijo Paul.

—Es como si una gigantesca excavadora hubiese pasado por aquí —opinó Sandy—. Pero eso es imposible. —Hizo una pausa para después añadir en un susurro—: Quizás esta es en realidad la ciudad perdida de la Atlántida.

—No está mal, pero estas rodadas parecen muy recientes —replicó Paul.

Las rodadas seguían una línea recta durante un tramo, y luego se curvaban para pasar entre dos torres que tenían casi cien metros de altura. En varios puntos a lo largo del camino, se encontraron con torres caídas como bolos. En otros aparecían los restos de columnas destrozadas. Algo muy grande y poderoso había abierto una trocha en la nueva Ciudad Perdida.

—Parece como si hubiesen hecho una tala —señaló Paul.

Gamay y Paul se ocuparon de fotografiar y filmar las escenas de la destrucción. Habían avanzado al menos media milla en el nuevo campo de chimeneas. La primera Ciudad Perdida era como un bosquecillo acabado de plantar comparado con un bosque de árboles centenarios. Algunas de las torres tenían tanta altura que no alcanzaban a ver las cúspides. De vez en cuando tenían que rodear enormes masas de algas.

—Agradezco llevar las cámaras —manifestó Sandy—. Nadie en la superficie se creería lo que vemos sin una prueba.

—Ni yo acabo de creérmelo —dijo Paul—. Me... ¿Qué ha sido eso?

—Yo también lo he visto —afirmó Gamay—. Una sombra enorme acaba de pasar sobre nosotros.

—¿Una ballena? —preguntó Paul.

—Es imposible a estas profundidades —respondió Gamay.

—¿Quizá un calamar gigante? He oído decir que bajan mucho más que las ballenas.

—Cualquier cosa es posible en un lugar como este —dijo Gamay.

Paul le pidió a Sandy que hiciera girar al sumergible.

—De acuerdo. —Sandy realizó la maniobra y el vehículo comenzó a girar lentamente sobre su eje.

Estaban en el centro de una concentración de torres que impedían la visión en todas las direcciones.

Las columnas directamente delante *del Alvin* parecían vibrar como las cuerdas de un piano. Entonces un par de columnas comenzaron a derrumbarse en cámara lenta y se desintegraron en una nube de polvo. Paul tuvo la vaga impresión de que algo oscuro y enorme salía de la nube y se dirigía en línea recta hacia ellos.

Le gritó a Sandy que diera marcha atrás, consciente de que el vehículo era demasiado lento como para escapar de algo que fuese más rápido que una medusa, pero la joven estaba como hipnotizada por el monstruo que se les echaba encima y no reaccionó hasta que ya era demasiado tarde.

El sumergible se sacudió violentamente y en la cabina se escuchó un fuerte sonido metálico.

Sandy intentó dar marcha atrás, pero los controles no respondieron.

Paul miró de nuevo a través de la ventanilla de estribor.

Allí donde unos momentos antes las luces habían iluminado un bosque de torres blancas y beige, ahora había una enorme boca abierta.

Inexorablemente, el *Alvin* se vio arrastrado al interior de las gigantescas fauces.

El *Alvin* no había respondido a la llamada, y aunque aún no era la hora de emerger, la preocupación a bordo del *Atlantis* crecía por momentos. Al principio nadie había pensado en una emergencia. El sumergible nunca había tenido un accidente y contaba con unos sistemas de seguridad de primera por si surgía algún problema. La tensión se hacía cada vez más evidente cuando apareció un barco desconocido.

Charlie Beck, apoyado en la borda, lo observó con los prismáticos. Era un carguero pequeño con el casco salpicado de grandes manchas de óxido y que reclamaba con urgencia una mano de pintura. El aspecto de abandono era evidente.

Debajo del nombre pintado a proa aparecía el país de registro: Malta.

Beck estaba seguro de que el carguero no era maltés, y que solo era un registro de conveniencia. El nombre del barco podría haber cambiado cinco veces en el último año. La tripulación probablemente la formaban marineros de países del tercer o cuarto mundo que cobraban unos salarios de miseria.

Era el ejemplo perfecto de un barco pirata o terrorista, un buque que en las empresas de seguridad naval llamaban la «marina de Al Qaeda».

Como soldado profesional, el capitán Charlie Beck vivía en un mundo sin mayores complicaciones. Los clientes le encargaban un trabajo, y lo hacía. En sus escasos momentos de reflexión, Beck se decía que alguna vez tendría que erigir un monumento en memoria del pirata Barbanegra. De no haber sido por William Teach y sus sanguinarios sucesores, se decía Beck, ahora no tendría un Mercedes, una lancha de recreo en la bahía de Chesapeake o una casa en el campo de Virginia.

Sería un pobre burócrata en un despacho perdido en el laberinto del Pentágono, sin nada más que hacer que mirar su pistola y pensar si había llegado el momento de volarse la tapa de los sesos.

Beck era el dueño de la Triple S, las iniciales de Sea Security Services, una firma consultora especializada en el servicio de los armadores que se preocupaban por la amenaza de la piratería. Sus equipos viajaban por todo el mundo para enseñar a las tripulaciones cómo identificar y defenderse de los ataques en el mar. Cuando se trataba de aguas muy peligrosas, los expertos de la Triple S también hacían tareas de vigilancia.

La empresa la habían fundado un puñado de antiguos SEAL que echaban de menos las misiones. Habían prosperado a pasos agigantados debido al rápido crecimiento de la piratería. El ataque al World Trade Center había hecho que todo el mundo tomara consciencia de la amenaza terrorista, y Beck no tardó en encontrarse en la cúspide de una firma que facturaba cifras multimillonarias.

Los armadores siempre habían tenido presente la amenaza de los piratas, pero había sido el ataque al buque *Maurice Ewing* el que había dado el aviso a la

comunidad científica. El *Ewing* estaba realizando trabajos de investigación oceanográfica en aguas de Somalia cuando un grupo de hombres a bordo de una lancha neumática lo habían atacado con fuego de ametralladoras y un lanzagranadas.

El proyectil había fallado el blanco y el *Ewing* había conseguido escapar sin mayores consecuencias, pero el incidente había demostrado que las naves que realizaban tareas de exploración científica eran tan valiosas como un portacontenedores. Para un pirata, una nave de exploración científica era un tesoro flotante. El pirata que vendía un ordenador portátil en el mercado negro ganaba más dinero que un empleado en todo el año.

Beck, que tenía muy buen olfato para los negocios, vio que había un hueco a llenar. El negocio solo era una parte de sus motivos. Era un hombre duro, pero no carecía de sentimientos. Amaba el mar, y le parecía repugnante que atacaran a los barcos de exploración científica.

La compañía de Beck había desarrollado un programa específico para estos barcos, que eran especialmente vulnerables a los ataques porque permanecían fondeados durante largos períodos para realizar perforaciones en el lecho marino o dar apoyo a los sumergibles y vehículos autónomos. Un barco estacionario era para los piratas como un pato en una galería de tiro.

Rondaba la sesentena, tenía los cabellos canosos, y las patas de gallo enmarcaban los ojos grises. Una dieta rigurosa y el ejercicio diario eran sus mejores armas en su lucha por mantener controlada la barriga. Aún mantenía la actitud alerta y la dureza física que le había permitido superar el riguroso, incluso brutal, entrenamiento de los SEAL, y en su empresa regía la más estricta disciplina militar.

En esta salida, Beck y su equipo formado por tres antiguos SEAL habían enseñado a los tripulantes y científicos los procedimientos básicos. Como parte del entrenamiento habían aprendido que la rapidez y la sorpresa eran los mejores aliados de los piratas, que debían variar los horarios, restringir el acceso cuando estaban en puerto, distinguir una amenaza en potencia, mantener una estricta vigilancia nocturna, utilizar los reflectores y repeler a los asaltantes con las mangueras de incendio. Si todo esto fallaba, entonces debían darle a los piratas lo que buscaban. Ninguno de los aparatos a bordo valía la vida de una persona.

El entrenamiento había ido bien, pero a medida que había aumentado la actividad científica a bordo, nadie se acordaba de la seguridad. A diferencia de las aguas del sudeste asiático y las africanas, nadie consideraba la zona de la cordillera mesoatlántica como un paraje donde abundaran los piratas. La botadura del *Alvin* había sido una distracción, pero no había nada que hacer hasta que regresara de la inmersión.

Entonces había aparecido aquel extraño barco en plena crisis. Beck no era una persona que creyera en las coincidencias.

Sabía que el *Atlantis* no se encontraba en aguas peligrosas, y que no había nada abiertamente amenazador en el barco o sus maniobras, pero no por eso disminuyó la

vigilancia al ver que se había detenido. Al cabo de unos minutos, decidió subir al puente para hablar con el capitán. En el momento de entrar en la cabina, escuchó una voz en la radio.

«Mayday, Mayday. Adelante».

El capitán tenía el micrófono en la mano e intentaba responder a la llamada.

—Mayday recibido. Aquí el buque de exploración *Atlantis*. Por favor, explique la causa de la llamada.

La llamada de socorro continuó sonando sin más explicaciones.

Mientras el capitán insistía en establecer contacto, una densa columna de humo negro se elevó de la cubierta de la nave. El capitán dejó el micrófono y miró el barco a través de los prismáticos.

—Al parecer ha comenzado un incendio en una de las bodegas.

Ordenó al timonel que se acercara. La llamada de socorro seguía repitiéndose. El *Atlantis* se detuvo a unos doscientos metros del carguero. Beck miró la cubierta de proa a popa. El humo continuaba saliendo de la bodega, y le sorprendió no ver a nadie. Con un incendio a bordo, los tripulantes tendrían que estar tratando de extinguirlo, o si no ocupándose de arriar los botes y balsas salvavidas. En la mente de Beck sonó una campana de alarma.

—¿Qué le parece? —le preguntó al capitán.

—No acabo de entenderlo —respondió—. Es imposible que un incendio deje incapacitada a toda la tripulación. Había alguien al mando hasta hace unos minutos y otro en el puente ocupado en enviar la llamada. Será mejor que envíe inmediatamente a un grupo a investigar. Quizá la tripulación esté impedida o encerrada bajo cubierta.

—Emplee a mis hombres. Están entrenados en las maniobras de abordaje y tienen conocimientos de primeros auxilios. —Beck sonrió—. Además, se están convirtiendo en unos holgazanes y no les vendría mal un poco de ejercicio.

—Con mucho gusto. Ya tengo bastante con el *Alvin*.

—Le ordenó al primer oficial que arriara un bote.

Los hombres de Beck estaban en cubierta, muy entretenidos en contemplar el dramático espectáculo del barco incendiado. Les ordenó que prepararan las armas y las municiones.

—Estáis echando barriga. Pensad en esto como un ejercicio, pero mantened las armas a punto y los ojos bien abiertos.

El equipo se puso en marcha. Los hombres estaban aburridos de tanta inactividad y agradecieron hacer algo. Los SEAL era conocidos por la informalidad del atuendo. Un ojo alerta hubiese reconocido los pañuelos al estilo pirata que llevaban en lugar de los sombreros de lona, pero sí que habían reemplazado los uniformes de camuflaje por vaqueros y camisas de trabajo.

Incluso un pequeño grupo como el de Beck disponía de una gran potencia de fuego. Mantenían las armas envueltas en paños y fuera de la vista. Beck llevaba una escopeta de cañones recortados de calibre 12 capaz de cortar a un hombre por la

mitad. Sus hombres llevaban los Car-15 negros, una versión compacta del M-16, que era la favorita de los SEAL.

Beck y sus hombres embarcaron en una lancha neumática con motor fueraborda y cruzaron en un momento la distancia que separaba las naves. Beck, que llevaba el timón, hizo un amago de abordaje. Como no les dispararon, se acercó un poco más, y acabó por dirigirse a una escalerilla que colgaba sobre el casco cerca de la proa.

Una vez allí, se pusieron las máscaras antigás y cargaron las armas al hombro. Después, treparon hasta la cubierta envuelta en humo. Beck se quedó con el hombre de menos experiencia y envió a sus hombres a que lo inspeccionaran todo hasta la popa.

Volvieron a reunirse al cabo de unos minutos. Nadie había visto nada y se dirigieron al puente. Subieron las escaleras en parejas que se alternaban en el avance para cubrirse mutuamente.

«Mayday. Mayday. Adelante».

La voz salía por la abertura de la puerta de la caseta.

Cuando entraron, no había nadie a la vista. Beck se acercó al magnetófono junto al micrófono. Lo habían preparado para que repitiera el mismo mensaje sin interrupciones. Las alarmas sonaron en su cabeza.

—¡Maldita sea! —gritó uno de sus hombres—. ¿Qué es esa peste?

El hedor atravesaba los filtros de las máscaras.

—Olvídate del olor —dijo Beck en voz baja, y amartilló la escopeta—. A la lancha. A la carrera.

Beck no había acabado de dar la orden cuando un escalofriante alarido resonó en el puente. Una terrorífica aparición se lanzó a través de la puerta abierta. En un acto puramente instintivo, el capitán levantó la escopeta y disparó.

Se escucharon otros alaridos mezclados con los gritos de sus hombres, y borrosos atisbos de largas cabelleras blancas, dientes amarillos, ojos que parecían ascuas y cuerpos en movimiento.

Le arrebataron la escopeta de las manos. Unas garras se cerraron alrededor de su garganta. Se vio lanzado al suelo y el hedor a carne putrefacta le llenó la nariz.

El Rolls-Royce Silver Cloud rodaba a través de la soleada campiña francesa, y dejaba atrás un paisaje de casas rurales, campos verdes y almiarés amarillos. Darnay les había ofrecido su coche antes de volar a la Provenza. A diferencia de su colega Dirk Pitt, que era un enamorado de los coches exóticos, Austin conducía habitualmente uno de los coches de la NUMA cuando estaba en su casa. Austin tenía la sensación de estar al volante de una alfombra voladora.

Skye ocupaba el asiento del acompañante, los cabellos alborotados por la cálida brisa que entraba por las ventanillas abiertas. Vio la débil sonrisa en el rostro de Kurt.

—¿En qué piensas?

—Me felicitaba a mí mismo por mi buena fortuna. Estoy conduciendo un magnífico coche a través de un paisaje que hubiese inspirado un cuadro de Van Gogh. Me acompaña una mujer hermosa, y estoy en la nómina de la NUMA.

Skye contempló el paisaje con una expresión de anhelo.

—Es una pena que estés en nómina. De lo contrario, podríamos olvidarnos de los Fauchard y largarnos por nuestra cuenta. Estoy harta de todo este sórdido asunto.

—No tardaremos mucho —dijo Austin—. Acabamos de pasar por delante de un precioso *auberge*. En cuanto acabemos con la visita a *chez* Fauchard, podríamos ir allí y disfrutar de nuestra cena.

—Razón de más para acabar con el compromiso lo antes posible. —Se acercaban a un cruce. Skye consultó el mapa—. El desvío no puede estar muy lejos.

Al cabo de unos minutos, Austin abandonó la carretera para seguir por un camino asfaltado. A intervalos regulares había unas pistas de tierra perpendiculares al camino que atravesaban los viñedos. Continuaron la marcha hasta dejar atrás los viñedos. Llegaron a una cerca electrificada. Había un cartel de PROHIBIDO EL PASO en varios idiomas. La verja estaba abierta así que siguieron a través de un bosque. Las copas de los árboles a ambos lados del camino impedían el paso de la luz solar.

La temperatura descendió varios grados. Skye cruzó los brazos y echó los hombros hacia delante.

—¿Tienes frío? —preguntó Austin—. Si quieres, cierro las ventanillas.

—Estoy bien. No estaba preparado para este brusco cambio en el paisaje después de todos aquellos preciosos campos y viñedos. Este bosque es absolutamente tétrico.

Austin echó una ojeada al bosque. Solo vio sombras más allá de los árboles. De vez en cuando aparecía algún claro correspondiente a una ciénaga. Encendió los faros, pero solo sirvió para resaltar lo lóbrego del lugar.

Entonces el paisaje comenzó a cambiar. El camino era más ancho y esta vez los árboles a ambos lados eran robles centenarios. Las ramas se cruzaban en las alturas para crear un túnel vegetal de casi un kilómetro y medio de largo antes de acabar

bruscamente al pie de una subida.

—¡Dios mío! —exclamó Skye cuando vio el inmenso edificio de piedra en lo alto de la colina.

Austin miró los torretas y la murallas almenadas.

—Es como si hubiésemos viajado por el tiempo a la Transilvania del siglo XIV.

—Es magnífico pero aterrador —dijo Skye con un tono apagado.

Austin no sentía el más mínimo interés por la arquitectura del castillo. La miró de reojo.

—Decían lo mismo del castillo de Drácula.

Condujo el Rolls por un camino de grava blanca que rodeaba una fuente con un grupo escultórico de hombres vestidos con armaduras que libraban un combate mortal. Los rostros de bronce mostraban expresiones de una terrible agonía.

—Encantador —opinó Austin.

—Es absolutamente grotesco —afirmó Skye.

Austin aparcó el Rolls cerca de un puente de piedra que cruzaba el ancho foso. El olor típico de un pantano emanaba de la superficie marrón verdoso del agua estancada. Cruzaron el puente de piedra y luego otro levadizo y entraron en un gran patio de armas adoquinado que rodeaba al castillo y lo separaba de la muralla. Nadie salió a recibirlos, así que cruzaron el patio y subieron la escalinata hasta una terraza delante de la casa. Austin apoyó la mano en el enorme, llamador de la puerta de madera reforzada con flejes de acero.

—¿No te resulta conocido?

—Tiene el mismo dibujo del águila que vimos en el yelmo y el avión.

Austin dio dos golpes con el llamador.

—Estoy seguro que un jorobado sin dientes llamado Igor abrirá la puerta.

—Si es así, echaré a correr hacia el coche.

—Si ocurre, te recomiendo que no te interpongas en mi camino.

El hombre que abrió la puerta no era jorobado ni le faltaban los dientes. Era alto, rubio y vestía prendas de tenis blancas. Podía tener cuarenta o cincuenta años, pero era difícil calcular su edad porque en su rostro no había ni una sola arruga y tenía el físico de un atleta profesional.

—Usted debe de ser el señor Austin —dijo el hombre con una gran sonrisa, y le tendió la mano.

—Así es. Esta es mi ayudante, la señorita Bouchet.

—Soy Emil Fauchard. Es un placer. Ha sido muy amable en venir hasta aquí desde París. Mi madre le aguarda con impaciencia. Por favor, por aquí.

Hizo pasar a los invitados a un enorme vestíbulo y luego los precedió a paso rápido por un pasillo alfombrado. En los techos abovedados habían pinturas de temas mitológicos donde aparecían ninfas, sátiros y centauros en paisajes rurales. Mientras seguían al guía, Skye le susurró a Austin al oído:

—Tu teoría de Igor se ha ido al traste.

—Pues entonces es el doctor Frankenstein disfrazado.

El pasillo parecía interminable, pero la caminata no era en absoluto aburrida. Las paredes estaban cubiertas con enormes tapices de escenas de caza medievales que mostraban a los nobles y escuderos cuyas flechas convertían en acericos a unos pobres ciervos y jabalíes.

Fauchard se detuvo delante de una puerta, y los invitó a pasar con un gesto.

La habitación les pareció un tremendo contraste con todo lo que habían visto hasta ahora. Era pequeña, íntima, y con el techo bajo con las vigas a la vista y las paredes cubiertas con estanterías de libros antiguos se parecía más a una biblioteca de una casa de campo. Había una mujer sentada en una butaca de cuero en una esquina de la habitación, que leía junto a una ventana.

—Madre —dijo Fauchard con voz suave—. Han llegado nuestros visitantes. Este es el señor Austin y su ayudante, la señorita Bouchet. —Skye había elegido el seudónimo de la guía de teléfonos de París.

La mujer sonrió, dejó el libro y se levantó para saludarlos.

Era alta y había algo de militar en su postura. El traje chaqueta negro y el pañuelo color lavanda realzaban la complexión blanca y el cabello canoso. Con la misma gracia de una bailarina de *ballet*, se acercó para estrecharles las manos. Su apretón fue inesperadamente fuerte.

—Por favor, tomen asiento. —Les señaló dos cómodas sillas tapizadas en cuero. Miró a su hijo—. Nuestros invitados seguramente están sedientos después del largo viaje. —Hablabla inglés sin el menor acento.

—Ahora mismo —respondió Emil, mientras salía.

Un sirviente apareció al cabo de un par de minutos con una botella de agua mineral y vasos en una bandeja. Austin observó a la señora Fauchard, que despidió al sirviente y les sirvió el agua. Lo mismo que con su hijo, resultaba difícil calcular su edad. Podía tener entre cuarenta y sesenta años. En cualquier caso, poseía una belleza clásica. Excepto por una red de arrugas apenas perceptibles, tenía un cutis de porcelana y la mirada de los ojos grises era alerta e inteligente. También la sonrisa oscilaba entre el encanto y el misterio, y cuando hablaba su voz solo tenía algún que otro quiebro que podía ser producto de la edad.

—Les agradezco a usted y a su ayudante que tuvieran la amabilidad de venir hasta aquí desde París, señor Austin.

—No ha sido una molestia, *madame* Fauchard. Sé que es una persona muy ocupada y soy yo quien le agradece que nos haya hecho un hueco en su agenda.

La mujer levantó las manos en un gesto de asombro.

—¿Cómo podía no hacerlo después de que me comunicaran su descubrimiento? Con toda sinceridad, me quedé boquiabierta al saber que el cuerpo enterrado en el glaciar Le Dormeur podía ser el de mi tío abuelo, Jules Fauchard. He volado infinidad de veces sobre los Alpes, sin sospechar jamás que un ilustre miembro de mi familia estaba sepultado en el hielo. ¿Tiene la plena certeza de que era Jules?

—Nunca vi el cuerpo, y no puedo estar seguro de la identidad. Sin embargo, según el número de serie el Morane-Saulnier que encontré en el fondo del lago pertenecía a Jules Fauchard. Son pruebas circunstanciales, por supuesto, pero esclarecedoras.

Madame Fauchard permaneció un momento con la mirada perdida en la distancia.

—Solo puede ser Jules —manifestó, casi para sí misma—. Desapareció en 1914 después de despegar de aquí en su Morane-Saulnier. Le encantaba volar y había obtenido las alas de piloto en la escuela de aeronáutica militar. Era un aviador experto. Pobre hombre. Debió de quedarse sin combustible o se encontró con una tormenta en las montañas.

—Estamos a una considerable distancia de Le Dormeur —señaló Skye—. ¿Qué motivos pudieron llevarle a decidir volar hasta los Alpes?

En el rostro de *madame* Fauchard apareció una sonrisa indulgente.

—Verá, no estaba en sus cabales. Ocurre en las mejores familias. —Miró a Austin—. Tengo entendido que pertenece usted a la NUMA. No se sorprenda, su nombre ha aparecido en todos los periódicos y lo han mencionado en los informativos de la televisión. Fue algo muy inteligente y osado utilizar un submarino para rescatar a los científicos atrapados debajo del glaciar.

—No lo hice solo. Recibí una gran ayuda.

—Modesto además de inteligente. —La mujer le dirigió una mirada que reflejaba mucho más que un interés pasajero—. También me enteré del ataque contra los científicos.

¿Qué podía buscar?

—Es una pregunta difícil de responder. Es obvio que deseaba asegurarse de que nadie recuperara el cadáver. Además se llevó una caja de seguridad que quizá contenía documentos.

—Es una pena. —La mujer exhaló un suspiro—. Quizá los documentos nos hubiesen aportado algo para aclarar el extraño comportamiento de mi tío abuelo. Señorita Bouchet, me preguntó qué podía estar haciendo en los Alpes. No puedo más que adivinar. Jules sufría mucho.

—¿Estaba enfermo?

—No, pero era un hombre sensible y apasionado por el arte y la literatura. Tendría que haber nacido en el seno de otra familia. A Jules le costaba aceptar ser parte de una familia cuyos miembros eran conocidos como los «mercaderes de la muerte».

—Eso es comprensible —manifestó Austin.

—Nos han llamado cosas peores. Créame. Por una de esas ironías del destino, Jules era un empresario nato. Era muy astuto y sus maniobras entre bambalinas eran maquiavélicas. Nuestras empresas prosperaron con su dirección.

—La imagen no parece encajar con lo que acaba de decirme sobre su carácter amable.

—Jules detestaba la violencia implícita en los productos que vendía. Pero había llegado a la conclusión de que si no fabricábamos o vendíamos armas, lo haría algún otro. Era un gran admirador de Alfred Nobel. Como Nobel, utilizó una gran parte de la fortuna familiar para promover la paz. Se veía a sí mismo como un factor de equilibrio de las fuerzas naturales.

—Algo debió de desequilibrarlo.

—Creemos que fue la Primera Guerra Mundial. Unos líderes pomposos e ignorantes comenzaron la guerra, pero no es ningún secreto que fueron incitados al conflicto por los fabricantes de armas.

—¿Como los Fauchard y los Krupp?

—Los Krupp son unos arribistas. —La mujer puso una cara como si hubiese oído algo hediondo—. No eran más que unos patanes mineros, unos explotadores que hicieron su fortuna con la sangre y el sudor de otros. Los Fauchard llevamos siglos en el negocio de las armas, mucho antes de que los Krupp aparecieran en la Edad Media. ¿Qué sabe de nuestra familia, señor Austin?

—Que usted es tan callada como una ostra.

Madame Fauchard se echó a reír.

—Cuando se trata de armas, la discreción vale su peso en oro. —Inclinó la cabeza hacia un lado mientras pensaba y luego se levantó—. Por favor, acompáñame. Les mostraré algo que les dirá más de los Fauchard que mil palabras.

Los llevó por un pasillo hasta una puerta con el escudo del águila tricéfala en acero negro.

—Esta es la armería del castillo —explicó al tiempo que los hacía pasar—. Es el corazón y el alma del imperio Fauchard.

Entraron en una inmensa sala con el techo abovedado.

Tenía el diseño de una catedral. Estaban al comienzo de un pasillo central flanqueado por columnas cruzado por un crucero, con la sección del altar detrás. En las paredes había nichos que en lugar de las estatuas de los santos contenían armas agrupadas por épocas. Había más armas y armaduras en un segundo nivel de nichos.

Directamente delante, inmovilizados en plena carga, había un conjunto escultórico formado por cuatro caballeros y sus corceles, con las lanzas bajadas como si defendieran la armería de cualquier intruso.

Skye observó el despliegue con la mirada de una erudita.

—El alcance y la calidad de esta colección es impresionante.

Madame Fauchard se adelantó para situarse junto a las esculturas de los caballeros.

—Estos eran los tanques de la época —comentó—. Piense en un pobre infante, armado solo con una lanza, que ve cómo se le viene encima uno de estos caballeros a todo galope. —Sonrió como si le divirtiera la escena.

—Formidable —admitió Skye—, pero no invencible a medida que mejoraban las armas y las tácticas. El arco largo disparaba flechas capaces de perforar las armaduras

a gran distancia. Una alabarda podía atravesar las corazas y una tizona mataba a un caballero si caía de su montura. Por otro lado, sus armaduras dejaron de ser útiles con la aparición de las armas de fuego.

—Acaba de dar con la clave del éxito de nuestra familia. Todo avance en materia de armamento no tardaba en ser superado. Parece conocer muy bien el tema —afirmó la mujer, que enarcó una ceja perfectamente delineada.

—Mi hermano es un gran aficionado a las armas antiguas.

No pude menos que aprender de sus colecciones.

—Una alumna aventajada. Todas estas piezas fueron producidas por la familia Fauchard. ¿Qué opina de la calidad?

Skye observó las piezas en el nicho más cercano y sacudió la cabeza, admirada.

—Estos cascos son primitivos pero están muy bien hechos. Diría que tienen más de dos mil años de antigüedad.

—¡Bravo! Son de antes del imperio romano.

—No sabía que los Fauchard se remontaran tan atrás —dijo Austin.

—No me sorprendería si alguien descubriera alguna vez una pintura rupestre de un Fauchard fabricando un cuchillo de pedernal para un cliente del neolítico.

—Este castillo es todo un salto en el espacio y el tiempo desde una cueva neolítica.

—Hemos progresado mucho desde nuestros humildes orígenes. Nuestra familia comenzó como herreros en Chipre, la encrucijada del comercio en el Mediterráneo. Los cruzados que construyeron sus fortalezas en la isla compraron las armas que fabricábamos. Era costumbre entre los nobles tener sus propios armeros. Mis antepasados vinieron a Francia y ayudaron a fundar varias cofradías de artesanos armeros. Los miembros se casaron y establecieron alianzas con otras dos familias.

—¿El águila tricéfala en el escudo de armas?

—Es usted muy observador, señor Austin. Sí, pero con el paso del tiempo las otras dos familias quedaron al margen y los Fauchard acabaron por dominar el negocio. Fabricaban armas de todo tipo y sus agentes recorrían el continente. Había un mercado en constante crecimiento; desde la Guerra de los Treinta Años a las campañas napoleónicas. La guerra franco-prusiana resultó muy lucrativa y dejó preparado el terreno para la Primera Guerra Mundial.

—Cosa que nos lleva de nuevo a su tío abuelo.

—Jules comenzó a mostrarse cada vez más deprimido.

Para aquel entonces éramos una multinacional con el nombre de Spear Industries. Intentó convencer a la familia para que no participara en la carrera armamentística, pero era demasiado tarde. Como dijo Lenin en el momento, Europa era como un barril de pólvora.

—Solo necesitaba de la chispa del asesinato del archiduque Ferdinando para estallar.

—El gran duque era un palurdo. —La mujer hizo un gesto de desprecio—. Su

muerte no fue la chispa sino la excusa.

Las fábricas de armamento de los diversos países tenían acuerdos y patentes comunes. Cada bala disparada, cada bomba lanzada por cualquiera de los bandos representaba beneficios para los propietarios y accionistas. Los Krupp ganaron dinero con los muertos alemanes y Spear Industries con la muerte de los combatientes franceses. Jules previó la situación y el hecho de que él fuese en última instancia el responsable fue probablemente la causa de su desequilibrio.

—¿Otra baja de guerra?

—Mi tío abuelo era un idealista. Su pasión lo arrastró a una muerte prematura y sin sentido. Lo más triste fue que su muerte no tuvo más importancia que la de un pobre soldado muerto en las trincheras. Solo dos décadas más tarde, nuestros líderes nos arrastraron a otro conflicto mundial. Las fábricas de los Fauchard acabaron arrasadas hasta los cimientos, murieron nuestros trabajadores. Recuperamos las pérdidas con la Guerra Fría. Así y todo el mundo ha cambiado.

—Seguía siendo un lugar muy peligroso la última vez que lo vi —dijo Austin.

—Sí, las armas son más letales que nunca, pero los conflictos son más regionales y duran menos. Los gobiernos, como el suyo, han reemplazado a los mayores vendedores de armas.

Desde que heredé la dirección de Spear Industries, hemos abandonado la fabricación y nos hemos convertido en un grupo que subcontrata bienes y servicios. Gracias a la amenaza del terrorismo y el miedo a algunos países revolucionarios, nuestros negocios florecen.

—Un relato sorprendente —afirmó Austin—. Gracias por permitirme conocer la historia de la familia.

—Es hora de volver al presente, señor Austin. ¿Cree posible recuperar el avión que encontró en el lago?

—Sería un trabajo delicado, pero no imposible para un experto en rescates submarinos. Puedo darle algunos nombres.

—Muchísimas gracias. Queremos recuperar cualquier propiedad que sea legalmente nuestra. ¿Tiene la intención de regresar hoy mismo a París?

—Así es.

—Bien. Le enseñaré la salida.

Madame Fauchard los llevó por otro pasillo, una galería con centenares de retratos. Se detuvo delante de la pintura de un hombre con un abrigo de cuero largo.

—Este es mi tío abuelo Jules Fauchard.

El hombre del retrato tenía la nariz aquilina, un soberbio mostacho y estaba delante de un aeroplano similar al que Austin había visto en el museo del aire. Llevaba el mismo yelmo que Skye le había dado a su amigo Darnay.

Una muy suave exclamación escapó de los labios de Skye.

Apenas audible, pero *madame* Fauchard la escuchó.

—¿Ocurre algo, señorita?

—No. —Skye se aclaró la garganta—. Admiraba el yelmo. ¿Está en la colección? Racine la miró con dureza.

—No. No lo está —respondió con un tono seco.

Austin intentó desviar la conversación.

—No se puede decir que exista un gran parecido familiar con usted o su hijo.

—Los Fauchard tenían unas facciones un tanto rudas, como puede ver —manifestó Racine con una sonrisa—. Nos parecemos más a nuestro abuelo, que no era un Fauchard de sangre. Se casó con una Fauchard y adoptó el apellido. Fue un matrimonio de conveniencia porque en aquel momento no había ningún heredero varón, así que se buscaron uno.

—Tiene usted una familia fascinante —comentó Skye.

—Mucho más de lo que se imagina. —Miró a Skye con una expresión pensativa y después sonrió—. Se me acaba de ocurrir una idea. ¿Por qué no se quedan a cenar? No tardarán en llegar mis otros invitados. Esta noche habrá un baile de disfraces, como en los viejos tiempos.

—El viaje hasta París es largo. Además, no hemos traído ningún disfraz —dijo Austin.

—Pueden pasar la noche aquí. Siempre tenemos unos cuantos disfraces de más. Encontraremos algo adecuado. Tenemos todo lo que puedan necesitar para estar cómodos.

Pueden partir por la mañana a primera hora. No aceptaré un no por respuesta.

—Es usted muy amable, *madame* Fauchard —dijo Skye—. No queremos molestar.

—No es ninguna molestia. Ahora, si me perdonan, iré a hablar con mi hijo para que disponga todo lo necesario. Siéntanse libres de pasear por el primer piso del castillo. Ahí están las habitaciones.

—¿A qué viene todo esto? —preguntó Austin, en cuanto la mujer se alejó por el pasillo y los dejó con la única compañía de sus antepasados.

—¡Mi plan funcionó! Hice alarde de mis conocimientos en la armería para llamar su atención. Mordió el anzuelo en el acto. Escucha, Kurt, dijiste que la familia Fauchard era la clave de todo lo que sucedió en el glaciar y el asalto en la tienda de Darnay. No podemos marcharnos con las manos vacías.

¿Cuál es el problema?

—Puedes estar en peligro. Ese es el problema. Te quedaste boquiabierto cuando viste el retrato de Jules. Ella sabe que has visto el yelmo.

—Reconozco que no fue premeditado. Me sorprendí de verdad cuando vi a Jules con el yelmo que había rescatado del glaciar. Mira, estoy dispuesta a correr el riesgo. Además, la fiesta de disfraces puede resultar divertida. No se atreverá a hacer nada en presencia de los invitados. Parece una persona muy amable y no la arpía que me había imaginado.

Austin no las tenía todas consigo. *Madame* Fauchard era una mujer encantadora,

pero sospechaba que no era más que pura fachada. Había visto cómo se le ensombrecía el rostro ante la reacción de Skye al ver el retrato. Había sido *madame* Fauchard, no Skye, quien había tendido la trampa y los había pillado. Las campanas de alarma sonaban sin cesar en su cabeza, pero sonrió de todas maneras. No quería asustar a Skye.

—Vamos a echar una ojeada.

Tardaron una hora en recorrer el primer piso. Era enorme, pero apenas si vieron algo más que los pasillos. Todas las puertas que intentaron abrir estaban cerradas con llave.

Mientras recorrían aquel laberinto, Austin intentó memorizar la disposición. Por fin llegaron de nuevo al vestíbulo. Su inquietud crecía por momentos.

—Es extraño —comentó—. Lo lógico sería suponer que en un lugar de estas dimensiones tendría que haber una legión de criados, pero no hemos visto a nadie más aparte de los Fauchard y el sirviente que nos trajo el agua.

—Tienes razón. —Skye se acercó a la puerta principal. Sonrió cuando la encontró abierta—. Ya puedes dejar de sufrir. Podemos marcharnos cuando queramos.

Salieron a la terraza y cruzaron el patio hasta la entrada, El puente levadizo estaba bajado, pero en cambio habían bajado el rastrillo. Austin apoyó las manos en los barrotes y miró más allá del foso.

—Creo que tardaremos en marcharnos —manifestó con una expresión grave.

El Rolls-Royce había desaparecido.

El *Alvin* se había levantado como una gaviota en la cresta de una ola antes de caer en una caída libre que acabó con un choque brutal. El impacto arrancó de sus asientos a los tres ocupantes del sumergible. Paul intentó no golpear contra Gamay y la menuda piloto, pero su cuerpo larguirucho no era el más indicado para las acrobacias y chocó con la cabeza contra el mamparo.

Vio las estrellas, y cuando se le aclaró la visión se encontró con el rostro de Gamay casi pegado al suyo. Parecía preocupada.

—¿Estás bien? —le preguntó su esposa.

Paul asintió. Luego volvió a su asiento y se tocó el cráneo con mucha suavidad. Le saldría un chichón pero no sangraba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sandy.

—No lo sé —contestó Paul—. Echaré un vistazo.

Intentó no hacer caso del puño helado que le oprimía la boca del estómago y se volvió hacia la ventanilla de babor.

Por un instante se preguntó si el golpe en la cabeza le hacía ver visiones. El rostro ceñudo de un hombre lo miraba desde el otro lado. Golpeó el cristal de la ventanilla con el cañón de un arma y luego movió el pulgar hacia arriba. El mensaje no podía ser más claro. Abre la escotilla.

Gamay, que tenía el rostro pegado a la otra ventanilla, susurró:

—Hay un tipo con muy mala pinta que me apunta con un arma.

—Aquí también —dijo su marido—. Quieren que salgamos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Sandy.

Alguien comenzó a golpear el casco.

—Nuestro grupo de bienvenida se impacienta —señaló Gamay.

—Eso parece —asintió Paul—. A menos que se nos ocurra la manera de convertir el *Alvin* en un submarino de ataque, propongo hacer lo que nos piden.

Abrió la escotilla. Una ráfaga de aire caliente y húmedo inundó la cabina y el mismo rostro que había visto a través de la ventanilla apareció enmarcado en la abertura circular. El hombre le hizo un gesto y desapareció de la vista. Paul asomó la cabeza y los hombros por la escotilla y vio que el sumergible estaba rodeado por media docena de hombres armados.

Con mucho cuidado, Paul salió de la cabina y se quedó en la cubierta. La siguiente en aparecer fue Sandy, que palideció al ver el grupo que los esperaba. Permaneció inmóvil hasta que Gamay le dio un empujoncito y Paul la ayudó a salir.

El *Alvin* estaba en un compartimiento brillantemente iluminado del tamaño de un garaje para tres coches. El olor del mar era muy fuerte. El agua chorreaba del casco del sumergible y desaparecía por los desagües en la cubierta. Se escuchaba a lo lejos

el rumor de los motores. Paul dedujo que se encontraban en la cámara estanca de un submarino enorme. En un extremo de la cámara, las paredes se curvaban para acabar en una línea horizontal como si fuese una gran boca mecánica. El submarino había engullido al *Alvin* como un mero que se come una gamba.

Uno de los hombres apretó un interruptor y se abrió una puerta en el mamparo opuesto a la boca mecánica. Luego señaló el camino con el cañón del arma. Los prisioneros entraron en un cuarto más pequeño que parecía una fábrica de autómatas. Colgados en unos percheros había por lo menos una docena de «trajes lunares», con pinzas en los extremos de los brazos articulados. Por su trabajo en la NUMA, Paul sabía que estos trajes eran auténticos sumergibles con forma humana que permitían a los buceadores trabajar a grandes profundidades durante largos períodos.

La puerta se cerró con un suave chasquido y los prisioneros caminaron por el pasillo precedidos por tres de los guardias y los otros tres a retaguardia. Los monos azul marino que vestían no llevaban identificación alguna. Eran hombres fornidos, que se movían con la seguridad de soldados profesionales. Rondaban la cuarentena; demasiada edad para ser reclutas bisoños. Era imposible adivinar sus nacionalidades porque mantenían un silencio absoluto y transmitían sus órdenes con los movimientos de las armas. Paul se dijo que debían de ser mercenarios entrenados para misiones especiales.

Recorrieron una serie de pasillos hasta llegar a la puerta de un camarote. Les indicaron que entraran y cerraron la puerta. En el camarote había dos literas, un silla, un armario y un lavabo.

—Muy acogedor —opinó Gamay.

—Este debe de ser uno de los camarotes de tercera —respondió Paul. Le dio un vahído y tuvo que apoyar una mano en el mamparo para no perder el equilibrio. Al ver la preocupación en el rostro de su esposa, se apresuró a añadir—: Estoy bien. Pero necesito sentarme.

—Necesitas una cura de urgencia —replicó Gamay.

Trout se sentó en el borde de una de las literas. Gamay fue al lavabo para empapar una toalla con agua fría que Paul se puso en la sien para mantener controlado el chichón.

Sandy y Gamay se turnaron en la tarea de mojar la toalla con agua fría hasta que se redujo la hinchazón. Paul se arregló la pajarita, y se peinó con los dedos.

—¿Estás mejor?

—Siempre has dicho que con el tiempo se me agrandaría la cabeza —respondió Paul mucho más animado.

Sandy se echó a reír a pesar del miedo que la dominaba.

—¿Cómo pueden estar tan tranquilos? —preguntó, asombrada.

La actitud de Trout no era bravuconería sino el producto de su pragmatismo y la fe en su capacidad. Como miembro del equipo de operaciones especiales de la NUMA había vivido muchas situaciones de peligro. Su aire de erudito ocultaba una

dureza interior heredada de sus antepasados de Nueva Inglaterra. Su bisabuelo había sido miembro del servicio de rescate marítimos, donde el lema era: «Tienes que ir, pero no tienes que volver». Su abuelo y su padre pescadores le habían enseñado las artes de la marinería y el respeto por el mar, y Paul había aprendido a confiar en su propio ingenio.

A Gamay, con su cuerpo espigado y movimientos delicados, sus preciosos cabellos color caoba y una sonrisa deslumbrante, la confundían muchas veces con una modelo o una actriz. Pocos hubiesen creído que en la infancia transcurrida en Wisconsin se había comportado como un marimacho. Aunque se había convertido en una mujer con todos los rasgos femeninos más deseables, distaba mucho de ser una flor de invernadero. Rudi Gunn, el subdirector de la NUMA, había valorado acertadamente su inteligencia cuando propuso que entrara al servicio de la agencia junto con su marido. El almirante Sandecker había aceptado la recomendación de Gunn. Desde entonces, Gamay había dado muestras de su inteligencia y de sus recursos en muchas misiones de alto riesgo.

—La calma no tiene nada que ver —respondió Gamay—. Solo se trata de ser prácticos. Nos guste o no, de momento estamos encerrados aquí. Tendremos que apelar al razonamiento deductivo para hacernos una idea de lo que ha ocurrido.

—Se supone que los científicos no debemos sacar conclusiones hasta tener todos los hechos —dijo Sandy—. No los tenemos.

—¿Somos los personajes de una novela de Julio Verne? —Preguntó Gamay.

MacLean exhaló un sonoro suspiro.

—Ojalá fuese así de sencillo. No quiero alarmarlos —declaró con una expresión grave—, pero sus vidas quizá dependan del resultado de esta conversación. Por favor, díganme sus nombres y profesiones. Les ruego que no me mientan.

No hay calabozos en esta nave.

Los Trout comprendieron el mensaje implícito. La ausencia de calabozos significaba que no había prisioneros. Paul vio la expresión bondadosa en los ojos azules del químico y decidió confiar en él.

—Me llamo Paul Trout. Esta es mi esposa, Gamay. Ambos pertenecemos a la NUMA. Ella es Sandy Jackson, piloto *del Alvin*.

—¿Son científicos?

—Soy geólogo marino. Gamay y Sandy son biólogas marinas.

En el rostro de MacLean apareció una sonrisa.

—Gracias a Dios —murmuró—. Hay esperanzas.

—Quizá quiera responder a una pregunta —dijo Paul—. ¿Por qué secuestró el *Alvin* y nos tiene prisioneros?

—No tengo nada que ver con eso. —MacLean se rio con un tono lastimero—. Como ustedes, soy un prisionero más.

—No lo entiendo —dijo Sandy.

—No se lo puedo explicar ahora. Solo le puedo decir que tenemos la suerte de

que ellos puedan utilizar sus conocimientos profesionales. Como es mi caso, los dejarán vivir mientras les sean útiles.

—¿Quiénes son ellos? —preguntó Paul.

—Saberlo sería demasiado peligroso para ustedes.

—No sé si lo que dice es verdad —manifestó Gamay—, pero, por favor, dígle a las personas que nos secuestraron y capturaron nuestro sumergible que nuestro buque nodriza enviará a buscarnos en cuanto se enteren de que hemos desaparecido.

—Me han dicho que eso no será un problema. No tengo ningún motivo para no creerles.

—¿A qué se referían? —preguntó Paul.

—No lo sé. Solo sé que estas personas no tienen el menor escrúpulo en conseguir sus objetivos.

—¿Cuáles son sus objetivos? —preguntó Gamay.

Los ojos azules del científico se ensombrecieron.

—Hay algunas preguntas que es mejor no formular o que yo las responda. —Se levantó de la silla—. Debo comunicar los resultados del interrogatorio. —Señaló la lámpara en el techo y se tocó la boca con los dedos en una clara advertencia de que había un micrófono oculto—. Les traeré comida y bebida. Mientras tanto, les recomiendo que descansen.

—¿Confiáis en él? —preguntó Sandy en cuanto MacLean salió del camarote.

—Es una historia tan loca que bien podría ser verdad —opinó Gamay.

—¿Se os ocurre alguna cosa que podamos hacer? —le preguntó Sandy a la pareja.

Paul se acostó e intentó ponerse cómodo, pero los pies le colgaban fuera de la litera. Señaló la lámpara.

—A menos que alguien quiera esta litera, haré lo que propuso MacLean y descansaré un rato.

MacLean reapareció al cabo de media hora con unos bocadillos de queso, café y tres tazas. Esta vez sonreía.

—Felicidades —dijo, mientras repartía los bocadillos—. A partir de ahora trabajan en el proyecto.

Gamay comió un par de bocados de su bocadillo y luego preguntó:

—¿Cuál es el proyecto?

—No les puedo decir todo. Confórmense con saber que son parte del equipo de investigación. Cada uno de ustedes tendrá un cometido específico. Me han autorizado a acompañarlos en un recorrido por las instalaciones para que se hagan una idea del trabajo a realizar. Ya les iré explicando más cosas durante el recorrido. Vamos, nuestra carabina nos espera.

Golpeó la puerta con los nudillos. La abrió un guardia con cara de pocos amigos que se apartó para dejar paso a MacLean y los demás. Escoltados por el guardia, el químico los llevó por una serie de pasillos hasta una cámara de grandes dimensiones con las paredes cubiertas de monitores y resplandecientes paneles electrónicos. El

vigilante se situó en una posición desde donde podía observarlos de cerca, pero por lo demás no interfirió.

—Esta es la sala de control —dijo MacLean.

Paul miró en derredor.

—¿Dónde está la tripulación?

—El control de todos los sistemas está informatizado. La tripulación es mínima, el resto del personal a bordo son los guardias y los buzos.

—Vi los trajes lunares en un cuarto junto a la cámara estanca.

—Es usted muy observador —comentó MacLean—. En aquella pantalla, verán a los buzos trabajando.

En una pantalla panorámica aparecía la imagen de una de las chimeneas de la Ciudad Perdida. Vieron un movimiento al pie de la pantalla. Un buzo subía por un costado de la chimenea, impulsado por los propulsores del traje. Lo seguían otros tres y todos sujetaban unas gruesas mangueras de goma con las pinzas mecánicas que les servían de manos.

En el más absoluto silencio, las grotescas figuras continuaron ascendiendo hasta la parte superior de la pantalla.

Como abejas recolectando el néctar, se detuvieron debajo de lo que parecían unas setas gigantes.

—¿Qué hacen? —preguntó Paul.

—Yo lo sé —respondió Sandy—. Están recolectando los bioorganismos de las colonias microbianas que viven adheridas a las chimeneas.

—Efectivamente. Recolectan colonias enteras —asintió MacLean—. Los microbios y el caldo de cultivo donde crecen son transportados por las mangueras hasta los depósitos.

—¿Está diciendo que esta es una expedición científica? —Exclamó Gamay.

—No exactamente. Miren las imágenes.

Dos de los buzos se habían separado de los demás para acercarse a lo alto de otra de las chimeneas; la pareja que se había quedado atrás comenzó a cortar la primera chimenea con sierras de mano.

—Están destruyendo las chimeneas —gritó Sandy—. ¡Es un acto vandálico!

MacLean espió al guardia para ver si había escuchado el estallido de Sandy. El hombre estaba apoyado en el mamparo con una expresión aburrida. El científico agitó una mano para llamar la atención del vigilante y le señaló otra puerta de la sala. El guardia asintió. El químico abrió la puerta y los hizo pasar a otra cámara llena con grandes cubas de plástico.

—Aquí podemos hablar —dijo MacLean—. Estas son las cubas donde se almacena el material biológico.

—Esto es enorme —comentó Gamay.

—Es muy difícil mantener vivos a los organismos fuera de su entorno natural. Por eso están cortando algunas de las chimeneas. Solo una pequeña parte de la cosecha

estará en condiciones de ser utilizada para cuando regresemos a tierra.

—¿Ha dicho tierra? —preguntó Paul.

—Sí, todo el material biológico se procesa en unos laboratorios ubicados en una isla. Hacemos viajes periódicos para descargar los tanques. No estoy muy seguro de saber dónde está. —El científico vio que el guardia los miraba—. Lo siento. Por lo visto nuestra carabina ha salido de su letargo. Seguiremos hablando más tarde.

—Dígame algo más de la isla. Quizá sea nuestra única oportunidad para escapar.

—¿Escapar? Es imposible huir.

—Siempre hay esperanzas. ¿Cómo es la isla?

MacLean vio que el guardia caminaba hacia ellos y se apresuró a responder en un murmullo cargado de espanto.

—Es peor que cualquier cosa que hubiese podido imaginar Dante.

Austin observó las murallas y las torres que rodeaban el castillo de los Fauchard y sintió un profundo respeto por los artesanos que las habían edificado. Su admiración se vio atemperada un tanto por el conocimiento de que la soberbia obra construida por aquellos artesanos muertos hacía siglos atrás para mantener a raya a los atacantes también servía para impedir que escaparan quienes estaban encerrados.

—Bueno, ¿qué piensas? —preguntó Skye.

—Si hubiesen construido Alcatraz en tierra firme, seguramente tendría este mismo aspecto.

—Entonces, ¿qué haremos?

—Continuar con el paseo —respondió Austin, y enganchó un brazo al suyo.

Después de descubrir que habían bajado el rastrillo y que había desaparecido el coche, la pareja había paseado por el patio alrededor del castillo como unos turistas. De vez en cuando se detenían para comentar algún detalle antes de seguir. Su comportamiento no era más que una maniobra de distracción. Austin confiaba en que cualquier vigilante creyera que no sospechaban nada.

Mientras caminaban, Austin permanecía atento a cualquier punto débil. Tomaba nota de todos los detalles. Cuando acabaron de dar la vuelta y se encontraban de nuevo en el punto de partida, ya estaba en condiciones de dibujar un plano exacto del castillo.

Skye tanteó la reja que cerraba el acceso a una escalera que llevaba hasta el camino de ronda. Estaba cerrada.

—Necesitaremos alas para salvar las murallas —declaró.

—Tengo las alas en la tintorería —replicó Austin—. Tendremos que pensar en alguna otra cosa. Vamos a echar una ojeada al interior.

Se encontraron con Emil Fauchard en la terraza.

—¿Han disfrutado del paseo por el castillo? —les preguntó con una sonrisa.

—Ya no construyen castillos como estos —contestó Austin—. Por cierto, nuestro coche no está.

—Lo hemos apartado para hacer lugar a los coches de los invitados. Las llaves estaban puestas. Lo traeremos cuando vayan a marcharse. Espero que no le importe.

—En absoluto. —Austin se obligó a sonreír—. Me evita la molestia de ir a buscarlo.

—Perfecto. En ese caso, entremos. Los invitados no tardarán en llegar.

Emil los acompañó hasta el segundo piso y les enseñó sus habitaciones. La habitación de Austin era una *suite* con un dormitorio, el baño y una sala, decorada al estilo barroco, con el tapizado rojo y gran cantidad de dorados, como si fuese un burdel Victoriano.

Sobre la cama con dosel estaba su disfraz. Le iba bastante bien excepto en los hombros, donde le apretaba un poco. Se miró en el espejo de cuerpo entero antes de llamar a la puerta que daba a la habitación de Skye. La joven entreabrió la puerta y asomó la cabeza. Se echó a reír en cuanto vio a Austin ataviado con el traje a cuadros blancos y negros y el gorro con cascabeles de un bufón.

—*Madame* Fauchard tiene mucho más sentido del humor de lo que esperaba — comentó.

—Mis maestros siempre decían que era el payaso de la clase. Veamos qué aspecto tienes.

Skye entró en la habitación y se giró lentamente como una modelo en la pasarela. Vestía un leotardo negro que destacaba cada una de las curvas de su figura. Llevaba guantes y escarpines de piel. En la cabeza un casquete muy ajustado con unas largas orejas puntiagudas.

—¿Qué te parece? —preguntó, al tiempo que hacía otra pirueta.

Austin miró a Skye con abierta admiración masculina cercana a la lujuria.

—Creo que eres lo que mi abuelo solía llamar «el maullido del gato».

Llamaron a la puerta. Era Marcel, el sirviente con el cráneo ahusado como una bala. Miró a Skye como un león hambriento que mira a una gacela. Luego sus ojillos se fijaron en el disfraz de Austin y en su rostro apareció una expresión de desprecio.

—Han llegado los invitados —dijo Marcel con una voz rasposa—. *Madame* Fauchard los espera en la armería, donde se servirán los cócteles. —El tono de matón no cuadraba con la formalidad de un mayordomo.

Austin y su felina compañera se pusieron los antifaces de terciopelo negro y siguieron al fornido sirviente. Bajaron al primer piso. Escucharon las voces y las risas mucho antes de entrar en la armería. Una veintena de hombres y mujeres ataviados con unos fantásticos disfraces estaban junto al bar instalado delante de una colección de mazas con pinchos. Otros sirvientes que parecían clones de Marcel se movían entre la multitud con las bandejas de caviar y champán. Un cuarteto de cuerdas con disfraces de ratas interpretaba la música de fondo.

Austin cogió dos copas de champán y le dio una a Skye.

Encontraron un lugar más tranquilo debajo de las lanzas de los caballeros del grupo escultórico y se dedicaron a mirar a los huéspedes mientras bebían champán. Había el mismo número de hombres y mujeres, aunque era difícil distinguirlos debido a la variedad de los disfraces.

Austin intentaba deducir el tema de la fiesta cuando se le acercó un corpulento pájaro negro. Se bamboleaba como un velero en medio de una tempestad. El pájaro se tambaleó sobre las piernas amarillas y se inclinó hacia delante con su brillante pico negro peligrosamente cerca de los ojos de Austin, y con una voz aguardentosa y un claro acento británico entonó:

—Una vez, al filo de una lúgubre medianoche... maldita sea, ¿cómo seguía?

No hay nada más difícil de entender que a un inglés de clase alta con una cogorza,

pensó Austin. Luego recitó el resto de la estrofa: «mientras débil y cansado, en triste reflexiones embebido...».

El pájaro aplaudió con las alas y cogió una copa de champán de la bandeja de uno de los criados que pasaba. El largo pico lo incomodaba para beber así que se lo levantó sobre la frente. El rostro enrojecido con las abultadas mejillas le recordó a Austin los dibujos de la mascota que era el símbolo británico: John Bull.

—Siempre es un placer encontrarse con un caballero ilustrado —manifestó el pájaro.

Austin se encargó de las presentaciones. El pájaro le extendió la mano.

—Esta noche soy Nevermore, pero me llamo Cavendish cuando no estoy corriendo por ahí como el lúgubre pájaro de Poe. Lord Cavendish, una prueba de la lamentable caída de lo que fue un glorioso imperio cuando hacen caballero a un viejo borracho como yo. Perdón, veo que mi copa está vacía.

—Soltó un sonoro eructo y se marchó con paso inseguro a la búsqueda de más champán.

Edgar Alan Poe. Por supuesto.

Cavendish era un cuervo borracho. Skye representaba a *El gato negro*. Austin era el bufón de *El barril de amontillado*.

Austin miró a los invitados. Vio a una mujer con una mortaja sucia y ensangrentada; *La caída de la casa de Usher*.

Otra mujer vestía un disfraz con unas campanas minúsculas; *Las campanas*. Había un mono acodado en la barra que bebía un martini; *Los crímenes de la rue Morgue*. El mono hablaba con un escarabajo con una calavera en el caparazón; *El escarabajo de oro*. Madame Fauchard no solo tenía sentido del humor, se dijo Austin. También le agradaba lo grotesco.

Cesó la música y reinó el silencio en la sala. Una figura había aparecido en el umbral, a punto de entrar en la armería.

Cavendish, que había reaparecido con una copa en la mano, murmuró: «¡Dios mío!», y se escabulló rápidamente entre los invitados como si buscara la protección de la multitud.

Todas las miradas estaban fijas en la mujer que parecía haber escapado de la tumba. Tenía salpicaduras de sangre en el largo sudario y el rostro cadavérico. Los labios se veían marchitos y los ojos muy hundidos en las órbitas. Se escucharon unas exclamaciones ahogadas cuando entró en la sala. Se detuvo de nuevo para mirar a los ojos de cada uno de los invitados. Después cruzó la armería como si flotara sobre el suelo para ir a detenerse junto a un enorme reloj de péndulo. Dio unas palmadas.

—La Máscara de la Muerte Roja os da la bienvenida —dijo Racine Fauchard—. Disfrutad de la fiesta, amigos míos. Pero recordad —añadió con un tono melodramático— que la vida es pasajera cuando la Muerte Roja recorre la tierra.

Los labios marchitos se separaron en una sonrisa siniestra. Se escucharon algunas risitas nerviosas y los músicos reanudaron su interpretación. Los sirvientes, que se

habían quedado inmóviles, volvieron a moverse entre los invitados.

Austin había esperado que la anfitriona saludara a sus amigos, pero para su sorpresa la aparición se le acercó y se quitó la horrible máscara para dejar a la vista sus bellas facciones.

—Está muy elegante con el gorro y las calzas, señor Austin —comentó, con un tono seductor.

—Muchas gracias, *madame* Fauchard, y yo nunca había visto una muerte más encantadora.

La señora del castillo ladeó la cabeza con mucha coquetería.

—Utiliza las palabras como un cortesano. —Miró a Skye—. Es usted una hermosa gata negra, señorita Bouchet.

—Gracias, *madame* Fauchard —respondió Skye, con una leve sonrisa—. Intentaré no comerme a los músicos, por mucho que me gusten los ratoncillos.

Madame Fauchard observó a Skye con la envidia que las bellezas maduras reservan para las mujeres jóvenes.

—En realidad son ratas. Lamento no haberles podido ofrecer una mayor variedad de disfraces. Pero no le importa hacer el papel de tonto, ¿verdad, señor Austin?

—En absoluto. Había ocasiones en las que los bufones de la corte aconsejaban a los reyes. Es mejor hacer de tonto que serlo.

Madame Fauchard se rio alegremente y miró hacia la entrada.

—Veo que acaba de llegar el príncipe Próspero.

Una figura vestida con mallas y una capa de terciopelo púrpura con ribetes dorados y una máscara a juego caminaba hacia ellos. Se quitó el birrete de terciopelo con un gesto airoso y se inclinó ante *madame* Fauchard.

—Una entrada perfecta, madre. Nuestros huéspedes estaban horrorizados.

—Como debía ser. Los saludaré cuando acabe de hablar con el señor Austin.

Emil se despidió con otra reverencia que esta vez incluyó a Skye, y se alejó.

—Tiene usted unos amigos muy interesantes —dijo Austin, con la mirada puesta en la multitud—. ¿Son sus vecinos?

—Todo lo contrario. Estos son los restos de las grandes familias de fabricantes de armas de todo el mundo. En esta sala están representadas las más inmensas fortunas, conseguidas gracias a la destrucción y la muerte. Sus antepasados fabricaron las lanzas y las flechas que mataron a cientos de miles, fundieron los cañones que devastaron Europa en el siglo pasado y produjeron las bombas que arrasaron ciudades enteras. Tendría que sentirse honrado de estar en tan augusta compañía.

—Espero que no se ofenda si le digo que no estoy impresionado.

Madame Fauchard soltó una sonora carcajada.

—No lo culpo. Este grupo de idiotas parlanchines son la escoria europea que vive de las riquezas obtenidas con el sudor de sus antepasados. Las que una vez fueron gigantescas empresas ahora no son más que anónimas corporaciones cuyas acciones se compran y venden en las bolsas de valores de las grandes capitales.

—¿Qué me dice de lord Cavendish?

—Es un caso mucho más penoso, porque solo le queda el nombre. Su familia tuvo una vez el secreto del acero forjado antes de que los Fauchard se lo robaran.

—¿Qué pasa con los Fauchard? ¿Son inmunes a la decadencia?

—Nadie es inmune. Ni siquiera mi familia. Por ese motivo seguiré llevando las riendas de Spear Industries mientras viva.

—Nadie vive eternamente —señaló Skye.

—¿Qué ha dicho? —*Madame* Fauchar se volvió con viveza y miró a Skye con unos ojos que brillaban como ascuas.

Skye no había hecho más que un simple comentario y no estaba preparada para la violenta reacción de la anfitriona.

—Me refería a que todos somos mortales.

El fuego en la mirada de Racine se apagó.

—Es verdad, pero algunos son más mortales que otros.

Los Fauchard continuarán prosperando durante las décadas y los siglos venideros, y no hablo por hablar. Ahora, si me perdonan, debo ocuparme de mis otros invitados. La cena se servirá dentro de unos minutos.

Volvió a cubrir el rostro con la máscara y se alejó para reunirse con su hijo.

—¿A qué ha venido todo eso? —preguntó Skye, un tanto alterada.

—A *madame* Fauchard le inquieta la vejez. No la culpo. Debió de ser toda una belleza en sus tiempos. No me hubiese importado nada cortejarla.

—Si te gusta irte a la cama con un cadáver, tú mismo —replicó Skye con un gesto altanero.

—Veo que la gatita tiene garras —dijo Austin, con una sonrisa.

—Muy afiladas, y me encantaría usarlas con tu amiguita.

No sé por qué te preocupas tanto. Esto es aburridísimo.

Austin había estado atento a la entrada de más sirvientes.

Alrededor de una docena de hombres con pinta de matones habían entrado discretamente en la armería y ahora vigilaban discretamente todas las puertas.

—Prepárate —murmuró Austin—. Tengo la sensación de que está a punto de comenzar la fiesta de verdad.

Cavendish había pillado una cogorza monumental. El inglés se había subido el pico de cuervo por encima de la frente para no tener impedimento alguno a la hora de llevarse la copa de vino a la boca. Había dejado de beber a lo largo de toda la cena mientras engullía los exóticos manjares —desde codornices hasta venado y jabalí— como una trituradora de desperdicios humana. Austin solo probó la comida y bebió unos sorbos de vino para no parecer descortés y le aconsejó a Skye que lo imitara. Necesitarían estar muy despejados si sus instintos no lo engañaban.

En cuanto acabaron con los postres, Cavendish se levantó tambaleante y golpeó la copa con una cucharilla. Todas las miradas se volvieron hacia él. Levantó la copa.

—Quiero ofrecer un brindis por nuestros anfitriones.

—Bien, bien —gritaron los demás comensales, que también estaban más que bebidos, al tiempo que levantaban las copas.

Cavendish sonrió animado por la respuesta.

—Como la mayoría de vosotros sabéis, las familias Fauchard y Cavendish se remontan a muchos siglos atrás. Todos sabemos cómo los Fauchard tomaron en préstamo el proceso creado por los Cavendish para la fabricación de acero a gran escala, y aseguraron su propio ascenso mientras los mismos se perdían en el ocaso.

—Las fortunas de la guerra —señaló el mono de *Los crímenes de la rué Morgue*.

—Brindo por eso. —Cavendish bebió un sorbo de su copa—. Desafortunada o afortunadamente, dada la tendencia de los Fauchard a sufrir accidentes mortales, nunca hubo casamientos entre miembros de las familias.

—Las fortunas del amor —afirmó la mujer con las campanitas.

Los demás invitados se echaron a reír.

Cavendish esperó a que se acallaran las carcajadas.

—Dudo que alguna vez se pronunciara la palabra amor en esta casa. Pero cualquiera puede amar. En cambio, ¿cuántas familias pueden vanagloriarse de haber iniciado ellos solos la guerra que acabaría con todas las guerras?

Un silencio absoluto reinó en la sala. Los comensales miraron furtivamente a *madame* Fauchard, que presidía la mesa con su hijo sentado a la derecha. Mantenía la sonrisa imperturbable, pero sus ojos brillaban con el mismo fulgor que Austin había visto cuando Skye había mencionado su mortalidad.

—Lord Cavendish es muy halagador, pero exagera la influencia de la familia Fauchard —manifestó con voz calma—. Fueron muchas las causas que condujeron al estallido de la Gran Guerra. La codicia, la estupidez y la arrogancia, por citar solo unas pocas. Todas las familias presentes en esta sala participaron en la jauría que reclamaba la guerra para hacer más grandes nuestras fortunas.

Cavendish no estaba dispuesto a dejarse amilanar.

—Acepta los elogios cuando son merecidos, mi querida Racine. Es cierto que nosotros éramos los dueños de los periódicos y sobornamos a los políticos que pedían la guerra, pero fue la familia Fauchard, en su infinita sabiduría, quien pagó para que asesinaran al gran duque Ferdinando, y así sumió al mundo en un baño de sangre. Todos conocemos el rumor de que Jules Fauchard abandonó la jauría, y de esa manera se condenó a sí mismo.

—Lord Cavendish —repitió Racine, y el tono de advertencia no podía ser más claro. Pero el inglés estaba lanzado.

—En cambio, muy pocos saben que los Fauchard también financiaron a un cabo austriaco en su ascenso político y animaron a varios jefes del ejército imperial japonés a atacar a Estados Unidos. —Hizo una pausa para beber un sorbo de vino—. Resultó ser que las cosas se desmadraron y la consecuencia fue que tus fábricas fueron arrasadas. Pero como alguien acaba de decir, esas son «las fortunas de la guerra».

La tensión en la sala crecía por momentos.

Madame Fauchard se había quitado la máscara y el odio reflejado en su rostro infundía más terror que la máscara de la Muerte Roja. Austin no dudaba de que si Racine hubiese sido capaz de mover las armas con el pensamiento, Cavendish ya estaría hecho picadillo. Uno de los huéspedes rompió el silencio.

—Cavendish, ya has dicho bastante. Siéntate.

Por primera vez, Cavendish fue consciente de la terrible mirada de la anfitriona. El cerebro recuperó el control de la lengua y comprendió que había ido demasiado lejos. Se esfumó la sonrisa tonta y se arrugó como una flor junto al fuego.

Se sentó ruidosamente, mucho más sobrio que antes.

Madame Fauchard se levantó como una cobra y alzó la copa.

—Gracias. Ahora quiero ofrece un brindis por la grande y extinta familia Cavendish.

El rostro rubicundo del aristócrata adquirió una tonalidad verdosa.

—Ruego que me disculpéis. No me siento bien. Me temo que he abusado de la comida y la bebida.

Se levantó y sin decir nada más se apresuró a salir de la sala. *Madame* Fauchard miró a su hijo.

—Por favor, atiende a nuestro invitado. No queremos que se caiga en el foso.

El comentario hecho con un tono risueño pareció romper la tensión y se reanudaron las conversaciones como si no hubiese pasado nada. Austin no las tenía todas consigo. Mientras miraba al inglés que salía de la sala, se dijo que Cavendish acababa de firmar su condena de muerte.

—¿Qué está pasando? —preguntó Skye.

—A los Fauchard no les gusta que exhiban en público sus trapos sucios, sobre todo cuando hay extraños presentes.

Austin observó a *madame* Fauchard cuando se inclinó para decirle algo a su hijo.

Emil sonrió y se levantó en el acto.

Llamó a Marcel con un gesto y juntos salieron de la armería.

Estaban sirviendo las copas cuando al cabo de unos diez minutos Emil regresó sin Marcel. Miró directamente a Austin y Skye mientras susurraba al oído de su madre. *Madame* Fauchard asintió, con el rostro impasible. El gesto fue sutil, pero Austin comprendió el significado. Su nombre y el de Skye acababan de ser añadidos a la sentencia de Cavendish.

Marcel no tardó mucho más en regresar de su misión.

Emil se levantó un par de minutos más tarde y dio unas palmadas para llamar la atención de los presentes.

—Damas y caballeros de la Máscara de la Muerte Roja, el príncipe Próspero ha preparado un memorable entretenimiento como culminación de la fiesta de esta noche.

Le hizo un gesto a uno de los sirvientes, que encendió una tea en las llamas de un brasero y se la entregó a Emil. Con grandes aspavientos, Emil sacó una enorme llave antigua de debajo de la capa y abrió la marcha a lo largo de la nave, dejaron atrás el crucero y llegaron al fondo de la armería. Metió la llave en la cerradura de una puerta de madera tallada con cráneos y tibias. Al abrir la puerta, la tea chisporroteó con la corriente de aire frío y húmedo que se coló por la abertura.

—Seguidme si sois valientes —anunció Emil con una sonrisa burlona, y se agachó para pasar por la puerta.

Los invitados fueron entrando uno tras otro, y luego con las copas de vino en alto siguieron en fila a Emil como los niños detrás del flautista de Hamelin. Austin apoyó una mano en el brazo de Skye para impedir que siguiera a los demás.

—Finge que estás borracha —dijo Austin.

—Desearía estarlo —replicó Skye—. *Merde*. Aquí viene la arpía.

—La Muerte Roja tiene que marcharse, señor Austin. Lamento no haber tenido la oportunidad de conocernos mejor.

—Yo también. El brindis de lord Cavendish fue muy interesante —respondió Austin, que chapurreó un poco para dar la impresión de que estaba bebido.

—Los rumores maliciosos son algo que las grandes familias no estamos acostumbradas a soportar. —La mujer miró a Skye—. La fiesta ha terminado. Creo que usted tiene una reliquia que pertenece a mi familia.

—¿De qué habla?

—No se haga la tonta. Sé que tiene el yelmo.

—Entonces fue usted quien envió a aquel hombre horrible.

—¿Sebastian? No, él es el perro faldero de mi hijo. Si le sirve de consuelo, será eliminado como castigo por sus fracasos. No importa, ya la convenceremos para que nos diga dónde está nuestra propiedad. En cuanto a usted, señor Austin, debo decirle adiós.

—Hasta que volvamos a vernos —dijo Austin, con un leve bamboleo.

Racine lo miró con una expresión próxima a la pena.

—Sí. Hasta que volvamos a vernos.

Escoltada por un séquito de sirvientes, *madame* Fauchard caminó hacia la salida. Marcel se había mantenido a una distancia prudencial. Ahora se acercó con una sonrisa que pretendía imitar a la de los pistoleros del cine.

—El señor Emil se llevaría una desilusión si se pierden el entretenimiento que ha preparado para ustedes.

—No nos lo perderíamos por nada en el mundo —afirmó Austin, en una perfecta imitación de un borracho.

Marcel encendió otra tea y señaló la puerta. Austin y Skye se unieron a la fila de la cola de los vocingleros invitados. El sirviente se encargó de vigilar la retaguardia para asegurarse de que nadie se retrasara.

La procesión descendió unos pocos peldaños de piedra para entrar en un pasillo de unos dos metros de ancho. A medida que los invitados bajaban cada vez más a las entrañas del castillo, las risas comenzaron a disminuir. La alegría desapareció del todo, junto con las conversaciones, cuando entraron en un túnel con nichos repletos de esqueletos humanos. Emil se detuvo delante de uno, cogió un cráneo al azar y lo sostuvo por encima de la cabeza, desde donde le sonrió a los invitados como si le divirtieran sus elegantes disfraces—. Bienvenidos a las catacumbas del castillo Fauchard —proclamó Emil con el entusiasmo de un guía de Disney World—. Les presento a uno de mis antepasados. Tendrán que disculparle por la timidez. No tiene muchos visitantes.

Arrojó el cráneo al nicho, cosa que dio lugar a una pequeña avalancha de fémures, costillas y clavículas. Luego reanudó la marcha al tiempo que animaba a los invitados a que apuraran el paso so riesgo de perderse el espectáculo. El túnel pasaba por una serie de habitaciones con rejas que, les explicó Emil, eran las mazmorras y las cámaras de torturas. Habían colocado braseros en todas las habitaciones y delante unos biombos con cristales de diferentes colores que filtraban la luz de las llamas.

Las luces de colores alumbraban los rostros de las figuras de cera de una perfección tal que nadie se hubiese sorprendido si de pronto hubiesen empezado a moverse. En uno de los calabozos, un mono enorme metía a una mujer en una chimenea. En otro, un hombre salía de una tumba. En cada uno de los calabozos se representaba una escena de alguno de los cuentos de Poe.

Emil retrocedió para reunirse con Austin. La luz de la tea confería a sus facciones angulosas un aspecto satánico que hacía juego con el entorno.

—¿Qué opina de mi humilde espectáculo, señor Austin?

—No me había divertido tanto desde mi visita al museo de cera de *madame* Tussaud.

—Me halaga. ¡Bravo! Aún falta lo mejor.

Emil continuó con la charla hasta que llegaron a un calabozo donde la luz roja hacía que todos los que estaban a su alcance parecieran víctimas de la Muerte Roja.

En el suelo había un pozo circular. Un péndulo afilado como una navaja oscilaba sobre una estructura de madera. Atado a la estructura, con ratas que corrían sobre su pecho, había un gran pájaro negro. Se trataba de una escena de *El pozo y el péndulo*, donde la víctima es torturada por la Inquisición española. Solo que en este caso la víctima era Cavendish, que estaba atado de pies y manos, y amordazado.

—Notarán que hay algunas diferencias en esta escena —explicó Emil—. Las ratas que veis corriendo por la mazmorra son reales, y también lo es la víctima. El señor Cavendish es todo un deportista, como dirían sus compatriotas, y se ofreció voluntario para participar en este entretenimiento.

Mientras Emil y los invitados lo aplaudían cortésmente, Cavendish intentaba con desesperación zafarse de las ligaduras.

El péndulo continuó bajando y ahora solo estaba a unos centímetros del pecho de la víctima.

—¡El péndulo lo matará! —gritó una mujer.

—Lo cortará en rodajas —replicó Emil con un tono divertido, y después añadió con un susurro melodramático—: Lord Cavendish soñaba con hacer de jamón. No os preocupéis, amigos míos. La hoja es de madera. Ni en sueños se nos ocurriría hacerle el menor daño. Pero si tanto os asusta...

Chasqueó los dedos y el péndulo se detuvo lentamente. Cavendish se sacudió con violencia y después se quedó inmóvil.

Emil llevó a los invitados a la última mazmorra. No había ninguna escena en la celda, pero en cierto sentido era la más aterradora de todas. Las paredes estaban cubiertas con cortinas de terciopelo negro que se tragaban la poca luz que atravesaba el biombo opaco. La ambientación no podía ser más opresiva. Todos suspiraron a coro cuando Emil anunció que habían llegado al final del recorrido y les indicó el pasillo de salida. Austin y Skye se disponían a seguir al grupo cuando Emil les impidió el paso.

Austin se tambaleó como si estuviese borracho perdido y se quitó el gorro en un gesto grandilocuente.

—Después de usted, Gastón.

Emil abandonó su pésima interpretación de Próspero y ahora su voz sonó fría y dura como el acero.

—Mientras Marcel acompaña a nuestros invitados fuera de las catacumbas, quiero mostrarle a usted y a su bella acompañante algo muy especial. —Apartó una de las cortinas para dejar al descubierto una abertura en el muro de unos sesenta centímetros de ancho.

—¿Qué es esto? —farfulló Austin—. ¿Es parte del espectáculo?

—Sí —respondió Emil, con una sonrisa siniestra—. Es parte del espectáculo. —Sacó una pistola de debajo de la capa.

Austin miró la pistola y soltó una carcajada.

—¡Fantástico! —Sacudió la cabeza y se escuchó el tintineo de los cascabeles del

gorro.

Pasó sin más por la abertura con Skye pisándole los talones y Emile en la retaguardia. Bajaron otros dos tramos de escaleras. La temperatura era mucho más baja y el aire tenía el olor de los pantanos. El agua rezumaba de las paredes y las gotas que caían del techo eran como una lluvia fina. Continuaron caminando hasta que Emil les ordenó que se detuvieran delante de un nicho que tenía un metro cincuenta de ancho y un metro veinte de fondo.

Colocó la tea en un soporte y apartó una lona que tapaba una pila de ladrillos. Junto a los ladrillos había un cubo con mortero y una llana. De otro nicho sacó una botella de vino cubierta de polvo y telarañas. Emil quitó el corcho con los dientes. Le dio la botella a Austin.

—Beba, señor Austin.

—Quizá deberíamos dejar que respirara un poco.

—Ha respirado durante siglos —replicó Fauchard. Señaló la botella de vidrio verde con la pistola—. Beba.

Austin le dedicó una sonrisa bobalicona como si creyera que la pistola era de juguete y se llevó la botella a los labios.

Parte del vino se le escurrió por la barbilla y se la limpió con muchos aspavientos. Le ofreció la botella a Fauchard.

—No, gracias —dijo Emil—. Prefiero permanecer consciente.

—¿Eh?

—Nos han causado ustedes demasiados problemas —prosiguió Emil—. Mi madre me dijo que acabara con ustedes de la manera más apropiada que se me ocurriera. Un buen hijo siempre atiende los deseos de la madre. Sebastian, saluda de nuevo a la señorita Bouchet.

Una figura salió de las sombras y la luz de la tea alumbró las facciones pálidas del pistolero que había provocado la catástrofe en el glaciar. Llevaba el brazo derecho en cabestrillo.

—Creo que ya conoce a Sebastian. Tiene un regalo para usted, señorita.

Sebastian arrojó un dardo de ballesta a los pies de Skye.

—Esto es suyo.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Austin.

—El vino contiene una sustancia paralizante —manifestó Emil—. En unos instantes será incapaz de moverse, pero todos los demás sentidos le funcionarán a la perfección y sabrá lo que le está pasando. —Sacó unas esposas de debajo de la capa y las hizo balancear delante del rostro de Austin—. Quizá si dijera: «Por amor de Dios, Montresor», le dejaría marchar.

—Malnacido —exclamó Austin.

Apoyó las manos en la pared como si las piernas ya no pudieran sostenerle, pero su mirada estaba fija en el dardo que estaba a poco más de un metro.

Skye había soltado una exclamación de horror al ver a Sebastian. Ahora, a la vista

del desfallecimiento de Austin, se lanzó sobre Fauchard y le sujetó la muñeca de la mano que empuñaba el arma. Sebastian acudió en auxilio de su amo y rodeó el cuello de la muchacha con el brazo bueno. A pesar de la herida, tenía una fuerza formidable y Skye comenzó a verlo todo negro por la falta de aire.

Entonces Austin pareció resucitar. Sujetó la botella por el cuello y la descargó con todas sus fuerzas contra la cabeza del pistolero. La botella se hizo añicos en una lluvia de fragmentos y vino. Sebastian soltó a Skye, que cayó al suelo, luego se mantuvo erguido durante unos segundos, con una expresión de asombro, y finalmente se desplomó como un árbol alcanzado por un rayo.

Emil se apartó para evitar el cuerpo de Sebastian y movió el arma hacia Austin, que de un violento empujón lo estrelló contra el nicho. Intentó sujetar la mano de Emil, pero el francés consiguió apretar el gatillo. La bala impactó en la pared a unos centímetros del rostro de Austin. Las esquirlas de piedra laceraron la mejilla de Austin y el fogonazo lo cegó momentáneamente. Tropezó con la pila de ladrillos y cayó de rodillas. Fauchard se apartó con la agilidad de un atleta.

—Es una pena que no pueda disfrutar de la muerte lenta que le había preparado —dijo Fauchard—. Ya que está de rodillas, ¿por qué no aprovecha para suplicar por su vida?

—No es necesario —replicó Austin.

Sujetó el afilado dardo de madera y lo clavó sin más en el pie de Emil.

La punta atravesó el escaquin dorado como si fuese mantequilla. Emil soltó un aullido que resonó en el túnel y bajó la pistola.

Para entonces, Austin ya se había incorporado. Buscó un punto en la barbilla de Emil y con todo su peso y potencia descargó un golpe de derecha que casi le arrancó la cabeza a Fauchard. El arma cayó al suelo y Emil se derrumbó junto a su compinche. Austin ayudó a Skye a levantarse. La muchacha se masajeaba el cuello dolorido y le costaba respirar. Austin esperó hasta que la vio respirar con normalidad, antes de inclinarse sobre el criado.

—Por lo que parece a Sebastian se le subió el vino a la cabeza.

—Emil dijo que en el vino había droga. ¿Cómo...?

—Dejé que chorreara por mi barbilla. Lo más probable es que siendo tan añejo ya se hubiese avinagrado.

Sujetó a Emil por los tobillos y lo arrastró al interior del nicho. Esposó una de las muñecas de Fauchard y la otra esposa la sujetó a una anilla en la pared. Se quitó el gorro y mientras se lo ponía a Fauchard, dijo:

—Por amor de Dios, Montresor.

Recogió la tea del soporte y echó a andar por el túnel. Había aprovechado el tiempo de la supuesta borrachera para memorizar todo el camino recorrido, así que no tardaron mucho en llegar a las mazmorras. Las ratas huyeron ante su aparición, y fue entonces cuando descubrieron que Cavendish estaba muerto. El rostro del inglés estaba congelado en una expresión de horror. Austin apoyó los dedos en el cuello del

noble, pero no encontró el pulso.

—Está muerto.

—No lo entiendo —exclamó Skye—. No hay sangre.

Austin pasó un dedo por el filo del péndulo, que rozaba las plumas del disfraz a la altura del pecho.

—Por una vez, Fauchard decía la verdad. La hoja es de madera. Emil se olvidó de comentárselo a Cavendish. Creo que nuestro amigo murió del susto. Vamos, ya no podemos hacer nada por él.

Continuaron por el pasillo. Llegaron a una escalera de caracol. A medida que subían fue disminuyendo el olor a moho, y muy pronto el aire fresco les acarició los rostros. En el rellano había una puerta que se abría al patio y siguieron el sonido de las risas hasta el frente del edificio, donde los invitados ya estaban a punto de salir.

Con paso lento e inseguro como si aún les durara la borra diera, Austin y Skye los alcanzaron. Se mezclaron con el grupo, cruzaron la salida, y caminaron por el puente de piedra.

Los coches ya estaban alineados en el paso para recoger a los invitados, que se despedían efusivamente. No tardaron mucho en marcharse y Austin y Skye se quedaron solos. Vieron que se acercaba un coche. Era el Rolls-Royce de Darnay. Era obvio que nadie había avisado al chófer para que no lo trajera.

Austin se apresuró a abrir la puerta para que Skye subiera.

Se volvió al escuchar un grito y vio a Marcel que cruzaba el puente a la carrera. Otro sirviente que estaba cerca escuchó la orden de Marcel y se adelantó para colocarse entre Austin y el coche. Intentaba sacar el arma que llevaba en la sobaquera cuando Austin lo derribó con un tremendo puñetazo en el plexo solar. Le gritó a Skye que subiera al tiempo que rodeaba el coche. Abrió la puerta del conductor, arrancó al chófer del asiento, lo dejó fuera de combate con un codazo en la barbilla y se sentó al volante.

Puso la primera y pisó el acelerador. El Rolls arrancó con un tremendo chirrido de los neumáticos que levantaron una nube de gravilla, dio la vuelta a la fuente en dos ruedas. Austin vio un movimiento a la izquierda. Giró el volante en la dirección opuesta. Los faros iluminaron a otro sirviente que sostenía una pistola con las dos manos.

Austin se agachó debajo del tablero y apretó el acelerador a fondo. El hombre voló por encima del capó y chocó contra el parabrisas, antes de salir despedido. El cristal de seguridad del parabrisas se transformó en una telaraña de grietas como consecuencia del impacto. Casi simultáneamente la ventanilla del pasajero voló hecha añicos. Austin vio los fogonazos ante él y escuchó un sonido como si alguien estuviese golpeando la parrilla del radiador con una maza. Giró el volante, golpeó contra otro cuerpo y de nuevo dio un volantazo.

Una luz lo cegó y le fue imposible mirar a través del parabrisas roto. No levantó el pie del acelerador, convencido de que se dirigía hacia la salida, pero había perdido

el sentido de la orientación. El Rolls pasó por encima del borde del foso, voló por los aires y cayó de plano en el agua. El airbag lo aplastó contra el asiento y mientras intentaba apartarlo, lo empapó el agua que entraba por las ventanillas. Las balas impactaban contra el techo del vehículo pero el agua les quitaba impulso.

Austin se apartó del volante y respiró a fondo. Un segundo más tarde, el coche se sumergió del todo.

El Rolls-Royce inclinó el largo morro en el agua como un submarino en una inmersión de urgencia, y segundos más tarde el coche se posó en el barro y los detritos acumulados durante siglos en el fondo del foso. Austin se pasó al amplio asiento trasero, con las manos que buscaban ciegamente como las antenas de una langosta hambrienta. Los dedos tocaron carne tierna. Skye le sujetó las muñecas y tiró para hacerle sacar la cabeza a la pequeña bolsa de aire junto al techo.

Austin escuchó la respiración agitada de la mujer. Escupió una bocanada de agua sucia.

—¿Me escuchas?

Interpretó el gorgoteo como un sí.

El agua le llegaba a la barbilla. Estiró el cuello para mantener la boca y la nariz libres y le dio rápidamente las instrucciones.

—No te asustes. No te apartes. Apriétame la mano cuando necesites aire. ¿Comprendido?

Otro gorgoteo.

—Ahora respira profundamente tres veces y retén la última.

Hiperventilaron al unísono para llenar los pulmones al máximo, en el mismo momento en que desaparecía la bolsa de aire y quedaron sumergidos del todo. Austin arrastró a Skye hacia la puerta y la abrió con un empujón del hombro.

Salió del coche sin soltar a la muchacha. Los haces de luz de las linternas que alumbraban la superficie hacían que el agua tuviera un color verdoso. Los matarían en el instante en que asomaran las cabezas. Sujetó con fuerza la mano de Skye y la alejó del círculo iluminado.

Solo se habían apartado unos pocos metros cuando Skye le apretó la mano. Austin respondió al apretón y continuó nadando. Skye le aplastó los dedos. Se había quedado sin aire.

Austin se desvió hacia arriba a un lugar en sombras. Ladeó la cabeza cuando asomó a la superficie de forma tal que solo quedaran expuestas una oreja y un ojo. Marcel y sus hombres hacían fuego graneado contra las burbujas que escapaban del coche. Skye asomó la cabeza a su lado y respiró con unos jadeos que sonaban como una bomba de achique averiada. Austin la dejó descansar un momento y luego volvieron a sumergirse.

Con la misma maniobra consiguieron distanciarse de los perseguidores, pero Marcel y los demás comenzaron a ampliar la zona de búsqueda. Las luces se movían por el borde del foso y los rayos buscaban en la superficie. Austin nadó hacia el muro del castillo. Mantenía el brazo izquierdo extendido, y se valía de las resbaladizas piedras de los cimientos de la muralla para guiarse. Rodearon uno de los

contrafuertes y se ocultaron en la sombra de la mole de piedra.

—¿Cuánto falta? —preguntó Skye.

Le costaba trabajo hablar pero en su voz la cólera no podía ser más clara.

—Una zambullida más. Tenemos que salir del foso.

Skye maldijo a placer. Luego se sumergieron de nuevo y nadaron hasta el otro lado. Salieron a la superficie debajo de unos arbustos que se inclinaban sobre el borde.

Austin soltó la muñeca de Skye, levantó los brazos y se aferró a las ramas. Metió los dedos en las grietas de los bloques de piedra que bordeaban el foso, y se izó como un escalador en una pared vertical. Luego se arrastró por el borde y bajó los brazos. En el mismo momento en que sacaba a Skye las luces iluminaron los arbustos.

Rodaron por el suelo para ocultarse en las sombras, pero ya era demasiado tarde. Se escucharon gritos y el ruido de las pisadas cuando los hombres de Marcel avanzaron por los dos lados en un movimiento de pinzas. Ante el peligro de herirse mutuamente, no disparaban. La única vía de escape era el bosque que rodeaba al castillo.

Austin corrió hacia una brecha en el bosque, cuya silueta se marcaba en el cielo nocturno. Una faja blanca destacaba en la oscuridad. Era un sendero de grava que se adentraba en el bosque. Las prendas empapadas y el cansancio les impidieron batir cualquier marca olímpica, pero la desesperación puso alas en sus pies.

Los hombres de Marcel gritaban entusiasmados ahora que veían a las presas. El sendero los llevó a una encrucijada con otros tres caminos.

—¿Cuál? —preguntó Skye.

Las opciones eran limitadas. Las voces sonaban a ambos lados.

—Recto —dijo Austin.

Austin cruzó la encrucijada a la carrera con Skye pegada a sus talones. Mientras corrían, no dejaba de observar a un lado y otro, atento a cualquier abertura, pero los árboles estaban cada vez más juntos y la maleza muy crecida ocupaba el resto del espacio. Entonces se encontraron súbitamente más allá del linde y vieron que el sendero estaba bordeado por setos de tres metros de altura. Llegaron a otro cruce con dos caminos.

Austin avanzó por uno, regresó al cabo de un minuto y caminó por el otro. Ambos acababan en los setos que parecían ser tan impenetrables como los muros del castillo.

—Oh, oh.

—¿Qué quieres decir con «Oh, oh»?

—Creo que estamos en un laberinto.

Skye miró en derredor.

—Oh, *merde!* ¿Ahora qué hacemos?

—No tenemos a un ratón blanco para que nos lleve hasta la salida, y por lo tanto propongo que sigamos moviéndonos hasta que encontremos la manera de salir.

A la vista de que no parecía tener mayor importancia, tomaron el camino de la izquierda que se extendía en un largo tramo curvo que volvía sobre sí mismo antes de dividirse en otros dos. Salir del laberinto sería todo un reto, pensó Austin.

Tenía un diseño libre con vueltas y revueltas en lugar de los ángulos rectos de la cuadrícula de un crucigrama. Daban la vuelta en una esquina y se encontraban con otro pasillo que los llevaba hacia atrás.

Los hombres de Marcel ya estaban en el laberinto. Un par de veces, Austin y Skye tuvieron que permanecer inmóviles, casi sin respirar, hasta que se alejaban las voces al otro lado del seto. Estaban a un par de metros los unos de los otros solo separados por la vegetación.

Austin tenía claro que Marcel traería refuerzos y que solo era cuestión de tiempo que los atraparan. No habría final feliz para esta aventura a menos que encontraran la manera de salir del laberinto verde. De haber estado en el lugar de Marcel, tendría vigiladas todas las salidas del laberinto.

¡Maldita sea!

Austin acababa de golpearse los dedos del pie contra algo duro. Hincó una rodilla en tierra para masajearse los dedos mientras maldecía por lo bajo. De pronto su furia se convirtió en alegría al ver que había tropezado con una escalera de mano que probablemente se había dejado olvidada un jardinero.

Levantó la escalera, la apoyó en el seto y trepó hasta la superficie plana. Se arrastró boca abajo, y los pinchazos de las ramas a través de la fina tela del disfraz de bufón le produjeron la sensación de estar moviéndose por una ondulante cama de clavos. Lo importante era que el seto soportara su peso.

Vio las luces que se movían por diversos lugares del laberinto. Un grupo avanzaba por el camino donde se encontraba Skye. La llamó en voz baja y le dijo que subiera. Después izó la escalera y se tumbaron. Justo a tiempo. Escucharon con toda claridad el ruido de las botas que aplastaban la gravilla, los jadeos y los susurros.

Austin esperó a que los perseguidores se alejaran por otro camino para mover la escalera y apoyar el otro extremo en el siguiente seto a modo de puente. Pasó al otro lado y sujetó la escalera para que pasara Skye. Repitieron el proceso con el siguiente seto.

Mientras avanzaran en línea recta, conseguirían atravesar el laberinto. Trabajaron en equipo: colocaban la escalera, cruzaban, miraban dónde estaban los perseguidores y lo hacían de nuevo. Las ramas les lastimaban las rodillas y las manos, pero no hicieron caso.

Austin acababa de ver la línea de árboles más allá del laberinto cuando escucharon el estrépito de los rotores de un helicóptero que sonaban cerca del castillo. El aparato se había elevado unos cincuenta metros y avanzaba hacia el laberinto.

Unos segundos después se encendieron los reflectores y unos grandes círculos iluminados aparecieron en el suelo.

Austin se apresuró a pasar la escalera al siguiente seto, pero en la prisa calculó mal la distancia. Cuando inició el cruce, la escalera falló y Austin cayó al sendero. Se levantó de un salto, subió de nuevo y esta vez colocó la escalera con más cuidado. Cruzó lo más rápido que pudo, seguido por la muchacha.

El error les había hecho perder unos segundos vitales. El helicóptero estaba realizando su primera pasada sobre el laberinto, y los reflectores habían convertido la noche en día.

Austin atravesó el último obstáculo y se volvió para ayudar a Skye, que acababa de resbalar en uno de los peldaños. De un tirón la subió al seto.

El helicóptero se acercaba rápidamente.

Con Skye a su lado, Austin bajó la escalera por el lado exterior del último seto. Skye bajó con la agilidad de un mono, quizá para evitar que Austin le pisara las manos. En el momento en que llegó al suelo, Austin retiró la escalera y la empujó contra la base del seto. Luego la pareja se tumbó sobre la escalera.

El helicóptero pasó por encima.

La ráfaga de los rotores los alcanzó de lleno cuando el helicóptero hizo una vuelta cerrada para reanudar el recorrido por encima de los setos. Luego el aparato se dirigió hacia el bosque.

En el momento del giro, los reflectores habían iluminado una brecha en el bosque. Austin y Skye se levantaron de un salto y corrieron por el sendero que rodeaba el laberinto, y luego siguieron por otro que entraba en el bosque, sin saber dónde los conduciría pero contentos por haber escapado del laberinto.

Unos minutos más tarde, llegaron a un claro. Estaban junto a un prado o un campo, pero Austin estaba más interesado en la silueta de un edificio cerca del linde del bosque.

—¿Qué es? —susurró Skye.

—Cualquier puerto es bueno en caso de tormenta —respondió Austin.

Le dijo que no se moviera y después corrió campo a través.

Austin cruzó el campo sin impedimentos y dio la vuelta a la construcción arrimado a la pared. Llegó a la puerta que no estaba cerrada con llave. Entró sin más. En el interior olía muy fuerte a aceite y gasolina. Quizá les sonreía la suerte, pensó, tal vez había un coche o una camioneta en el garaje. Tanteó en la pared junto a la puerta, encontró un interruptor y lo apretó. Entonces descubrió que no estaba en un garaje sino en un pequeño hangar.

El biplano rojo brillante tenía las alas echadas hacia atrás y el timón con forma de corazón estaba decorado con el emblema del águila tricéfala pintado en color negro. Pasó los dedos por la tela del fuselaje, admirado por el soberbio trabajo de restauración. Sujetos debajo de las alas inferiores había sendos tanques de metal con forma de torpedos. Los recipientes tenían pintados una calavera y las tibias cruzadas.

Veneno.

Echó una ojeada en las cabinas gemelas. Los controles en la cabina trasera se reducían a una única palanca delante del asiento y una barra en el suelo que controlaba los movimientos del timón. El piloto movía la palanca hacia atrás o adelante para subir o bajar, y si la movía lateralmente funcionaban los alerones en los extremos de las alas que le permitían girar. El sistema era primitivo pero absolutamente notable en su sencillez porque permitía pilotar el avión con una sola mano.

En la cabina había un despliegue de instrumentos que no habían venido con el modelo original: una radio, brújula y un sistema de navegación GPS. Había un intercomunicador entre las cabinas. Austin hizo un recorrido rápido por el hangar.

En una de las paredes había un panel con herramientas y piezas de recambio. En el pequeño almacén había latas de aceite y recipientes de plástico con la señal de la calavera. Las etiquetas indicaban que contenían pesticida.

Austin cogió una linterna, apagó las luces y se acercó a la puerta. Todo estaba en calma. Encendió y apagó la linterna tres veces, y después miró a la sombra que salía del bosque y corría a través del campo hacia el hangar. Observó el campo y el bosque para asegurarse de que nadie había visto a Skye antes de cerrar la puerta.

—¿Por qué has tardado tanto? —preguntó la muchacha con un tono de enfado—. Me asusté al ver que las luces se apagaban.

Austin no se molestó por el enfado de Skye y lo interpretó como una señal de que había recuperado su valentía. Le dio un beso en la mejilla.

—Discúlpame. Había cola en el mostrador de reservas.

—¿Qué es este lugar?

Austin encendió la linterna. Alumbró con el rayo todo el largo del fuselaje, desde la hélice de madera hasta el escudo de armas en el timón.

—Estás viendo la fuerza aérea de la familia Fauchard. Es el avión que utilizaban para fumigar los viñedos.

—Es hermoso.

—Es más que hermoso. Es nuestro pasaje para salir de aquí.

—¿Sabes pilotar esta cosa?

—Eso creo.

—¿Eso crees? —Skye sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad—. ¿Has pilotado alguna vez uno de estos aviones?

—Muchísimas. —Austin vio escepticismo en la mirada de la muchacha y añadió—: De acuerdo. Una vez, en una feria.

—En una feria —repitió ella, con tono lúgubre.

—En una feria importante. Los aviones que he pilotado tenían unos sistemas de control más sofisticados, pero los principios son los mismos.

—Espero que seas mejor piloto que conductor.

—No fue idea mía darnos un baño nocturno. Recuerda que me distrajeron los gorilas de Fauchard.

—¿Cómo podría olvidarlo, *cheri*? —Skye le pellizcó la mejilla cariñosamente—. Bien, ¿a qué esperamos? ¿Qué debo hacer?

Austin le señaló un pequeño panel de interruptores con etiquetas en francés.

—En primer lugar, dime el significado de todas estas palabras.

Austin escuchó mientras Skye le traducía las etiquetas, y luego la llevó hasta el morro del avión. Hizo que apoyara las manos en la hélice y le dijo que se apartara de un salto en cuanto la hiciera girar. Después se sentó en la cabina del piloto, efectuó una rápida comprobación de los controles, y le hizo una señal a Skye. Sin perder ni un segundo, Skye hizo girar la hélice y se apartó. Sonaron un par de explosiones pero no arrancó.

Austin ajustó el cebador y le gritó que lo intentara de nuevo. Una expresión decidida apareció en el rostro de la muchacha mientras se concentraba en poner todo su peso en el esfuerzo. Esta vez el motor arrancó con un rugido que resonó como un trueno.

Skye pasó a través de la nube roja del escape y apretó los interruptores que abrían la puerta y encendían las luces de la pista. Luego se sentó en la cabina. No había acabado de abrocharse el cinturón cuando el aeroplano salió del hangar.

Austin no se preocupó en correr hasta la cabecera de la pista sino que aceleró al máximo y el aeroplano comenzó a ganar velocidad mientras avanzaba entre la doble hilera de luces. Intentó mover los controles con suavidad, pero así y todo la falta de práctica hizo que el aparato coleara, con la consecuencia de que perdiera velocidad.

Era consciente de que si el avión tardaba mucho más en alcanzar la velocidad de despegue, acabarían estrellándose contra los árboles al final de la pista. Se obligó a relajarse y dejó que los controles le dijeran a las manos y los pies lo que debían hacer. El viejo biplano se enderezó y recuperó la velocidad. Austin tiró muy suavemente del

elevador. Las ruedas se separaron del suelo y el avión comenzó a elevarse, aunque no lo bastante como para superar la barrera de árboles.

Rezó para que se elevara un poco más. El rechoncho biplano debió de escucharlo porque se elevó ligeramente y solo rozó las copas de los árboles con el tren de aterrizaje. Las alas se sacudieron con el impacto, pero el avión recuperó la estabilidad.

Austin continuó ascendiendo mientras miraba a izquierda y derecha para orientarse. Casi toda la zona estaba a oscuras excepto el castillo Fauchard, cuyas siniestras torres aparecían iluminadas con potentes focos. Intentó trazar un mapa a partir de los recuerdos del recorrido desde la carretera principal hasta el castillo. Vio la rotonda con la fuente, y el camino que bajaba la ladera para desaparecer en el túnel formado por los árboles.

Trazó una vuelta con el avión inclinado para buscar la carretera que atravesaba los viñedos, y luego puso rumbo al este a una altura de unos trescientos metros. La suave brisa de frente hacía que el avión no superara la velocidad de ciento treinta kilómetros por hora. Más tranquilo ahora que volaban en un rumbo que los llevaría de regreso a la civilización, cogió el micro conectado con la cabina de Skye.

—Lamento que el despegue haya sido un tanto brusco —gritó por encima del estruendo del motor—. Espero que no te haya sacudido mucho.

—Estaré bien en cuanto acabe de ponerme de nuevo la dentadura.

—Me alegra saberlo. La necesitarás cuando vayamos a cenar.

—Eres un hombre de ideas fijas. ¿Por una de esas casualidades, sabes hacia dónde vamos?

—Nos dirigimos aproximadamente en la misma dirección por la que vinimos. Avísame si ves luces. Intentaré aterrizar en alguna carretera cerca de alguna ciudad y confiemos en que no haya mucho tráfico a estas horas de la noche. Relájate y disfruta del viaje.

Austin centró su atención en la tarea de aterrizar sanos y salvos. A pesar de su actitud despreocupada, no se hacía ninguna ilusión respecto a las dificultades que les esperaban. Volaba casi a ciegas, en territorio desconocido, en un avión antiguo que apenas si sabía cómo se pilotaba, aunque lo hubiese hecho una vez en una feria. Al mismo tiempo, disfrutaba con la experiencia de pilotarlo y la seguridad que le infundía el aparato. Esto era volar de verdad. No había una carlinga que lo aislara del viento helado. Estaba casi pegado al motor y el ruido era estruendoso. Sintió un profundo respeto por los hombres que habían pilotado estas reliquias en combate.

Le hubiese gustado disponer de un poco más de velocidad, porque el avión parecía arrastrarse por el cielo nocturno.

Se animó cuando, después de varios minutos de vuelo, vio unos puntos de luz a lo lejos. El avión se acercaba al límite de la inmensa finca de los Fauchard. Toda su alegría se esfumó cuando escuchó los gritos de Skye en los auriculares.

Al mismo tiempo vio un movimiento por el rabillo del ojo y miró a la izquierda.

El helicóptero que los había buscado en el laberinto acababa de aparecer a unos diez metros de distancia como por arte de magia. Las luces de la cabina estaban encendidas y vio a uno de los guardias del castillo sentado junto al piloto. Empuñaba un arma automática, pero no hizo el menor intento de abatir al biplano, a pesar de que era un blanco fácil. Un segundo más tarde, la voz de Emil Fauchard sonó en la radio.

—Buenas noches, señor Austin. Es un placer volver a verlo.

—Qué agradable sorpresa, Emil. No lo veo en el helicóptero.

—Eso es porque estoy en el centro de control del castillo, En cambio yo lo veo muy bien por la cámara de televisión del helicóptero.

Austin miró la burbuja de la cámara sujeta en el vientre del helicóptero y le dedicó un saludo.

—Creía que aún estaba en el calabozo con las demás ratas.

Emil no hizo caso del insulto.

—¿Qué le parece mi Fokker Aviatik, Austin?

—Preferiría tener un F-16 armado con misiles aire-aire, pero me sirve de momento. Es muy amable de su parte dejar que lo pilote.

—Es un placer. Los Fauchard nos desvivimos por atender a nuestros invitados. Ahora, debo pedirle que dé la vuelta o lo derribarán.

El hombre en el helicóptero apuntó al biplano con un arma que parecía ser un AK-47 a través de la ventanilla abierta.

—Es obvio que nos sigue desde hace rato. ¿Por qué no nos ha derribado antes?

—Preferiría mantener mi avión intacto.

—Los niños y sus juguetes.

—¿Qué?

Austin dejó que el biplano se desviara unos metros. El helicóptero se apartó para evitar la colisión.

—Lo siento. No estoy habituado a este avión.

—Sus maniobras infantiles no conseguirán nada. Conozco muy bien las capacidades de los Aviatik. Detestaría perderlo, pero estoy dispuesto a soportar la pérdida del aparato si es necesario. Observe.

Emil seguramente le había dado una orden al piloto porque el helicóptero se elevó sobre el Aviatik y después bajó hasta que los patines estuvieron a un par de metros por encima de la cabeza de Austin. El biplano se sacudió y cabeceó peligrosamente con el viento producido por las aspas. Austin bajó el morro y el helicóptero lo siguió en paralelo para demostrar que era imposible escapar. Al cabo de unos segundos, el helicóptero se apartó para volver a la posición anterior. La voz de Emil sonó de nuevo en los auriculares de Austin.

—Como ve, puedo obligarlo a aterrizar cuando quiera.

Dé la vuelta o usted y su amiga morirán.

—Quizá yo no le sea de ninguna utilidad, pero si ella muere, el secreto del yelmo desaparecerá con ella.

—Es un riesgo que estoy dispuesto a correr.

—Creo que primero debería consultarlo con su madre —replicó Austin.

Emil soltó unas cuantas maldiciones, y unos segundos más tarde el helicóptero volvió a situarse sobre el biplano.

Los patines golpearon con fuerza las alas del Aviatik por encima de la cabeza de Austin y empujaron al aparato hacia abajo. El helicóptero se elevó y machacó de nuevo al Aviatik.

Austin se esforzó para mantener el control. Era un combate desigual. El avión de madera y tela no era rival para el helicóptero, mucho más rápido y maniobrable. Podían continuar golpeándolo hasta que se estrellara o desarmara en pleno vuelo. Austin cogió el micrófono.

—Usted gana, Emil. ¿Qué quiere que haga?

—Regrese a la pista. No intente ninguna treta. Lo estaré esperando.

No lo dudo, pensó Austin. Dio la vuelta. Skye había seguido la conversación.

—Kurt, no podemos regresar —dijo—. Te matará.

—Si no volvemos, nos matará a los dos.

—No quiero que hagas esto por mí.

—No lo hago. Lo hago por mí.

—Maldita sea, Austin. Eres testarudo como un francés.

—Lo tomaré como un cumplido. Pero te advierto que no me verás comer caracoles ni ancas de rana.

—De acuerdo, renuncio —replicó Skye, con un tono agrio—. Pero no estoy dispuesta a rendirme sin luchar.

—Yo tampoco. Asegúrate de que tienes el cinturón bien apretado.

Cerró la comunicación y se concentró en las amenazadoras torres del castillo del hombre que quería matarlo. A medida que el biplano se acercaba, vio las hileras de luces paralelas que marcaban la pista. Puso al Aviatik de lado como si fuera a virar hacia las luces, pero en cuanto estuvo cerca del castillo, viró en la dirección opuesta en línea recta a la torre más cercana.

El helicóptero se mantuvo a la par. La voz de Emil sonó en la radio. Gritaba en francés. Austin se encogió de hombros, apagó la radio y se centró en la maniobra.

El helicóptero se apartó cuando el biplano pareció que se estrellaría contra la torre. Austin se desvió para pasar a solo un par de metros de la torre, y después voló en diagonal sobre el castillo para dirigirse a la torre opuesta. Realizó una vuelta cerrada y repitió la maniobra para trazar un ocho. Solo podía imaginarse cuál podía ser la reacción de Emil, pero no le importaba. Todo dependía de que Fauchard no quisiera derribarlo mientras volaba sobre el castillo.

Tenía claro que no podía continuar trazando ochos indefinidamente. Tampoco era su intención. En cada giro, miraba atentamente el suelo más allá del foso. Encendió la radio. En la siguiente vuelta, cuando estaba en mitad del ocho, se desvió bruscamente, pasó por encima de la rotonda con su extravagante fuente y se dirigió

hacia las luces que marcaban el camino de bajada.

El helicóptero había estado volando en círculos. En cuanto Austin se apartó de las murallas, bajó rápidamente para situarse encima del Aviatik. Austin continuó bajando hasta que las ruedas estuvieron a un par de metros por encima del pavimento. El piloto podría haberlo forzado a bajar sin problemas, pero seguramente creyó que Austin aterrizaría en el camino así que se contuvo. La indecisión le costó cara.

En lugar de aterrizar, Austin entró en el túnel.

El helicóptero se elevó en el último instante. Los patines rozaron las copas de los árboles. El piloto hizo girar al aparato como una peonza para dar la vuelta. Austin escuchó la voz de Fauchard en la radio.

—¡Atrápalo! ¡Atrápalo! —Gritaba.

El piloto obedeció la orden de Fauchard. Siguió al Aviatik por el túnel como un sabueso que persigue a un zorro en el interior de la madriguera.

Gracias a su mayor velocidad, el helicóptero tardó muy poco en alcanzar al biplano. Austin escuchó el batir de los rotores por encima del estruendo del motor del Aviatik. En su rostro apareció una sonrisa. Le había preocupado que el helicóptero volara por encima del bosque para esperar a que saliera por el otro extremo del túnel. El comentario insultante sobre su madre debía de haber puesto fuera de sí a Emil, tal como Austin había esperado que sucediera. A nadie le gustaba que lo trataran de niño de mamá, sobre todo cuando era verdad.

Austin mantenía las ruedas del avión a dos metros por encima de la carretera. Tenía un par de metros de espacio por arriba y en cada lado, pero no había lugar para ninguna maniobra y la más mínima desviación dejaría al avión sin alas o a Austin sin cabeza.

Tenía el helicóptero pegado a la cola, pero Austin intentó olvidarse de su perseguidor. Mantenía toda la atención puesta en la mancha un poco más clara que marcaba el final del túnel.

A medio camino, acercó la mano al tablero y bajó la palanca que abría los tanques fumigadores.

El pesticida salió de los recipientes en dos chorros gemelos que se convirtieron en una nube tóxica blanca. El líquido venenoso cubrió el parabrisas del helicóptero y cegó al piloto, luego entró por las ventanillas y transformó la cabina en una cámara de gas volante.

El piloto gritó de dolor y apartó las manos de los controles para limpiarse el líquido que le quemaba los ojos. El helicóptero se desvió a un lado al tiempo que los rotores golpeaban contra las ramas. Las palas se desintegraron, el fuselaje giró sobre sí mismo, chocó contra los árboles y se partió. El combustible se incendió en el acto y el helicóptero estalló en una enorme bola de fuego naranja y blanco.

La onda expansiva impulsó al Aviatik, que salió del túnel como una bala de cañón. Austin tiró del elevador y el biplano subió por encima de los árboles. A medida que el aparato ganaba altura, Austin miró por encima del hombro. El humo y

el fuego salían por la boca del túnel y el incendio se había propagado a los árboles. Encendió el intercomunicador.

—Estamos fuera de peligro.

—He intentado hablar contigo. ¿Qué ha pasado allá abajo?

—Yo que aproveché para fumigar a esas ratas —respondió Austin.

Vio a lo lejos los puntos luminosos que señalaban las carreteras y las ciudades. No pasó mucho antes de que vieran las luces de los coches que se movían debajo del aparato.

Austin continuó volando hasta que encontró una carretera bien iluminada y sin coches, y se apresuró a aterrizar. Luego apartó el avión de la carretera y lo abandonó junto a un campo.

En cuanto Skye puso los pies en tierra, abrazó a Austin y le dio un beso en los labios que iba más allá del puro agradecimiento. Luego comenzaron a caminar. A pesar de los cortes y las magulladuras, se sentían eufóricos al verse libres. Austin se llenó los pulmones con el aire que olía a campo, y rodeó la cintura de Skye con el brazo.

Después de casi una hora de marcha, llegaron a un bonito *auberge*. El conserje estaba medio dormido, pero se despertó del todo cuando Austin y Skye entraron en el vestíbulo y preguntaron si había una habitación disponible.

Miró el astroso disfraz de bufón de Austin, y luego a Skye, que tenía el aspecto de un gato callejero que acaba de librar una batalla campal, y de nuevo a Austin.

—*American?* -preguntó.

—*Oui* -contestó Austin con una sonrisa de cansancio.

El conserje asintió y le acercó el registro.

Trout estaba acostado en la litera con las piernas recogidas y las manos detrás de la cabeza cuando notó que una muy suave vibración había reemplazado el rumor sordo de los motores del submarino. Luego percibió un golpe amortiguado, como si la nave se hubiese detenido sobre algo mullido. Después reinó el silencio.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Gamay, desde la litera superior.

—Creo que hemos atracado —respondió Paul.

Paul se levantó para ir a apoyar la oreja en la puerta. No escuchó nada, y llegó a la conclusión de que el submarino había llegado a su destino. Minutos más tarde, dos hombres armados abrieron la puerta del camarote y les ordenaron que salieran.

Sandy los esperaba en el pasillo, custodiada por otra pareja de guardias. La habían trasladado a otro camarote y era la primera vez que veían a la piloto del *Alvin* desde la visita de MacLean.

Trout le guiñó un ojo y la joven le correspondió con una sonrisa nerviosa. Sandy soportaba bien la prueba, pero a Paul no le sorprendió. Cualquiera que pilotase un sumergible como el *Alvin* quizá podía asustarse, pero era poco probable que se dejase intimidar. Con los guardias delante y atrás, subieron varios niveles hasta la escotilla que los llevó a la cubierta de proa del submarino delante de la torreta.

La nave tenía una eslora de poco más de ciento treinta metros. Estaban en el interior de una enorme caverna con el techo abovedado. En un extremo del recinto, un intrincado sistema de cintas transportadoras atravesaba la pared. Los guardias los empujaron hacia la pasarela. MacLean los esperaba en el muelle.

—Buenos días, amigos míos —los saludó el químico, con una gran sonrisa—. Por favor, seguidme. Ha llegado el momento de iniciar la segunda etapa de nuestra aventura.

MacLean los llevó hasta un montacargas. En el mismo momento en que se cerró la puerta, desapareció la sonrisa y consultó su reloj.

—Disponemos de treinta y dos segundos para hablar —avisó.

—Solo necesito dos para preguntarle dónde estamos —dijo Paul.

—No lo sé, pero por el clima y el terreno diría que estamos en el mar del Norte o Escandinavia. Quizá incluso Escocia. —Volvió a consultar el reloj—. Se acabó el tiempo.

Se abrió la puerta del montacargas y salieron a un pequeño vestíbulo. El guardia que los esperaba transmitió un aviso por la radio y luego los hizo salir al exterior donde había una furgoneta aparcada. El hombre les indicó que subieran, y luego los siguió. El guardia caminó hacia el fondo del vehículo para ocupar un asiento desde donde podría vigilar a los pasajeros, y mientras lo hacía fue bajando las cortinillas. Antes de que bajara la suya, Paul alcanzó a ver muy abajo una larga y angosta cala a

un lado de la carretera.

Después de un viaje de unos veinte minutos por carreteras de tierra, la furgoneta se detuvo y el guardia les ordenó que bajaran. Se encontraban delante de un grupo de edificios rodeados por una cerca de alambre de espino electrificada.

Había guardias por todas partes y el conjunto despertaba el inquietante recuerdo de un campo de concentración. El guardia les señaló un edificio que parecía un almacén. Para llegar hasta allí, tuvieron que recorrer un pasillo entre dos cercas de alambre de espino. A medida que se acercaban al edificio, se escuchó un alarido inhumano seguido por un coro de espantosos aullidos.

—¿Es un zoológico? —preguntó Sandy, con el rostro demudado.

—Se le podría llamar así —contestó MacLean, con una expresión que no auguraba nada bueno—. Pero aquí encontrará unas criaturas que el zoológico de Londres nunca imaginó que pudieran existir.

—No lo entiendo —dijo Gamay.

—Ya lo entenderá.

Paul apoyó una mano en el brazo del científico.

—Por favor, no juegue con nosotros.

—Lamento haber intentado hacerme el gracioso. He pasado por esto demasiadas veces y cada vez me resulta más insoportable. Procuren no espantarse demasiado con lo que están a punto de ver. El espectáculo no les hará ningún daño.

Solo se pretende asustarlos para que obedezcan sin rechistar.

—No sabe lo mucho que nos anima la advertencia, doctor MacLean —replicó Paul, con una débil sonrisa.

—Veo que usted también tiene un sentido del humor bastante negro.

—Soy yanqui. Nuestros largos y espantosos inviernos no nos alientan para tener una visión optimista del mundo.

—Bien. Necesitará de todo el pesimismo de que sea capaz si quiere sobrevivir en este infierno. Bienvenido a la fantástica isla del doctor Moreau —dijo MacLean.

Se refería a la novela del científico loco que transformaba a los hombres en bestias.

El guardia había abierto las puertas blindadas y el hedor que salía del interior del edificio era asfixiante. Sin embargo, no era más que un mal menor comparado con las visiones y sonidos en el enorme recinto.

A todo lo largo de las paredes había unas grandes jaulas ocupadas por bestias con apariencia humana que sacudían y mordían los barrotes. En cada jaula había entre veinticinco y treinta criaturas. Vestían harapos y caminaban muy encorvados como si fuesen simios. Las largas y sucias cabelleras y barbas ocultaban gran parte de sus rostros, pero se alcanzaba a atisbar unas facciones arrugadas, la piel cubierta de manchas oscuras. Las bocas abiertas en un aullido feroz, dejaban ver los dientes podridos. Tenían los ojos inyectados en sangre y brillaban con una luminosidad aterradora.

Sandy había visto más que suficiente. En un alarde de sentido común, corrió hacia la puerta, pero le cerró el paso un hombre alto vestido con un uniforme de camuflaje. La sujetó de un brazo y la devolvió al grupo. Tenía la nariz larga, la barbilla afilada y una expresión desdeñosa que dejaba a la vista la dentadura de oro. Llevaba un birrete negro inclinado sobre la frente. Su presencia tuvo un efecto extraño sobre las criaturas enjauladas. Se callaron en cuanto lo vieron y se retiraron al fondo de las jaulas.

—Buenos días, doctor MacLean —dijo, con un acento europeo. Miró a los Trout, y su mirada se demoró un poco más en Gamay—. ¿Son nuestros nuevos reclutas?

—Son expertos en nuestros campos de estudios —manifestó el científico.

Se escucharon unos ruidos en la entrada.

—Qué oportuno. Usted y nuestros nuevos huéspedes han llegado a la hora de la comida.

Un grupo de guardias entró en el recinto. Empujaban un carretón cargado con ratoneras, del tipo que atrapan a los roedores sin matarlos. Los guardias descargaron el carretón, llevaron las ratoneras a las jaulas y soltaron a las ratas.

Las criaturas de cabellos blancos estaban de nuevo junto a los barrotes; sus ojos brillaban como ascuas. Debían de estar acostumbradas a la rutina porque estaban preparadas cuando las ratas salieron de las trampas. Se lanzaron sobre los desafortunados roedores con la velocidad de panteras. Con unos gruñidos feroces, descuartizaron a las ratas y las devoraron con el mismo placer de un sibarita en un restaurante de cinco tenedores.

Sandy corrió de nuevo hacia la puerta. Esta vez, el hombre del birrete se apartó para dejarla salir, al tiempo que soltaba una sonora carcajada. Gamay estuvo tentada de seguirla pero se controló, consciente de que le arrancarían el brazo si le ponía una mano encima.

—Es evidente que a la joven no le gusta nuestro sistema de reciclaje. Controlamos la población de ratas y al mismo tiempo alimentamos a nuestras mascotas. —Miró a MacLean—. Espero que les haya explicado a nuestros huéspedes las bellezas del lugar.

—Usted siempre es más elocuente y persuasivo de lo que yo pueda llegar a ser, coronel.

—Eso es muy cierto. —Se volvió hacia Paul—. Soy el coronel Strega, comandante de las instalaciones. Las repugnantes criaturas que ven disfrutando de sus deliciosos almuerzos fueron una vez hombres como ustedes. Si usted y las señoras no hacen lo que se les dice, los podemos transformar en uno de estos educados caballeros, o servirselos como comida.

Todo dependerá de mi humor y generosidad. Aquí las normas son muy sencillas. Trabajarán sin quejarse y a cambio se les dejará vivir. ¿Está claro?

Paul intentaba con todas sus fuerzas no hacer caso de los ruidos que llegaban desde las jaulas.

—Está muy claro, coronel, y le transmitiré el mensaje a mi remilgada compañera.

Strega miró a Paul con sus ojos amarillos como si quisiera memorizar todos los detalles de su rostro. Luego dedicó una deslumbrante sonrisa a Gamay, hizo sonar los talones y caminó hacia la puerta. Los guardias empujaron a los Trout hacia la salida, aunque no hacía ninguna falta. Vieron a Strega que se sentaba al volante de un Mercedes descapotable. Sandy vomitaba contra una pared. Gamay se acercó, con la intención de consolar al piloto del *Alvin*.

—Siento mucho todo esto —se disculpó MacLean—. Strega insiste en ofrecer este espectáculo a los recién llegados. Los aterroriza.

—Hace algo más que aterrorizarlos —afirmó Sandy—. La próxima vez no olvidaré llevar una bolsa.

—Todos hemos tenido un día muy duro —manifestó el científico. Exhaló un suspiro—. Lo mejor será que se instalen en sus habitaciones. Después de que se duchen y cambien de ropa, nos reuniremos para tomar una copa en mi casa.

La furgoneta recorrió otro medio kilómetro por un camino cercado con alambre de espino, y finalmente se detuvo delante de un gran edificio con el techo en forma de cúpula rodeado por unas casas pequeñas que parecían cajas.

—Este es el laboratorio donde trabajaremos —explicó MacLean. Señaló una casa aislada—. Aquella es la casa de Strega. Los barracones que están detrás es donde viven los guardias. Las casas son para el personal científico. Parecen búnkers, pero verán que son bastante cómodas.

El guardia les ordenó que bajaran de la furgoneta y le señaló a los Trout y a Sandy dos de las casas pequeñas. Paul y Gamay entraron en la casa donde había una cama de hierro, una mesa y un baño. Era un lugar espartano pero limpio. Se desnudaron y se ducharon con agua caliente. Paul se afeitó con una maquinilla desechable que le habían dejado en el baño.

En la cama había dos monos de color verde lima. No les hacía ninguna gracia vestirse con lo que parecía ser el uniforme de los prisioneros, pero sus prendas apestaban después de la visita a la casa donde tenían encerrados a los engendros. El mono de Paul le iba un poco corto de mangas y piernas, aunque era de su talla. La pajarita no hacía conjunto pero se la puso de todas maneras. Gamay, con su cuerpo de modelo, hubiese parecido elegante incluso vestida con un saco de arpillera.

Fueron a la casa de Sandy, pero la joven dormía profundamente y no quisieron despertarla. MacLean les dio la bienvenida a su casa, que era idéntica a la de ellos, excepto por el bar muy bien surtido. Insistió en que lo llamaran Mac, luego sirvió tres copas de *whisky* escocés y se llevó la botella cuando salieron. El aire era fresco pero la temperatura era soportable.

—Creo que tienen micrófonos en mi casa —explicó MacLean—. El coronel Strega es un hombre muy conciencioso.

—No sé si me gusta mucho su sentido del humor —apuntó Gamay.

—Es mucho más conocido por sus otras cualidades. Al Tribunal Internacional de

Crímenes de Guerra le encantaría hablar con él sobre algunas fosas comunes en Bosnia. ¿Qué tal la bebida?

—Excelente. Ni en el Club Med estaríamos mejor —respondió Gamay.

—Cuando estoy muy deprimido —comentó MacLean—, me consuelo imaginándome que estoy de vacaciones en algún lugar remoto.

—En los lugares que frecuento, no sirven la comida en ratoneras —dijo Paul.

Un silencio incómodo siguió a sus palabras. Gamay acabó por romperlo.

—¿Qué o quiénes eran aquellas espantosas criaturas encerradas en las jaulas?

MacLean se tomó su tiempo para responder.

—Aquellos son los errores.

—De colega a colega, le rogaría que fuese un poco más explícito —dijo Paul.

—Lo siento. Quizá lo mejor será comenzar por el principio.

MacLean se sirvió más *whisky*, bebió un buen trago y miró al vacío con una expresión distante.

—Parece mucho tiempo, pero solo han pasado tres años desde que me contrató una pequeña empresa de investigaciones científicas en las afueras de París para trabajar en el campo de las enzimas, las proteínas producidas por las células vivas.

Nos interesaba descubrir la función de las enzimas en el proceso de envejecimiento. La empresa tenía unos recursos limitados, así que dimos gracias al cielo cuando una gran corporación compró nuestro laboratorio.

—¿Quién estaba detrás de la corporación? —preguntó Paul.

—No preguntamos ni nos importó. Ni siquiera tenía un nombre. A todos nos aumentaron el sueldo. Nos prometieron financiación y todo lo que hiciera falta. No protestamos cuando impusieron las nuevas condiciones.

—¿Qué condiciones?

—La dirección nos mantenía vigilados constantemente.

Eran hombres vestidos con batas de laboratorio y trajes, pero no había ninguna duda referente a su cometido. Nos restringieron la libertad de movimientos. Vivíamos en unos alojamientos cercanos al laboratorio. Los vehículos de la empresa se encargaban de llevarnos y traernos del trabajo. Aquellos que tenían familia podían recibir visitas de vez en cuando, pero a todos se nos advirtió que debíamos mantener en secreto nuestro trabajo. Incluso firmamos los contratos de confidencialidad, pero deben comprender que estábamos entusiasmados. Nos dedicábamos en cuerpo y alma a la búsqueda de la verdadera piedra filosofal.

—Creía que era usted químico, no un alquimista —señaló Gamay—. Si no recuerdo mal, la piedra filosofal era una sustancia capaz de transmutar metales como el plomo en oro.

—Ese es un error muy extendido —declaró MacLean—. Muchos antiguos creían que la piedra era el legendario «elixir de la vida». Si mezclabas la maravillosa sustancia con el vino, el líquido sanaba las heridas, devolvía la juventud y prolongaba la vida. Esa era la piedra que buscábamos.

—La búsqueda de la inmortalidad —murmuró Paul—. Creo que convertir el plomo en oro hubiese sido mucho más sencillo.

El esbozo de una sonrisa apareció en el rostro de MacLean.

—Muchas veces durante nuestras investigaciones tuve el mismo pensamiento. A menudo pensaba en la imposibilidad de alcanzar la meta que nos habíamos fijado.

—No hubiese sido el primero en fracasar en el intento —opinó Paul.

—Oh, no, doctor Trout. No me ha entendido. No fracasamos.

—Un momento, Mac. ¿Me está diciendo que existe el elixir de la vida?

—Sí. Lo descubrimos en el fondo del mar en las chimeneas hidrotermales de la Ciudad Perdida.

Miraron a MacLean y se preguntaron si la locura que era toda la isla había hecho perder el juicio al escocés.

—Llevo metiendo la nariz en fango marino desde que era un niño —dijo Paul, recuperado de la sorpresa—, y aún no he encontrado nada ni siquiera remotamente parecido a la fuente de la eterna juventud.

—Tendrá que perdonar mi escepticismo —manifestó Gamay, que sacudió la cabeza—. Como bióloga marina, conozco mejor que Paul todo lo referente a las chimeneas, y con toda sinceridad, no tengo ni la más remota idea de lo que dice.

En los ojos azules de MacLean apareció una mirada risueña.

—Sabe mucho más de lo que cree. Por favor, explíqueme por qué los científicos de todo el mundo están entusiasmados con los microbios que han encontrado alrededor de las chimeneas.

—Eso es muy sencillo. —Gamay se encogió de hombros—. Dichas bacterias no se parecen en nada a lo conocido hasta ahora. Son fósiles vivientes. Las condiciones en la Ciudad Perdida son similares a las que existían cuando apareció la vida en la tierra. Si se puede averiguar cómo evolucionó la vida alrededor de las chimeneas, entonces se sabrá cómo comenzó en este mundo, o incluso en otros planetas.

—Así es. Mi trabajo comenzó con una premisa sencilla. Si encuentras algo involucrado en la creación de la vida, quizá también sirva para alargarla. Nuestra compañía tuvo acceso a muestras obtenidas en las primeras expediciones a la Ciudad Perdida. La enzima que producen los microbios fue la clave.

—¿En qué sentido?

—Todas las criaturas vivientes en la tierra están programadas para una tarea: reproducirse a sí mismas todas las veces posibles. Una vez cumplida la tarea, se convierten en redundantes, y por lo tanto todos los organismos tienen unos genes autodestructivos que los eliminan para hacer lugar a las futuras generaciones. En los seres humanos, hay ocasiones en las que el gen se activa prematuramente y aparece la progeria de Werner, donde un niño de ocho años tiene el aspecto de un anciano de ochenta. Nos planteamos que si el gen se podía activar, también se podría desactivar, con el resultado de que se demora el envejecimiento.

—¿Cómo se podría probar algo así? —preguntó Paul—. Tendría que

suministrárselo a los sujetos de la prueba y esperar décadas para comprobar que vivían más que el grupo de control.

—Esa es una objeción válida. Además estaría el tema de las patentes. Las patentes podrían expirar antes de sacar el producto al mercado. El gran descubrimiento fue que la enzima no solo desactiva el gen sino que es un extraordinario antioxidante que elimina por completo a los radicales libres. No solo retarda los procesos químicos que llevan al envejecimiento sino que además devuelve la juventud.

—¿La piedra filosofal?

—Sí. Ahora lo entiende.

—¿Es verdad que lo consiguieron? —preguntó Paul.

—Sí, en los ensayos con animales. Cogimos ratones que eran ancianos comparados con los humanos y les devolvimos la juventud hasta un punto asombroso.

—¿Hasta dónde de asombroso?

—Los ratones tenían una edad que en los humanos equivalía a noventa años y la redujimos a cuarenta y cinco.

—¿Está diciendo que redujeron la edad de los ratones a la mitad?

—Así es. El tono muscular. La estructura ósea. Los niveles de fuerzas. La capacidad reproductiva. Los ratones se sorprendieron todavía más que nosotros.

—Es un logro admirable —admitió Gamay—, pero los seres humanos son mucho más complejos que los ratones.

—Sí —reconoció MacLean. Exhaló un suspiro—. Ahora lo sabemos.

Gamay captó el mensaje implícito en el tono del científico.

—Experimentaron con seres humanos, ¿no es así?

—No fue mi equipo original. Hubiéramos tardado años en llegar a la fase de probar con seres humanos. Lo hubiésemos hecho de acuerdo con los protocolos más exigentes. —Bebió un sorbo, como si quisiera borrar unos recuerdos muy desagradables—. Mi equipo presentó las conclusiones preliminares y no tuvimos ninguna respuesta durante un tiempo. Luego nos informaron que cerraban el laboratorio y se disolvía el equipo. Todo fue muy educado. Un apretón de manos y una sonrisa. Incluso nos dieron una paga extraordinaria. Al cabo de un tiempo, mientras estaba borrando algunos archivos de su ordenador, un colega encontró un vídeo donde aparecían ensayos con humanos. Los estaban realizando en una isla.

Paul señaló el suelo que pisaban.

—¿Aquí?

—Una suposición muy razonable, ¿no? —dijo MacLean.

—¿Qué pasó después?

—Cometimos un segundo error fatal al subestimar la falta de escrúpulos de estas personas. Nos presentamos en grupo en la compañía y reclamamos que abandonaran los ensayos con humanos. Nos respondieron que los sujetos eran todos voluntarios, y

que de todas maneras ya no era asunto nuestro. Los amenazamos con hacer pública la información.

Nos pidieron que esperáramos. Una semana más tarde, los miembros de mi viejo equipo comenzaron a sufrir «accidentes» mortales. Arrollados por coches cuyos conductores se dieron a la fuga. Incendios. Electrocutados al utilizar aparatos electrodomésticos y herramientas defectuosas. Unos cuantos que gozaban de una salud perfecta murieron de un infarto. Veintiuno en total.

Paul silbó por lo bajo.

—¿Cree que los asesinaron?

—Sé que los asesinaron.

—¿La policía no sospechó nada? —preguntó Gamay.

—Solo en algunos casos, aunque nunca pudieron probarlo. Mis colegas habían regresado a sus respectivos países.

Además, como ya les dije, nuestro trabajo era secreto.

—Sin embargo, usted sobrevivió.

—Un capricho del destino. Estaba en un yacimiento arqueológico. Es mi gran afición. Cuando regresé a casa, encontré en el contestador automático un mensaje de un colega, que para entonces ya había muerto, donde me advertía que mi vida corría peligro. Huí a Grecia, pero mis antiguos empleadores me encontraron y me trajeron aquí.

—¿Por qué no lo mataron?

MacLean soltó una risa amarga.

—Querían que dirigiera un nuevo equipo de investigadores. Al parecer se habían pasado de listos. Después de haber asesinado al equipo original, habían comenzado a aparecer fallos en la fórmula. Algo inevitable en una investigación de estas características. Ustedes han tenido ocasión de ver las consecuencias de sus errores encerradas en las jaulas.

—¿El elixir de la juventud creó esas bestias repugnantes? —Exclamó Paul.

—Les dijimos a los muy imbéciles que era necesario continuar con las investigaciones. La enzima tiene otro efecto en los humanos. Como usted muy bien dijo, somos criaturas muy complejas. Hay un equilibrio muy delicado que se debe tener en cuenta. En la proporción errónea, el preparado sencillamente mataba al sujeto. En otros ponía en marcha la progeria. En aquellas pobres bestias que vieron, la sustancia los hizo retroceder en el tiempo y sacó a la luz la agresividad que fue de tanta utilidad a nuestros antepasados cuando eran reptiles o simios. No dejen que la apariencia los engañe. Todavía tienen la inteligencia humana, como Strega tuvo ocasión de comprobar.

—¿A qué se refiere?

—Hay dos tipos de criaturas. Los alfa eran parte del experimento original, que según me dijeron comenzó hace muchos años atrás. Los beta fueron creados en los experimentos más recientes. No hace mucho, un grupo consiguió escapar.

Al parecer, lo encabezaban los alfa. Construyeron una balsa rudimentaria y desembarcaron en otra isla, donde mataron a varias personas. Strega los persiguió hasta capturarlos. Una vez aquí, sometió a algunos de los alfa a las más espantosas torturas antes de asesinarlos delante de los demás como una lección.

—¿Si causan tantos problemas, por qué los mantienen vivos? —preguntó Gamay.

—Seguramente nuestros empleadores creen que deben tener algún valor. Son un poco como nosotros. Herramientas prescindibles. Los últimos sujetos empleados en los ensayos eran inmigrantes ilegales de países pobres que se dirigían a Europa o Estados Unidos en busca de empleo y una vida mejor.

—Es algo tan aberrante que supera todo lo imaginable —opinó Paul—. Hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué estos asesinos capturaron el *Alvin* y nos tienen secuestrados?

—La enzima se conserva durante poco tiempo. Construyeron el submarino para extraer la enzima en cuanto se recoge. Se obtiene de los microbios. Una vez estabilizada, el submarino transporta el producto acabado hasta aquí para las nuevas investigaciones. Estaban al corriente de su expedición.

Seguramente les preocupó la posibilidad de que descubrieran sus actividades submarinas. Por azar, estuvieron muy cerca de hacerlo.

—No fue el azar —replicó Gamay—. Buscábamos el origen del alga gorgona.

—Ahora soy yo quien se siente intrigado. ¿Qué es el alga gorgona?

—Es una mutación de una variedad de alga muy común —le explicó Gamay—. Está causando muchos problemas en todo el mundo. El origen de la mutación está en la Ciudad Perdida. Intentábamos determinar la causa exacta. No se hizo pública esta parte de la expedición para no provocar la alarma. La situación es mucho más grave de lo que se ha dicho públicamente.

—¿En qué sentido?

—Si se deja que prolifere, los océanos acabarían cubiertos con una densa masa de vegetación. Se acabaría el transporte comercial por mar. Cerrarían los puertos. Morirían la mayor parte de los peces, cosa que provocaría un cambio brutal en la cadena de alimentación y que acabaría por afectar la producción terrestre. El clima regulado por los ciclos oceánicos normales sufriría grandes cambios. Caerían los gobiernos. Aparecerían nuevas enfermedades epidémicas y se extendería la hambruna. Morirían millones de personas.

—Dios bendito. Ya me temía que algo así podría suceder.

—¿A qué se refiere? —preguntó Gamay.

—Los microbios eran del todo inofensivos en su medio natural. Siempre existió la posibilidad de que emigraran cuando perturbamos su entorno. Es evidente que mutaron los genes de organismos superiores.

—¿Se podría invertir el proceso?

—Creo que podríamos aplicar los trabajos que estamos realizando en la actualidad para dar con la solución.

—¿Cree que el coronel Strega estaría dispuesto a una propuesta de concentrar nuestros esfuerzos en salvar al mundo de la amenaza del alga gorgona? —preguntó Paul.

MacLean no pudo contener la carcajada.

—El coronel Strega cree que este lugar es el mundo, y que él es Dios.

—Razón de más para escapar —opinó Paul.

—Las personas que decidieron secuestrarnos deben saber que al primer aviso de la desaparición del *Alvin* se iniciaría una operación de rescate de grandes dimensiones.

MacLean miró la copa vacía, y después miró a Gamay.

—Según Strega, eso es algo de lo que ya se han ocupado.

No entró en detalles, pero no hace mucho que se llevaron a unos cuantos mutantes de la isla. Creo que tenían alguna relación con el plan.

—¿No entró en detalles?

MacLean sacudió la cabeza.

Paul se obligó a seguir con el tema que estaban discutiendo.

—Dijo usted que lo trajeron aquí para reunir un nuevo equipo de científicos.

—Sí, hay aquí otros seis desafortunados a los que trajeron engañados, lo mismo que a los inmigrantes, con una promesa de trabajo. Los conocerán a la hora de la cena. Nuestro empleador se tomó muchas molestias para asegurarse de que eran personas solteras sin familia cercana.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—Todos tenemos claro que nos matarán en cuanto consigamos producir el elixir puro. Hemos demorado el trabajo todo lo posible, al tiempo que informábamos de pequeños progresos. No ha sido fácil. Enviaron una remesa del elixir mientras estábamos en el submarino.

—¿Eso qué significará para nosotros?

—Seremos prescindibles en el momento en que el preparado llegue a su destino y nuestro empleador compruebe que funciona.

—¿Funcionará?

—Oh, sí —afirmó MacLean—. Los resultados iniciales serán muy rápidos y asombrosos. En cuanto Strega reciba la orden, nos meterá en las jaulas de los mutantes, uno a uno. —Sacudió la cabeza—. Mucho me temo que los he rescatado para meterlos en una situación sin remedio.

Paul se levantó para mirar en derredor. Se dijo que la áspera belleza de la isla no cuadraba con los horrores que había visto.

—¿Alguna idea? —preguntó.

—Creo que sería de gran ayuda que Mac nos contara todo lo que sabe de este lugar —señaló Gamay—. Hasta el último detalle, por muy nimio o tonto que pueda parecer.

—Si aún están pensando en escapar, será mejor que desistan —manifestó

MacLean con un tono lúgubre—. No hay salida.

—Siempre hay una salida —replicó Gamay, que miró a su marido y le sonrió—. Solo que por ahora no sabemos cuál es.

Skye dormía profundamente cuando Austin se metió en la tibia y mullida cama del *alberge*. Se abrazó a él durante la noche, su sueño perturbado por pesadillas que la hacían murmurar febrilmente sobre la Muerte Roja y aguas estancadas. En varias ocasiones, se apartó del calenturiento abrazo de Skye para acercarse a la ventana. Excepto por los insectos que volaban alrededor del letrero luminoso del hotel, no se veía movimiento alguno. Así y todo, Austin no estaba nada tranquilo.

La familia Fauchard tenía los brazos muy largos.

Después de una noche de maldormir, se despertaron con la habitación iluminada por la brillante luz del sol. Se vistieron con los albornoces que Skye trajo del baño y pidieron que les sirvieran el desayuno en la habitación. Austin había tirado los disfraces convertidos en harapos a la papelera. Le pidieron a la doncella que les sirvió el desayuno que se encargara de comprarles ropa nueva. Después de un par de tazas de café, Skye recuperó los ánimos, aunque los acontecimientos ocurridos en el castillo Fauchard aún pesaban mucho en su mente.

—¿Debemos denunciar a los Fauchard a la policía? —preguntó.

—Los Fauchard son personas muy ricas y poderosas —respondió Austin.

—Eso no significa que están por encima de la ley.

—Estoy de acuerdo contigo. ¿Qué parte de nuestra historia te parece que se creará la policía? ¿*El pozo y el péndulo* o *El barril de amontillado*? Si los denunciarnos, son muy capaces de acusarnos de haber robado el avión de Emil.

—Ya te entiendo. —Skye frunció el entrecejo—. En ese caso, ¿qué hacemos?

—Regresar a París. Reagruparnos. Buscar toda la información que podamos de los Fauchard. —Austin se aclaró la garganta—. ¿Quién le dirá a tu amigo Darnay que su Rolls-Royce acribillado a balazos está en el fondo del foso de un castillo?

—Yo se lo diré. No te preocupes, Charles tenía la intención de cambiarlo por un Bentley. Se limitará a denunciar el robo. —En su rostro apareció una de sus resplandecientes sonrisas—. No me extrañaría, conociendo a Charles, que fuera un coche robado. —La sombra de un recuerdo apagó en parte la sonrisa—. ¿Crees lo que dijo aquel pobre inglés? ¿Que los Fauchard comenzaron la Primera Guerra Mundial y que al menos tuvieron una parte de responsabilidad en la Segunda?

Austin pensó en la pregunta mientras masticaba un trozo de cruasán.

—No lo sé. Hacen falta más que unas pocas personas para iniciar una guerra. La codicia, la estupidez y los errores de cálculo tienen mucho que ver.

—No lo niego, pero piénsalo, Kurt. En 1914, las grandes potencias estaban gobernadas por algunos de los líderes más ineptos de la historia. La decisión de iniciar la guerra estaba en manos de unas pocas personas. Ninguna de ellas destacaba por la inteligencia. El zar o el kaiser no tenía que pedirle permiso a su pueblo para ir a

la guerra. ¿No crees que un pequeño grupo de personas ricas y ambiciosas como los Fauchard y otros fabricantes de armas pudieron manipular a aquellos líderes, aprovecharse de sus deficiencias e influir en sus decisiones? Luego provocar un incidente como el asesinato del archiduque fue lo que faltaba para iniciar el conflicto.

—Desde luego es posible. En la Segunda la situación era diferente, pero también existía la misma mezcla explosiva que solo esperaba la chispa para estallar.

—¿Entonces crees que hay algo de verdad en las acusaciones?

—Ahora que he conocido a los Fauchard, madre e hijo, estoy de acuerdo en que si alguien puede iniciar una guerra, serían ellos. La manera como reaccionaron cuando Cavendish se fue de la lengua habla por sí sola.

Skye se estremeció al recordar la horrible muerte del aristócrata inglés.

—Cavendish afirmó que Jules Fauchard intentaba evitar la guerra. Sabemos que solo llegó hasta el glaciar. De haber cruzado los Alpes, hubiese aterrizado en Suiza.

—Ya veo adónde quieres ir a parar. Un país neutral donde hubiese podido revelar al mundo los planes de su familia. —Hizo una pausa—. Analicemos un poco más. Fauchard era rico e influyente, pero hubiese necesitado pruebas para que le creyeran. Documentos, cartas.

—¡Por supuesto! La caja de seguridad que llevaba Jules.

Los Fauchard no querían que se desvelara el sucio secreto de la familia.

—Así y todo, sigo intrigado —manifestó Austin, después de una breve pausa—. Vamos a suponer que hubiésemos recuperado el cuerpo de Jules y los documentos comprometedores. Los Fauchard están en condiciones de superar una mala publicidad. Una agencia de relaciones públicas se encargaría de organizar una campaña de desinformación, afirmar que los documentos eran falsos. Aparte de a un puñado de historiadores, no creo que a nadie le importase mucho después de tanto tiempo.

—Entonces, ¿por qué inundaron el túnel, mataron a Renaud e intentaron matarnos a nosotros?

—Para eso tengo otra teoría. Digamos que Spear Industries está a punto de formalizar una operación de gran envergadura. Una fusión. Un nuevo producto. Quizá comenzar una nueva guerra —dijo con una sonrisa amarga—. Los titulares sobre el siniestro pasado familiar podían echar por tierra sus planes.

—Eso tiene sentido —opinó Skye.

—Lo que no tiene sentido es por qué Jules llevaba el casco.

—Los Fauchard son unos excéntricos —señaló la joven.

—Eres demasiado amable. —Austin frunció el entrecejo—. Son unos maníacos asesinos, y no actúan sin un propósito. Creo que los Fauchard no les preocupaba tanto que se hablara de la historia familiar. Estaban desesperados por recuperar el yelmo. Hay algo en ese viejo orinal de acero que es de una importancia vital para ellos. Debemos descubrir qué es.

—Quizá Charles haya hecho algunos progresos en sus estudios. Debo ir a verlo

en cuanto pueda.

Los interrumpió una llamada a la puerta. Era la doncella cargada con las bolsas de las tiendas. Austin tenía dinero y tarjetas de crédito junto con el pasaporte en una cartera que llevaba colgada alrededor del cuello. Le dio a la doncella una buena propina, y después él y Skye se vistieron. El vestido rojo se ajustaba al cuerpo delgado de Skye como un guante.

Austin se puso el pantalón negro y la camisa blanca. Una vestimenta de estilo clásico, pero no llamarían la atención.

El conserje les había pedido un coche de alquiler, y si bien el Peugeot no podía compararse con el Rolls, el viaje de regreso a París por la soleada campaña los ayudó a olvidar los momentos vividos en las catacumbas de los Fauchard. Austin conducía al máximo de la velocidad permitida. Cuanta más distancia pusiera entre ellos y el castillo, mejor.

Casi rompió a cantar *La Marsellesa* cuando vio a lo lejos la silueta de la torre Eiffel. No tardaron mucho más en entrar en París. Fueron al apartamento de Skye y la joven llamó al anticuario para comunicarle que viajaría a la Provenza. Darnay se mostró encantado con la noticia, y dijo que tenían mucho de que hablar. Skye hizo la maleta y Austin la llevó a la estación, donde ella se despidió con un beso en la mejilla antes de subir al tren que la llevaría al sur.

El recepcionista sonrió complacido cuando Austin se acercó al mostrador para pedirle la llave de su habitación.

—Ah, *monsieur* Austin. Es un placer verle. Hay un caballero que lo espera desde hace horas. —Miró hacia el vestíbulo.

Un hombre estaba cómodamente instalado en un sillón, al parecer dormido. Tenía el rostro tapado con un ejemplar de *Le Fígaro*. Austin se acercó, apartó el periódico y vio las facciones morenas de Joe Zavala. Le palmeó el hombro.

—Seguridad del hotel —dijo con su mejor imitación del acento del inspector Clouseau—. Tendrá que acompañarme.

Zavala abrió los ojos.

—Ya era hora.

—El sentimiento es mutuo, compañero. Creía que aún estaba en los Alpes dedicado a mejorar las relaciones franco-norteamericanas.

—Denise quería presentarme a sus padres. Esa siempre es una mala señal. ¿Dónde has estado? Intenté llamarte, pero no atendías el móvil.

Austin se sentó en un sillón junto a su amigo.

—Te lo puedo explicar. Mi móvil está en el fondo del foso de un castillo.

—Debo admitir que es una excusa absolutamente novedosa. ¿Debo preguntar cómo llegó allí?

—Es una historia muy larga. ¿Qué es tan urgente que te ha obligado a acampar en el vestíbulo de un hotel?

En el rostro de Zavala apareció una expresión sombría.

—Me llamó Rudi cuando no pudo hablar contigo. —Rudi Gunn era el segundo de Pitt—. Se ha producido un accidente en la Ciudad Perdida. Paul y Gamay hicieron una inmersión en el *Alvin*. No volvieron a la superficie. También había un piloto a bordo.

—Maldita sea. ¿Qué pasó?

—Nadie parece saberlo. Hubo un ataque contra el buque nodriza más o menos en el mismo momento en que perdieron el contacto con el sumergible.

—Eso no tiene sentido. ¿Quién atacaría a una pacífica expedición científica?

—Ni idea. Anoche cogí el primer tren a París, me instalé aquí y desde entonces he martirizado al pobre recepcionista preguntándole por ti cada quince minutos.

—¿Cuánto tiempo llevan perdidos?

—Han pasado más de veinticuatro horas desde el último contacto.

—¿Dirk y Rudi están avisados?

—Dirk quiere que lo mantengamos informados. Llamó a la marina para pedir ayuda. Hablé con Rudi hace media hora.

Envió al *Searcher* al lugar, así que en cualquier momento tendremos noticias.

—¿Cuál es la situación de los sistemas de soporte vital en el *Alvin*?

—Disponen de aire, alimentos y energía para unas cuarenta y ocho horas —respondió Zavala, y consultó su reloj.

Austin maldijo por lo bajo. Mientras él había estado disfrutando de su desayuno con Skye, sin preocuparse del tiempo, los Trout, si es que aún estaban con vida, necesitaban ayuda con la máxima urgencia.

—Es ahora de ponernos en marcha.

—Hay un avión de la NUMA en el aeropuerto De Gaulle.

Podemos estar en las Azores en cuestión de horas y Rudi ya nos tiene preparado el transporte para la última etapa del viaje.

Austin le dijo a Zavala que lo esperara mientras subía a su habitación. Se quitó las prendas nuevas para vestirse con el vaquero y el suéter habituales, después metió lo mínimo imprescindible en un macuto y bajó al vestíbulo. El piloto estaba calentando los motores cuando llegaron al aeropuerto. En cuanto llegaron a las Azores, subieron a un hidroavión que los esperaba.

El buque de exploración oceánica *Searcher* navegaba de regreso a Estados Unidos desde Europa cuando su capitán recibió la orden de dirigirse a la cordillera mesoatlántica.

Austin se alegró al saber que el *Searcher* se encontraba en el lugar. Se trataba de un buque que había entrado en servicio hacía unos pocos meses y estaba equipado con los equipos de detección y los vehículos sumergibles automáticos de última generación.

El hidroavión inició el descenso y Austin vio a través de la ventanilla que la marina había atendido de inmediato la petición de Pitt. El *Searcher* y el *Atlantis* estaban acompañados por un crucero.

El hidroavión amerizó cerca del *Searcher*. Avisados por el piloto del hidroavión, el *Searcher* ya había arriado una motora para trasladar a Austin y Zavala al barco. El capitán, un californiano alto y moreno llamado Paul Gutiérrez, los esperaba. El capitán Gutiérrez no perdió el tiempo en formalidades y los llevó al puente de mando. Austin se acercó a una de las ventanas, atento a una lancha que se acercaba desde el buque de combate.

—Se acercan visitas —comentó.

—La marina se presentó en cuestión de horas. Están alertas ante la posibilidad de que se produzcan nuevos ataques.

Les enseñaré lo que hemos estado haciendo. —El capitán le señaló una carta náutica correspondiente al sector. Había zonas tachadas con lápiz negro—. Hemos tenido suerte con las condiciones meteorológicas. Esto le dará una idea de la zona cubierta. Hemos hecho una exploración con el sonar y enviado a todos nuestros vehículos dirigidos por control remoto.

—Impresionante.

—Gracias. Los equipos del *Searcher* pueden detectar una moneda a una profundidad de mil brazas. Hemos cubierto toda la Ciudad Perdida y la zona adyacente donde descubrimos otros campos de chimeneas hidrotermales. El *Atlantis* se encargaba de la exploración en la zona de la cordillera. Aunque pueda pecar de presuntuoso, los medios de que disponemos son algo fuera de serie. —El capitán sacudió la cabeza—. No lo entiendo. El *Alvin* es uno de los minisubmarinos más fiables en el mundo entero. Ha realizado centenares de inmersiones sin el más mínimo problema.

—¿No han encontrado ningún rastró del submarino?

—Ninguno *del Alvin*, pero ese no es el final de la historia.

Gutiérrez le dio una hoja donde aparecía una gráfica del fondo obtenida por el sonar.

—Después de explorar toda la Ciudad Perdida, pasamos a las zonas adyacentes. Hay por lo menos otros tres campos de chimeneas comparables o más grandes cerca de la cordillera. Fíjese en lo que encontramos en la que nombramos como Ciudad Perdida II. Nos tiene a todos absolutamente desconcertados.

Austin se hizo con una lupa. Tenía una gran experiencia en la interpretación de los gráficos del sonar, pero las marcas que vio eran algo desconocido.

—¿Qué son estas extrañas líneas dobles?

—Eso mismo nos preguntamos nosotros. Así que enviamos un sumergible no tripulado y tomamos estas fotografías.

Austin observó con mucha atención las ampliaciones. Las altas columnas de la Ciudad Perdida se veían con toda claridad, lo mismo que las rodadas en el fondo entre las chimeneas.

—Parecen las rodadas de las cadenas de una excavadora o un tanque —opinó Austin.

—Muy grande —confirmó el capitán—. Cuando utilizamos las columnas para establecer una escala, calculamos que la separación entre las rodadas es de unos diez metros como mínimo.

—¿Cuál es la profundidad que tenemos aquí?

—Ochocientos metros.

—Una hazaña de ingeniería muy notable aunque no imposible —afirmó Zavala, con un tono de admiración—. ¿Te recuerda alguna cosa, Kurt?

—A Big John —respondió Austin, con una sonrisa. Al ver la expresión de extrañeza en el rostro del capitán, le explicó que Big John era el apodo para un vehículo que había desarrollado la NUMA hacía algunos años como un laboratorio móvil en el fondo marino. Señaló una de las fotos donde se veía el brusco final de las rodadas—. Lo que fuese que estaba allá abajo tuvieron que levantarlo. A diferencia de Big John, esta tortuga mecánica puede nadar además de arrastrarse.

—Yo diría que cuando lo hizo se llevó al *Alvin* —señaló Zavala.

—Es evidente que no es una simple coincidencia que el *Alvin* desapareciera junto a las rodadas —declaró el capitán.

—También hay otra coincidencia extraña —dijo Austin—. Me han dicho que fueron atacados más o menos en el mismo momento de la desaparición del sumergible.

—En el momento en que comenzábamos a preocuparnos por la falta de respuesta del *Alvin* —explicó Gutiérrez—, se acercó un viejo barco de carga. Llevaba pintado el nombre de *Celtio Rainbow* y ondeaba el pabellón maltés. Transmitió una llamada de auxilio. Cuando respondimos, no contestaron. Continuaron repitiendo la llamada de auxilio. Después vimos una columna de humo, al parecer de un incendio en una de las bodegas.

—¿Alguien intentó abandonar el barco?

—Eso fue lo más increíble de todo. Nadie. No había absolutamente nadie en cubierta. Me disponía a enviar a un grupo para que investigara, pero el capitán Beck se ofreció voluntario para ir con sus hombres.

—¿Beck?

—Tiene una empresa de seguridad marítima. No sé si están enterados, pero los piratas han atacado o amenazado a los barcos de exploración científica por todo el mundo. Beck vino a bordo para organizar los sistemas de seguridad. Trajo a tres hombres, todos antiguos SEAL como él mismo, que se encargaron de dar los cursillos de entrenamiento a los tripulantes y los científicos y aprendieran a reaccionar ante un ataque pirata. Me pareció un hombre muy capaz.

—El mejor —dijo un hombre vestido con el uniforme de la marina que entró en el puente de mando—. Por lo que me han comentado, Beck era un gran profesional. Soy el alférez Pete Muller. Aquel es mi barco. —Señaló al crucero.

—Encantado, alférez. —Austin le estrechó la mano.

—Siempre es un placer hablar con gente de la NUMA.

—¿Qué le pasó al capitán Beck y sus hombres?

—Mucho me temo que los mataron a todos —contestó el alférez.

—Lo lamento.

—Encontramos el cuerpo del capitán en el agua, pero ningún rastro de sus hombres o del barco —añadió Muller.

—¿Cómo puede un carguero desaparecer sin más?

—El nuestro era el buque más cercano cuando el *Atlantis* envió el SOS. A la hora que llegamos, los atacantes habían desaparecido. Aseguramos la situación, y luego emprendimos la persecución. Sabíamos el rumbo y con nuestra mayor velocidad los hubiésemos alcanzado. Los teníamos en el radar cuando desaparecieron. Encontramos algunos restos y manchas de aceite, pero no el barco.

—No lo entiendo —dijo Austin—. Los SEAL son uno de los cuerpos de combate mejor entrenados sobre la faz de la tierra. Abordar un barco que puede ser hostil es una de sus especialidades.

—Creo que se encontraron con algo para lo que no estaban preparados.

Austin vio algo en la expresión del alférez Muller que nunca había visto en el rostro de un militar. Era miedo.

—Tengo la sensación de que aquí hay algo más que no me han dicho. Quizá el capitán quiera darnos más detalles del ataque.

—Haré algo mejor —respondió Gutiérrez—. Se lo enseñaré.

Las borrosas imágenes en la pantalla se movían bruscamente. Era obvio que las habían filmado con una cámara de mano en circunstancias difíciles. Se veían a tres hombres filmados desde atrás. Llevaban pañuelos en las cabezas y las armas automáticas al hombro. Los hombres iban en una lancha neumática, y las imágenes subían y bajaban con el movimiento de las olas mientras se acercaban a un viejo carguero de tamaño mediano. Se escuchaba una voz ruda por encima del ruido del motor fueraborda.

—Nos acercamos al objetivo. Mantened las cabezas levantadas, chicos, este no es un viaje de paseo. Intentaremos un falso abordaje a ver si nos disparan.

El hombre más cercano a la cámara se volvió y levantó el pulgar. Luego se congeló la imagen.

El alférez se levantó de la silla y se colocó junto a la pantalla. Señaló al hombre moreno que le sonreía a la cámara.

—Este es Sal Russo —le informó a Austin y a los demás presentes en la sala—. Un tipo de primera, con una gran experiencia y valiente hasta la temeridad. Ayudó a formar el Equipo Seis, la unidad antiterrorista de los SEAL. Obtuvo una docena de medallas por su actuación en la guerra del golfo antes de pedir la baja para unirse a la compañía de Beck.

—La voz de fondo debe de ser la del capitán Beck —dijo Austin. Estaba sentado en una silla plegable entre Zavala y Gutiérrez.

—Así es. Beck llevaba una cámara sujeta con un arnés en el pecho. Filmaba las operaciones para analizar después con sus equipos los fallos y los aciertos. Aún llevaba la cámara cuando recogimos su cadáver. Afortunadamente, estaba en una funda impermeable. Las imágenes saltan de vez en cuando, pero les darán una buena idea de aquello con lo que se encontraron.

Muller puso de nuevo en marcha el vídeo y se sentó en su silla. El hombre en la pantalla volvió a moverse y le dio la espalda a la cámara. El ruido del motor aumentó considerablemente, la proa se levantó cuando la lancha comenzó a planear y se dirigió en línea recta a la escalerilla que colgaba a proa por la banda de estribor. A unos treinta metros de la escalerilla, la lancha viró para alejarse del carguero.

«Intento infructuoso de atraer los disparos», anunció la voz. «Vayamos a ver el nombre que lleva a popa».

Las imágenes mostraron el recorrido de la neumática a lo largo del barco para situarse a popa, donde en la pintura desconchada aparecían las palabras CELTIC RAINBOW, y debajo MALTA. Luego la embarcación se dirigió de nuevo hacia la escalerilla. Uno de los tripulantes cogió el último peldaño y mantuvo la lancha en

posición.

Todos se pusieron las máscaras antigás y dos de los SEAL treparon por la escalerilla. El tripulante instalado a proa apartó la lancha unos pocos metros y apuntó con su arma la borda, dispuesto a disparar contra cualquiera que intentara tenderle una emboscada a sus compañeros. Los dos hombres llegaron a cubierta sin problemas. Uno de ellos hizo una señal a la lancha para que se acercara.

«Abordaje limpio sin resistencia», dijo Beck. «Ahora sube el respaldo».

Con la lancha neumática amarrada a la escalerilla, Beck y Russo comenzaron a subir. Se vieron imágenes del costado del barco y el micrófono captó una respiración agitada. Se escuchó la voz de Beck que murmuraba: «Estoy demasiado viejo para estas cosas. Pero es mucho más divertido que estar delante de un escritorio».

La cámara filmó una panorámica de la cubierta donde se veía a los SEAL agachados y con las armas preparadas. El humo se extendía sobre la cubierta. De acuerdo con el plan, Russo y uno de los hombres corrieron a la banda opuesta, y luego avanzaron hacia la popa. Beck y el otro SEAL hicieron lo mismo por la banda de estribor y los equipos se encontraron en la popa.

«La banda de babor despejada», comunicó Russo. Miró la nube de humo. «Parece que el incendio comienza a extinguirse».

«Tienes razón», dijo Beck. «El humo se despeja. Quitaos las máscaras».

Los hombres se quitaron las máscaras y las guardaron en las bolsas que llevaban sujetas a los cintos.

«Muy bien. Subamos al puente a ver quién envía el mensaje».

La filmación mostró a los hombres que avanzaban escalonadamente, de forma tal que el equipo de vanguardia siempre estuviese protegido. Subieron las escalerillas, y se detuvieron para echar una ojeada a cada cubierta antes de subir el siguiente tramo. Llegaron a las alas del puente sin incidentes.

La voz de alguien que gritaba «Mayday» salía por la puerta abierta de la timonera.

La rapidez, la sorpresa y el sigilo son los elementos básicos de una misión de los SEAL. El abordaje a plena luz del día invalidaba la segunda regla, así que no se demoraron en el exterior de la timonera. La cámara los siguió al interior y se escuchó la voz de Beck: «Buen trabajo. Demonios. El maldito lugar está desierto».

Se vio un barrido de 360 grados de la timonera, y luego Beck se acercó a la radio. Una mano, obviamente la suya, recogió el magnetófono que había junto al micrófono. El mensaje de auxilio que se repetía no era más que una grabación.

La mano apagó el aparato y cesó la llamada.

«¡Maldita sea!», gritó uno de los hombres. «¿Qué es esa peste?».

La voz de Beck se escuchó en el fondo, tranquila pero con un inconfundible tono de urgencia, ordenando a sus hombres que se mantuvieran alertas y con las armas preparadas mientras regresaban a paso ligero a la embarcación.

Entonces se abrieron las puertas del infierno.

Alguien o algo atravesó la puerta aullando como un demonio enfurecido. Después se escuchó el estruendo de un disparo de escopeta a quemarropa. Más gritos, más cuerpos y el tableteo de las armas automáticas. Vieron unas borrosas imágenes de cabellos blancos o piel y atisbos de unos rostros que parecían escapados de una pesadilla.

«¡Por aquí, capitán!».

Russo estaba de espaldas a la cámara y oscurecía casi toda la pantalla. De nuevo disparos y gritos. Luego toda una serie de imágenes borrosas.

Beck había salido de la timonera y al parecer se deslizaba por la escalerilla. Jadeaba sonoramente. En el fondo se escuchaban los gritos de Russo.

«¡Vamos, capitán, vamos! Acabo de matar a uno de esos cabrones de ojos rojos, pero nos pisan los talones».

«Mis hombres...».

«¡Demasiado tarde! Muévase. Oh, demonios».

Otra descarga. Los gritos de un hombre.

Beck había llegado a la cubierta principal. Corría con todas sus fuerzas. Jadeaba como una locomotora que sube una pendiente muy empinada. Estaba muy cerca de la proa, a unos pocos metros de la escalerilla.

Se escuchó un grito inhumano fuera del campo de la cámara. Más cabellos blancos y cuerpos en movimiento; otro escopetazo. Un atisbo de unos ojos rojos como ascuas. Por último un chapoteo, el cielo y el mar. La pantalla se oscureció.

Austin rompió el silencio que siguió al final de la proyección.

—El vídeo plantea más preguntas y no da muchas respuestas.

—Beck casi llegó a la lancha —dijo Muller—, pero algo o alguien lo atrapó cuando se disponía a bajar por la escalerilla.

Cuando encontramos su cuerpo, vimos que lo habían degollado.

—¿Podría retroceder unos pocos segundos en el vídeo? —preguntó Zavala. Muller rebobinó hasta que Joe le avisó—. Muy bien. Aquí.

Los brillantes ojos rojos llenaron casi toda la pantalla. La imagen era borrosa, pero no por eso disminuía la locura de la mirada. Todos permanecieron callados, y solo se escuchaba el zumbido de los ventiladores. Al cabo de un momento, Austin preguntó:

—¿Cuál es su interpretación de este vídeo, alférez?

Muller sacudió la cabeza como un hombre al que le hubiesen pedido que explicara los misterios del universo.

—Lo único que sé a ciencia cierta es que el capitán Beck y sus hombres se encontraron metidos en una situación absolutamente descontrolada. Las personas, o lo que fueran, que los emboscaron no esperaban encontrarse con un equipo de los SEAL armados.

—Creo que la intención era atacar al *Atlantis*, pero cambiaron de opinión después de la refriega con Beck y sus hombres —manifestó Austin.

—Comparto su opinión —dijo Muller.

El capitán Gutiérrez se levantó.

—Tengo que regresar al puente. Les ruego que si hay algo más en lo que les pueda ayudar, no vacilen en comunicármelo.

Austin le dio las gracias y, cuando el capitán se hubo marchado, se dirigió a Muller.

—Supongo que usted también regresará a su nave.

—Todavía no. Vendrá otro buque a relevarnos. Tardará unas cuantas horas. Tengo tiempo. Ahora que el capitán no está, me gustaría hablar de esta situación un poco más si no le importa.

—En absoluto. Por lo poco que he visto, hay mucho de que hablar.

—Cuando tuve la primera noticia de esta locura, creí que podría tratarse de piratas, aunque no había ninguna prueba de su presencia en esta parte del mundo.

—¿Ha cambiado de opinión respecto a los piratas? —preguntó Austin.

—Los he descartado. No les he dicho que pertenezco a la inteligencia naval. Después de ver el vídeo, me puse en contacto con mi sección en Washington y les pedí que buscaran cualquier cosa donde se hiciera mención de «monstruos o demonios de ojos rojos». Tendría que haber escuchado algunos de los comentarios que me dedicaron, pero buscaron en todas las fuentes posibles: libros, películas, fotos, programas de radio, series de televisión. ¿Sabía que hay un grupo de rock que se llama Los demonios de ojos rojos?

—Mis conocimientos de los grupos de rock acaban en los Rolling Stones —contestó Austin.

—Los míos también. En cualquier caso, leí todos los informes y encontré esto.

Muller sacó una hoja de su maletín y se la dio a Austin. El titular decía:

SIN NOTICIAS DE LOS PARTICIPANTES Y EL EQUIPO DE RODAJE DE UNA SERIE DE TV.

Era una noticia de la agencia Reuters en Londres. Austin continuó con la lectura.

Las autoridades dicen que siguen sin tener ninguna pista en la desaparición de los siete participantes y los cuatro miembros del equipo de rodaje que estaban filmando uno de los capítulos de la serie *Outcasts* en una remota isla frente a las costas de Escocia.

De acuerdo con las reglas del juego, los participantes votan cada semana cuál de ellos será «expulsado» de la isla. El helicóptero que fue a recoger al último expulsado no encontró ningún rastro de los demás. La policía, que trabaja en colaboración con el FBI, encontró huellas de sangre, un indicio de que se hubieran producido actos violentos.

La única superviviente, a la que encontraron oculta en una grieta, se recupera en su domicilio. Al parecer declaró a las autoridades que el grupo había sido atacado por

unos «monstruos de ojos rojos». La policía ha descartado este relato como producto de las alucinaciones de la víctima tras el suceso.

Los productores de la popular serie, que está basada en la idea de *Survivor*, han sido criticados por propiciar la agresividad entre los participantes y someterlos a pruebas de un riesgo exagerado. La cadena de televisión ofrece una recompensa de 50.000 dólares a cualquiera que pueda aportar información.

Kurt le pasó la hoja a Zavala, que leyó la noticia y preguntó:

—¿Cómo liga esto con la desaparición del *Alvin*?

—Admito que es un vínculo muy tenue, pero intenta seguir mi muy confuso razonamiento. Recuerda las rodadas en el fondo. Es obvio que estaban haciendo algo en la Ciudad Perdida y quienes lo hacían deseaban mantener la actividad en secreto.

—Tiene su lógica —admitió Zavala—. Quienes dejaron las rodadas no querían que nadie fuera a meter las narices entre las chimeneas.

—Si tienes que ocultar un secreto de ese calibre, ¿qué harías si mandan a un sumergible equipado con cámaras a que se dé una vuelta por el lugar?

—Muy sencillo —contestó Zavala—. Como la expedición no era ningún secreto, me llevaría el equipo.

—No es tan sencillo como crees. Alguien vería las rodadas y comenzaría a hacer preguntas. Tendrías que eliminar a los observadores y ocuparte de cualquier testigo.

—Eso explicaría que enviaran a un barco lleno de monstruos rojos para acabar con el *Atlantis*.

—Digamos que el *Atlantis* desaparece. Más tarde, el *Alvin* emerge y cuando ve que el barco nodriza ha desaparecido envía una señal de socorro. De inmediato se hubiese puesto en marcha una operación de búsqueda a gran escala. Siempre está la posibilidad de que la búsqueda encontrara algún rastro del *Alvin* y atrajera todavía más la atención.

—En ese caso significaría que aquello que dejó las rodadas bien pudo llevarse al *Alvin*.

—Gutiérrez dice que el sumergible no está abajo, y le creo —dijo Muller.

Austin echó otra ojeada al artículo.

—Ojos rojos allí, ojos rojos allí. Como usted dice, una conexión muy tenue.

—Estoy de acuerdo. Por eso ordené que tomaran fotos desde el satélite de las aguas en la zona de la isla donde rodaron el programa. —Sacó del maletín un montón de fotos y las colocó sobre la mesa—. En la mayoría de las islas hay pequeños pueblos de pescadores muy antiguos. En otras, los únicos habitantes son las aves marinas. Esta en cambio me llamó la atención.

Le pasó la foto a Austin. En la imagen se veían varios edificios, la mayoría agrupados lejos de la costa, y unas pocas carreteras de tierra.

—¿Alguna idea de qué son estas estructuras? —preguntó Austin.

—La isla era propiedad del gobierno británico, y allí funcionó una base de

submarinos durante la Segunda Guerra Mundial y la guerra fría. Más tarde la vendieron a una empresa privada. Es algo que aún estamos investigando. Se supone que la utilizan como un centro de estudios de aves marinas aunque nadie lo sabe a ciencia cierta, porque está prohibido el acceso.

—Esto podría ser una embarcación de vigilancia para evitar la presencia de intrusos —comentó Austin señalando una pequeña línea blanca que dejaba una estela.

—Eso creo —dijo el alférez—. Las fotos están tomadas a diversas horas del día, y la embarcación siempre aparece en algún punto cercano a la costa, con la misma ruta.

Mientras observaba la costa, Austin vio un mancha oscura con forma oval cerca de la entrada de la rada. También aparecía en las otras fotos pero en diferentes posiciones. El contorno era poco definido, como si estuviese sumergido y no en la superficie. Le pasó la foto a Zavala.

—Mira esta y dime si ves algo anormal, Joe.

Como experto en vehículos submarinos de todo tipo, Zavala advirtió el extraño objeto inmediatamente. Miró las otras fotos.

—Es un vehículo submarino.

—Déjeme ver —dijo Muller—. Maldita sea. Estaba tan concentrado en los objetos de la superficie que no me fijé en lo que había debajo. Seguramente lo descarté al pensar que se trataría de un pez.

—Por supuesto que es un pez —afirmó Zavala—. Con un motor eléctrico. Diría que es un VAS.

—¿Un Vehículo Autónomo Submarino?

Los VAS que habían sido contruidos originalmente para fines comerciales y de investigación oceánica eran la última palabra en tecnología submarina. A diferencia de los sumergibles guiados por control remoto, que necesitaban de un cable de transmisión, los VAS navegaban guiados por un programa de ordenador.

—Este VAS podría estar equipado con sonar e instrumentos acústicos. Si es así, detectaría cualquier cosa que se moviera en la superficie o debajo del agua alrededor de la isla, y enviaría una señal de alarma a los monitores en tierra.

—La marina está utilizando los VAS para reemplazar a los delfines en la tarea de detección de minas. He oído decir que incluso se los puede programar para que ataquen —explicó Muller.

—Por lo que parece, es hora de tomar una decisión —manifestó Austin, con la mirada puesta en las fotos.

—Escuche, no quiero decirle cuál debería ser —dijo el alférez—, y sé que están preocupados por sus amigos. Pero aquí no pueden hacer gran cosa. El capitán Gutiérrez continuará con la búsqueda y él les avisara cuando encuentre algo.

—¿Quiere que nosotros vayamos a ver qué hay en este lugar?

—La marina norteamericana no puede entrar sin más es la isla, pero una pareja de hombres muy bien preparados y decididos podrían hacerlo.

—¿Tú qué dices, Joe? —preguntó Austin.

—Es un riesgo. Mientras nosotros nos dedicamos a perseguir a unos tipos con los ojos inyectados en sangre, Paul y Gamay podrían estar en cualquier parte.

Austin sabía que Zavala estaba en lo cierto, pero el instinto apuntaba hacia la isla.

—Tenemos al hidroavión a la espera —le dijo Austin al alférez—. Regresaremos a las Azores y allí cogeremos otro vuelo. Con un poco de suerte mañana estaremos echándole una ojeada a su isla misteriosa.

—Era lo que esperaba escuchar —afirmó Muller con una sonrisa.

No había pasado ni una hora cuando el hidroavión emprendió el vuelo. Efectuó una vuelta alrededor del crucero y el barco de exploración científica, y después puso rumbo a las Azores, para llevar a Austin y Zavala en la primera etapa de su viaje a lo desconocido.

Darnay vivía en una granja rehabilitada de paredes encaladas y tejado rojo con vista a la histórica ciudad de Aix-en-Provence. Skye había llamado al anticuario desde la estación para avisarle de su llegada y Darnay la esperaba en la puerta cuando se bajó del taxi. Se saludaron con un abrazo y besos en las mejillas, y luego Darnay la llevó a la gran terraza junto a la piscina rodeada de girasoles. Se sentaron a una mesa de hierro forjado y sobre de mármol y Darnay sirvió dos copas de Kir, un cóctel de crema de cassis y vino blanco.

—No sabes lo encantado que estoy de verte, cariño —dijo Darnay.

Brindaron y bebieron un sorbo.

—Es un placer estar aquí, Charles. —Skye cerró los ojos y dejó que el sol le bronceara el rostro mientras respiraba el aire cargado con el perfume de la lavanda y olor del Mediterráneo.

—No me diste muchas explicaciones cuando llamaste.

Espero que tu visita a los Fauchard haya ido bien.

La muchacha abrió los ojos.

—Todo lo bien que se podía esperar.

—*Bon*. ¿El señor Austin disfrutó conduciendo mi Rolls?

—Pues no sé qué decirte —respondió Skye.

Darnay la miró, intrigado.

—Antes de que te cuente lo sucedido, será mejor que sirvas otra copa.

Darnay sirvió la bebida y Skye dedicó los siguientes cuarenta y cinco minutos a relatarle los acontecimientos en el castillo de los Fauchard, desde el momento en que Emil los recibió en la entrada del castillo hasta la enloquecida fuga en el avión robado. La expresión grave del anticuario se acentuaba por momentos.

—¡El tal Emil y su madre son unos monstruos! —exclamó.

—Lamentamos mucho lo de tu coche, pero como ves, fue algo imposible de evitar dadas las circunstancias.

Una amplia sonrisa reemplazó la expresión grave de Darnay.

—Lo único importante es que tú estás bien. La pérdida del Rolls es un detalle menor. El coche solo me costó una fracción de su valor. Como diría tu amigo norteamericano, fue un «atracó».

—Ya me lo suponía.

—Me intriga tu descripción del retrato de Jules Fauchard.

¿Estás segura de que llevaba el mismo casco?

—Sí. ¿Has hecho algún progreso en la identificación?

—Hemos hecho grandes progresos. —Darnay se acabó la bebida—. Si ya has descansado, iremos a ver a Weebel.

—¿Quién es Weebel?

—Oskar Weebel es un alsaciano que vive en la ciudad.

Tiene el casco.

—No lo entiendo.

Darnay se levantó de la silla y le ofreció la mano a Skye.

—Lo entenderás cuando te lo presente.

Al cabo de unos minutos, viajaban en el jaguar de Darnay por la angosta y sinuosa carretera. El anticuario tomaba las curvas como si estuviese conduciendo por una autopista.

—Cuéntame algo más de tu amigo —dijo Skye cuando entraron en el casco antiguo de la ciudad.

Giró para tomar por una callejuela entre el Atelier de Cézanne y la catedral de Saint Sauveur.

—Weebel es un maestro artesano. Uno de los mejores que he conocido. Fabrica réplicas de armas y armaduras. En la actualidad la mayor parte de su producción la subcontrata pero lo que hace personalmente es de tanta calidad que algunos de los mejores museos y muchos grandes coleccionistas no saben que muchas de las piezas que consideran auténticas fueron forjadas en su taller.

—¿Falsificaciones?

Darnay hizo una mueca, como si le hubiesen pegado.

—Es una palabra muy fea para que salga de una boca tan bonita. Prefiero llamarlas reproducciones de gran calidad.

—Perdona la pregunta, Charles, pero ¿algunas de estas maravillosas reproducciones las has vendido a los museos y coleccionistas que son clientes tuyos?

—Casi nunca doy garantías de la autenticidad de las piezas. Si lo hiciera podría acabar en la cárcel por fraude. Me limito a algunas insinuaciones sobre el origen del objeto en cuestión y dejo que el cliente saque sus conclusiones. Como decía el comediante norteamericano W. C. Fields: «No puedes engañar a un hombre honrado». Ya hemos llegado.

Aparcó el Jaguar delante de una casa de dos pisos de arquitectura medieval. Darnay tocó el timbre. Les abrió la puerta un hombre bajo y regordete de unos sesenta y tantos años, con un delantal gris. Sonrió complacido al ver a los visitantes. Los invitó a pasar y el anticuario se encargó de las presentaciones.

Weebel tenía el aspecto de un muñeco hecho con piezas sobrantes. La cabeza calva era demasiado grande para los hombros. Cuando se quitó las anticuadas gafas, los ojos de expresión bondadosa parecían demasiado pequeños en relación con el rostro. Las piernas eran cortas. En cambio, tenía una boca y unos dientes perfectos y los dedos largos y finos como los de un concertista de piano. El artesano miró a Skye sin ocultar su admiración.

—Ahora entiendo por qué no he sabido nada de ti desde hace tiempo, Charles. Veo que has tenido una excelente razón. —La verdad, amigo mío, es que

mademoiselle Labelle acaba de llegar. He aprovechado el tiempo del trayecto desde casa hasta aquí para hablarle de tus muchos méritos.

Weebel murmuró una respuesta modesta, pero era evidente por su expresión que le había agradado el cumplido.

—Muchas gracias, Charles. Estaba preparando un té.

—Los llevó a una cocina impoluta y los invitó a sentarse a la mesa.

Weebel sirvió el té, y luego le hizo a Skye una infinidad de preguntas sobre su trabajo. Mientras respondía pacientemente, la joven tuvo la sensación de que el artesano guardaba todas las respuestas en un archivo mental.

—Charles me ha hablado muy elogiosamente de su trabajo, *monsieur* Weebel.

Cuando se excitaba, Weebel salpicaba sus palabras con un rápido «ajá».

—Bien, ajá. Le mostraré mi taller.

Bajaron por una empinada escalera hasta el sótano, que estaba brillantemente iluminado con luces fluorescentes. Básicamente era una herrería equipada con una forja, un yunque, martillos, tenazas y alicates, todas herramientas necesarias para el trabajo esencial de un fabricante de armaduras, que consistía en convertir, en moldear el metal al rojo para hacer las diferentes piezas. En las paredes colgaban corazas, perneras, guanteletes y más cosas. La mirada experta de Darnay se fijó en un estante donde había cascos y yelmos de diferentes estilos.

—¿Dónde está la pieza que dejé aquí?

—Un casco especial como ese se merece un tratamiento privilegiado —dijo Weebel. Se acercó a una armadura que estaba en un rincón, levantó el visor del casco y metió la mano dentro—. Estas armaduras las fabrican en serie. Ajá. Las encargo en China y las vendo para la decoración de restaurantes.

Apretó un interruptor oculto en el casco y se abrió un trozo del revestimiento de la pared de poco más de un metro de ancho para dejar al descubierto una puerta de acero. Tecléo el código en el panel colocado en el marco. Detrás de la puerta había una cámara acorazada con estanterías en tres de las paredes, cargadas con cajas de maderas de diferentes tamaños y cada una marcada con un número.

Weebel cogió una caja cuadrada y la llevó al taller. La depositó sobre un banco de trabajo y sacó el casco Fauchard.

Skye observó el rostro grabado y pensó en el retrato de Jules que había visto en el castillo de la familia.

—Una pieza notable. Ajá. Extraordinaria. —Weebel movió las manos por encima del yelmo como un adivino que mira en la bola de cristal—. Hice que la examinara mi experto en metales. El hierro utilizado para fabricar el acero es muy poco corriente. Opina que pudieron extraerlo de un meteorito.

Darnay le dedicó una sonrisa a Skye.

—Esa es la teoría de *mademoiselle* Labelle. ¿Ha datado la pieza?

—Parte del diseño es una innovación. Yo diría que es del siglo xv, que es cuando se puso de moda grabar facciones humanas o animales en el visor. Es posible que el

metal sea mucho más antiguo, y que fundieran otro anterior para hacer este. La muesca en una marca de prueba, aparentemente para comprobar la resistencia del blindaje al impacto de un proyectil. Como ven, la prueba fue un éxito. En cambio, no funcionó en esta perforación. Es posible que lo hicieran con un disparo a quemarropa o con un arma de gran potencia, quizá en una fecha mucho más reciente. Tal vez alguien lo utilizó para práctica de tiro.

—¿Qué hay del fabricante?

—El casco es una de las piezas más extraordinarias que he visto. Miren el interior. No se aprecia ni una sola huella de martillo. Incluso sin la marca de pureza, hubiese sabido que había un único fabricante capaz de producir un acero de esta calidad. La familia Fauchard.

—¿Qué puede decirme del fabricante?

—Los Fauchard son una de las tres familias que fundaron el grupo que hoy conocemos con el nombre de Spear Industries. Cada familia estaba especializada en un sector. Una familia fundía el metal, la otra fabricaba la armadura, y los Fauchard se encargaban de las ventas. Enviaban a sus agentes por toda Europa. Tenían excelentes vinculaciones con la clase dirigente. Por lo general no utilizaban la marca de pureza.

Creían que la calidad de los productos hablaban por sí misma, y por eso resulta curioso ver grabado su escudo de armas en la corona de esta pieza. El casco debe de tener un significado especial para la familia.

—*Madame* Fauchard me dijo que las cabezas de águila representan a las tres familias fundadoras.

Weebel la miró, asombrado.

—¿Habló con *madame* Fauchard en persona?

Skye asintió con un gesto.

—Extraordinario. Dicen que vive como una reclusa.

¿Cómo es?

—Es una mezcla de escorpión con viuda negra —respondió Skye, sin vacilar—. Comentó que la cabeza del medio representa a los Fauchard, que llegaron a dominar la empresa a través de muertes y casamientos.

El artesano soltó una risa nerviosa.

—¿No le mencionó que muchas de las muertes fueron inesperadas y que los matrimonios solo sirvieron para reforzar su poder?

—*Madame* Fauchard es muy selectiva al hablar de su familia. Por ejemplo, niega la historia de que tuvieron tanto poder e influencia como para provocar la Primera Guerra Mundial ni que tuvieron algo que ver en el estallido de la Segunda.

—Son rumores que llevan circulando muchos años. Un grupo de fabricantes de armas que promovieron las guerras.

Los Fauchard eran los más importantes. Ajá. ¿Dónde y quién le contó la historia?

—En el castillo Fauchard y de labios de un inglés llamado Cavendish. También

dijo que los Fauchard le habían robado a su familia el proceso para producir acero.

—Ah, *sir* Cavendish. Sí, es cierto. Su familia había descubierto un proceso para producir un acero de gran calidad. Los Fauchard se lo robaron. —Acarició el casco—. Dígame, ¿ve algo extraño en el emblema del águila?

Skye observó el emblema sin ver nada que no hubiese visto antes.

—Un momento. Ya lo veo. Hay más flechas en una de las garras que en la otra.

—Buena vista. Ajá. Yo también vi lo mismo y lo comparé con el escudo de armas de los Fauchard. El número de flechas en cada garra es el mismo en la marca original. Cuando lo observé más a fondo, descubrí que la flecha adicional fue añadida mucho después de que lo fabricaran. Probablemente dentro del último siglo.

—¿Por qué alguien haría algo así? —preguntó Skye.

Weebel sonrió enigmáticamente y colocó el casco debajo de una lente de aumento sujeta a un pedestal.

—Véalo usted misma, *mademoiselle* Labelle.

Skye miró a través de la lupa.

—Toda la flecha es en realidad algo escrito. Números y letras. Echa una ojeada, Charles.

—Parece una ecuación algebraica —comentó el anticuario después de mirar.

—Sí, sí. Ajá. Eso es lo que creo. He sido incapaz de descifrarla. Hace falta un especialista.

—Kurt dijo que el caso podía contener la clave que resuelve el enigma —señaló Skye—. Tengo que llevarlo a París para que lo vea un criptógrafo o un matemático de la universidad.

—Es una pena —manifestó Weebel—. Esperaba tener la oportunidad de reproducir esta hermosa pieza. ¿Quizá más tarde?

—Sí, *monsieur* Weebel. Quizá más tarde.

El artesano guardó el casco en la caja y se lo entregó. Skye y Darnay le dieron las gracias y se despidieron. La joven le pidió a Darnay que la llevara a la estación. El anticuario se mostró desilusionado ante su decisión de marcharse, e intentó convencerla de que se quedara. Skye le explicó que deseaba regresar cuanto antes a París, pero prometió que no tardaría en volver para quedarse unos días.

—Si ese es tu deseo, debo respetarlo —dijo Darnay—. ¿Verás al señor Austin?

—Eso espero. Hemos quedado para cenar. ¿Por qué lo preguntas?

—Temo que puedas estar en peligro y me sentiría más tranquilo si sé que él está cerca para protegerte.

—Sé cuidar de mí misma, Charles. —Lo besó en las mejillas—. Pero si eso te tranquiliza, llamaré a Kurt a su móvil.

—Me sentiré mejor. Por favor, llámame en cuanto llegues a casa.

—Te preocupas demasiado. De acuerdo, te llamaré.

Fiel a su palabra, llamó a Austin desde el tren de alta velocidad. El recepcionista del hotel le informó que Austin le había dejado un mensaje. «Dijo que debía ocuparse

de un asunto muy urgente y que se pondría en contacto con usted».

Se preguntó qué podía ser tan urgente como para salir a la carrera, pero por lo que había visto, Austin era un hombre de acción, y no le pareció extraño. Estaba segura de que la llamaría. El viaje desde Aix duró poco menos de tres horas. Ya había anochecido cuando el tren llegó a París. Tomó un taxi para ir a su apartamento.

Acababa de pagar el viaje y caminaba hacia la puerta de su edificio cuando escuchó a su espalda una voz muy sonora que preguntaba en un francés macarrónico:

—Perdón. ¿Habla usted mi idioma?

Skye se volvió. A la luz de la farola vio a un hombre alto y de mediana edad. La mujer que lo acompañaba tenía en la mano una guía Michelin.

Turistas. Probablemente norteamericanos, a juzgar por el atroz acento.

—Sí, habló inglés. ¿Se han perdido?

El hombre sonrió con una expresión compungida.

—Es mi sino.

—Mi marido detesta preguntar incluso cuando estamos en casa —afirmó la mujer—. Queremos ir al Louvre.

Skye intentó no sonreír, mientras se preguntaba por qué alguien querría ir al Louvre de noche.

—Está en la margen derecha. Desde aquí está bastante lejos. Pero estamos cerca del metro que los llevará hasta allí.

Les explicaré cómo ir.

—Tenemos un plano en el coche —dijo la mujer—. Nos podría indicar las calles.

París no era precisamente el lugar más aconsejable para unos conductores que desconocieran la ciudad. Lo siguió hasta el coche, aparcado un poco más allá. La mujer abrió la puerta trasera, se agachó para entrar y luego asomó la cabeza.

—Está en el otro lado. ¿Le importaría cogerlo, querida?

Mi espalda...

—Por supuesto.

Skye sujetó la bolsa donde llevaba el casco con la mano izquierda y metió medio cuerpo en el interior. No vio ningún plano en el asiento. Entonces sintió un pinchazo en la nalga derecha, como si le hubiese picado una abeja. En un acto reflejo acercó la mano al lugar del pinchazo, y entonces se dio cuenta de que la pareja la miraba fijamente. Luego, le pareció que los rostros comenzaban a deformarse.

—¿Está usted bien, querida? —preguntó la mujer.

—Yo... —balbuceó Skye, y se olvidó del resto de la frase.

—¿Por qué no se sienta un momento? —dijo el hombre al tiempo que la empujaba suave pero firmemente al interior del coche.

Skye no tuvo fuerzas para resistirse cuando él le quitó la bolsa con el casco. La mujer se sentó a su lado y cerró la puerta. Apenas si se dio cuenta de que el hombre se había sentado al volante y que el coche se ponía en marcha. Miró a través de la ventanilla pero solo vio unas imágenes borrosas.

Luego una cortina negra cayó sobre sus ojos.

Paul Trout era la viva imagen del científico diligente mientras comprobaba el gráfico en la pantalla del espectrómetro y anotaba las observaciones en una libreta. Era la tercera vez que analizaba la misma muestra del mineral extraído de la Ciudad Perdida y las notas que tomaba no tenían nada que ver con lo que aparecía en la pantalla. A partir de sus conversaciones con MacLean como una referencia, dibujaba un mapa de la isla.

El laboratorio no parecía gran cosa desde el exterior. Ocupaba tres barracones que habían servido como alojamiento de las tripulaciones de la vieja base de submarinos británica que había funcionado en la isla durante la Segunda Guerra Mundial. Habían unido dos de los barracones semicilíndricos contruidos con chapas de cinc, y el tercero estaba colocado perpendicularmente en el medio de forma tal que el laboratorio tenía la forma de una T. Los recipientes para las bacterias ocupaban un barracón entero y en el resto del espacio estaba el instrumental científico.

Los exteriores de los barracones pintados de color verde oliva se veían herrumbrados y ofrecían un aspecto de abandono, pero en el interior había calefacción y estaban bien iluminados. El instrumental era de última generación y no tenía nada que envidiar a los laboratorios más modernos de la NUMA. La única diferencia era la presencia de los centinelas provistos con armas automáticas, que montaban guardia junto a las puertas.

MacLean había tenido la oportunidad de ver la isla a vista de pájaro cuando lo habían traído en avión. Había visto que la isla tenía la forma de una taza. Toda la costa era de acantilados, excepto en un lugar donde había una bahía ahusada. Entre el agua y los acantilados, donde anidaban miles de aves marinas, había una playa curva de unos ochocientos metros de ancho.

La entrada de la caverna donde amarraba el submarino estaba a un lado de la boca de la bahía. Había un camino en lo alto de los acantilados que iba desde la entrada hasta los barracones de la tripulación. El camino pasaba junto al edificio de una iglesia abandonada y las ruinas de un pueblo de pescadores, y luego se unía a otro que llevaba tierra adentro, por un paso angosto, y después bajaba hacia el centro de la isla, que era la caldera de un viejo volcán.

A diferencia del frente pétreo que lo protegía del mar, el interior era una llanura salpicada por bosquecillos de pinos y robles achaparrados. El camino acababa en la antigua base naval que ahora albergaba el laboratorio dirigido por Strega.

MacLean se acercó a la mesa donde trabajaba Strout.

—Lamento interrumpirle —dijo—. ¿Qué tal va el análisis?

Paul golpeó la libreta con el bolígrafo.

—Estoy entre la espada y la pared, Mac.

El químico se inclinó sobre el hombro de Paul como si estuviese leyendo las anotaciones.

—Acabo de estar con Strega —le informó en voz baja—. Al parecer el ensayo de la fórmula ha sido todo un éxito.

—Quizá debería felicitarlo, pero no me alegra. Eso significa que ya hemos dejado de serles útiles. ¿Cómo es que aún estamos vivos?

—Strega es un asesino despiadado, pero es un organizador muy meticuloso. Se ocupará primero de todos los detalles del cese de las operaciones en la isla, para después tener tiempo de divertirse a placer. Supongo que será mañana cuando nos lleve de excursión y nos haga cavar nuestras propias tumbas.

—Eso nos da toda la noche. —Le dio la libreta a MacLean—. ¿Cree que concuerda con sus observaciones de la topografía de la isla?

MacLean miró el mapa con mucha atención.

—Tiene usted una admirable capacidad para la cartografía. Es correcto hasta el último detalle. ¿Qué se propone?

—Creo que debemos seguir un plan que sea lo más sencillo posible. Atravesar el paso, que es la única salida, y llegar a la bahía. Dijo que había un muelle.

—No estoy muy seguro. Llegamos al anochecer.

—Es una suposición razonable. Asumiremos que donde hay un muelle hay una embarcación. Nos apoderaremos de la embarcación. Una vez en el mar, averiguaremos dónde estamos.

—¿Qué hay de las contingencias si algo sale mal?

—No hay contingencias. Si algo sale mal, estamos muertos. Pero creo que vale la pena intentarlo si consideramos la alternativa.

MacLean miró el rostro de Paul. Detrás de las facciones académicas se apreciaban una fuerza y coraje inconfundibles.

Sonrió.

—La simplicidad me gusta. Es la ejecución lo que me preocupa.

—Preferiría que no utilizara la palabra «ejecución».

—Perdón por dejarme llevar por el pesimismo. Estas personas me han comido la moral. No escatimaré esfuerzos.

Paul se hincó en la silla sumido en sus pensamientos y miró hacia el otro extremo de la sala donde Gamay y Sandy estaban sentadas juntas, muy ocupadas en el estudio de muestras recogidas en las chimeneas. Después miró a los demás científicos, inmersos en sus tareas, sin tener la menor idea de que acababan de condenarlos a muerte. MacLean miró en la misma dirección.

—¿Qué haremos con todos ellos?

—¿Es posible que Strega tenga a algún infiltrado para vigilarnos?

—Hablé con todos y cada uno de ellos. Temen por sus vidas tanto como nosotros.

La expresión de Trout se endureció mientras consideraba con todo realismo las complejidades de una fuga y las probabilidades de que las cosas pudieran salir mal.

—Ya será bastante arriesgado con nosotros cuatro. Un grupo numeroso atraería más la atención. Nuestra única esperanza es salir del complejo sanos y salvos. Si conseguimos hacernos con una embarcación, tendrá un buscador de posición y una radio. Podremos pedir ayuda.

—¿Qué pasará si no podemos?

—Recuerde que estamos todos en un barco que se hunde.

—Muy bien. ¿Cómo se propone eludir a los centinelas que vigilan la cerca electrificada?

—Ya lo he pensado. Tendremos que crear una distracción.

—Tendrá que ser muy grande. Los hombres de Strega son asesinos profesionales.

—Quizá estén demasiado ocupados en el intento de salvar el pellejo.

El rostro de MacLean cambió de color cuando Paul le explicó su plan.

—Dios mío. Las cosas podrían descontrolarse totalmente.

—Eso es lo que espero que ocurra. Si no conseguimos hacernos con un medio de transporte, tendremos que caminar, y eso significa que necesitaremos cualquier ventaja que podamos conseguir.

—Mire, pero uno de los guardias nos observa —dijo MacLean—. Voy a montar un pequeño escándalo como si estuviese furioso. No se preocupe.

—Usted mismo.

MacLean señaló el espectrómetro y frunció el entrecejo.

Cogió la libreta, la agitó en el aire, la arrojó sobre la mesa, gritó unas cuantas maldiciones y después se alejó. Paul se levantó de un salto para mirar con una expresión de furia al químico que se alejaba. El guardia se echó a reír ante el espectáculo, sacó un paquete de cigarrillos y salió del laboratorio para fumar.

Trout fue hacia donde estaban Gamay y Sandy para comunicarles la buena noticia.

Austin entró en el ruidoso bar llamado Bloody Sea Serpent y cruzó el local lleno de humo hasta una mesa en un rincón, donde Zavala conversaba con un viejo desdentado que parecía la versión escocesa del viejo lobo de mar. Zavala vio entrar a su amigo y le estrechó la mano al viejo, que se levantó para ir a sumarse a la multitud junto a la barra. Austin se sentó en la silla que había desocupado el viejo.

—Me alegra ver que haces amigos.

—No es fácil para un chico de padres mexicanos como yo. Tienen un acento espeso como el chili, y como si no fuese ya lo bastante duro, no hay una gota de tequila en todo el pueblo. —Levantó la jarra de cerveza para enfatizar lo lamentable de toda la situación.

—Penoso —dijo Austin, sin una pizca de solidaridad.

Llamó a la camarera, que se apresuró a servirle una jarra de cerveza negra.

—¿Qué tal ha ido tu misión? —preguntó Zavala.

Austin metió la mano en el bolsillo de la cazadora, sacó un llavero y lo dejó sobre la mesa.

—Aquí tienes la llave de la más reciente adquisición de la flota ultramoderna de la NUMA.

—¿Has tenido algún problema?

Austin negó con la cabeza.

—Recorrí el muelle de pescadores y me decidí por el barco con peor aspecto que pude encontrar. Luego le hice al propietario una oferta imposible de rechazar.

—¿No sospechó nada?

—Le dije que era un productor de televisión norteamericano que estaba haciendo un programa sobre el misterio de *Outcasts* y que necesitamos el barco inmediatamente. En cuanto le mostré el dinero, podría haberle dicho que era de Marte, que le hubiese dado lo mismo. Podrá comprarse un barco nuevo. Firmamos un recibo para que fuera legal. Le pedí que guardara silencio a cambio de que apareciera en el programa.

—¿Tenía alguna teoría sobre la desaparición de los participantes y los técnicos?

—Docenas. La mayoría rumores. Dijo que la policía había rastreado toda la isla pero que no habían soltado prenda.

En el muelle se comenta que los investigadores encontraron rastros de sangre y restos humanos. En general nadie parece estar muy preocupado por lo sucedido. Se dice que todo fue un truco publicitario y que todos aparecerán en alguna isla tropical para un nuevo programa. Creen que la superviviente es una actriz contratada por un buen dinero para que contara la historia de los caníbales de ojos rojos. ¿Qué me dices de tus fuentes?

—El tipo que estaba conmigo me contó más o menos lo mismo. Lleva aquí desde que inventaron los tartanes, conoce a todo el mundo, y lo sabe todo. Le dije que era aficionado al buceo y lo invité a un par de cervezas.

—¿Tu amigo mencionó alguna relación entre el incidente y la isla?

—Dijo que al principio hubo algunos comentarios, pero que la gente se despreocupó cuando comenzó a circular el rumor de que era un truco publicitario.

—¿A qué distancia está la isla del lugar donde filmaban el programa?

—A unas cinco millas. Los lugareños creen que es una operación semioficial y que todavía es propiedad del gobierno —respondió Zavala—. Dada la historia del lugar, tampoco es algo descabellado. Los pescadores evitan la zona. Aparecen lanchas armadas antes de que a nadie se le ocurra acercarse. Algunos juran que han sido perseguidos por minisubmarinos.

—Eso encajaría con lo que sabemos por las fotos del satélite —opinó Austin—. Seguramente se encontraron con el VAS.

Se abrió la puerta del bar y entró el pescador que le había vendido el barco a Austin. Ante la posibilidad de que el hombre invitara a todos los presentes a una copa, y verse involucrado en una fiesta y las inevitables preguntas que se harían, Austin se acabó la cerveza y le dijo a Zavala que hiciera lo mismo. Salieron por la puerta trasera y pasaron por la pensión para recoger las maletas. Minutos más tarde, caminaban por una callejuela adoquinada que los llevó hasta el puerto envuelto en la bruma.

Austin encabezó la marcha por el muelle y se detuvo delante de un barco de unos ocho metros de eslora. El casco de madera en tejadillo tenía una proa curva ideal para la mala mar. En la cubierta solo había una pequeña timonera a proa.

A pesar de la niebla, vieron que el casco se aguantaba entero gracias a las numerosas manos de pintura.

—Es lo que los pescadores locales llaman una «nasa». El hombre me dijo que lo construyeron en el 71.

—¿En 1871 o 1971? —preguntó Zavala con un tono burlón—. No me quiero imaginar la cara de Pitt cuando reciba la factura por este pequeño yate de lujo.

—Tal como es Pitt, creo que lo entenderá —afirmó Austin.

Zavala leyó el nombre pintado en la popa.

—¿*Spooter*?

—Es el nombre local de las navajas. Creen que tienen propiedades afrodisíacas.

—¿Qué me dices? Supongo que debe de ser lo mismo que el cuerno de rinoceronte.

Subieron a bordo, y Zavala se encargó de inspeccionar la cubierta mientras Austin asomaba la cabeza al interior de la timonera que tenía las dimensiones de dos cabinas de teléfonos. Apestaba a tabaco rancio y gasóleo. Cuando Austin volvió, Zavala daba taconazos en la cubierta.

—Parece bastante sólida.

—Esta vieja carraca es más marinera de lo que parece.

Veamos si hay una carta.

Austin buscó en la timonera y encontró una carta con manchas de grasa. La isla estaba a diez millas. Señaló la bahía y le explicó el plan a su compañero.

—¿Qué te parece?

—Una solución sencilla para un reto muy complicado.

Creo que funcionará. ¿Cuándo zarpamos?

—Ahora mismo. Convencí al vendedor para que llenara el tanque de combustible.

Entró en la timonera. Pusieron el motor en marcha, guardaron los equipos y fijaron el rumbo. El barco era viejo, pero el equipo era bastante nuevo y les permitiría navegar por aguas desconocidas a pesar de la niebla.

Zavala se encargó de soltar las amarras. Austin se hizo cargo del timón y puso rumbo a la salida del puerto. El motor resoplaba y gemía como si estuviese en las últimas, pero el *Spooter* dejó atrás el puerto sin problemas y comenzó su viaje hacia la isla misteriosa.

Para ser un hombre que casi medía dos metros diez de estatura, Paul se movía con un sigilo sorprendente. Solo el ojo más alerta le hubiese visto escabullirse del recinto de los prisioneros poco después de la medianoche. Corrió de sombra en sombra, siempre apartado de la luz de los focos.

Su exceso de precaución resultó ser innecesario. No había ningún centinela de ronda por la zona y las torres de vigilancia estaban vacías. Unas voces aguardentosas y la música a todo volumen llegaban desde el barracón donde los guardias estaban celebrando una fiesta. Trout se dijo que seguramente festejaban el final de su misión en esta isla solitaria.

El ruido disminuyó a medida que Paul se alejaba al trote por el camino de tierra. A la vista de que no era necesario ocultarse, cubrió la distancia sin demora. Supo que se acercaba a su meta cuando olió el terrible hedor. Titubeó por un momento al pensar en lo que se disponía a hacer, pero después apretó las mandíbulas y continuó su marcha hacia la cámara de los horrores que el coronel Strega llamaba burlonamente «el zoológico».

Paul acortó el paso cuando entró en la zona iluminada alrededor del edificio de cemento y se dirigió directamente hacia la puerta. Alumbró con la linterna el marco de la puerta sin ver ningún cable de conexión a una alarma. Se dijo que a nadie se le había ocurrido que alguien quisiera entrar en el edificio, aunque era precisamente lo que él haría.

Las puertas de acero podían aguantar la embestida de un ariete, pero solo estaban cerradas con un vulgar candado.

Con un martillo y un formón que había cogido del laboratorio, donde las herramientas se empleaban para romper las muestras de roca, rompió el candado en un santiamén. Miró en derredor, casi con el deseo de que alguien lo detuviera, abrió las puertas y entró en el edificio.

El hedor lo golpeó como un bate de béisbol y tuvo que hacer un esfuerzo para contener las náuseas. El gran recinto estaba en penumbras, iluminado por unas pocas lámparas de baja potencia. Su ruidosa entrada seguramente había alertado a los ocupantes del zoológico porque escuchó unos movimientos en la oscuridad de las jaulas. Los ojos, que brillaban como ascuas, seguían todos sus movimientos. Paul se sentía como una almeja puesta a asar sobre piedras calientes.

Alumbró la pared con la linterna hasta dar con el interruptor. En el momento en que encendió las luces, un coro de gruñidos resonó en el recinto y las criaturas se retiraron al fondo de las jaulas. Después, al comprobar que Trout no era una amenaza, se acercaron de nuevo y apretaron sus rostros de pesadilla contra los barrotes.

Paul tuvo la sensación de que aquellos seres lo observaban con algo más que

hambre. Sentían curiosidad, y los gruñidos y murmullos eran una forma de comunicación. Se recordó a sí mismo que habían realizado una incursión asesina en una isla cercana y que sería un error considerar a estas criaturas como simples animales. Habían sido una vez humanos, y podían pensar.

Intentó no hacer caso de las miradas y continuó con la búsqueda. Encontró lo que buscaba en un cuadro de mandos donde había una hilera de interruptores marcados con unos números que correspondían con los pintados encima de cada jaula. Los números iban acompañados por las letras alfa o beta. Vaciló durante unos segundos, asustado por las fuerzas demoníacas que estaba a punto de liberar. Ahora o nunca, pensó. A modo de prueba apretó el interruptor del sector alfa. Se escuchó el zumbido de un motor, seguido por un sonoro chasquido metálico y la puerta de una de las jaulas se deslizó por las guías hasta abrirse del todo. La criatura corrió a refugiarse en el fondo de la jaula, para después adelantarse poco a poco aunque se detuvo al llegar a la puerta abierta como si sospechara una trampa.

Paul se apresuró a apretar todos los demás interruptores.

Las puertas se abrieron una tras otra. Sin embargo, ninguno de los mutantes se atrevió a salir. Continuaron comunicándose entre ellos con gruñidos y gestos. El hombre de la NUMA no esperó a ver los resultados de la discusión. Después de soltar a los demonios, corrió hacia la puerta.

MacLean esperaba con Gamay y Sandy en un bosquecillo a unos cien metros de la entrada del recinto. Paul les había dicho que salieran de las viviendas en cuanto él se pusiera en marcha y permanecieran ocultos entre los árboles hasta su regreso.

El químico había escuchado los ruidos de la juerga en el barracón, pero así y todo estaba intranquilo, porque conocía mucho mejor que Trout a los asesinos de Strega. Sus peores temores se vieron confirmados cuando escuchó unas pisadas.

Alguien corría en su dirección. Forzó la mirada en un intento de ver si había llegado el momento de correr o luchar. Entonces alguien pronunció su nombre. Era Paul. Gamay se apresuró a salir de entre los árboles y abrazó a su marido.

—No sabes lo mucho que me alegra verte —dijo la muchacha.

—Por todos los diablos —protestó Mac—. Creía que le había pasado algo.

—Fue más sencillo de lo que esperaba —manifestó Paul, entre jadeos.

Se puso alerta al ver que una figura salía del bosquecillo, luego otra, hasta que los otros seis científicos lo rodearon.

—Lo siento —se disculpó MacLean—. No podía dejarlos.

—Fue idea mía —declaró Gamay.

—No te preocupes. Ya había decidido ir a buscarlos. ¿Están todos?

—Sí —respondió uno de los científicos—. Nadie nos vio. ¿Qué hacemos ahora?

—Esperaremos —dijo Paul.

Entró en el bosquecillo y se colocó detrás de un roble desde donde veía la entrada

principal. Dos guardias estaban sentados delante de la garita. Se reunió de nuevo con los demás y les rogó que tuvieran paciencia.

Era consciente de que estaba corriendo un riesgo calculado al liberar a las criaturas de sus jaulas. Al verse libres, quizá decidieran escapar hacia las colinas. Él esperaba que sus deseos de escapar se vieran controlados por otra emoción muy humana, el ansia de vengarse de aquellos que los habían torturado.

Fue a espiar de nuevo lo que pasaba en la entrada principal. Los guardias fumaban y bebían. Ya que no podían participar en la juerga montada por sus compañeros, al menos intentaban pasárselo lo mejor posible. Se apartó del roble y caminó entre los árboles hasta el lugar desde donde veía sin impedimentos el edificio de los mutantes.

En la prisa por salir, había dejado entreabiertas las puertas. Un rayo de luz escapaba por la grieta. Vio unas siluetas oscuras que comenzaban a salir del edificio. Se detuvieron por un momento y luego avanzaron hacia el barracón de los guardias como una patrulla de combate. Siguió el avance hasta que desaparecieron en la oscuridad.

Por el sonido de las risotadas y la música, la juerga estaba en su apogeo, y por un momento Paul creyó que se había equivocado. Después, repentinamente, cesaron las risas. A continuación, escuchó unos gritos, un par de disparos, y por último alaridos de terror.

Paul solo podía imaginarse el baño de sangre que se estaba produciendo en el barracón, y no pudo evitar un sentimiento de compasión por los guardias. Pero se recordó a sí mismo que no eran más que un grupo de asesinos preparados para matarlos en cuanto Strega les diera la orden.

Los centinelas en la puerta habían escuchado los sonidos que llegaban del barracón. Parecían estar discutiendo qué debían hacer. Se interrumpieron al ver que unos faros se acercaban a la garita. Empuñaron sus armas automáticas y apuntaron al vehículo que se acercaba a gran velocidad en una trayectoria errática. El conductor no levantaba la mano de la bocina.

El coche entró en la zona iluminada cerca de la entrada y Trout vio que era el descapotable de Strega. Los asientos estaban tapados por una masa de cuerpos que se retorcían. Había más criaturas sobre el capó, cogidas al marco del parabrisas, y otras colgadas de las puertas. El conductor intentaba con los brutales volantazos que los mutantes se cayeran.

Los guardias abrieron fuego contra el vehículo. Dos de las criaturas cayeron del capó y rodaron por el suelo, con unos terribles aullidos de agonía, pero las demás siguieron aferrados. El coche hizo un trompo, totalmente fuera de control, y se estrelló de lleno contra la garita. La violencia del impacto consiguió que se soltaran los mutantes, y se abrió la puerta del conductor. El coronel Strega se apeó del coche, pistola en mano. Su impecable uniforme era ahora un montón de harapos sucios de sangre. Tenía múltiples heridas en la cabeza y el cuerpo.

Dio unos pocos pasos tambaleantes y disparó un tiro que por azar mató a uno de los atacantes, pero antes de que pudiera apretar el gatillo de nuevo las criaturas lo tiraron al suelo.

Paul vio cómo agitaba las piernas y los brazos debajo de los cuerpos que lo aplastaban y luego se quedó inmóvil. Los mutantes se llevaron lo que quedaba de su cuerpo a las sombras.

Por su parte, los guardias optaron por la retirada. Dispararon un par de ráfagas que acabaron con la vida de una de las criaturas e hirieron a un puñado, y luego echaron a correr perseguidos por la jauría de demonios de ojos rojos.

Paul llamó a Gamay y los demás y los guio entre los cuerpos agonizantes hasta el Mercedes. Se sentó al volante y puso la marcha atrás, pero el vehículo estaba enganchado en los restos de la garita. Con la ayuda de todos, y después de muchos esfuerzos, consiguieron desengancharlo y se montaron todos en el descapotable.

Trout pisó el acelerador a fondo. El coche salió disparado atravesó la verja como si fuese papel de fumar y encaró la carretera que los llevaría al mar, y si todo salía tal como esperaba Paul, a la libertad.

La más reciente incorporación a la flota de la NUMA comenzó a hacer agua a los pocos minutos de salir de la bahía. La transición del mar casi plano del puerto a otro con olas de sesenta centímetros no se podía considerar como un cambio excesivo, pero fue suficiente para abrir unas cuantas vías en el viejo casco. Austin, que estaba al timón, advirtió que la rueda respondía con lentitud y que el barco avanzaba pesadamente.

Apretó el interruptor de la bomba de achique, pero el motor no arrancó.

—Le hubiese venido mejor que lo bautizaran *Váter atascado* —afirmó Austin.

—Iré a echar una ojeada —dijo Zavala. En el corazón de todo gran ingeniero hay un mecánico, y Zavala no era la excepción. Se sentía inmensamente feliz cuando podía ensuciarse las manos de grasa. Se deslizó por la escotilla de proa bajo cubierta, y al cabo de un par de minutos le gritó a Austin—: ¡Prueba de nuevo! —La bomba arrancó con un sonido asmático. Cuando Zavala regresó a la timonera, parecía una varilla de medir el aceite, pero en su rostro manchado de grasa brillaba una sonrisa—. Recomendación 101 del manual del buen mecánico: cuando todo lo demás falla, busca un cable suelto.

La reparación no podía haber sido más a tiempo. El barco escoraba como si hubiese pinchado un neumático. Pero la bomba de achique trabajó heroicamente para mantenerse por delante de la entrada del agua, y en cuestión de minutos, el *Spooter* había recuperado más o menos la posición vertical, y mantenía el rumbo.

Para entonces, Austin había descubierto que cuando el *Spooter* no se hundía se pilotaba muy bien. Lo habían construido para las aguas locales y la airosa proa curva surcaba el mar con la misma facilidad que una barca en un estanque.

Con el viento de popa, y el motor funcionando sin mayores sobresaltos, navegaron a buen ritmo.

Austin echó una ojeada a la pantalla del radar y vio que estaban en el rumbo correcto. Miró a través de la ventana de la timonera rociada de espuma pero la visibilidad era nula.

Zavala lo relevó al timón, y Austin salió de la timonera. El viento frío y húmedo le azotó el rostro. Intuyó más que ver la masa negra que se alzaba del mar aún más oscuro. Se apresuró a volver al calor de la timonera.

—La isla tiene que estar enfrente.

El barco continuó navegando a través de la noche, y no había pasado mucho cuando la presencia que había intuido Austin comenzó a tomar forma. La silueta de la isla era claramente visible contra el telón del cielo. Austin giró la rueda del timón para desviarse ligeramente a estribor. Lo más probable era que hubieran detectado la presencia del barco y querían crear la impresión de que el *Spooter* se disponía a

rodear la isla.

Los ojos y oídos electrónicos del VAS serían menos fáciles de engañar con una finta, pero no sería imposible. Austin había estudiado las fotografías del satélite tomadas a diferentes horas y había calculado los recorridos del sumergible, consciente de que había una serie de factores naturales y humanos desconocidos. Sabía que el VAS debía regresar a la base periódicamente para recargar las baterías. Consultó su reloj. Ahora el VAS debía de estar en el lado opuesto de la isla. El plan era colarse por debajo del barrido del radar. Se desvió para acercarse el máximo posible a los acantilados, y rogó para sus adentros no haberse equivocado en los cálculos.

El centro de mando encargado de proteger la seguridad de la isla de la presencia de curiosos estaba ubicado en un edificio de una sola planta en la entrada de la bahía. La mitad del edificio lo ocupaban los equipos electrónicos de vigilancia, y la otra mitad servía de alojamiento para los doce hombres que atendían el centro.

El contingente estaba dividido en tres equipos de cuatro hombres que hacían turnos de ocho horas. Durante el día, tres guardias recorrían el perímetro de la isla en una lancha, y el cuarto permanecía en el centro de mando.

La rutina cambiaba durante la noche. La lancha patrullera se quedaba amarrada en el muelle debido al peligro que representaba navegar en la oscuridad entre los numerosos escollos cercanos a la costa. Así y todo, la lancha estaba a punto para zarpar si el VAS o el radar captaban la presencia de intrusos.

La tripulación nocturna se ocupaba de recargar las baterías del VAS con un generador instalado a bordo. El operador de radar había visto el eco en la pantalla mucho antes de que el barco se acercara a la isla y lo había vigilado cuando cambió de rumbo para acercarse.

El operador era un mercenario alemán llamado Max. Sabía por experiencia que los barcos pesqueros pocas veces salían durante la noche, pero se relajó cuando la embarcación dejó atrás la isla. Encendió un cigarrillo y hojeó una muy manoseada revista de mujeres desnudas durante unos minutos, antes de mirar de nuevo la pantalla. Estaba en blanco. Maldijo por lo bajo, aplastó el cigarrillo en el cenicero, y se inclinó hacia delante, con la nariz casi contra la pantalla. Incluso golpeó el cristal con los nudillos para ver si se arreglaba.

Siguió sin ver el objetivo. El barco debía de haber entrado en el punto ciego del radar a lo largo de la base de los acantilados mientras él se entretenía en el estudio de la anatomía femenina. Era un incordio, pero no una catástrofe. Disponía del VAS. Se volvió hacia otro monitor que controlaba al sumergible. Durante las rondas, el vehículo descargaba la información en los transmisores flotantes que rodeaban la isla. La información era retransmitida al centro de mando, donde se sabía dónde estaba exactamente en cada momento de su ruta.

El VAS tenía una eslora de cuatro metros, era plano y ancho, con una silueta que era la combinación de una manta con un tiburón, y tenía una gran aleta dorsal. Uno

de los guardias había comentado que el perfil amenazador le recordaba a su antigua suegra, que se llama Gertrude, y el nombre había cuajado. El *Gertrude* navegaba a poco más de un metro por debajo de la superficie, y los sonares tenían un alcance lateral de cuarenta metros. Las cámaras de televisión transmitían las imágenes del fondo.

También se podían transmitir órdenes al VAS. Esto representaba una gran ventaja al permitir que el sumergible sirviera para la vigilancia y como arma ofensiva. Llevaba cuatro minitorpedos, cada uno con la potencia suficiente para hundir a un destructor.

Max ordenó a *Gertrude* que se dirigiera a máxima velocidad al lugar donde había visto al barco por última vez. Después apretó el botón del intercomunicador.

—Lamento interrumpir la partida, muchachos —dijo delante del micrófono—. Tenemos a un barco dentro de la zona de seguridad.

La tripulación estaban jugando al póquer en la sala de descanso cuando sonó en el intercomunicador colgado en la pared el aviso de la presencia de un intruso. Dos de los hombres eran antiguos legionarios franceses y el otro un mercenario sudafricano. Este último arrojó sus cartas sobre la mesa y se acercó al intercomunicador.

—¿Dónde está el objetivo?

—Entró en el perímetro de seguridad por el norte, y luego se coló por el punto ciego del radar. He enviado al *Gertrude* para que eche una ojeada.

—¡Vamos allá! —exclamó el mercenario—. ¡Esta noche no estoy de racha!

Los tres hombres se pusieron las chaquetas y las botas y recogieron sus fusiles de asalto FA MAS. Un par de minutos más tarde fueron al trote hasta el final del muelle envuelto por la bruma y subieron a una embarcación neumática con quilla rígida de diez metros de eslora. Los motores diésel arrancaron un rugido. Los tripulantes soltaron las amarras, y la propulsión a chorro hizo que en cuestión de minutos alcanzaran una velocidad cercana a los cuarenta nudos.

Estaban aún en la bahía cuando el encargado del centro de mando les informó que el objetivo había reaparecido en la pantalla del radar más allá de la boca de entrada. Guio a la lancha hacia el objetivo y vio cómo las dos señales se unían en la pantalla.

Dos de los guardias se colocaron en posición para disparar contra cualquier cosa que se moviera, y el timonel acercó la lancha para alumbrar todo el barco con los reflectores. El sudafricano bajó el arma y se echó a reír. Los demás lo imitaron.

—*Spooter* —leyó—. ¿Hemos interrumpido la partida por esto?

—No te quejes. Estabas a punto de perder hasta la camisa.

Otra vez sonaron las carcajadas.

—Lo mejor será abordar a ese trasto —dijo el timonel.

Los guardias eran antiguos militares bien entrenados que en ningún momento se permitían un descuido. Se acallaron las risas y entró en juego la experiencia. La lancha se acercó al pesquero y los dos hombres saltaron a bordo con las armas preparadas mientras el otro los cubría. Echaron un vistazo a la timonera desierta, y

abrieron la escotilla para mirar bajo cubierta.

—Nada —le gritó uno de los mercenarios al hombre que se había quedado en la lancha.

Se apoyó en la borda y encendió un cigarrillo.

—Yo en tu lugar no me demoraría demasiado —le advirtió su compañero.

—Caray —exclamó el otro—. ¿Desde cuándo eres rey?

El legionario sonrió mientras saltaba a la lancha.

—Tú mismo. No te mojes los pies.

El sudafricano se miró las botas. El agua salía por la escotilla de proa e inundaba la cubierta. El barco se hundía. Soltó un grito, cosa que provocó las carcajadas de los demás. El timonel apartó la lancha un par de metros, como si fuese a dejar al compañero librado a sus propios recursos, pero la acercó de nuevo cuando el sudafricano soltó una retahíla de maldiciones en afrikaner.

El hombre casi cayó de bruces sobre el fondo de la lancha en su prisa por ponerse a salvo. Luego se unió a los demás para ver cómo el agua cubría las bordas. Después solo quedó a la vista el mástil, que desapareció al cabo de unos pocos minutos y el único rastro del viejo pesquero fueron las burbujas en la superficie.

—Muy bien, cabrones, ya os habéis divertido —dijo el sudafricano—. Volvamos a la base y abramos otra botella.

El timonel comunicó el hundimiento del pesquero al centro de mando.

—No lo entiendo —manifestó Max—. Esa cosa seguía un curso recto cuando apareció en el radar.

—¿Has estado bebiendo?

—Claro que he estado bebiendo.

Los guardias del centro de mando también habían montado una fiesta cuando sus compañeros del complejo les habían avisado que se cerraba la base en la isla.

—Ahí tienes la explicación.

—Pero...

—Las corrientes son muy fuertes alrededor de la isla. Es probable que alguna lo arrastrara.

—Si tú lo dices.

—Compañero, ya no se puede hacer nada más. Se ha hundido. Regresamos a la base.

—Cuidado con el *Gertrude* —le advirtió Max—. Está en la zona.

No había acabado de decirlo cuando la enorme aleta apareció en el agua cerca de la lancha. Los hombres estaban habituados a su presencia, pero nunca se sentían a gusto cuando el VAS rondaba por la zona. Les ponía nervioso su capacidad destructiva y el hecho de que era prácticamente autónomo. El sumergible se detuvo a unos veinte metros. Estaba comparando el perfil sonoro de la lancha con la información contenida en la base de datos.

—Asegúrate de que no lleve montado el armamento.

—Lo enviaré a que haga unas cuantas pasadas.

—Hazlo. Nosotros nos vamos.

Rugieron los motores, la lancha hizo una vuelta cerrada y emprendió el regreso a puerto.

La aleta comenzó a trazar líneas paralelas en un patrón de búsqueda que recordaba los movimientos de un cortacésped.

El sonar captó el pesquero que ahora yacía en el fondo y transmitió las imágenes. El operador de radar observó la pantalla durante unos minutos antes de ordenar al VAS que volviera al recorrido normal.

En cuanto el VAS se alejó, dos figuras salieron de la timonera del barco hundido. Subieron a la superficie con fuertes y rítmicos movimientos de las aletas, para después nadar en dirección a la isla.

Trout había mantenido el acelerador pisado a fondo después de estrellar el Mercedes de Strega contra la verja del recinto.

MacLean, que compartía el asiento del pasajero con Gamay, no había dejado de mirar el velocímetro mientras el coche cruzaba el paso.

—¡Doctor Trout! —dijo con una voz tranquila pero firme—. Nos acercamos a una curva cerrada. Si no aminora la velocidad, tendremos que criar alas.

Gamay apoyó una mano en el brazo de su marido.

Paul miró al velocímetro. Iban a más de ciento treinta kilómetros por hora. Bombeó el freno y encendió los faros a tiempo para ver que la curva era más que cerrada, era en ángulo recto. A la derecha había un precipicio sin barrera.

Las ruedas mordieron el borde del acantilado, pero el Mercedes se mantuvo en el camino que bajaba gradualmente.

Paul soltó el aliento y relajó las manos agarrotadas en el volante.

—Gracias por el aviso, Mac.

El químico esbozó una sonrisa.

—No quería que nos detuvieran por exceso de velocidad —Paul miró por encima del hombro a la masa de cuerpos apretujados en el asiento trasero.

—¿Siguen todos a bordo? —preguntó.

—No iremos a ninguna parte a menos que nos despegues con una palanqueta —respondió Sandy.

Paul se permitió el lujo de una sonora carcajada. A pesar de su aparente calma, estaba tenso como la cuerda de un reloj.

La serenidad de MacLean lo devolvió a la normalidad. La adrenalina que circulaba por sus venas le había ayudado a escapar del recinto, pero si querían sobrevivir, necesitaba mantenerse sereno y pensar con claridad. El camino que los llevó al nivel del mar se acabó en una bifurcación. Detuvo el coche y señaló el camino de la izquierda.

—¿Es este el camino por donde vinimos?

—Así es —contestó MacLean—. El camino sigue el borde de la bahía hasta la cueva del submarino. Allí hay un puesto de vigilancia y el barracón de los guardias. El de la derecha nos conducirá al centro de mando y al muelle de la lancha patrullera.

—Veo que se ha ocupado de recordarlo todo.

—Usted no es el único que ha intentado averiguar cómo salir de esta condenada isla.

—Creo que la elección es clara. La lancha es nuestro único medio para salir de aquí.

—Estoy de acuerdo —manifestó Gamay—. Además, si vamos a remover un

avispero, cuantas menos avispas mejor.

Trout asintió. Puso en marcha el Mercedes y tomó el camino de la derecha. La carretera se extendía casi un kilómetro paralela a la playa de la bahía. Vio el resplandor de unas luces a lo lejos y se apartó del camino. Les dijo a los demás lo que se proponía y les recomendó que se bajaran a estirar las piernas sin alejarse demasiado del coche. Echó a andar. El olor del mar era muy fuerte y era fantástico estar fuera del recinto. No se hacía ilusiones. Su libertad era tan efímera como las olas que morían en la playa.

Vio que las luces salían de un edificio de una planta. Los postigones estaban cerrados. Dio un amplio rodeo para mantenerse alejado del edificio y siguió caminando hasta llegar al muelle de madera que apenas asomaba por encima de la superficie del agua. La lancha no estaba. Ni siquiera había un bote de remos. La fría brisa del mar no era nada comparada con el frío que sintió en la boca del estómago. Regresó rápidamente y se sentó al volante del Mercedes.

—La lancha no está —comunicó a los demás—. Podemos esperar a que vuelva, pero en cuanto salga el sol, estaremos perdidos. Propongo que vayamos a explorar la cueva del submarino.

—Es el último lugar donde nos buscarían —manifestó Gamay.

—Es el último lugar donde esperaría estar —replicó MacLean—. No somos precisamente lo que se llamaría un contingente de las fuerzas especiales.

—Solo había un centenar de defensores en El Álamo.

—Recuerdo mis clases de historia norteamericana, Paul. A los defensores los mataron a todos, y no me cite a los escoceses de Culloden. También acabaron muertos.

—Las situaciones desesperadas requieren medidas desesperadas —dijo Paul con una sonrisa.

—Eso es algo que comprendo muy bien. En cambio, no tengo claro qué piensa hacer.

—Intentaré subir a bordo del submarino y buscar una radio. Si eso no funciona, pensaré en alguna otra cosa.

—Estoy seguro de que lo hará. —MacLean miró a Paul como si fuese un interesante espécimen de laboratorio—. Es un hombre de muchos recursos para ser un geólogo marino.

—Es lo que procuro ser.

Paul condujo el coche por el camino junto a la bahía hasta que llegó a la iglesia abandonada. Aparcó detrás de las ruinas y dijo a los demás que no se movieran. Esta vez Gamay insistió en acompañarlo. Caminaron por un sendero que los llevó a la salida de la bahía.

Los focos alumbraban la zona alrededor de los barracones. La pareja se acercó hasta unos treinta metros de las construcciones y observaron el terreno. En el edificio más cercano al borde del acantilado había una plataforma de observación en voladizo

que daba acceso a una escalera.

—Veamos adonde nos lleva la escalera —dijo Paul.

—No creo que debamos preocuparnos por los guardias.

—Por lo que parece, se está celebrando una fiesta Klingon —comentó Gamay.

Los centinelas del submarino debían de haberse enterado, lo mismo que los hombres del recinto, que su cometido en la isla estaba a punto de acabarse y ahora lo festejaban por todo lo alto. Aparentemente, no sabían nada de la suerte corrida por sus camaradas en el laboratorio.

Gamay y Paul corrieron hasta la plataforma. Bajaron por la escalera pegada a la cara del acantilado hasta una angosta pasarela metálica que estaba a poco más de un metro por encima del agua, y entraron en la caverna por un pasillo que estaba señalado con unas luces a nivel del suelo.

El gigantesco submarino que los había secuestrado estaba amarrado un poco más allá. Había unas cuantas luces encendidas en la cubierta, así que no tuvieron problemas para encontrar la pasarela y caminar por la cubierta hasta la escotilla.

Paul levantó la tapa y metió la cabeza. Unas luces de poca potencia iluminaban el interior del sumergible.

Bajaron por la escalerilla y comenzaron a moverse por el interior sigilosamente. Paul, que iba en cabeza, miraba en todos los rincones, pero no encontró a nadie. En la sala de mando la única iluminación la suministraba el reflejo de los diales de los equipos. La radio ocupaba un pequeño espacio junto a la sala. Gamay se encargó de la vigilancia y Paul se sentó delante de la consola de comunicaciones, levantó el radioteléfono, marcó el número de la centralita de la NUMA y contuvo la respiración, a la espera de que todo funcionara correctamente.

—National Underwater and... Agency —dijo una amable voz femenina.

La comunicación era defectuosa, probablemente debido a las interferencias de las rocas.

—Por favor, con Rudi Gunn. Dígale que soy Paul Trout.

—Un... mento.

El momento le pareció un día. En su mente apareció la imagen del vestíbulo del edificio de la NUMA con su gran globo terráqueo en el centro. Luego escuchó la voz del subdirector de la NUMA. Se imaginó al menudo Gunn sentado en su enorme despacho, muy ocupado en aplicar su genio a la solución de algún complejo problema logístico.

—¿Trout? ¿Dónde... tú? Te hemos estado buscando... el mundo. ¿Estás bien?

—Sí, Rudi. Gamay está conmigo. No tengo mucho tiempo. Capturaron al *Alvin*. Estamos en una isla. Creo que está en aguas de Escocia o Escandinavia. Hay otros siete científicos que estaban prisioneros. Nos hicieron trabajar en un curioso experimento. Escapamos, pero quizá no por mucho tiempo.

—No te escucho muy bien pero entendido. ¿Puedes mantener... comunicación?

—Tenemos que regresar con los demás.

—Deja la comunicación abierta. Intentaremos... a través de la señal.

Paul no tuvo tiempo de responder al escuchar el murmullo de advertencia de Gamay. Alguien silbaba despreocupadamente una tonadilla. Dejó el micrófono en su lugar con mucho cuidado y apagó el radioteléfono. Luego Gamay y él se pusieron a gatas para ocultarse en el reducido espacio que quedaba debajo de la consola. El silbido sonaba cada vez más cercano. El guardia se detuvo para mirar a través del cristal de la puerta y aparentemente no vio nada extraño porque el silbido se alejó.

La pareja abandonó el escondite. Paul llamó de nuevo a Rudi y le informó que dejarían la radio conectada. Asomó la cabeza para echar una ojeada al pasillo, no vio a nadie así que regresaron por donde habían venido. Esta vez avanzaban todavía con más cautela, con los oídos alertas a cualquier sonido que delatara la presencia del guardia. Salieron a cubierta, bajaron la pasarela, trotaron por el muelle hasta la entrada de la cueva y subieron por la escalerilla que los llevaría a la carretera de acceso.

Llegaron a la iglesia y estaban cruzando el viejo cementerio cuando se encendieron unas luces. Más allá del resplandor, vieron unas siluetas que se levantaban de detrás de las lápidas como espectros. Después unas manos rudas sujetaron a Paul y Gamay y los captores los llevaron a la iglesia. Un guardia con aspecto de duro estaba delante del altar, con una sonrisa que no encajaba con la metralleta que sostenía a la altura de la cintura y que apuntaba al ombligo de Paul.

—Hola, compañero —dijo el hombre, con una rápida mirada a Gamay—. Este es el final del camino para usted y sus amigos.

La lechuza posada en una rama de un árbol achaparrado cerca de la costa estaba atenta a los movimientos de un roedor que se movía entre los hierbajos. El pájaro ya iba a lanzarse sobre la infortunada presa cuando sus ojos amarillos captaron un movimiento en la playa. Algo grande y brillante había salido de una ola y caminaba por la arena húmeda. La lechuza batió las alas y voló silenciosamente tierra adentro. El roedor continuó moviéndose por los hierbajos, sin darse cuenta de su buena fortuna.

Una segunda figura con la piel negra salió de las olas como una criatura primitiva que abandona el huevo. Austin y Zavala se quitaron las máscaras, abrieron las mochilas impermeables y sacaron las pistolas SIG-Sauer de calibre nueve milímetros que los desafortunados miembros del equipo SEAL habían dejado a bordo del barco de investigaciones científicas.

Al ver que estaban solos, se quitaron las botellas de aire comprimido y luego los trajes de buceo.

Se habían arrojado por la borda del *Spooter* cuando habían visto que se acercaba la lancha patrullera, no sin antes abrir los PETCOKS para hundir el pesquero. Habían esperado en el interior de la timonera a que el VAS hiciera su inspección del barco

hundido. En cuanto vieron que el sumergible se alejaba, subieron a la superficie y comenzaron a nadar hacia la costa. Las corrientes los habían desviado, pero Austin calculó que no podían estar muy lejos del lugar que había sido el punto de destino original.

Austin consultó su reloj. Disponían de seis horas hasta el amanecer. Le hizo un gesto a Zavala. Tardaron cinco minutos en salir de la playa y llegar a una carretera. Austin sacó un miniordenador de la mochila para ver la foto de la isla tomada desde el satélite.

—Si seguimos por aquí, llegaremos al complejo. Está a unos cuatro kilómetros, al otro lado de lo que parece un paso.

Sin decir nada más, se alejaron a paso rápido por la carretera a oscuras.

El hombre que apuntaba a Trout tenía cara de comadreja, todo dientes y sin labios.

—Los estábamos esperando —dijo el hombre con un acento australiano.

—¿Cómo averiguaron que estábamos aquí? —preguntó Paul.

—Es obvio que no advirtieron las cámaras de vigilancia que hay por toda la isla. —El guardia soltó una risotada—. Si los chicos no hubiesen estado tan borrachos, los hubiésemos visto mucho antes.

—Lamento haberles interrumpido la fiesta.

—A sus amigos no les gusta hablar —comentó el hombre—. ¿Dónde consiguieron el coche de Strega?

—El coronel no lo necesitaba, así que lo cogimos para ir a dar una vuelta.

El hombre hizo girar el arma y descargó un culatazo contra el estómago de Paul. Por un momento creyó que se le había parado el corazón. Cayó de rodillas, con las manos sobre el estómago. Cuando desaparecieron las náuseas, se levantó poco a poco. El guardia lo sujetó por la pechera del mono y se lo acercó. Apestaba a *whisky*.

—No me gustan los chistosos —dijo. Apartó a Paul de un empujón y apuntó a Gamay con la metralleta—. ¿Dónde consiguieron el coche?

—Strega está muerto —contestó Paul, con la voz entrecortada por el dolor.

—¡Muerto! —El guardia entrecerró los párpados—. ¿Cómo es que está muerto?

Paul sabía que el hombre no le creería incluso si le decía la verdad.

—Será mejor que se lo enseñe.

El guardia titubeó.

—¿Qué se propone? —preguntó, desconfiado.

Lo apuntó con el arma.

—Nada. Todo está de su parte.

El comentario halagó la vanidad del australiano, tal como creía Paul.

—En eso lleva toda la razón, compañero.

Él y los demás guardias llevaron a Paul y Gamay a la parte de atrás de la iglesia donde estaba aparcado el Mercedes. Sandy, MacLean y los otros científicos

permanecían agrupados cerca del vehículo, custodiados atentamente por dos hombres armados. Había una camioneta aparcada junto al descapotable. Le ordenaron a los prisioneros, incluida Gamay, que subieran a la caja de la camioneta. Algunos de los guardias fueron con ellos en el vehículo mientras otros dos se acomodaban en el asiento trasero del Mercedes. El australiano le indicó a Paul que se pusiera al volante, y él se sentó en el asiento del acompañante.

—Ya puede ponerse en marcha, y espero que su explicación resulte convincente.

—¿Por qué no nos dejan aquí y se van? —preguntó Paul—. El experimento ya ha concluido.

—Buen intento. Nos marchamos, y al día siguiente aparece alguien que los ve ondeando las camisas en la playa. En mi negocio es muy fácil que te pillen si te descuidas. Cierre el pico y conduzca.

Trout obedeció. Cuando llegaron al recinto, el australiano le ordenó que se detuviera. Quitó las llaves del contacto y se apeó del coche para echar una ojeada. Los otros guardias saltaron de la camioneta y miraron a la oscuridad con las armas preparadas.

El australiano se acercó a la verja arrancada de cuajo y a los restos de la garita. Reinaba un silencio siniestro. No se escuchaba el zumbido de los insectos o el canto de un pájaro nocturno. No había ninguna señal de la carnicería que había presenciado Paul. Recordó el terrible espectáculo organizado por Strega cuando soltó las ratas en las celdas y decidió que prefería no saber qué había pasado con los cadáveres. El hombre subió de nuevo al Mercedes.

—¿Qué demonios está pasando aquí?

—¿Tiene alguna idea sobre el trabajo que estábamos haciendo en el laboratorio?

—Sí. Guerra bacteriológica. Algo relacionado con las cosas que el submarino traía del fondo del mar. Nunca nos dejaron entrar en el recinto. Dijeron que podíamos pillar algo.

Paul se echó a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia? —Había un tono peligroso en la voz del australiano.

—Les mintieron. Trabajábamos con enzimas.

—¿De qué está hablando?

—¿Alguna vez oyó mencionar la piedra filosofal?

El hombre lo golpeó en las costillas con el cañón de la metralleta.

—Esta es mi filosofía.

Trout se aguantó el dolor. Necesitaba mantener la calma.

—Es una fórmula secreta para convertir cualquier material en oro.

—No existe tal cosa.

—¿Cree que las personas que los contrataron se hubiesen tomado tantas molestias si no existiera?

—De acuerdo, compañero, enséñenos el oro —contestó el guardia después de un breve titubeo.

—Los llevaré hasta el almacén donde lo tienen guardado.

Quizá entonces quiera reconsiderar mi propuesta de dejarnos aquí.

—Lo haré —dijo el australiano con una sonrisa.

Paul sabía que él y sus colegas científicos estaban condenados, incluso si hubiese podido darles a sus secuestradores todo el oro de Fort Knox. Ninguna otra razón lo hubiese convencido para regresar al zoológico. Puso el Mercedes en marcha y lo aparcó delante de la puerta abierta de par en par.

—Aquí estamos —anunció.

Bajaron del Mercedes. El australiano se hizo con las llaves del coche y les gritó a sus hombres que bajaran todos de la camioneta, excepto uno, que recibió la orden de disparar contra cualquiera que se rebelara. Luego le dijo a Paul que entrara primero.

—Demonios, ¿qué es esa peste? —preguntó uno de los guardias.

—Es el olor del oro —respondió el australiano con una sonora carcajada.

Paul caminó hacia la puerta como si estuviese en trance.

Era consciente de que se lo jugaba todo a una sola carta, pero le había parecido lógico suponer que las criaturas que habían estado prisioneras en el edificio regresarían tarde o temprano al lugar. Comprendió que había acertado cuando al entrar en la fétida oscuridad, escuchó el repugnante sonido de los huesos al quebrarse y vio los ojos rojos que brillaban en las tinieblas. Buscó a tientas el panel de los interruptores y encendió las luces.

Las criaturas estaban de nuevo en las celdas con las puertas abiertas. Habían estado devorando los restos del coronel Strega y sus sicarios. En cuanto se encendieron las luces, se retiraron al fondo de las jaulas. El australiano soltó un grito de asco y asombro. Cogió a Paul y lo empujó contra la pared.

—Usted y sus amigos morirán por esto.

Paul sujetó el cañón del arma e intentó arrebatarla, pero el guardia tenía la ventaja de tener la mano en el gatillo. Efectuó un disparo y el proyectil se incrustó en la pared a unos centímetros del cuello de Trout. Mientras ellos luchaban por la posesión del arma, las criaturas se acercaron, y en cuanto vieron los uniformes se lanzaron al ataque. Salieron de las jaulas como una aullante masa de garras y dientes.

El guardia consiguió hacer media docena de disparos antes de verse alcanzado por la horda rabiosa. Dos criaturas saltaron sobre la espalda del australiano, y lo tiraron al suelo.

Otra se lanzó contra Paul, pero se detuvo a medio camino y lo miró. En aquel fugaz instante, Trout hubiese jurado que había visto un atisbo de humanidad en el rostro del mutante. Cuando vio que Paul no vestía un uniforme, atacó al australiano.

Paul salió como un rayo del edificio y atropello al hombre que vigilaba a los prisioneros. Una de las criaturas que había seguido a Paul vio al guardia caído y lo mató con una feroz dentellada en el cuello.

Trout le gritó a Gamay que pusiera en marcha la camioneta. Él se sentó al volante del Mercedes y acercó la mano a la llave de contacto. No estaba. Entonces recordó

que el australiano se la había llevado. En aquel mismo momento, Gamay le gritó que faltaba la llave de la camioneta. Paul se apeó de un salto, cogió a Gamay y les dijo a todos que echaran a correr.

Por el súbito silencio en el zoológico, Paul comprendió que los guardias se habían convertido en la cena de los mutantes. Decidió que no quería estar presente a la hora del postre.

Austin y Zavala estaban a poco más de un kilómetro y medio del recinto cuando escucharon las pisadas en el camino. Se arrojaron cuerpo a tierra entre la maleza al borde de la carretera.

A medida que las pisadas se acercaban, también escucharon el murmullo de voces y unos jadeos que indicaban que algunas de aquellas personas no estaban en su mejor forma física. Luego, Austin escuchó una voz conocida que suplicaba:

—Vamos, vamos. Ya tendremos tiempo para descansar más tarde.

Trout se detuvo en seco al ver que dos figuras aparecían de pronto a la vera del camino.

—Estás muy lejos de la Ciudad Perdida —dijo Austin.

—¿Kurt y Joe? —preguntó Paul, con un tono de alegría—. Vaya, ya era hora de que os sumarais a la fiesta.

Gamay abrazó a sus colegas de la NUMA.

—Estos son mis amigos, Mac y Sandy —dijo Paul—. Ya os presentaré a los demás. ¿Tienes una embarcación?

—Hemos tenido que quemar nuestros puentes —contestó Austin—. Antes nos encontramos con una lancha patrullera. ¿Sabes dónde la tienen amarrada?

—Sé dónde podría estar. —Trout escuchó un momento y frunció el entrecejo—. Tenemos que salir de aquí.

Austin había escuchado el ruido, como un lejano aullido del viento.

—¿Qué es eso? —Escuchó de nuevo—. Suena como una jauría de lobos persiguiendo a un ciervo.

—Ojalá lo fuera —afirmó Paul—. ¿Vais armados?

Tenemos pistolas.

Los aullidos sonaron más cerca, Paul miró a lo largo de la carretera.

—Disparad contra cualquier cosa que se mueva, sobre todo si tiene los ojos rojos —dijo sin dar más explicaciones.

Austin y Zavala recordaron las criaturas que habían visto en las imágenes del vídeo y no pidieron detalles.

Paul cogió a Gamay de la mano y gritó a los demás que se pusieran en marcha; Austin y Zavala se encargaron de proteger la retaguardia.

El grupo caminó en silencio durante un cuarto de hora incitados por los aullidos que sonaban cada vez más cerca, hasta que vieron las luces en las ventanas del barracón de los tripulantes de la lancha. Los perseguidores se encontraban lo bastante cerca como para que se escucharan los aullidos individuales.

Seguramente los sonidos también se habían escuchado en el interior del barracón porque una pareja de guardias salió del edificio en el mismo momento en que los fugitivos pasaban por delante camino del muelle.

Los guardias vieron las siluetas gracias a la luz que salía por la puerta y les dieron la voz de alto. Uno de ellos gritó para pedir refuerzos, y al cabo de un par de segundos salieron otros dos hombres. Uno iba a medio vestir y el otro, un gigantón barbudo, seguramente había estado durmiendo porque solo llevaba la ropa interior.

—Creo que podremos sacarle a Strega una buena recompensa —comentó con una sonrisa siniestra.

Sus compañeros se echaron a reír, pero sus carcajadas duraron muy poco, y en sus rostros se reflejó el miedo cuando escucharon los aullidos. El espantoso sonido parecía sonar en todas las direcciones. Se acurrucaron, con las armas apuntando a los ojos que resplandecían como ascuas en la oscuridad.

El guardia de la barba negra disparó una ráfaga. Los gritos de dolor confirmaron que algunos de los proyectiles habían dado en el blanco. Los disparos fueron la señal para que comenzara la carnicería. Las criaturas atacaron a todos los que vestían un uniforme. Los científicos y los hombres de la NUMA se aprovecharon de la sangrienta confusión para escabullirse con Paul en la vanguardia para llevarlos hacia el muelle donde estaba amarrada la lancha.

Austin saltó a bordo y puso en marcha los motores. Después volvió al muelle para ayudar a MacLean y a los demás científicos. El químico se disponía a embarcar cuando se escucharon unos disparos y se derrumbó sobre el muelle.

Los disparos los había efectuado el guardia barbudo, que corría hacia la embarcación. El no llevar el uniforme lo había salvado del ataque de las criaturas. Austin efectuó un disparo pero erró el objetivo. El guardia no había esperado que nadie le disparara. Así y todo se recuperó en el acto de la sorpresa, hincó una rodilla en tierra y apuntó.

Una detonación sonó junto a la cabeza de Austin. Gamay había disparado por encima de su hombro. Era una experta tiradora, pero en la prisa su disparo salió un poco desviado y alcanzó al guardia en el hombro izquierdo. El hombre soltó un grito de rabia y dolor y luego los apuntó de nuevo. A pesar de que estaba sordo y mareado por la detonación, Austin se puso delante de sus amigos a modo de escudo al tiempo que levantaba la pistola.

Un coro de aullidos sonó detrás del guardia. Se volvió con la intención de disparar, pero antes de que pudiese apretar el gatillo las criaturas se le echaron encima. Austin guardó la pistola. Estaba ayudando a Zavala a cargar a MacLean en la lancha cuando una de las criaturas se separó de las demás.

Avanzó a trompicones hacia el borde del muelle. Gamay levantó la pistola dispuesta a dispararle. Paul, que estaba a punto de soltar las amarras, le sujetó la muñeca. Había reconocido a la criatura. Era la que lo había dejado escapar en el recinto.

—Está herido —dijo Paul.

En el pecho de la criatura se veía una enorme mancha de sangre. Miró a Trout, y luego se le doblaron las rodillas y cayó muerto en el fondo de la embarcación. Austin le gritó a Paul que se pusiera al timón mientras él atendía a MacLean.

En cuanto Gamay soltó las amarras, Paul aceleró a fondo y puso rumbo a la boca de la bahía.

La lancha se alejó de la isla de los horrores a toda velocidad. Paul le cedió el timón a Gamay y se acercó a MacLean, que estaba tendido boca arriba. Los otros científicos le habían hecho un lugar, Austin había improvisado una almohada con un chaleco salvavidas y estaba arrodillado junto al herido. Tenía una oreja muy cerca de la boca del químico. Levantó la cabeza cuando vio a Paul y le dijo:

—Quiere hablar contigo.

Trout se arrodilló al otro lado del científico moribundo.

—Hemos conseguido escapar, Mac. Le llevaremos al médico y se recuperará en menos que canta un gallo.

MacLean se rio con una risa ahogada y un hilo de sangre escapó por la comisura de la boca.

—No intente engañar a un viejo escocés, amigo mío. —Antes de que Paul pudiera replicar, el químico añadió—: No. Déjeme hablar. —Sus ojos comenzaron a velarse, pero consiguió aguantar un segundo más—. La fórmula.

—¿Qué pasa con la fórmula?

La mirada de MacLean se fijó un instante en el rostro de Paul, y después se apagó para siempre.

El *Gertrude* salió para despedirse.

El VAS captó el sonido de la lancha patrullera que se alejaba y la interceptó aproximadamente a una milla de la isla. Zavala fue el primero en ver el sumergible. Estaba iluminando la zona con el reflector, atento a los escollos, cuando apareció la aleta dorsal. Por un momento creyó que se trataba de una orca, pero cuando se acercó un poco más y vio los remaches en la aleta metálica supo exactamente qué era.

El sumergible navegó en paralelo a la lancha durante unos doscientos metros y luego se apartó para continuar con su recorrido habitual. Nadie a bordo de la lancha supo lo próximo que habían estado de la muerte. En el centro de mando, Max había enviado al VAS a perseguir a la embarcación fugitiva y había armado los cuatro torpedos. Estaba apunto de apretar el botón de disparo cuando uno de los demonios de ojos rojos le había destrozado la garganta de un zarpazo.

La lancha continuó navegando tranquilamente durante media hora antes de que Austin se decidiera a llamar a la Guardia Costera para pedir ayuda. Minutos más tarde, el guardacostas *Scapa* de la marina británica captó la llamada de auxilio. El *Scapa* respondió de inmediato y aceleró los motores al máximo. El capitán dio por supuesto que la llamada la había hecho un pesquero en apuros. Mientras miraba desde la cubierta la lancha neumática iluminada por los reflectores, el capitán John Bruce se dijo que había visto muchas cosas muy extrañas en sus veinte años de servicio en las islas Orkney, pero esta se llevaba la palma.

Calculó que la lancha situada a babor tendría unos diez metros de eslora. La mayoría de los ateridos pasajeros vestían monos color verde lima. El capitán no tenía noticias de que hubiese alguna cárcel en las islas, pero era obvio que las circunstancias no podían ser más sospechosas. Los muchos años pasados en el mar le habían enseñado al capitán Bruce a ser prudente. Le ordenó a los marineros que prepararan las armas. En cuanto se puso a la par de la lancha neumática, se llevó el megáfono a los labios y dijo:

—Por favor, identifíquense.

Un hombre se acercó a la borda y agitó los brazos para llamar la atención del capitán. Tenía los hombros anchos, las facciones muy bronceadas, y los cabellos casi blancos.

—Soy Kurt Austin de la National Underwater and Marine Agency —gritó con una voz clara que se escuchó por encima del ruido de los motores sin necesidad de un megáfono—. Estas personas están agotadas y muchas ya presentan señales de hipotermia. ¿Puede ayudarnos?

El capitán no relajó la guardia, a pesar de que la expresión de Austin no podía ser más sincera. Sabía qué era la NUMA y en más de una ocasión se había encontrado

con alguno de sus barcos dedicados a las tareas de investigación oceánicas. Así y todo, le costaba relacionar a este grupo acurrucado en una pequeña lancha neumática con las modernas naves color turquesa que conocía.

El capitán Bruce era un escocés fornido con la cabeza calva pecosa, ojos azul claro y una barbilla que advertía claramente de la determinación del personaje. Miró la embarcación de proa a popa. Era imposible fingir el cansancio y la desesperación de las personas que se amontonaban en la lancha. Ordenó que arriaran un bote y que trajeran a los náufragos a bordo. De todas maneras, le repitió a sus marineros la orden de que mantuvieran las armas preparadas y estuviesen atentos a cualquier maniobra extraña.

El bote tuvo que hacer varios viajes para trasladar a los pasajeros de una embarcación a la otra. Vistos de cerca estaba claro que ninguno de ellos representaba una amenaza. A medida que subían a cubierta, el oficial médico les hacía una rápida revisión. Luego les daban una manta para que se abrigaran y los enviaban al comedor para que tomaran un caldo caliente y café.

Austin embarcó en el último viaje del bote salvavidas, acompañado por una bella pelirroja y dos hombres, uno muy moreno y el otro tan alto que sobresalía del bote como un mástil. Kurt estrechó la mano del capitán y le presentó a sus compañeros.

—Estos son Paul y Gamay Morgan-Trout y Joe Zavala.

Todos pertenecemos a la NUMA.

—No sabía que la NUMA tuviese una operación en marcha en las Orkneys — comentó el capitán, mientras estrechaba las manos.

—Si hemos de ser exactos, no la hay. —Austin le dijo a los demás que se reuniría con ellos en el comedor en unos minutos y después se volvió de nuevo hacia el capitán—. Los pasajeros lo estaban pasando bastante mal y algunos de ellos ya presentaban las primeras señales de hipotermia. Como si eso fuera poco, nos perdimos en la niebla, así que pedimos ayuda.

Lamento haberle molestado.

—No pasa nada. Es nuestro trabajo.

—Gracias de todas maneras. Tengo que pedirle otro favor. ¿Podría transmitirle un mensaje a Rudi Gunn en el cuartel general de la NUMA en Washington? Dígale que Austin y su grupo están bien y que se pondrán en contacto.

—Enviaré a alguien que se encargue inmediatamente.

—En ese caso, creo que no me vendrá nada mal un tazón de caldo caliente — afirmó Austin con una sonrisa. Se volvió y mientras se alejaba añadió con un tono despreocupado—: Por cierto, hay un par de cuerpos en la lancha.

—¿Muertos?

—Bien muertos. ¿Cree que su tripulación podría encargarse de traerlos a bordo antes de que comience a remolcar la lancha?

—Sí, por supuesto —dijo el capitán Bruce.

—Muchas gracias, capitán. —Austin se envolvió con la manta como si fuese un

indio navajo y se marchó a la cocina.

En el rostro del capitán apareció una expresión de enfado.

No estaba habituado a que alguien le diera órdenes en su propio barco. Luego se echó a reír. Después de muchos años de trabajar con diferentes tripulaciones y de encontrarse en situaciones de toda clase, sabía juzgar a los hombres. Sabía que aquello que a algunos le hubiese parecido de una arrogancia insolente no era más que una absoluta confianza en sí mismo.

Mandó a un grupo que trajeran los cadáveres a bordo y los llevaran al dispensario, y ordenó que sujetaran un cabo a la lancha para remolcarla.

Regresó al puente y transmitió el mensaje de Austin a la NUMA. Estaba a punto de acabar el informe del rescate para enviarlo a la comandancia cuando el oficial médico lo llamó por el intercomunicador. El capitán escuchó la voz excitada del médico, y abandonó el puente sin demora para bajar al dispensario. Las bolsas con los cadáveres estaban colocadas sobre sendas camillas. El médico le dio al capitán un poco de vaselina perfumada para que se la untara debajo de la nariz.

—Prepárese —le dijo, y abrió la cremallera de una de las bolsas.

El capitán había visto y oído cadáveres en diversos grados de descomposición, y el hedor que escapó de la bolsa no le preocupó tanto como la visión del cadáver. Su rostro rubicundo adquirió un color grisáceo. Era un buen presbiteriano que no bebía ni maldecía. Esta fue una de las ocasiones en las que deseó ser menos devoto.

—En nombre de Dios, ¿qué es esto? —preguntó, con voz ronca.

—Algo escapado de una pesadilla —opinó el médico—. Nunca había visto nada parecido.

—¿Qué pasa con el otro?

El médico abrió la segunda bolsa. El cadáver era el de un hombre de cabello gris que rondaba la sesentena.

—Vuélvalas a cerrar —ordenó el capitán. Esperó a que el médico las cerrara para preguntarle—: ¿Cuál es la causa de la muerte?

—Ambos murieron a causa de un disparo.

El capitán Bruce se despidió del médico y encaminó sus pasos al comedor. Los rostros espantados que había visto antes ahora sonreían, gracias a una buena comida y una generosa ración de ron. Austin ocupaba una de las mesas con Paul y Gamay.

Austin escuchaba con atención el relato de sus compañeros sobre todo lo ocurrido hasta el momento del rescate. Vio al capitán que se acercaba y le dedicó una cálida sonrisa.

—Hola, capitán. Como ve, su hospitalidad ha sido muy bien acogida.

—Me alegro —respondió el capitán—. ¿Podría hablar con usted un momento en privado, señor Austin?

Austin tomó buena nota de la expresión grave del oficial.

Sabía por qué el capitán quería hablar con él.

—Por supuesto.

El capitán lo llevó a un camarote cercano al comedor y lo invitó a sentarse.

—Quiero hacerle algunas preguntas.

—Adelante.

—Es referente a los cadáveres. ¿Quiénes o qué eran?

—Uno de ellos es un químico escocés llamado MacLean.

Angus MacLean. No estoy seguro de quién es o era el otro.

Me han dicho que es un mutante, el resultado de un experimento científico que no funcionó.

—¿Qué clase de experimento pudo producir un monstruo como ese pobre diablo?

—No conozco los detalles.

El capitán sacudió la cabeza en un gesto de incredulidad.

—¿Quién les disparó?

—Los mataron cuando intentaban escapar de una isla donde los tenían prisioneros. —Austin le dio las coordenadas.

—¿La isla prohibida? Llevo recorriendo estas aguas desde hace veinte años y nunca he puesto un pie en el lugar.

¿Qué estaba haciendo usted allí?

—Mis colegas Paul Trout, su esposa y el piloto del sumergible *Alvin* estaban entre los prisioneros. Desembarcamos en la isla en misión de rescate y nos encontramos con algunos problemas.

—¿Quién los tenía prisioneros?

—No lo sé. Le propongo que aclaremos todo esto cuando desembarquemos.

Un tripulante entró en el camarote y le entregó al capitán dos mensajes.

—Acaban de llegar, señor.

—Gracias. —El capitán leyó uno y se lo dio a Kurt. Era de Rudi Gunn:

«Me alegra saber que están todos bien. ¿Enviarás detalles? Rudi».

El capitán leyó el segundo y frunció el entrecejo.

—Por lo que parece, es usted un personaje con mucho peso, señor Austin. La comandancia de la Guardia Costera acaba de recibir una llamada del Almirantazgo. Se nos ordena que lo tratemos con la máxima cortesía, y que le facilitemos cualquier cosa que necesite.

—¿Las naves británicas todavía sirven grog? —preguntó Austin.

—No tengo grog, pero en mi camarote tengo una botella del mejor *whisky* escocés.

—Me parece excelente —opinó Austin.

Una bienvenida de otro estilo recibió el *Scapa* cuando amarró en el muelle de Kirkwall, la capital de las Oreadas situada en la isla Pomona. En el muelle esperaban al guardacostas un autocar, un furgón fúnebre y una veintena de personas vestidas con trajes de descontaminación blancos.

Austin se encontraba apoyado en la borda junto con el capitán. Miró al comité de bienvenida.

—Si no es la última creación de la moda británica, diría que es un equipo de descontaminación.

—Por lo que parece, mi tripulación tardará en disfrutar de su permiso en tierra —dijo el capitán—. El *Scapa* y la tripulación permanecerá en cuarentena ante la posibilidad de que usted y sus amigos hayan dejado a bordo algún repugnante microbio.

—Lamento mucho causarle todos estos inconvenientes, capitán.

—Tonterías. Su visita nos ha evitado la monotonía de la patrulla. Además, es nuestro trabajo.

Austin le estrechó la mano y luego bajó la pasarela con los demás. A cada uno le entregaron un traje de plástico transparente, un gorro y una mascarilla. Después los escoltaron hasta el autocar con la advertencia de que no subieran las cortinillas y cargaron a los muertos en el furgón. Cinco minutos más tarde, se bajaron del autocar delante de un gran edificio de ladrillos que en otros tiempos había sido un almacén.

En el interior habían montado una gran tienda tipo iglú que servía como laboratorio de descontaminación atendido por un numeroso grupo de técnicos con los trajes blancos.

A todos los que habían estado en la isla les pidieron que se ducharan. Metieron sus prendas en bolsas y se las llevaron para analizarlas. Cuando acabaron de ducharse, les dieron unas batas blancas que les daban el aspecto de internos en un manicomio y fueron examinados a fondo por una falange de médicos enfundados en trajes de plástico que acabaron por dictaminar que podían reunirse de nuevo con el resto de la raza humana. A pesar de las indignidades, todos fueron tratados con una cortesía exquisita.

Austin y sus colegas de la NUMA recuperaron sus prendas, que habían sido lavadas y planchadas. En cuanto acabaron de vestirse, los llevaron a una habitación pequeña amueblada con una mesa y media docena de sillas. Los esperaba un hombre vestido con un traje a rayas que se presentó como Anthony Mayhew. Dijo que pertenecía al MI5, el servicio de inteligencia británico, y los invitó a sentarse. Mayhew tenía unas facciones finamente modeladas, y un acento de clase alta que le llevó a Austin a preguntar:

—¿Oxford?

—En realidad, Cambridge —respondió Mayhew con una sonrisa. Sus frases eran recortadas, como si utilizara unas tijeras verbales para eliminar las palabras superfluas—. No es fácil notar la diferencia si no se tiene acostumbrado el oído. Mis disculpas por haber tenido que soportar a todos esos matasanos y a los técnicos con los trajes espaciales. Espero que no los hayan incordiado mucho.

—En absoluto. La verdad es que nos hacía mucha falta una buena ducha —manifestó Austin.

—Por favor, dígame a la persona encargada de la lavandería que la próxima vez no almidone tanto los cuellos —dijo Zavala.

Mayhew se rio de buen grado.

—Lo haré. El MI5 conoce bien el trabajo del equipo de tareas especiales de la NUMA. Pero en cuanto los jefazos escucharon al capitán Bruce hablar de cadáveres, experimentos secretos y mutantes, se espantaron como corresponde a los buenos burócratas. Querían asegurarse de que no contaminaran las islas Británicas.

—No creía que oliéramos tan mal —comentó Austin.

Mayhew miró a Austin con una expresión de desconcierto, y luego se echó a reír.

—El típico humor norteamericano. Tendría que haberme dado cuenta. Pasé varios años de servicio en Estados Unidos.

A mis superiores no les preocupaba tanto el olor sino la posibilidad de que se propagara algún virus letal.

—Nunca se me hubiera ocurrido contaminar a nuestros primos británicos —afirmó Austin—. Por favor, comuníqueme a sus superiores que todo esto no tiene nada que ver con la guerra biológica.

—Lo haré. —Mayhew los miró de uno en uno—. Por favor, ¿alguien podría explicarme qué demonios está pasando?

Austin miró a Trout.

—Paul es quien está más capacitado para informarle de la vida en la isla. Joe y yo solo estuvimos unas horas.

—En primer lugar, debo decir que la isla no es precisamente un Club Med —puntualizó Paul.

Luego les relató toda la historia, desde el secuestro del *Alvin* en la Ciudad Perdida hasta su fuga y el rescate.

Austin se esperaba alguna manifestación de incredulidad por parte del agente británico cuando Paul describió su trabajo en la búsqueda de la piedra filosofal, pero en cambio, Mayhew se dio una sonora palmada en la rodilla en una muestra de emoción muy poco británica.

—Esto calza como un guante. Estaba seguro de que había algo grande detrás de las muertes de los científicos.

—Creo que nos hemos perdido —dijo Austin.

—Perdón. Hace varios meses pidieron a mi departamento que investigara una

serie de extrañas muertes de científicos.

El primero fue un experto en informática de cincuenta años de edad que fue al cobertizo de herramientas de su jardín, se rodeó el pecho con alambres de cobre, se metió un pañuelo en la boca y conectó los alambres a un enchufe. No tenía ningún motivo aparente para suicidarse.

—Muy creativo —opinó Austin.

—Aquello solo fue el principio. Otro científico que regresaba a su casa después de una fiesta en Londres chocó con su coche contra la barandilla de un puente y se precipitó al vacío. La policía informó que el nivel de alcohol en la sangre superaba con creces el límite permitido. Sin embargo, varios de los invitados declararon que no había bebido y sus familiares dijeron que el hombre nunca bebía más que una copa de oporto de vez en cuando. Que vomitaba si bebía. Para colmo, alguien se tomó el trabajo de cambiar los neumáticos de su Rover por otros sin dibujo.

—Comienza a interesarme.

—Oh, esto no es nada. Un científico de treinta y cinco años de edad estrelló su coche cargado con bidones de gasolina contra un muro. Las autoridades dijeron que fue un suicidio. A otro lo encontraron debajo de un puente. De nuevo suicidio según la policía. Borracho perdido y con una fuerte depresión. Los familiares manifestaron que nunca había bebido ni una gota en toda su vida, por convicciones religiosas, y que no estaba deprimido. Aquí tiene otro. Un joven veinteañero se ató una cuerda de nailon alrededor del cuello, sujetó el otro extremo en un árbol, se subió al coche y arrancó a toda velocidad. Decapitado.

—¿Cuántas de esta extrañas muertes investigó?

—Veinticuatro. Todos científicos.

Austin silbó por lo bajo.

—¿Cuál es la vinculación con la isla prohibida?

—Ninguna que conociéramos en el momento. Un par de científicos eran norteamericanos, así que recibimos una petición de la embajada para que lo investigáramos. Algunos parlamentarios han solicitado una investigación en toda regla.

Me encargaron que me ocupara del tema y me facilitaron unos pocos ayudantes. Debía hacerlo todo con mucha discreción, e informar de mis hallazgos directamente a la oficina del primer ministro.

—Parece como si los jefazos no quisieran remover el avispero —comentó Austin.

—Esa es la impresión que tengo —admitió Mayhew—. Hablé con los familiares y me dijeron que todos los fallecidos habían trabajado para el mismo laboratorio.

—¿Los antiguos empleadores de MacLean? —preguntó Paul.

—Así es. Cuando no pudimos encontrar a MacLean, llegamos a la conclusión de que él también había sido una de las víctimas o tenía algo que ver con las muertes de sus colegas.

Ahora resulta que aparece en su isla, desafortunadamente muerto, y por lo tanto

confirma la vinculación con el laboratorio.

Paul se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Qué era lo que investigaban?

—Se suponía que estaban investigando el sistema inmunológico humano en un laboratorio situado en Francia. Aparentemente era una empresa subsidiaria de una corporación multinacional, pero hicieron una excelente faena a la hora de ocultar su propiedad a través de una serie de compañías ficticias, testaferros y cuentas bancarias en paraísos fiscales. Aún estamos intentando dar con los verdaderos propietarios.

—¿Si lo consigue los acusará de haber asesinado a los científicos?

—Eso sería lo mínimo —declaró Mayhew—. Por lo que se deduce del relato del doctor Trout, parece que su trabajo fue el responsable de la creación de los mutantes y su condena a una muerte en vida.

—Permítame resumir lo que tenemos hasta ahora —dijo Austin—. El laboratorio contrató a un grupo de científicos para que trabajaran en un proyecto destinado a crear la llamada piedra filosofal, un elixir basado en las enzimas que se encuentran en la Ciudad Perdida. Al parecer los científicos tuvieron éxito al elaborar un preparado que prolonga la vida, y de esa manera se condenaron a muerte. MacLean consiguió escapar, pero lo capturaron para que dirigiera a un nuevo equipo de científicos que debían solucionar los fallos del preparado.

Dichos fallos fueron los responsables de la creación de los mutantes. Paul tropezó por azar con sus actividades submarinas y lo secuestraron para que trabajara en el laboratorio.

—Las piezas encajan a la perfección —manifestó Mayhew—. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor Austin? ¿Por qué no se puso inmediatamente en contacto con las autoridades británicas para comunicarle esta información?

—Le responderé con otra pregunta. ¿Me hubiesen creído si me presentaba sin más para hablarles de la existencia de unos demonios de ojos rojos?

—Por supuesto que no.

—Gracias por la sinceridad. Seguramente sabe que hubiésemos tardado muchísimo a través de los canales oficiales.

Consideramos que cualquier demora podría tener un desenlace fatal. Paul Trout es un amigo además de un colega.

—Lo comprendo. Como le dije antes, conozco el trabajo que realiza su equipo de operaciones especiales y sé que están más que capacitados para la tarea. Debía preguntárselo porque mis superiores me lo preguntarán.

—¿Su gobierno ha dispuesto que se investigue la isla?

—Un navío de la armada navega ahora mismo hacia allí.

Una compañía de infantes de marina desembarcará en la isla con la misión de encontrar el submarino, cerrar los laboratorios, y neutralizar a los guardias y a los mutantes.

—Por lo que vi, dudo que encuentren más que algún resto de los guardias —

señaló Paul.

Hubo un momento de silencio mientras calaba el significado de las palabras de Paul. Mayhew fue el primero en romperlo.

—Usted parece ser quien más sabe de los mutantes, doctor Trout. ¿Cuál es su opinión?

—Son salvajes, caníbales y están dotados de una fortaleza extraordinaria. Son capaces de comunicarse, y a juzgar por el ataque que realizaron en la isla donde se filmaba el programa de televisión, están capacitados para elaborar planes. —Hizo una pausa con el pensamiento puesto en el encuentro con la criatura en el recinto—. No creo que hayan desaparecido del todo sus cualidades humanas esenciales.

En el rostro del agente del MI5 apareció una sonrisa enigmática.

—Fascinante. Creo que ya hemos terminado, pero me pregunto si podrían dedicarme unos minutos más. Quiero mostrarles algo que puede resultarles interesante.

Mayhew los guio por un laberinto de pasillos hasta que llegaron a una habitación gélida donde había instalado una sala de autopsias y laboratorio. Un trozo de tela plástica tapaba un cuerpo acomodado sobre una mesa metálica iluminada por un foco de gran potencia. Un hombre de mediana edad, vestido con una bata blanca, se encontraba junto a la mesa.

El agente le hizo una señal y el hombre apartó la tela para dejar a la vista del rostro de la criatura de ojos rojos que había caído muerta sobre el fondo de la lancha. No parecía tan horrible con los ojos cerrados. El rostro había perdido la expresión de ferocidad.

—Está un poco maltratado, pero no está mal para un francés —comentó Mayhew.

—¿Es una muestra de sus prejuicios británicos o sabe a ciencia cierta que es francés? —preguntó Austin.

Mayhew sonrió. Sacó del bolsillo una pequeña placa de metal con una cadena. Se la entregó a Austin.

—Esto estaba alrededor del cuello del caballero. Está un poco gastada, pero se puede leer la inscripción sin problemas.

Austin sostuvo la placa debajo del foco y leyó la inscripción: *Pierre Levant Capitaine, L'Armée de la Republique de France, n. 1885.*

—Por lo que se ve nuestro amigo le robó a alguien su placa de identificación.

—Yo también pensé lo mismo en un primer momento.

Sin embargo, la placa es suya.

Austin lo miró, intrigado. Mayhew no sonreía, cosa que hubiese hecho de haberse tratado de una broma.

—En ese caso tendría más de cien años.

—Ciento veinte para ser exactos.

—Debe de tratarse de un error. ¿Cómo puede estar seguro de que el nombre en la placa corresponde a este hombre?

Se perdieron millones de hombres durante la primera guerra.

—Es verdad, pero los ejércitos realizaron una excelente tarea al llevar los registros a pesar del caos. Los muertos eran identificados por sus camaradas y sus oficiales. A medida que avanzaba el frente, había unas unidades especiales que se encargaban de los muertos y se tomaba nota de los nombres de los sepultados y el número de la tumba. Había planos de los cementerios, y la información se contrastaba con el centro de bajas, los hospitales y otros cementerios. Toda la información está informatizada. Sabemos que existió un Pierre Levant, que fue oficial en el ejército francés y que se le dio perdido en combate.

—Muchos hombres desaparecieron en combate.

—Vaya con el escepticismo norteamericano. —Mayhew metió de nuevo la mano en el bolsillo y sacó un reloj. Se lo dio a Austin—. Encontramos esto en uno de sus bolsillos. Era un tipo muy apuesto en su juventud.

Austin leyó la inscripción grabada en la tapa del reloj.

A Pierre, de Claudette, avec amour. Luego abrió la tapa. En el interior había una foto de una pareja joven. Le mostró el reloj a los otros miembros del equipo de la NUMA.

—¿Qué os parece?

Gamay leyó las inscripciones de la placa y el reloj, y observó atentamente la foto.

—Una de las primeras cosas que aprendí en arqueología marina era la importancia de establecer el origen. Por ejemplo, una moneda romana encontrada en un campo de trigo en Connecticut podría significar que la perdió un romano, pero también es más lógico pensar que se le cayó a un coleccionista durante el período colonial.

—Quizá el doctor Blair consiga convencerlos —señaló Mayhew, con un tono paciente.

—Yo tampoco me lo creía —manifestó el patólogo—. Le practicamos una autopsia a este caballero. Las células en este individuo son comparables a las de un joven que aún no ha cumplido los treinta. En cambio, las suturas cerebrales, las articulaciones del cráneo indican que el caballero tiene —se aclaró la garganta— más de cien años.

—Eso significaría que las investigaciones para dar con la fórmula se remontan mucho más atrás de lo que creíamos —dijo Austin.

—Una suposición increíble y al mismo tiempo razonable —declaró Mayhew—. Durante aquella guerra circularon rumores de que se estaba intentando crear un «berserker», una versión moderna de aquellos feroces guerreros escandinavos a los que se creía invulnerables, un supersoldado capaz de lanzarse sobre las trincheras enemigas, impávido a las balas.

—¿Cree que hay alguna relación con los ensayos para crear la fórmula?

—No lo sé —admitió el agente. Tapó el rostro de la criatura.

—Pobre hombre —comentó Zavala, que miraba la foto de la feliz pareja—. Qué manera de desperdiciar cien años de vida.

—Quizá solo hayamos encontrado la punta del iceberg —dijo Mayhew—. ¿Quién sabe cuántos más murieron para guardar este terrible secreto?

—No los culpo por no querer anunciar los fracasos como el que está en la mesa —dijo Gamay.

—Es algo que va mucho más allá —opinó Mayhew—. Digamos que han perfeccionado el elixir. ¿Qué clase de mundo tendríamos si algunas personas pueden vivir más que el resto?

—Un mundo sumido en el más absoluto desequilibrio —contestó Gamay.

—Eso mismo creo yo, pero no soy más que un vulgar agente. Dejaré que los políticos y los analistas se ocupen del tema. —Miró a Austin—. ¿Piensan quedarse una temporada en el Reino Unido?

—No lo creo. Discutiremos nuestros planes y le informaremos de la decisión.

—Se lo agradecería. —Mayhew sacó una tarjeta con su nombre y número de teléfono y se la dio—. Por favor, llame.

Día y noche. Mientras tanto, les recuerdo la importancia de mantener la máxima reserva sobre todo esto.

—Solo informaré a Dirk Pitt y Rudi Gunn. Estoy seguro de que la Woods Hole Oceanographic Institution estará interesada en saber el destino de su sumergible.

—Muy bien. Le informaré de todo lo que encuentren nuestros marineros en la isla. Quizá consigamos dar con la pista de las personas que están detrás de todo esto. Asesinatos, secuestros, trabajos forzados. La inmortalidad es un motivo muy fuerte para la maldad. Estoy seguro de que todos los presentes en esta habitación estarían dispuestos a sacrificar a su primogénito antes que perder la oportunidad de vivir eternamente.

—No todos.

—¿A qué se refiere? Si le dan la oportunidad, ¿quién no querría vivir para siempre?

Austin señaló la mesa donde yacía la criatura.

—Pregúnteselo al soldado que yace en la mesa.

—Lamento comportarme como una aguafiestas —dijo Gamay—. Con toda esta charla de los monstruos de ojos rojos y la piedra filosofal, nos hemos olvidado de que debemos ocuparnos de un asunto pendiente.

Después del encuentro con Mayhew, se habían reunido en el vestíbulo del hotel para discutir sus planes. Sandy había manifestado su deseo de marcharse cuanto antes, y el agente del MI5 la había enviado a Londres, donde podía tomar un vuelo de regreso a Estados Unidos. Los científicos continuaban siendo interrogados por las autoridades.

—Tienes toda la razón —afirmó Zavala. Levantó su copa—. Todavía me falta mucho para llegar a mi meta de agotar toda las existencias de tequila.

—Algo muy meritorio, Joe, pero me interesa más la supervivencia del mundo que las marcas personales. ¿Puedo resumir el problema en dos palabras? Alga gorgona.

—No lo había olvidado —dijo Austin—. No quería estropear tu encuentro con Paul. Ahora que has sacado el tema, ¿cuál es la situación?

—Mala. Hablé con el doctor Osborne. El alga se está propagando a una velocidad muy superior a la estimada.

—Han cesado las operaciones en la Ciudad Perdida. ¿Eso no bastará para detener la propagación del alga gorgona? —Preguntó Austin.

—Qué más quisiera. —Gamay exhaló un sonoro suspiro—. El alga se está replicando y continuará propagándose. Nos encontraremos con los puertos cerrados en toda la costa este norteamericana a corto plazo, luego Europa y la costa del Pacífico.

Continuará su avance hasta llegar a todos los continentes.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

—No lo sé. Las corrientes marinas están arrastrando las algas por todo el Atlántico.

Austin intentó imaginarse sus amados océanos en unas marismas infectas.

—Es toda una ironía —dijo—. Los Fauchard quieren vivir eternamente, y para conseguirlo convertirán el mundo en un lugar donde no se podrá vivir. —Miró a sus compañeros—. ¿Alguna idea sobre cómo podemos detener esa cosa?

—La enzima de la Ciudad Perdida encierra la clave para detener la propagación del alga —afirmó Gamay—. Si pudiésemos descifrar la estructura molecular básica, podríamos encontrar la manera de invertir el proceso.

—Los morados y las magulladuras que tengo por todo el cuerpo dan fe de que los Fauchard no revelan fácilmente los secretos familiares.

—Es por eso que Gamay y yo deberíamos regresar a Washington para celebrar una reunión con el doctor Osborne en la NUMA —dijo Paul—. Tendríamos que

averiguar si hay algún vuelo que salga de aquí a primera hora de mañana.

—Adelante. —Austin miró los rostros de sus amigos, donde se reflejaba un profundo cansancio—. Pero primero propongo que aprovechemos la noche para dormir.

Después de desearle buenas noches a sus compañeros, Austin buscó la sala de ordenadores del hotel, donde redactó un informe abreviado para Rudi Gunn y lo envió por correo electrónico con la promesa de llamarlo por la mañana. Se frotó los ojos varias veces mientras escribía y se alegró de cuando por fin clicó en enviar.

Subió a su habitación y vio que alguien lo había llamado al móvil. Devolvió la llamada y escuchó la voz de Darnay.

Había localizado a Austin a través de su despacho en la NUMA.

—Gracias a Dios que lo he encontrado, señor Austin —dijo el anticuario—. ¿Tiene alguna noticia de Skye?

—Hace un par de días que no sé nada de ella. He estado fuera. Creía que estaba con usted.

—Se marchó por la tarde el mismo día que llegó. Descubrimos lo que parecía ser una fórmula química grabada en la corona del casco y quería mostrársela a un experto de la Sorbona. La acompañé hasta que salió el tren. Cuando aquella noche no me llamó como habíamos acordado, al día siguiente llamé a la universidad. Me dijeron que no había ido.

—Quizá esté enferma.

—Es lo primero que pensé. Llamé a su apartamento. No atendió el teléfono. Hablé con la portera. Skye no regresó a su casa después de visitarme en la Provenza.

—Creo que debería usted llamar a la policía —afirmó Austin sin vacilar.

—¿A la policía?

—Sé que tiene usted una muy comprensible aversión a la policía —dijo Austin con voz firme—. Debe hacerlo por Skye. Haga una llamada anónima desde un teléfono público si le parece, pero debe llamarlos y denunciar la desaparición.

Su vida puede depender de la llamada.

—Sí, sí, por supuesto. Los llamaré. Es como una hija para mí. Le advertí que fuera con cuidado, pero ya sabe cómo son los jóvenes.

—Ahora estoy en Escocia. Mañana regresaré a Francia.

—Le volveré a llamar en cuanto llegue a París. —Colgó para que Darnay pudiera llamar a la policía y por unos momentos miró al vacío, mientras intentaba encontrarle algún sentido a la desaparición de Skye.

Sonó el móvil. Se trataba de Lessard, el director de la planta hidroeléctrica del glaciar.

—Soy Lessard. Gracias a Dios que lo encuentro.

—Lo siento. Me ausenté un par de días y me dejé el móvil ¿Qué tal van las cosas por el glaciar?

—El glaciar está como siempre —respondió Lessard—. Pero están ocurriendo

algunas cosas extrañas.

—¿A qué se refiere?

—Hace unos días llegó un barco con un grupo de buceadores al lago. Me pregunté si la NUMA había regresado para acabar sus trabajos de exploración, pero el barco no era del mismo color.

—La exploración acabó —dijo Austin—. Que yo sepa no hay dispuesta ninguna otra misión en el lago. ¿Qué más ha ocurrido?

—Algo increíble. Están vaciando los túneles debajo del glaciar.

—Si no recuerdo mal, usted dijo que era imposible.

—No me entendió. Hubiese sido imposible hacerlo a tiempo para salvar a las personas atrapadas en el túnel. Se han tardado unos cuantos días en desviar y sacar el agua, pero el túnel del observatorio está casi seco.

—¿Fue una decisión de la compañía eléctrica?

—Mis superiores insinuaron que la decisión fue el resultado de unas gestiones a muy alto nivel. El trabajo lo costea una fundación científica privada.

—¿Está involucrado el doctor LeBlanc?

—Eso fue lo que creí principio. Su coche todavía está aquí, y supuse que regresaría. Uno de los hombres que ha estado buceando en el lago vino a la planta, me enseñó la autorización, y sus hombres se han hecho con la sala de control. Son un grupo con muy mala pinta, señor Austin. Vigilan cada uno de mis movimientos. Temo por mi vida. Ahora mismo estoy corriendo un gran riesgo. Me han dicho que no intervenga.

—¿Ha comentado la situación con su jefe?

—Sí. Me dijo que cooperara. La decisión está fuera de sus manos. No sabía a quién más apelar. Así que lo llamé a usted.

—¿Puede marcharse?

—Creo que será difícil. Enviaron a mi equipo a sus casas, así que estoy solo. Intentaré cerrar las turbinas. Quizá la oficina central me tome en serio cuando se interrumpa el suministro.

—Haga lo que considere mejor, pero no corra riesgos.

—Tendré cuidado.

—¿Sabe el nombre de la persona que fue a verlo?

—Fauchard. Emil Fauchard. Me recuerda a una serpiente.

Emil Fauchard.

—Compórtese como si no pasase nada —dijo Austin—. Llegaré a Le Dormeur mañana.

—Muchas gracias, señor Austin. No creo prudente que llame usted a la puerta. ¿Cómo sabré si ha llegado?

—Se lo haré saber.

Se despidieron. Austin consideró los nuevos acontecimientos. Después llamó a Joe y a los Trout para comunicarles que había un cambio de planes. Cuando se

presentaron en su habitación, les habló de las llamadas.

—¿Crees que los Fauchard secuestraron a Skye? —preguntó Zavala.

—Es una suposición razonable, dado su anterior interés por el casco.

—¿Si tienen el caso, para qué necesitan a Skye? —señaló Gamay.

—Adivina.

—Ya lo sé. La están utilizando como cebo para llevarte a una trampa.

—Así es —asintió Austin—. Mi primer impulso fue ir directamente al castillo Fauchard. Luego pensé que eso era precisamente lo que esperaban que hiciera. Debemos hacer lo inesperado e ir a por Emil. Si lo pillamos, puede representar una ventaja a la hora de negociar. Además, me preocupa Lessard. Creo que corre un grave peligro. Mantendrán a Skye con vida hasta que muerda el anzuelo.

—¿Qué quieres que hagamos? —preguntó Paul.

—Sondear las defensas del castillo. Ver si hay alguna manera de entrar. Pero tened mucho cuidado. *Madame* Fauchard es mucho más temible que su hijo. Él no es más que un psicópata. Ella es muy inteligente, además de una asesina.

—Encantadora —opinó Gamay—. No veo la hora de conocerla.

Se desearon buenas noches y regresaron a sus habitaciones. Austin buscó la tarjeta de Mayhew, marcó el número, le explicó al agente que necesitaba salir de Escocia inmediatamente y le pidió ayuda. Mayhew le respondió que se marchaba a primera hora en un avión privado y que estaría encantado de llevarlo a él y a sus amigos a Londres, donde podía coger un avión a París.

Austin le dio las gracias con la promesa de que algún día le devolvería el favor y después se fue a la cama. Se olvidó de cualquier otro tema para concentrarse en la tarea que tenía por delante: el rescate de Skye. No tardó mucho en sumirse en un sueño intranquilo.

A la mañana siguiente el reactor despegó con el alba, pero en lugar de dirigirse al aeropuerto de Heathrow en Londres puso rumbo directo a París. Antes del despegue, Austin había convencido a Mayhew para que autorizara el cambio del plan de vuelo. Le dijo que no tenía tiempo para entrar en detalles, solo que era una cuestión de vida o muerte. El agente le hizo una pregunta:

—¿Tiene esto algo que ver con el tema que discutimos anoche?

—Creo que no podría estar más relacionado.

—Entonces, ¿puedo esperar que me mantendrá al corriente de los progresos de sus investigaciones?

—Le enviaré una copia del informe a mis superiores en la NUMA.

Mayhew sonrió y sellaron el acuerdo con un apretón de manos. Cerca del mediodía aterrizaron en el aeropuerto Charles DeGaulle. Los Trout marcharon inmediatamente a la región donde se encontraba el castillo. Por su parte, Austin y Zavala subieron a un avión que los llevaría al bonito pueblo alpino próximo al glaciar.

Zavala había llamado a su amiga Denise de la asamblea nacional. La parlamentaria accedió, después de arrancarle a Zavala la promesa de que se verían de nuevo, a tenerles preparada una lancha rápida de seis metros de eslora para el momento que llegaran al pueblo. Habían navegado por el sinuoso cauce del río durante toda la tarde y habían llegado al Lac du Dormeur al anochecer. Poco dispuesto a anunciar su llegada, redujeron la velocidad al mínimo mientras cruzaban el lago cubierto por la bruma y buscaban su camino entre los icebergs en miniatura que asomaban en la superficie que parecía un espejo. El ruido del motor fueraborda de cuatro tiempos era un murmullo, pero a Austin le sonaba como si alguien estuviese gritando en el interior de una catedral.

Guio la lancha hacia el hidroavión de un solo motor amarrado muy cerca de la orilla. Acercó la embarcación y se subió en uno de los flotadores para espiar el interior de la cabina. El aparato era un Havilland Otter con capacidad para nueve pasajeros. Tres de los asientos estaban ocupados con equipos de submarinismo, una confirmación del comentario de Lessard respecto a que el avión servía como plataforma para los buzos. Austin volvió a la lancha y observó la playa. No vio ningún movimiento en toda su extensión. Llevó la embarcación hasta el final de la playa, fondeó detrás de unos peñascos, y después él y Zavala encararon la larga subida hasta la planta hidroeléctrica.

Llevaban lo mínimo imprescindible: agua, tabletas energéticas, armas y municiones para viajar ligeros. Incluso así, era noche cerrada cuando llegaron a la planta. La puerta estaba abierta. En el interior del edificio solo se escuchaba el

zumbido de la turbina. Austin miró en derredor, atento al zumbido que llegaba desde las entrañas del glaciar. Entrecerró los párpados.

—Algo no está bien —comentó—. Funciona la turbina.

—Es una planta hidroeléctrica —replicó Zavala—. Es lógico que funcione la turbina, ¿no?

—Sí, en circunstancias normales. El caso es que Lessard me dijo que intentaría apagarla. Esperaba conseguir que la pérdida de energía haría sonar las alarmas en las oficinas centrales y enviaran a alguien a investigar.

—Quizá Lessard cambió de idea —dijo Zavala.

Austin sacudió la cabeza.

—Espero que nadie lo obligara a cambiarla.

Recorrieron los despachos y los alojamientos, y a continuación dejaron el vestíbulo para ir a la sala de control. Austin se detuvo delante de la puerta. Todo estaba en silencio, pero el instinto le avisaba que había alguien en la sala. Desenfundó la pistola, le hizo un gesto a Zavala para que hiciera lo mismo, abrió la puerta sigilosamente y entró. Fue entonces cuando vio a Lessard. El supervisor de la planta parecía dormido, pero la herida de bala en la espalda lo desmentía. Tenía el brazo derecho extendido, con los dedos a unos centímetros de los interruptores salpicados con sangre que hubiesen detenido la turbina.

Una expresión de rabia mal contenida apareció en el rostro de Austin. Juró para sus adentros que alguien pagaría por el asesinato del francés cuyos conocimientos le habían permitido rescatar a Skye y los otros científicos atrapados debajo del glaciar. Tocó el cuello de Lessard. El cadáver estaba frío.

Era probable que lo hubiesen matado poco después de su conversación telefónica con Austin.

El hecho de que no hubiese podido hacer nada para salvarle la vida no le sirvió de consuelo. Se sentó delante de la pantalla donde aparecía un diagrama del sistema de túneles y los flujos de agua que circulaban por las diversas galerías.

Lessard había hecho un trabajo de primera para desviar las corrientes del glaciar del túnel del observatorio a través de un complejo sistema de rodeos.

—Los túneles están marcados con un código de colores —le explicó a Zavala—. Las líneas azules que parpadean muestran los túneles por donde circula el agua y las rojas los conductos secos. —Puso el dedo sobre una de las líneas rojas—. Este es el túnel que utilizamos en el rescate.

Zavala se inclinó por encima del hombro de Austin y siguió con el dedo un enrevesado recorrido desde el túnel de acceso al observatorio hasta la planta.

—Menudo laberinto. Tendremos que retroceder unas cuantas veces y dar un par de saltos.

—Considéralo como una combinación entre una FUN HOUSE y un parque acuático —dijo Austin—. Tendríamos que salir donde nuestro amigo Sebastian voló la compuerta A partir de allí solo hay un tramo corto hasta el observatorio. Ahora las

malas noticias. Es probable que debamos recorrer entre quince y veinte kilómetros de túneles.

—Podremos tardar horas, más si nos perdemos.

—No me lo pintes tan negro —manifestó Austin, que acababa de recordar algo que Lessard le había dicho del doctor LeBlanc.

Imprimió el diagrama de los túneles. Miró con pena el cadáver de Lessard, y después él y Zavala salieron de la sala de control. Al cabo de unos momentos, estaban en la plataforma de observación donde Lessard le había mostrado a Austin el poder del agua derretida del glaciar. El torrente, que le había recordado a Austin los rápidos del río Colorado, se había convertido ahora en una corriente de unos tres metros de ancho y treinta centímetros de profundidad.

Tras comprobar que habían vaciado el túnel, Austin y Zavala volvieron al vestíbulo para salir del edificio. A unos doscientos metros de la entrada principal había un garaje metálico encajado contra la montaña. En el garaje había dos vehículos: el todoterreno que había recogido a Austin en su primera visita a la planta, y, debajo de una funda de plástico, el amado Citroen 2C del doctor LeBlanc. Austin retiró la funda.

—Te presento a Fifi.

—¿Fifi?

—Pertenece a uno de los glaciólogos. Está enamorado de ella.

—Las he conocido más bellas —comentó Zavala—, aunque siempre he dicho que lo que cuenta es la personalidad.

Con la parte de atrás como una joroba y el capó curvado, el resistente Citroen 2C era uno de los coches más característicos en el mundo entero. Su diseñador había dicho que quería «cuatro ruedas debajo de un paraguas», un coche capaz de cruzar un campo arado sin romper los huevos en la cesta. Fifi había recorrido miles de kilómetros. Los guardabarros traseros con forma de media luna estaban abollados, y la pintura roja se había descolorido hasta tomar un color rosa y se veía desconchada por los golpes de las piedras. No obstante tenía el aire desenvuelto de una mujer que nunca ha sido hermosa pero infinitamente segura de su capacidad para salir airoso en la vida.

La llave estaba puesta en el contacto. Subieron al coche y el motor arrancó sin problemas. Tomaron por un camino de grava que seguía la base de la montaña hasta llegar a unas puertas. Austin consultó el mapa y vio que se encontraban en un lugar marcado con el nombre de Porte de Sillón. No estaba muy seguro de la traducción correcta, pero llegó a la conclusión de que las enormes máquinas que habían perforado los túneles debían de haber tenido una manera de entrar y salir de la montaña.

Las puertas eran de acero muy bien equilibradas y se abrieron fácilmente. Austin condujo a Fifi a través de la apertura y entró en el túnel, donde el ruido del pequeño motor resonaba en las paredes y el techo. El túnel era recto hasta más allá de la sala

de la turbina y se comunicaba con el sistema principal. Se hubiesen perdido en el laberinto de túneles que se entrecruzaban de no haber sido por el mapa. Zavala hacía de navegante, a pesar de que Austin no levantaba el pie del acelerador y las rápidas vueltas. Cuando habían pasado quince minutos desde que habían entrado en los túneles, Zavala le avisó que doblara a la izquierda en el próximo cruce.

—Ya casi estamos en el túnel observatorio.

—¿A qué distancia?

—A unos ochocientos metros.

—Creo que lo mejor será dejar a Fifi aquí y seguir a pie.

Como en todo el resto del sistema, el túnel estaba iluminado con una hilera de bombillas en el techo. Muchas se habían fundido y no las habían reemplazado. La irregularidad del alumbrado hacía parecer más oscuras las zonas entre los pálidos círculos de luz. A medida que los dos hombres avanzaban a paso rápido, el frío que escapaba de las paredes pintadas color naranja les entumecía los rostros y el helor amenazaba con colarse por los cuellos de las gruesas chaquetas que habían encontrado en los alojamientos del personal.

—Cuando ingresé en la NUMA me dijeron que visitaría muchos lugares —comentó Zavala—. Sin embargo no recuerdo que nadie mencionara que debía ir a pie hasta ellos.

—Tómalo como una experiencia que fortalecerá tu carácter —replicó Austin alegremente.

Continuaron fortaleciendo el carácter durante unos minutos más y llegaron a una escalerilla adosada a la pared que subía hasta una pasarela. Una parte de la pasarela corría por el interior de un tubo de plástico. Austin recordó que Lessard le había mencionado las salas de control satélites dispersas por el sistema de túneles. Siguieron avanzando y acababan de entrar en otro túnel cuando el fino oído de Austin captó un sonido que era lo bastante fuerte como para ahogar todos los demás.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó.

Se llevó una mano a la oreja a modo de pantalla.

Zavala escuchó durante un momento.

—Suenan como una locomotora.

Austin sacudió la cabeza.

—Eso no es el tren fantasma. ¡Corre!

Zavala estaba traspuesto. Permaneció quieto, rígido como una estatua, hasta que la voz de Austin lo sacó del trance. Entonces echó a correr como un velocista al escuchar el disparo de salida, y se mantuvo a un paso por detrás de Austin. Corrieron a través de los charcos, sin preocuparse de las rociaduras que los empapaban de cintura para abajo.

El rumor fue aumentando en intensidad hasta convertirse en un rugido. Austin se metió bruscamente en un túnel a la derecha. Zavala intentó seguirlo, pero resbaló en el suelo mojado. Austin lo vio caer. Retrocedió para cogerlo de la muñeca y

levantarlo, y reanudaron la enloquecida carrera para escapar de la amenaza invisible. El suelo parecía vibrar debajo de sus pies mientras el ruido alcanzaba un nivel ensordecedor.

Austin ya desesperaba cuando vio la escalerilla metálica que subía hasta la pasarela. Se sujetó al primer peldaño y se izó como un acróbata de circo. Zavala se había lastimado la rodilla en la caída. La lesión había mermado su gran agilidad y le costaba trabajo subir. Austin le tendió una mano y lo levantó hasta la pasarela. Sin perder ni un segundo entraron en la cabina de control.

Justo a tiempo.

Apenas si había acabado de cerrar la puerta hermética, una enorme ola azul llenó el túnel. La pasarela desapareció debajo del torrente, que golpeó las ventanas como las olas de una tempestad azotan un navío. La pasarela se sacudió violentamente a consecuencia del impacto, y por un momento Austin temió que la riada se llevara toda la estructura incluida la cabina.

Después del primer impacto, el torrente se moderó un poco, pero la altura del agua aún llegaba a la pasarela. Austin se acercó a la consola para mirar el diagrama en la pantalla. Le preocupaba que hubiese cedido una de las compuertas y toda el agua del glaciar pasara por el túnel. Si era así, se quedarían encerrados en la cabina hasta que murieran o el glaciar acabara de derretirse.

La línea del túnel continuaba roja, una indicación de que estaba seca. Lo interpretó como un rayo de esperanza porque significaba que el torrente provenía de una bolsa de agua y que así como había tenido un principio también podía tener un fin.

Resultó ser una bolsa muy grande. Pasaron cinco minutos que les parecieron cinco años antes de que el torrente comenzara a disminuir. Cuando el nivel comenzó a bajar, lo hizo con mucha rapidez y no tardaron en poder salir a la pasarela sin correr el riesgo de ser arrastrados.

Zavala observó el todavía formidable torrente y gritó a voz en cuello para hacerse oír:

—Creo que habías dicho que esto sería como una FUN HOUSE. No sé qué entiendes tú por divertido.

—También te mencioné un parque acuático.

Pasaron otros diez minutos antes de que la corriente descendiera hasta un nivel que resultara seguro para bajar por la escalerilla. Austin consideró la posibilidad de que se derramaran otras bolsas de agua, pero prefirió no pensarlo y continuó la marcha por el laberinto de túneles. En una ocasión, uno de los túneles que supuestamente debía estar seco llevaba agua. De haber intentado vadear la corriente se hubiesen calado hasta los huesos, así que decidieron dar un rodeo.

Según el diagrama se encontraban muy cerca del túnel de acceso al observatorio. Por fin, llegaron a una puerta de acero que era similar a las compuertas que habían visto en los demás túneles. Solo había una diferencia. La superficie aparecía

levantada como la tapa de una lata de sardinas. Zavala se acercó para tocar el acero retorcido.

—Esta debe de ser la puerta que el gorila de Fauchard hizo volar.

Austin le indicó una de las líneas del diagrama.

—Estamos aquí. Tenemos que ir a la derecha. El observatorio está a unos ochocientos metros. Más nos valdrá mantener los ojos bien abiertos y hacer el menor ruido posible.

—Haré lo que pueda para que no me castañeteen los dientes, pero no te lo garantizo.

Las pullas eran engañosas. Ambos eran muy conscientes de los peligros que los acechaban, y su preocupación quedó demostrada cuando prepararon las armas. En cuanto entraron en el túnel principal, Austin le explicó la disposición del laboratorio. Le describió los edificios, la escalera que conducía al túnel del observatorio y la cámara de hielo donde estaba el cuerpo de Jules Fauchard.

Se acercaban a los edificios del laboratorio cuando Zavala comenzó a renquear. De nuevo le dolía la rodilla herida. Le dijo a Austin que siguiera, que lo alcanzaría en un par de minutos. Austin pensó en comprobar primero si había alguien en los edificios del laboratorio y alojamientos, pero no se veía luz alguna en las ventanas y dio por hecho que Emil y sus hombres estaban en el observatorio. Comprendió que se había equivocado cuando una puerta se abrió silenciosamente detrás de él y una voz de hombre le ordenó en francés que levantara las manos. Luego la voz añadió que se diera la vuelta, lentamente.

En la luz difusa, Austin vio una figura un tanto encorvada. Aunque el túnel estaba en penumbras, algunos rayos de luz se reflejaron en el arma que le apuntaba.

—Hola —dijo Sebastian, con un tono amable—. El amo Emil le estaba esperando.

El hostel de carretera fue para los Trout, que llevaban de viaje casi todo el día, como un oasis en medio del desierto. Se apresuraron a entrar en la casa, que era una vieja granja rehabilitada, y no tardaron mucho en sentarse a una de las mesas del elegante comedor que daba a un jardín. Aunque la parada había sido motivada por el hambre y la sed, resultó ser un golpe de suerte. No solo la comida era excelente sino que el apuesto propietario del hostel era el equivalente de la oficina de información de una cámara de comercio.

Escuchó a Paul y Gamay hablando en inglés y se acercó a la mesa para presentarse. Se llamaba Bertrand, Bert para los amigos, y había sido cocinero en Nueva York durante unos años antes de regresar a Francia para abrir su propio local. Estaba encantado con la ocasión de hablar inglés norteamericano y ellos respondieron amablemente a sus preguntas sobre Estados Unidos. Como aficionado de los Jets, le interesaba sobre todo el fútbol americano. Como francés, le intrigaba el nombre de Gamay.

—*C'est belle* —afirmó—. *C'est tres belle*.

—Fue idea de mi padre —le explicó ella—. Era un experto en vinos y el color de mis cabellos le recordaba el de las uvas de Beaujolais.

Bert miró con franca admiración el cabello de Gamay y su resplandeciente sonrisa.

—Su padre fue un hombre muy afortunado al tener una hija encantadora, y usted, señor Trout, lo es al tener una esposa tan bella.

—Muchas gracias —respondió Paul, y apoyó un brazo en los hombros de Gamay en un inconfundible gesto masculino que decía: «Se mira pero no se toca».

Bert sonrió en respuesta al sutil mensaje y recuperó su actitud profesional.

—¿Están aquí por negocios o es un viaje de placer?

—Un poco de las dos cosas —contestó Gamay.

—Somos propietarios de una pequeña cadena de vinaterías en la zona de Washington —añadió Paul. Era la tapadera que él y Gamay se habían inventado. Le entregó a Bert una de las tarjetas que habían impreso en una de las máquinas del aeropuerto en París—. Aprovechamos el viaje para encontrar algunas bodegas pequeñas que puedan ofrecernos algo especial para nuestros clientes más entendidos.

—Usted y su esposa han venido al lugar adecuado. —Bert dio un par de palmadas como si los aplaudiese—. El vino que beben es de una bodega cercana. Puedo presentarle al propietario.

Gamay bebió un sorbo.

—Un tinto robusto. Precoz y vivaz. Con un muy claro toque de frambuesa.

—Tiene una nota de picardía que me agrada —manifestó Paul—. Combina muy

bien con la nota de pimienta.

A los Trout les gustaba más la cerveza, y lo que sabían de vinos lo habían aprendido de las etiquetas, pero Bert asintió, complacido.

—Veo que son verdaderos expertos.

—Gracias —dijo Gamay—. ¿Tiene alguna otra bodega que nos pueda recomendar?

—Por supuesto. Muchas. —Bert escribió varios nombres en una servilleta de papel y se la dio a Paul.

—Alguien mencionó otra bodega —comentó Gamay—. ¿Recuerda el nombre, querido?

—¿Fauchard?

—Eso es. —Miró a Bertrand—. ¿Tiene algún vino de esa bodega en la carta?

—*Mon Dieu*. Nada me complacería más. Es un vino soberbio. La producción es muy limitada y la venden a un selecto grupo de clientes millonarios, la mayoría europeos y norteamericanos. Incluso si lo tuviese, el vino sería muy caro para mis clientes. Estamos hablando de un vino que se vende a mil dólares la botella.

—Vaya —dijo Gamay—. Nos encantaría visitar los viñedos Fauchard y ver la clase de uvas que pueden conseguir ese precio.

Bert vaciló y luego frunció el entrecejo.

—No está muy lejos de aquí, pero los Fauchard son... ¿Cómo les diría? Extraños.

—¿En qué sentido?

—No son muy sociables. Nadie los ve. —Levantó las manos—. Son una familia muy antigua y circulan historias.

—¿Qué clase de historias?

—Cosas de viejas. Los campesinos son supersticiosos.

Dicen que los Fauchard son *sangsues*. Chupasangres.

—¿Se refiere a vampiros? —preguntó Gamay, con una sonrisa.

—*Oui*. —Bert se echó a reír—. Creo que sencillamente poseen tanto dinero que siempre tienen miedo de que les roben. No son como las personas que viven aquí. Somos muy amistosos. Espero que los Fauchard no hagan que se lleven una mala impresión.

—Eso sería imposible después de disfrutar de su excelente comida y hospitalidad —manifestó Gamay, con mucha coquetería.

Bert no disimuló el placer ante el cumplido y, en otra servilleta, escribió las indicaciones para llegar hasta la finca de los Fauchard. Podrían echar una ojeada a los viñedos, pero los carteles de PROHIBIDO EL PASO les avisarían cuando se acercaran a sus tierras. Le dieron las gracias, se despidieron con besos y abrazos a la manera francesa y volvieron al coche. Gamay se echó a reír en cuanto se sentó.

—¿Un vino pícaro? No me puedo creer que fueses capaz de decirlo.

—Prefiero un vino pícaro a una añada precoz —replicó Paul con un tono altivo.

—Debes admitir que tenía un muy claro toque a frambuesas.

—Entonces tú la nota de pimienta —dijo Paul—. No creo que Bert hiciera mucho caso de nuestros sesudos comentarios. Estaba demasiado pendiente de ti. «Tiene un esposa tan bella» —repitió con un acento que pretendía imitar a Charles Boyer.

—Creo que era muy encantador —opinó Gamay con un mohín.

—Yo también, y estoy del todo de acuerdo en aquello que dijo sobre lo afortunado que soy.

—Eso me gusta. —Gamay consultó el mapa que Bert había dibujado en la servilleta—. Hay un desvío que lleva al castillo a unos quince kilómetros de aquí.

—Si hemos de hacer caso de Bert se parece mucho al castillo de Drácula.

—Por lo que dijo Kurt, *madame* Fauchard hace que Drácula se parezca a la madre Teresa.

Veinte minutos más tarde, circulaban por un camino de tierra entre ondulantes colinas y viñas cultivadas en terrazas.

A diferencia de los otros viñedos que habían dejado atrás, no había ningún cartel que identificara a los propietarios. En cambio, cuando dejaron atrás los campos y entraron en una zona boscosa, comenzaron a ver carteles en los árboles donde se avisaba en francés, inglés y castellano que estaban en una propiedad privada.

El camino se acababa en una reja con una cerca electrificada y con alambre de espino en la parte superior. Esta vez la advertencia del cartel en la entrada, escrita en tres idiomas, era mucho más severa. Avisaba a los intrusos de que si se aventuraban más allá se encontrarían con guardias armados y perros. La amenaza de daños físicos a las personas no autorizadas era muy clara. Paul leyó el cartel.

—Por lo visto Bert tenía razón en cuanto a los Fauchard.

No parecen precisamente personas que te reciban con los brazos abiertos.

—Oh, no lo sé —replicó Gamay—. Si miras por el espejo retrovisor, verás que han enviado a alguien a saludarnos.

Paul hizo lo que le había sugerido Gamay y vio la parrilla de un todoterreno negro Mercedes a través de la ventanilla trasera de su Peugeot de alquiler. El Mercedes les cerraba el camino. Dos hombres se bajaron del vehículo. Uno era bajo y fornido con la cabeza afeitada con forma de bala. Sujetaba la correa de un rottweiler de aspecto feroz que jadeaba mientras tironeaba de la correa. El segundo hombre era alto y moreno y tenía la nariz aplastada de un boxeador. Ambos vestían uniformes de camuflaje y llevaban pistolas.

El calvo se acercó a la puerta del conductor y habló en francés, un idioma del que Paul solo comprendía unas pocas palabras, pero no tuvo ningún problema para entender la orden de que saliera del coche. Gamay, en cambio, lo hablaba con fluidez. Cuando el hombre que sujetaba al perro le preguntó qué hacían allí, le dio una de las tarjetas, sacó la servilleta que le había dado Bert y le mostró la lista de bodegas. El hombre leyó los nombres.

—Esta es la finca Fauchard. El lugar que buscan está por allí —dijo, y señaló la dirección.

En el rostro de Gamay apareció una expresión airada.

Comenzó a hablar rápidamente en francés al tiempo que señalaba a Paul con grandes aspavientos. Los guardias se echaron a reír al escucharla. Cabeza de Bala recorrió el cuerpo de Gamay con una mirada rayana en la lujuria. Ella le respondió a su descarado interés con una sonrisa seductora. Luego él, su compañero y el perro subieron al Mercedes. Apartaron el vehículo del camino para que Paul pudiera salir. En cuanto dieron la vuelta, Gamay agitó una mano para despedirse de los guardias, que devolvieron calurosamente el saludo.

—Al parecer nos hemos encontrado con Marcel, el *skinhead* amigo de Marcel —dijo Trout.

—Desde luego encaja a la perfección de tipo siniestro.

—Se mostró mucho más amable de lo que esperaba —comentó Paul—. Conseguiste que hasta el perro sonriera. ¿Qué le dijiste?

—Les dije que eras un idiota, incapaz de interpretar un mapa, y que tú eras el único responsable de que nos hubiésemos perdido.

—Vaya. ¿Qué respondió el pelado?

—Dijo que estaría encantado de enseñarme el camino.

Creo que estaba ligando conmigo.

Trout la miró de reojo.

—Esta es la segunda vez que utilizas tus encantos femeninos. Primero con Bert, y luego con Cabeza de Bala y su chucho.

—Todo vale en la guerra y el amor.

—No es la guerra lo que me preocupa. Todos los franceses que nos cruzamos ponen cara de querer llevarte a la cama.

—Oh, calla. Le pregunté si podíamos recorrer los viñedos. Dijo que podíamos, pero que nos mantuviéramos apartados de la cerca.

Paul giró por el primer camino y siguieron su marcha entre las viñas. Después de unos minutos, detuvieron el coche cerca de un grupo de trabajadores que descansaban a la vera del camino. Era casi una docena de trabajadores de piel oscura que conversaban con un hombre que parecía ser el encargado. Gamay los presentó como bodegueros norteamericanos. El hombre frunció el entrecejo cuando le explicó que Marcel les había autorizado a recorrer los viñedos.

—Ah, ese —exclamó el hombre con expresión ceñuda. Se presentó como Guy Marchand y dijo que era el capataz del grupo—. Son senegaleses. Saben trabajar, así que nos llevamos bien.

—Comimos en el hostel y hablamos con Bernard —le explicó Gamay—. Nos comentó que el vino que se produce aquí es de primera calidad.

—*Oui. C'est vrai.* Vengan, les enseñaré las viñas.

Le ordenó a los hombres que volvieran al trabajo y llevó a los Trout por uno de los caminos. Era muy conversador y se le veía entusiasmado con su trabajo, así que la pareja no tuvo necesidad de fingir que eran unos expertos. Se limitaron a asentir

mientras Guy hablaba de la tierra, el clima y las uvas. Se detuvo junto a una de las parras, arrancó unas cuantas uvas y se las dio a Paul y Gamay. Apretó las uvas hasta reventarlas, las olió y probó el zumo con la punta de la lengua. Ellos lo imitaron, y expresaron su placer. Regresaron al camino donde los trabajadores estaban volcando los cestos en la caja de un camión.

—¿Dónde embotellan el vino? —preguntó Paul.

—En la finca —contestó Guy—. *Monsieur* Emil lleva un estricto control de cada botella.

—¿Quién es *monsieur* Emil? —preguntó Gamay.

—Emil Fauchard es el propietario de estos viñedos.

—¿Cree que es posible ver a *monsieur* Emil?

—No. Supongo que tendrían que pedir una cita.

—¿Usted nunca lo ve?

—Oh, sí, lo vemos —respondió el capataz.

Miró y señaló hacia arriba.

Los Trout miraron el cielo, desconcertados.

—No lo entiendo —dijo Gamay.

—Vuela con su pequeño avión rojo sobre los viñedos para inspeccionarlos.

Guy les explicó que Emil se encargaba personalmente de fumigar las viñas, y que en una ocasión había rociado con el pesticida a un grupo de trabajadores. Algunos habían enfermado de gravedad y habían tenido que llevarlos al hospital.

Todos era inmigrantes ilegales, así que no habían presentado ninguna reclamación, pero Marchand había amenazado con renunciar y a los trabajadores les habían dado una muy generosa indemnización. Le habían dicho que había sido un accidente, aunque era obvio por el tono de voz que creía que había sido un acto intencionado de Emil. Sin embargo, como los Fauchard le pagaban bien, se calló.

Mientras Marchand les relataba todo esto, los trabajadores habían acabado de cargar el camión. Paul miró cómo el camión se alejaba por el camino de tierra. Después de recorrer casi medio kilómetro, dobló a la izquierda para ir a la verja en la cerca electrificada. Como pescador, Paul tenía muy buen ojo para los detalles y vio a una pareja de guardias que estaban delante de la verja. El camión aminoró la marcha, los guardias le autorizaron la entrada y cerraron la verja. Paul apoyó una mano en el hombro de Gamay.

—Creo que ya es hora de irnos.

Le dieron las gracias a Marchand, subieron al coche y volvieron a la carretera que los llevaría fuera de los viñedos.

—Una conversación interesante —comentó Gamay—. Emil parece tan encantador como lo describió Kurt. —Paul se limitó a gruñir. Su esposa estaba acostumbrada a la naturaleza a veces taciturna de Paul, un rasgo que había heredado de sus antepasados de Nueva Inglaterra, pero comprendió que había algo más en aquel gruñido—. ¿Pasa algo?

—Estoy bien. El relato del «accidente» me ha hecho recordar todos los sufrimientos que han provocado Emil y su familia. Son los responsables de la muerte del doctor MacLean, de sus colegas científicos, y de aquel inglés, Cavendish. ¿Quién sabe cuántos más han matado a lo largo de los años?

—Pues yo no consigo olvidar a aquellos pobres mutantes.

Tuvieron que padecer una muerte en vida.

Paul descargó una sonora palmada contra el volante.

—Hace que me entren ganas de darle a alguien un puñetazo en la nariz.

Gamay se sorprendió ante este desacostumbrado estallido. Enarcó las cejas.

—Tendremos que encontrar la manera de pasar la cerca y eludir a los guardias antes de que podamos comenzar a repartir puñetazos.

—Eso puede ser antes de lo que piensas —manifestó Paul con una sonrisa, y comenzó a detallarle su plan.

Sebastian cacheó a Austin sin miramientos, le quitó la pistola, y después le ordenó que caminara hacia la escalera. La subieron y caminaron por el pasillo hasta la escalerilla de madera que les permitió acceder a la caverna de hielo. Un fuerte siseo salía de la caverna y una nube de vapor oscurecía la entrada.

Austin cerró los ojos para protegerlos del vapor y cuando los abrió de nuevo vio una silueta en la bruma.

El guardaespaldas llamó a la figura. Emile Fauchard salió de la nube de vapor como un mago que hace su entrada en el escenario. En cuanto vio a Austin, sus labios se contorsionaron en una mueca de rabia y sus pálidas facciones adoptaron la expresión de una máscara de la furia griega. La cólera le quemaba por dentro y apenas si podía contenerla. Luego solo quedó en su rostro el esbozo de una sonrisa de una crueldad indescriptible. Cerró la boquilla de la manguera y el vapor se disipó.

—Hola, Austin —dijo con una voz cortante—. Sebastian y yo esperábamos tener la ocasión de verle de nuevo después de que se marchara de la fiesta de disfraces sin despedirse.

Pero debo admitir que esperaba que fuera usted al castillo para rescatar a su amiga.

—No podía resistirme a su encanto de serpiente —replicó Austin con un tono sereno—. Tampoco le di las gracias por haberme prestado su avión. ¿Por qué mató a Lessard?

—¿Quién?

—El supervisor de la planta.

—Dejó de ser útil en cuanto acabó de vaciar los túneles.

—Permití que viviera hasta el último momento, y dejé que creyera que podría parar la turbina y conseguir que viniera ayuda del exterior. —Fauchard se echó a reír al recordarlo.

Austin sonrió como si apreciara el humor negro de Emile.

Había tenido que apelar a toda su disciplina para resistir al fatal impulso de destrozar al francés. Prefirió esperar, consciente de que no estaba en posición de tomarse la revancha.

—Vi el hidroavión en el lago. En esta época hace mucho frío para bucear.

—Le agradezco su preocupación. El Morane-Saulnier estaba exactamente donde nos dijo.

Austin miró en derredor.

—Se tomó muchas molestias para inundar este lugar.

¿Por qué lo ha vuelto a vaciar?

Fauchard frunció el entrecejo.

—En aquel momento queríamos mantener a Jules apartado de las miradas curiosas del mundo.

—¿Por qué cambió de opinión?

—Mi madre quería recuperar el cuerpo de Jules.

—No sabía que la familia Fauchard se mostrara tan sentimental con sus muertos.

—Hay muchas cosas que no sabe de nosotros.

—Me alegra poder estar presente en su vuelta. ¿Cómo está el hombre?

—Véalo usted mismo —dijo Emile, y se apartó.

Habían derretido y cortado una parte de la pared para crear una gruta azul. Jules Fauchard yacía en una tarima como un sacrificio humano al dios del glaciar. El cuerpo estaba de lado, en posición fetal. Aún llevaba el grueso chaquetón de cuero, los guantes, y las botas negras brillaban como si las hubiesen acabado de lustrar. Llevaba el arnés del paracaídas, pero el paracaídas había sido arrancado por las poderosas fuerzas del glaciar. El cadáver había estado aprisionado en el hielo durante casi un siglo y el frío lo había conservado perfectamente. La piel del rostro y las manos tenían el color del cobre pulido y el grueso mostacho estaba cubierto de escarcha.

La nariz aguileña y la barbilla puntiaguda del rostro helado se correspondían con las facciones del hombre que había visto pintado en la galería de retratos del castillo. Austin prestó una atención especial al agujero en el casco de cuero.

—Es todo un detalle por parte de la familia haberle hecho a Jules un regalo de despedida. Confirma el sentimentalismo que mencionó.

—¿De qué está hablando?

Austin le señaló el agujero.

—La bala en la cabeza.

—Jules iba a reunirse con un emisario del Papa cuando lo derribaron —dijo Emil—. Llevaba documentos que demostraban la complicidad de la familia en el estallido de la Gran Guerra. También quería ofrecer al mundo un descubrimiento científico que hubiese beneficiado a toda la humanidad. Confiaba en evitar la guerra con sus acciones.

—Unas metas muy loables y poco frecuentes en un Fauchard —opinó Austin.

—Estaba loco. Aquí es donde lo condujo su altruismo.

—¿Qué pasó con los documentos que llevaba?

—No tienen ninguna utilidad. El agua los deshizo.

—Entonces todo esto no ha sido más que un gran pérdida de tiempo.

—En absoluto. Ha servido para traerlo aquí y deseará haberse quedado en las catacumbas del castillo cuando acabe con usted. —Emil le señaló los bordes dentados de la abertura del nicho—. ¿Lo ve? El hielo comienza a cerrarse. Dentro de unas pocas horas, la tumba quedará sellada de nuevo. El único cambio será que esta vez estará usted dentro. Le hará compañía a Jules.

La mente de Austin funcionaba a gran velocidad.

¿Dónde demonios estaba Zavala?

—Creía que su madre deseaba recuperar el cadáver.

—¿A mí qué me importa del cadáver? Mi madre no estará siempre al mando. Pretendo dirigir a los Fauchard en la tarea de conseguir sus mayores logros. Basta de charla. No pienso seguir tolerando sus patéticos esfuerzos por retrasar lo inevitable, Austin. Robó mi aeroplano y lo trató sin el menor cuidado, y me ha causado una infinidad de problemas. Vamos, póngase junto a Jules.

Austin no se movió de donde estaba.

—A su familia no le importó un bledo que la acusaran de haber propiciado la guerra. Era un secreto a voces que usted y los demás fabricantes de armas deseaban que estallara el conflicto. En cambio le interesaba algo mucho más importante que cualquier guerra. Jules llevaba la fórmula de la eterna juventud.

Una expresión de sorpresa apareció por un instante en el rostro de Emile.

—¿Qué sabe usted?

—Sé que los Fauchard acabarán con cualquiera que se interponga en su camino para obtener la inmortalidad. —Miró el cadáver congelado de Jules—. Incluso un miembro de la familia se convierte en algo superfluo cuando se trata de la fuente de la juventud.

Emil observó el rostro del hombre de la NUMA con mucha atención.

—Usted es una persona inteligente, Austin. ¿No cree que el secreto de la vida eterna es algo por lo que vale la pena matar?

—Sí —respondió Austin con una sonrisa lobuna—. Si usted es el muerto.

—Su pátina de civilización comienza a mellarse —afirmó Emil con una risita—. Piense en las posibilidades. Una élite de inmortales poseedores de la sabiduría de los siglos podrían gobernar el mundo. Seríamos como dioses para aquellos que seguirán siendo mortales.

Austin miró al guardaespaldas de Emil.

—¿Qué me dice de Sebastian? ¿Encaja en el grupo de los elegidos, o se unirá al resto de los mortales?

La pregunta pilló a Emil por sorpresa.

—Por supuesto —contestó tras un breve titubeo—. La lealtad de Sebastian le granjeará un lugar en mi panteón.

El hombre abrió la boca como si fuese a responder pero no dijo nada. Había percibido el titubeo en la voz de Emil y la confusión se reflejaba en su rostro.

Austin aprovechó la oportunidad para profundizar la duda.

—No cuente con vivir para siempre, Sebastian. La madre de Emil quiere que lo eliminen.

—Miente —gritó Emile.

—¿Qué necesidad tengo de mentir? Su jefe quiere matarme, no importa lo que yo diga. *Madame* Fauchard me dijo en el baile de disfraces que le había ordenado a Emil que lo matara. Ambos sabemos que Emil siempre obedece las órdenes de su madre.

En el rostro del guardaespaldas apareció una expresión de duda. Emil se dio cuenta de que estaba perdiendo el control de la situación.

—Dispárale en los brazos y las piernas —ordenó—. Asegúrate de que no lo matas. Quiero que suplique por su vida.

Sebastian no hizo caso de la orden.

—Todavía no —dijo—. Quiero escuchar un poco más.

Emil soltó una maldición y le arrebató la pistola a Sebastian. Apuntó a la rodilla de Austin.

—Muy pronto descubrirá que su vida se ha hecho eterna...

La agucia de Austin para volver a Sebastian en contra de Emil le había permitido ganar un poco de tiempo, pero había acabado por fracasar, tal como esperaba. El vínculo entre amo y criado era demasiado fuerte como para romperse por causa de unas pocas dudas. Se preparó para el terrible dolor.

Sin embargo, en lugar del estruendo del disparo, escuchó un fuerte siseo que provenía del pasillo fuera de la caverna de hielo. Luego una nube de vapor llenó el recinto.

Emil había vuelto la cabeza en un movimiento reflejo hacia la fuente del sonido. Austin se abalanzó sobre él y descargó un tremendo puñetazo en el plexo solar. El aire escapó bruscamente de los pulmones de Emil y se le aflojaron las piernas. La pistola escapó de su mano.

Sebastian reaccionó al ver que atacaban a su amo, e intentó sujetar a Austin por el cuello. En lugar de esquivarlo, Austin se le echó encima y con la palma de la mano le dio en la barbilla. Mientras el guardaespaldas intentaba recuperar el equilibrio, Austin lo apartó de un empujón y luego corrió a través de la ardiente nube de vapor. Escuchó la voz de Zavala.

—¡Kurt, estoy aquí!

Zavala estaba en el pasillo con una manguera entre las manos que lanzaba agua caliente contra las paredes para crear la nube que entraba en la caverna de hielo. Zavala dejó caer la manguera, sujetó a Austin y lo guio a través de la nube. Escucharon los gritos de rabia que profería Emil.

Las balas volaron por el pasillo. Austin y Zavala bajaban la escalera y los proyectiles pasaron muy alto por encima de sus cabezas. Al escuchar los disparos, el resto de los hombres de Fauchard salieron del edificio del laboratorio. Vieron a los hombres de la NUMA y se lanzaron a la persecución. Mientras avanzaban por el túnel, Zavala efectuó dos rápidos disparos para que los perseguidores se dieran cuenta de que no eran presas fáciles. Aún le dolía la rodilla, pero avanzaba a buen paso, y llegaron a la compuerta que había volado Sebastian. Se lanzaron a través de la abertura un segundo por delante de la lluvia de balas.

Austin buscó en los bolsillos el mapa de los túneles. No lo tenía. Entonces recordó que lo había dejado en el Citroen.

Tenían que llegar al coche. Se imaginó el sistema. El flujo en los túneles se podía

manipular de la misma manera que los impulsos eléctricos en un circuito.

Emprendieron el camino de regreso al Citroen, y al punto se detuvieron al escuchar el eco de las voces en el túnel que tenían delante. Austin se desvió por otro y la pareja consiguió llegar al túnel correcto después de un largo rodeo. Sin embargo el rodeo les había representado la pérdida de unos minutos preciosos que dieron tiempo a Fauchard a organizar la cacería, y Austin no se sorprendió cuando oyó el eco siniestro de la voz de Emil que exhortaba a sus hombres.

Austin y Zavala habían avanzado hasta ahora con una rapidez moderada por la precaución, pero ahora aceleraron el paso en un trayecto lleno de vueltas y revueltas. Austin se guiaba por el instinto, confiando en la brújula mental y los recuerdos del diagrama.

No obstante, a pesar de su gran sentido de la orientación, los continuos desvíos acabaron por despistarlo totalmente.

La voz de Emil sonaba cada vez más cerca. Austin comenzaba a desesperar cuando llegaron a un cruce de cuatro túneles.

Miró a uno y otro lado.

—Esto me resulta conocido —señaló Zavala.

—Estamos cerca de la cabina de control —dijo Austin.

Entraron en el túnel de la derecha, que los llevaría al lugar donde estaba Fifi, y tuvieron que detenerse cuando solo habían avanzado unos pocos metros. Unas ásperas voces masculinas venían en su dirección. Corrieron de regreso al cruce e intentaron seguir recto, pero se encontraron con una compuerta que les cerraba el paso. Una vez más, volvieron al cruce. El lejano sonido de unas pisadas sonaba en el túnel de la izquierda.

—Estamos rodeados —anunció Zavala.

Un plan desesperado comenzó a formarse en la mente de Austin. Se volvió hacia el túnel de la izquierda. Zavala no se movió.

—Espera, Kurt. Los gorilas de Fauchard se acercan por ese lado.

—Tienes que confiar en mí. No podemos perder ni un segundo.

Zavala se encogió de hombros y echó a correr detrás de Austin por el túnel en penumbras. Mascullaba en español cada vez que cruzaban un charco. Había trabajado con Austin en muchas misiones desde que había entrado a formar parte del equipo de operaciones especiales de la NUMA, y tenía la más absoluta confianza en el juicio de Austin. Así y todo, había momentos, como el presente, cuando la conducta de Austin parecía del todo irracional, que dicha confianza se veía sometida a una muy dura prueba.

Zavala ya se veía chocando contra los matones de Fauchard en un versión letal de aquellas escenas de las películas mudas de ladrones y policías. Contra todo pronóstico llegaron a la cabina de control sin impedimentos y subieron por la escalerilla hasta la pasarela. Los hombres de Fauchard aparecieron en aquel mismo momento en el túnel y gritaron en señal de triunfo al ver que los tenían acorralados.

Sin pensárselo dos veces abrieron fuego contra la cabina.

Las balas zumbaban y rebotaban en la pasarela metálica y el eco en las paredes del túnel hacían que el ataque sonara como un segundo desembarco en Normandía. Austin se zambulló en la cabina, arrastró a Zavala al interior y cerró la puerta. El resto de los hombres de Fauchard, al escuchar los disparos, llegaron a la carrera y se sumaron al tiroteo. Dispararon centenares de balas contra la cabina. Los cristales de las ventanas desaparecieron convertidos en añicos y la lluvia de plomo amenazó con perforar las paredes de acero.

Austin se arrastró sobre los fragmentos de cristal que cubrían el suelo, se puso de rodillas y, sin levantar la cabeza, comenzó a apretar las teclas del panel de control. Un diagrama del sistema de túneles apareció en la pantalla. El estrépito de las balas contra la cabina era ensordecedor y Austin intentó mantener la concentración. Escribió varias órdenes y se sintió gratificado al ver cómo cambiaban los colores en el diagrama.

Zavala amagó levantarse con la intención de hacer un par de disparos, pero Austin se lo impidió.

—Te volarán la cabeza —gritó por encima del ruido de las detonaciones.

—Lo prefiero a que me vuelen el trasero —replicó Zavala.

—Espera —dijo Austin.

—¿Esperar? ¿A qué?

—A la gravedad.

La respuesta de Zavala se perdió al sonar una nueva andanada. Luego los disparos cesaron bruscamente y escucharon la voz burlona de Emil.

—¡Austin! ¿Usted y su amigo están disfrutando del panorama?

Austin se llevó un dedo a los labios. Al ver que Austin no le respondía, Emil continuó con la provocación.

—No me diga que es tímido. Quiero que escuche los planes que mi madre tiene para su amiga. Le haré un estiramiento facial. No la reconocerá cuando acabe con la operación.

Austin ya estaba harto de Fauchard. Le hizo un gesto a Zavala para que le diera la pistola y se acercó a una de las ventanas. Sin hacer caso de su propio consejo, apretó lentamente el gatillo hasta que solo faltó una mínima presión para el disparo, se asomó como un títere, disparó una vez y se agachó. Se había guiado por la voz de Fauchard, pero erró el blanco. Fauchard y sus hombres corrieron a ponerse a cubierto. En cuanto vieron que no volvían a dispararles, hicieron fuego a placer.

—Esta vez has conseguido cabrearlos —gritó Zavala.

—Emil comenzaba a irritarme.

—¿Le has dado?

—¿A Emil? No. Tampoco le di a Sebastian. Pero me cargué al tipo que estaba a su lado.

—Eso ha sido desafortunado —opinó Zavala—. Sin embargo, diría que es una

estrategia brillante. Quizá se queden sin municiones.

Las balas comenzaban a perforar el suelo de la cabina.

Austin comprendió que necesitaba interrumpir los disparos y ganar tiempo.

—¿Tienes un pañuelo blanco? —le preguntó a Zavala.

—No parece el mejor momento para soplarse la nariz —dijo Zavala, que se encogió para evitar el rebote de un proyectil. Vio la expresión grave de su amigo y comprendió que no era una broma—. Tengo mi pañuelo mexicano. —Sacó del bolsillo trasero un pañuelo rojo y se lo dio.

—Ya me vale. —Austin ató el pañuelo al cañón de la pistola.

Asomó la improvisada bandera por el hueco de la puerta y la agitó.

Cesaron los disparos. La risa aguda de Emil se escuchó con toda claridad.

—¿Qué es ese trapo, Austin? No soy un toro dispuesto a dejarse incitar por sus payasadas.

—No tengo una bandera blanca —gritó Austin.

—¿Una bandera blanca? ¿No me diga que usted y sus amigos están preparados para enfrentarse a su destino?

Austin escuchó con atención. Le pareció escuchar un rumor lejano, como el de las olas en la playa, pero aún estaba un poco sordo por los disparos y no podía estar seguro.

—No me ha entendido, Fauchard. No estoy dispuesto a rendirme.

—Entonces, ¿por qué está agitando ese ridículo trozo de tela?

—Quería despedirme de ustedes antes de que pase el tren.

—¿Se ha vuelto loco, Austin?

El susurro se había convertido un tronar sordo.

Emil ordenó que volvieran a disparar.

Las balas eran como una granizada que iba en aumento.

La concentración del fuego estaba consiguiendo perforar las paredes. En cuestión de minutos, la cabina no sería más que un colador.

Entonces los disparos se interrumpieron sin más.

Los pistoleros habían percibido la vibración. Ahora, con las armas en silencio, escucharon aquello que sonaba como una tormenta eléctrica.

Austin se levantó y salió a la pasarela. Emil parecía intrigado. Entonces vio a Austin que lo miraba y comprendió que lo habían vencido.

—Por esta vez ha ganado, Austin —gritó, al tiempo que agitaba un puño en señal de desafío—, pero no crea que no volverá a cruzarse con los Fauchard.

Austin le dedicó una sonrisa, volvió a la cabina, se sujetó a una de las patas metálicas de la mesa de la consola y le dijo a Zavala que hiciera lo mismo.

Emil le gritó un último insulto, antes de dar media vuelta y echar a correr junto con sus hombres. Sebastian iba el último.

Ya era demasiado tarde.

Segundos más tarde, el torrente alcanzó a Fauchard y a sus hombres con una

explosión de agua azul que los barrió como una escoba gigante. Las cabezas asomaron por un instante en la espuma helada, en medio de un desesperado agitar de brazos. El rostro de Sebastian era una mancha blanca contra el agua oscura. Después él también desapareció con el resto.

A diferencia de la vez anterior, cuando Austin y Zavala no se habían mojado ni una gota en el interior de la cabina intacta, esta vez la riada entró por los huecos de las ventanas, inundó el recinto y amenazó con llevárselos. Se sujetaron a las patas con todas sus fuerzas.

Cuando ya creían que los pulmones les estallarían, la fuerza de la ola aminoró y el agua comenzó a bajar.

Se levantaron con las piernas que apenas los sostenían y asomaron las cabezas por una de las ventanas. Zavala miró la corriente que pasaba por debajo de sus pies, con una expresión de asombro en su rostro moreno.

—¿Cómo has sabido que entraba la marea?

—Abrí y cerré unas cuantas compuertas en otra parte del sistema y desvié el agua hacia aquí.

—Espero que Fauchard y sus amigotes estén bien remojados —dijo Zavala con una sonrisa.

—Creo que a estas alturas ya se han ido por las cloacas.

Milagrosamente, el panel de control estaba en un lugar seguro y no había sufrido daños. Austin dio más órdenes.

El nivel del agua continuó descendiendo hasta que solo quedó un arroyuelo. Los dos amigos estaban helados. Tenían que salir de los túneles y llegar a algún lugar seco y caliente antes de que comenzaran a notar los efectos de la hipotermia.

Abandonaron la cabina. Esta vez, nadie intentó detenerlos.

Avanzaron por los túneles sin tener idea de si seguían la dirección correcta. Les castañeteaban los dientes. Las pilas de las linternas comenzaban a agotarse, pero continuaron caminando porque no tenían otra alternativa. Cuando ya estaban a punto de darse por vencidos, vieron un objeto delante.

—¡Fifi! —gritó Zavala, alborozado.

La ola había arrastrado al Citroen y ahora estaba apoyado contra una de las paredes. Estaba cubierto de fango y lleno de abolladuras. Austin abrió una puerta. El mapa flotaba en un palmo de agua acumulada en el suelo. La llave seguía en el contacto. Intentó arrancar pero el motor no respondió. Zavala levantó el capó y al cabo de un minuto le dijo a Austin que probara de nuevo.

Esta vez el motor arrancó. Zavala subió al coche.

—Se había soltado uno de los cables de la batería.

Estuvieron dando vueltas durante media hora antes de descubrir el lugar donde estaban, y luego otra media hora en recorrer el camino de regreso. Fifi funcionaba con los vapores de gasolina que le quedaban en el tanque cuando vieron un resplandor gris, y un par de minutos más tarde salieron de la montaña.

—¿Adónde vamos? —preguntó Zavala.
Austin no tuvo que pensar la respuesta.
—Al castillo de los Fauchard.

Skye era una niña pequeña cuando su padre la llevó a la catedral de Notre Dame y vio su primera gárgola. La cara grotesca que miraba desde las almenas parecía un monstruo escapado de sus peores pesadillas. Se había calmado después de que su padre le hubiese explicado que las gárgolas no eran más que desagües. Skye se había preguntado por qué unos escultores con tanto talento no podían hacer cosas bellas, pero se había olvidado de sus temores infantiles. Ahora, cuando abrió los ojos, la gárgola de sus pesadillas había reaparecido, y lo que era todavía peor, le hablaba.

—Bienvenida, *mademoiselle* —dijo la boca cruel casi pegada a su rostro—. La echábamos a faltar.

El rostro era el de Marcel, el hombre con la cabeza con forma de bala que estaba al mando del ejército privado del castillo Fauchard.

—Volveré dentro de quince minutos —añadió Marcel—. No me haga esperar.

Skye cerró los ojos y procuró dominar las náuseas que la sacudían. Cuando los abrió de nuevo, Marcel había desaparecido.

Miró en derredor. Vio que estaba en la misma habitación donde se había vestido con el disfraz de gato para el baile de máscaras. Recordó el momento en que caminaba hacia su casa. Se esforzó un poco más y recordó a la pareja de norteamericanos que se le habían acercado, el pinchazo en la nalga y el desmayo.

Dios bendito, la habían secuestrado.

Se sentó en la cama y apoyó los pies en el suelo. Notaba un regusto metálico en la boca, probablemente los restos del sedante que le habían inyectado para dejarla inconsciente. Respiró profundamente y se puso de pie. La habitación comenzó a dar vueltas. Caminó tambaleante hasta el baño y vomitó.

Se miró en el espejo y a duras penas se reconoció. Estaba muy pálida y despeinada. Se sintió mejor después de lavarse la boca y refrescarse el rostro con agua fría. Se peinó con los dedos y se alisó las prendas lo mejor que pudo.

Ya estaba lista cuando unos pocos minutos más tarde Marcel abrió la puerta sin llamar y le indicó con un gesto que lo siguiera. Caminaron por los largos pasillos y pasaron por la galería de retratos. Buscó el retrato de Jules Fauchard, pero había desaparecido y ahora solo quedaba un espacio vacío.

Después llegaron al despacho de *madame* Fauchard.

Marcel la miró con una sonrisa burlona. Luego golpeó la puerta con los nudillos y la abrió. Hizo pasar a Skye. La joven vio que no estaba sola. Una mujer rubia ocupaba la silla de *madame* Fauchard. Le daba la espalda y miraba a través de la ventana. Se volvió al escuchar el chasquido de la puerta al cerrarse y miró a Skye.

La mujer rondaba los cuarenta, tenía la piel tersa y los ojos grises. Entreabrió los labios carnosos y sensuales.

—Buenas tardes, *mademoiselle*. Esperábamos con ansias su regreso. Se marchó usted de una forma tan intempestiva.

A Skye le flaquearon las piernas. Se preguntó si aún estaría sufriendo algún efecto secundario del sedante.

—Siéntese —dijo la mujer, y le señaló una silla delante de la mesa.

Skye obedeció como si fuese una autómatas. La mujer la miró con una expresión divertida.

—¿Qué pasa? Parece distraída.

Más que distraída, Skye estaba absolutamente desconcertada. La voz que salía de la boca de la mujer era la de *madame* Fauchard. Ya no era la voz típica de los ancianos, pero el tono era inconfundible. Se le ocurrieron las explicaciones más disparatadas. ¿Racine tenía una hija? Quizá estaba delante de una excelente ventrílocua. Por fin, encontró su propia voz.

—¿Es esto un truco?

—En absoluto. Lo que ve es lo que hay.

—¿*Madame* Fauchard? —preguntó Skye, incrédula.

—La que viste y calza, querida —respondió la mujer con una sonrisa pícaras—. Solo que ahora soy joven y usted es vieja.

Skye no acababa de creérselo.

—Tendrá que darme el nombre de su cirujano plástico.

La furia brilló por un instante en los ojos de la mujer. Se levantó de la silla y caminó alrededor de la mesa con una gracia felina. Se inclinó para coger la mano de Skye y la apoyó en una de sus mejillas.

—Dígame si esto le parece el trabajo de un cirujano plástico.

La carne era cálida y firme, y la piel era tersa sin la más mínima arruga.

—Imposible —susurró Skye, atónita.

Madame Fauchard le soltó la mano y volvió a su silla. Levantó las manos y separó bien los dedos para que Skye viera que ya no los tenía deformados.

—No se asuste. No se ha vuelto loca. Soy la misma persona que los invitó a usted y al señor Austin a la fiesta de disfraces. Espero que él esté bien.

—No lo sé —respondió Skye, recelosa—. Hace días que no le veo. ¿Cómo...?

—¿Cómo me convertí de una vieja arpía en una joven belleza? —dijo la mujer, con una mirada soñadora—. Es una historia muy, muy larga. No lo hubiese sido tanto si Jules no se hubiese llevado el casco. —Pronunció el nombre con odio—. Nos hubiésemos ahorrado décadas de investigaciones.

—No lo entiendo.

—Usted es una experta en armas antiguas. Dígame lo que sabe del casco.

—Es muy antiguo. Calculo que tendrá unos quinientos años o quizá más. El acero es de una calidad extraordinaria.

Es probable que utilizaran el hierro extraído de un meteorito.

—Muy bien —manifestó *madame* Fauchard—. El casco lo hicieron con el metal

extraído de un meteorito y su dureza salvó la vida de más de un Fauchard en los campos de batalla.

A lo largo de los siglos fue fundido para hacer otro y siempre perteneció a los verdaderos jefes de los Fauchard. Es mío por derecho propio, no de mi hermano Jules.

Las palabras tardaron un segundo en calar, pero cuando lo hicieron, Skye exclamó:

—¡Su hermano!

—Así es. Jules era un año menor que yo.

Skye intentó hacer el cálculo, pero la cabeza le daba vueltas ante la increíble revelación.

—En ese caso usted tendría...

—Nunca le pregunte la edad a una dama —le interrumpió *madame* Fauchard, con una sonrisa lánguida—. En cualquier caso, le evitaré la molestia. Soy centenaria.

La muchacha sacudió la cabeza.

—No me lo creo.

—Me duele su escepticismo —afirmó la mujer, aunque su expresión la desmentía—. ¿Quiere conocer los detalles?

Skye estaba dividida entre la curiosidad científica y la repulsión.

—Vi lo que le sucedió a Cavendish por saber demasiado de sus actividades.

—Lord Cavendish era un pesado además de un charlatán incorregible. No es ese su caso, querida. Cuando llegue a mi edad, aprenderá a ver las cosas en perspectiva. Muerta no me servirá de nada. El cebo vivo siempre es mucho más efectivo.

—¿Cebo? ¿Para qué?

—No para qué. Para quién. Para Kurt Austin, por supuesto.

Poco después de las cinco de la tarde, los trabajadores de los viñedos Fauchard dieron por acabada la jornada que habían comenzado con el alba. Mientras los hombres emprendían el camino de regreso a los barracones, una flota de camiones cargados con uvas circulaban por los caminos en dirección a la verja. Un guardia miraba pasar los camiones que iban hasta un cobertizo donde descargaban las uvas.

En el momento en que el conductor del último camión se detuvo para esperar su turno, dos figuras saltaron de la caja y corrieron a ocultarse en el bosque. Después de comprobar que nadie los había visto, Austin y Zavala se limpiaron la tierra de las prendas e intentaron quitarse las manchas de zumo de uva que les teñía los rostros y las manos, pero solo consiguieron extenderlas. Zavala escupió restos de tierra.

—Es la última vez que dejo que Paul me convenza para participar en uno de sus enloquecidos planes. ¡Parecemos una mancha con patas!

—Debes admitir que es la obra de un genio —replicó Austin, muy ocupado en quitarse las hojas enredadas en el pelo—. ¿Quién podría imaginar que nos presentaríamos disfrazados de racimos?

El plan de Paul era de una simplicidad engañosa. Él y Gamay habían hecho una segunda visita a los viñedos. Esta vez con Austin y Zavala acurrucados en el asiento trasero. Habían buscado a Marchand, el capataz al que habían conocido en la primera visita. Mientras conversaban, uno de los camiones se había detenido delante del coche. Austin y Zavala habían esperado a que cargaran el camión, y después habían abandonado el coche para subir al camión y ocultarse entre las uvas.

El bosque parecía sacado de una novela de Tolkien. Austin llevaba un artilugio que hubiese provocado la envidia del mago Gandalf. El diminuto aparato de GPS los situaría a unos pocos metros del castillo. Emplearon una brújula para orientarse en las primeras etapas del recorrido y emprendieron la marcha hacia la fortaleza.

En el bosque abundaban los arbustos espinosos y una maleza muy crecida, como si los Fauchard hubiese extendido su malevolencia a la vegetación que rodeaba la casa ancestral.

A medida que se acercaba el ocaso, la oscuridad iba en aumento. La falta de luz aumentaba las dificultades de la marcha. Tropezaban con las raíces, y las espinas se les enganchaban en las ropas. Por fin encontraron un sendero que los llevó a otros que parecían ser muy frecuentados. Austin consultaba una y otra vez el GPS, y el aparato demostró su utilidad cuando vio entre los árboles el resplandor de las torres iluminadas del castillo.

Se detuvieron en el linde del bosque para observar al único guardia que hacía la ronda por la orilla del foso. Cuando el centinela desapareció por la esquina más lejana, Austin puso en marcha el cronómetro de su reloj.

—Estamos de suerte —comentó Zavala—. Un único centinela.

—No me gusta —replicó Austin—. A pesar de lo poco que los he tratado, los Fauchard no me dieron la impresión de ser unas personas que se tomen su propia seguridad a la ligera.

Todavía resultaba más sospechoso que estuviese bajado el puente y el rastrillo abierto. El único sonido era el del agua en la fuente con las esculturas de los guerreros. La tranquilidad de la escena contrastaba vivamente con lo ocurrido en la primera visita, cuando había tenido que meterse en el foso con el Rolls en medio de una lluvia de balas. Parecía demasiado fácil.

—¿Crees que es una trampa? —preguntó Zavala.

—Lo único que le falta es un buen trozo de queso.

—¿Cuáles son las alternativas?

—Limitadas. Podemos marcharnos o seguir y procurar mantenernos un paso por delante de los malos.

—Por hoy ya he tenido mi ración de uvas. No has mencionado un plan de retirada.

Austin le dio una palmada en el hombro.

—Acabamos de llegar, dispuestos a disfrutar de una excitante visita al castillo Fauchard, y ya estás pensando en marcharte.

—Lamento no ser tan pasota como tú. Esperaba una salida un poco más digna que lanzarme a un foso con un Rolls-Royce.

Austin se estremeció al recordarlo.

—De acuerdo. Este es el plan. Ofreceremos cambiar a Emil por Skye.

—No está mal —admitió Zavala—. Solo hay un pequeño detalle. Emil se fue por el retrete.

—*Madame* Fauchard no lo sabe. Para cuando se entere, nosotros ya nos habremos marchado.

—No te da vergüenza, engañar a una anciana dama. —Zavala frunció el entrecejo—. Me gusta, pero ¿qué pasará si no muerde el anzuelo? ¿Es entonces cuando llamamos a los gendarmes?

—Ojalá que fuese así de sencillo, compañero. Piénsalo un momento. Los polis llaman a la puerta del castillo y los Fauchard les dicen: «Busquen todo lo que quieran». He estado en las catacumbas. Podrías ocultar a todo un ejército en aquel laberinto. Tardarían semanas en dar con Skye.

—Precisamente cuando lo que no tenemos es tiempo.

En el rostro de Austin apareció una expresión pensativa.

—Un hora vale un siglo —murmuró mientras consultaba su reloj.

—¿Es una frase de uno de tus libros de filosofía? —preguntó Zavala. Austin era aficionado a la filosofía y las estanterías de su casa flotante en el Potomac estaban llenas con las obras de los grandes pensadores.

—No —respondió, pensativo—. Es algo que me dijo el doctor MacLean.

Guardaron silencio al ver que el centinela aparecía por el otro lado del castillo. El hombre había tardado dieciséis minutos en dar la vuelta.

En el momento en que el centinela comenzó otra ronda, Austin le hizo una señal a Zavala. Corrieron por la zona despejada y siguieron a lo largo del foso, luego cruzaron a la carrera el puente levadizo y entraron en el patio. Con sus ropas negras, eran prácticamente invisibles en las sombras en la base de la pared. Las ventanas del primer piso estaban iluminadas, pero no había ningún guardia en el patio, cosa que aumentó todavía más las sospechas de Austin.

Tuvo la confirmación de que sus instintos estaban en lo cierto cuando él y Zavala llegaron a la reja que cerraba la escalera de acceso al camino de ronda de la muralla. La vez anterior, Skye y él la habían encontrado cerrada. Ahora estaba abierta de par en par, una invitación a subir la escalera y cruzar el angosto puente hasta la torre. Austin tenía otros planes.

Caminó por el patio hasta la parte de atrás del castillo y bajó media docena de escalones de piedra para llegar a una puerta de madera reforzada con flejes de hierro.

Austin movió la manija. Estaba cerrada. Sacó un taladro y una sierra de mano de la mochila, perforó varios agujeros en la puerta y con la sierra cortó una sección circular. Metió una mano por el agujero, descornó el cerrojo, quitó la tranca y abrió la puerta. El olor a moho de las catacumbas que salió por la puerta abierta apestaba como un cadáver. Encendieron las linternas, entraron rápidamente y cerraron la puerta.

Bajaron varios tramos de escaleras. Austin se demoró unos segundos en las mazmorras, donde Emil había rendido su sangriento homenaje a Edgar Alan Poe. El péndulo continuaba instalado sobre la mesa, pero no había ningún rastro del desafortunado inglés, lord Cavendish.

Austin se equivocó un par de veces, pero como buen marino su sentido de la orientación lo mantuvo en el rumbo correcto. No tardaron mucho en llegar a los nichos llenos de esqueletos y continuaron su camino hacia la armería. Una vez más, la puerta no estaba cerrada con llave. Austin la abrió y entraron en la zona del altar. La armería estaba a oscuras excepto por un resplandor en el extremo más alejado de la nave.

La oscilante luz amarilla arrancaba destellos en las armas y las armaduras bruñidas. Zavala echó una ojeada.

—Bonito. Me gusta la combinación de lo gótico con el heavy metal. ¿Quién es el interiorista?

—El mismo tipo que trabajó para el marqués de Sade.

Caminaron por la nave entre las letales reliquias que eran la base de la fortuna de los Fauchard. La luz aumentó en intensidad a medida que se acercaban por detrás de las esculturas de los caballeros montados. Austin iba en cabeza, y en cuanto dejó atrás las esculturas vio a Skye.

Estaba sentada en una recia silla de madera flanqueada por braseros y delante de

las esculturas de los caballeros lanzados a la carga. Tenía los brazos y las piernas atadas con una gruesa cuerda y un trozo de cinta adhesiva le tapaba la boca. Había dos relucientes armaduras a los lados, como si estuviesen preparadas para defender a Skye contra la terrible carga.

Skye abrió los ojos como platos. Sacudió la cabeza vigorosamente y su frenesí aumentó a medida que Austin se acercaba. Él ya se disponía a desenvainar el cuchillo para cortar las ligaduras de la muchacha cuando por el rabillo del ojo advirtió un movimiento. La armadura de la derecha se movía.

—¡Demonios! —exclamó, sorprendido.

Con un gran estrépito a cada paso, la armadura levantó la espada y avanzó hacia Austin como un anticuado autómatas.

Austin retrocedió.

—¿Se te ocurre alguna cosa? —preguntó Zavala, al tiempo que se apartaba.

—No, a menos que hayas traído un abrelatas.

—¿Qué te parece si usamos las armas?

—Demasiado ruidosas.

También la segunda armadura cobró vida y comenzó a avanzar. Se acercaban a una velocidad sorprendente. Austin comprendió que el cuchillo que empuñaba era tan inútil como un mondadientes. Skye continuaba moviéndose en la silla.

Austin no estaba dispuesto a que lo hicieran picadillo.

Agachó la cabeza, cargó contra la armadura más cercana y se zambulló para sujetarla por las rodillas. La armadura se tambaleó, soltó la espada y, al tiempo que agitaba los brazos, cayó de espaldas y se estrelló contra el suelo con un ruido ensordecedor. El ocupante de la armadura sacudió por un momento los brazos y las piernas en un movimiento espasmódico y luego se quedó inmóvil.

El segundo atacante titubeó. Zavala imitó a su compañero con el mismo resultado. La armadura se desplomó. Mientras Austin cortaba las ligaduras de Skye, Zavala se agachó sobre una de las armaduras, levantó el visor y miró al ocupante.

Después hizo lo mismo con la segunda.

—Fuera de combate —anunció, orgulloso—. Cuanto más grandes son, más dura es la caída.

—Ha sido como lanzarse contra un tanque. Me alegra comprobar que después de todo tantas horas de ver partidos de la NFL no ha sido un desperdicio.

—Creía que estabas preocupado por el ruido. Estos dos sonaron como una pareja de esqueletos dándose un revolcón en un tejado de cinc.

Austin se encogió de hombros y con mucho cuidado quitó la cinta adhesiva de la boca de Skye. La ayudó a levantarse de la silla. La muchacha se tambaleó por un momento. Luego se abrazó a él y le dio un beso que lo dejó sin resuello.

—Creía que no volvería a verte nunca más.

Una risa argentina sonó en las sombras de un claustro cercano. Después una figura alta y esbelta con el rostro oculto por un velo apareció en el círculo de luz de

los braseros. La diáfana tela cubría todo su cuerpo hasta los tobillos. La luz que se filtraba a través del velo marcaba su figura perfecta.

—Encantador —exclamó—. Absolutamente encantador.

¿Es necesario que siempre sea tan melodramático en sus entradas y salidas, señor Austin?

Marcel apareció detrás de la mujer, con una metralleta en las manos. Después aparecieron otros seis hombres armados que habían estado ocultos en las sombras de los rincones.

Marcel desarmó a Austin y Zavala.

Austin miró por un segundo a las dos armaduras tumbadas en el suelo.

—Por lo que parece a la vista de ese montón de chatarra, no soy el único a quien le gusta el melodrama.

—Ya sabe lo mucho que me gusta el teatro. Estuvo en mi baile de disfraces.

—Un baile de disfraces...

La mujer se quitó lentamente el velo que le tapaba la cabeza y el rostro. Una cabellera que parecía hecha de hilos de oro cayó sobre sus hombros. Poco a poco, seductoramente, se quitó el resto del velo como si estuviese desenvolviendo un valioso regalo y lo dejó caer al suelo. Debajo del velo, llevaba un vestido blanco largo y muy escotado. Un cinturón dorado con una hebilla donde aparecía el escudo del águila tricéfala rodeaba la cintura de avispa. Austin miró los ojos grises de la mujer y fue como si lo hubiese alcanzado un rayo.

A pesar de que Austin estaba enterado del misterioso funcionamiento de las enzimas de la Ciudad Perdida, la parte lógica de su mente nunca lo había aceptado del todo. De alguna manera, le resultaba más fácil creer que la fórmula de la piedra filosofal, mal empleada, crearía unas criaturas de pesadilla inmortales que no imaginar que pudiera producir a un ser de una belleza comparable a la de una diosa. No dudaba de que la fórmula pudiera alargar la vida, pero sí de que pudiera borrar los efectos de cincuenta años de envejecimiento. Por fin salió de su asombro.

—Veo que el trabajo del doctor MacLean tuvo mucho más éxito de lo que cualquiera hubiese imaginado, *madame* Fauchard.

—No le atribuya tantos méritos al doctor MacLean. No fue más que la comadrona en el parto, pero la fórmula de la vida que arde dentro de mí fue creada antes de que él naciera.

—Se la ve muy cambiada respecto a unos pocos días atrás.

¿Cuánto tiempo tarda la transformación?

—El preparado es demasiado poderoso para ser tomado de una sola vez. Es necesario repartirlo en tres dosis. Las dos primeras dan el resultado que ahora tiene ante sus ojos en veinticuatro horas. Me dispongo a tomar la tercera.

—¿Qué necesidad tiene de embellecer todavía más lo que ya es perfecto?

Racine se arreboló al escuchar el cumplido.

—La tercera dosis hace permanente los efectos de las dos primeras. Pasada una

hora del final del tratamiento, comenzaré mi viaje a través de la eternidad. Pero ya está bien de hablar de química. ¿Por qué no me presenta a su apuesto amigo?

Parece incapaz de mantener los ojos en las órbitas.

Zavala no había visto a *madame* Fauchard cuando era una anciana. Solo sabía que estaba en presencia de una de las mujeres más bellas que hubiese visto jamás. Había murmurado palabras de asombro en castellano. Ahora apareció en su rostro el esbozo de una sonrisa. Las armas que le apuntaban no podían enfriar su admiración por una mujer aparentemente perfecta físicamente.

—Este es mi colega, Joe Zavala —dijo Austin—. Joe, te presentó a Racine Fauchard, la propietaria de este encantador montón de piedras.

—¿*Madame* Fauchard? —Zavala abrió la boca un palmo.

—Sí. ¿Algún problema? —preguntó la mujer.

—No. Solo me esperaba a alguien diferente.

—Sin duda el señor Austin me describió como una vieja bruja —manifestó Racine, con una mirada de furia.

—Se equivoca —replicó Zavala, que no dejaba de mirar el cuerpo de *madame* Fauchard—. Me dijo que era encantadora e inteligente.

La respuesta pareció complacerla porque sonrió.

—Es evidente que la NUMA selecciona a su personal por su galantería además de sus conocimientos. Es una cualidad que ya había visto en usted, señor Austin. Por eso sabía que no vacilaría en acudir al rescate de su bella dama. —Miró las manchas rojas en el rostro de Austin—. Si quería probar la calidad de nuestras uvas, le hubiese sido mucho más sencillo comprar una botella de vino que revolcarse en ellas.

—Su vino tiene un precio que está fuera de mi alcance —contestó Austin.

—¿De verdad creyó que podía entrar en el castillo sin ser descubierto? Aparecieron en las pantallas de vigilancia en el mismo momento en que cruzaron el puente levadizo. Marcel esperaba que subieran al camino de ronda para acceder desde allí.

—Fue muy amable de su parte dejar abierta la reja de las escaleras.

—Está claro que es usted demasiado listo como para morder el cebo, pero en ningún momento se nos ocurrió que fuera capaz de encontrar su camino en las catacumbas. ¿Qué esperaba conseguir con esta incursión?

—Confiaba en marcharme de aquí con la dama.

—Pues ha fracasado en su romántica intentona.

—Eso parece. Quizá, a beneficio del romanticismo, quiera ofrecerme un premio de consolación. En nuestro primer encuentro, prometió que algún día me hablaría de su familia. Aquí estoy. A cambio estoy dispuesto a contarle todo lo que sé.

—Nunca podrá igualar todo lo que sé de usted, pero admiro su audacia. —Hizo una pausa, se cruzó de brazos y se pellizcó suavemente la barbilla. Austin recordó haber visto a la vieja *madame* Fauchard hacer el mismo gesto cuando pensaba. La mujer se volvió hacia Marcel—. Llévate a los demás.

—Yo en su lugar no lo haría —le dijo Austin a Marcel.

Se adelantó para escudar a Skye con su cuerpo. Marcel y los guardias se acercaron pero Racine los detuvo con un gesto.

—Su caballerosidad no parece tener límites, señor Austin.

No tema, sus amigos no saldrán de aquí y estarán donde los vea. Solo quiero tener un aparte con usted.

Madame Fauchard lo invitó a sentarse en la silla donde había estado Skye y después dio un chasquido con los dedos.

Dos de sus hombres trajeron una pesada silla medieval que parecía un trono y la mujer tomó asiento. Le dijo algo en francés a Marcel, y él y algunos de sus hombres escoltaron a los prisioneros un poco más allá, siempre a la vista de Austin, mientras los demás se encargaban de arrastrar a los compañeros embutidos en las armaduras.

—Ahora estamos solos —manifestó Racine—. Le ruego que no se haga ilusiones. Mis hombres matarán a sus amigos si se le ocurre hacer alguna tontería.

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza. Este encuentro es demasiado fascinante como para acabarlo cuando apenas ha comenzado. Dígame, ¿a qué viene la vestimenta de gran sacerdotisa?

—Ya conoce mi afición a los disfraces. ¿Le gusta?

Austin se veía incapaz de desviar la mirada del cuerpo de la mujer. Racine Fauchard era como una figura de cera exquisitamente modelada hasta el último detalle, excepto uno. Sus ojos desalmados mostraban la misma dureza y frialdad que el acero que los Fauchard había utilizado para forjar las espadas y las armaduras.

—La encuentro absolutamente encantadora, pero...

—No le agrada la idea de intimar con una mujer centenaria.

—En absoluto. Debo decir que envejece muy bien. La verdad es que no acostumbro a intimar con asesinos.

Racine enarcó las cejas.

—Señor Austin, tiene usted una manera muy curiosa de cortejar.

—De ninguna manera.

—Lo siento. He tenido muchos amantes en los últimos cien años, y admito que es un hombre muy atractivo. —Hizo una pausa para mirarlo con atención—. También es peligroso, y eso lo hace todavía más atractivo. Es usted quien debe cumplir primero con el trato. Dígame lo que sabe.

—Sé que usted y su familia contrataron al doctor MacLean para encontrar el elixir de la vida que él llamaba la piedra filosofal. En el proceso, ustedes mataron a todos los que se interpusieron en su camino y crearon un grupo de mutantes de ojos rojos.

—Un buen resumen, pero solo superficial.

—Entonces, escarbe un poco más para mí.

Madame Fauchard permaneció en silencio durante unos momentos mientras recordaba.

—Mi familia se remonta hasta la civilización minoica que floreció antes de que se produjera la tremenda erupción volcánica en la isla de Santorini. Mis antepasados eran sacerdotes y sacerdotisas del culto minoico de la diosa serpiente. El clan de la serpiente era poderoso, pero nuestros rivales consiguieron expulsarnos de la isla. Nos instalamos en Chipre y nos dedicamos a la fabricación de armas. La serpiente evolucionó para convertirse en la lanza, y después en los Fauchard.

—¿Cómo pasaron de la lanza a los mutantes?

—Fue una nueva rama dentro de la fabricación de armas.

A principios de siglo, Spear Industries montó un laboratorio con el propósito de crear un supersoldado. Sabíamos por lo sucedido en la guerra civil norteamericana que la guerra de trincheras convertiría las futuras batallas en enfrentamientos estáticos donde ninguno de los bandos conseguiría ganar terrenos. Los atacantes en sus asaltos a las trincheras acabarían retirándose ante el fuego de las armas automáticas que se estaban desarrollando. Queríamos un soldado que atacara las trincheras sin temor, como uno de aquellos legendarios guerreros vikingos llamados «berserker». Además, este soldado tendría una resistencia y velocidad extraordinaria, y sus heridas cicatrizarían casi de inmediato. Ensayamos la fórmula en unos cuantos voluntarios.

—¿Como Pierre Levant?

—No recuerdo ese nombre —dijo Francine.

—El capitán Levant era un oficial francés. Se convirtió en uno de los primeros mutantes creados por sus ensayos.

—Sí, ahora me suena el nombre. Un joven valiente y muy apuesto, si la memoria no me engaña.

—Pues si lo viese ahora no lo reconocería.

—Antes de condenarme, debe saber que todos se ofrecieron voluntarios, eran soldados a quienes les entusiasmaba la idea de convertirse en superhombres.

—¿Se les dijo que al tiempo en que se convertían en superhombres, su apariencia cambiaría drásticamente?

—Nadie les informó. En aquel entonces las cosas se hacían de otra manera. La fórmula dio resultado, al menos durante un tiempo. Le dio a los voluntarios una fuerza y rapidez sobrehumanas, pero luego sufrieron un proceso de degradación irreversible que los convirtió en bestias.

—Bestias que podían disfrutar de sus nuevos cuerpos eternamente.

—La prolongación de la vida fue un subproducto inesperado. Todavía más interesante fue que la fórmula permitía revertir el envejecimiento. Hubiésemos conseguido perfeccionar la fórmula de no haber sido por Jules.

—¿Resultó que tenía conciencia?

—Resultó que estaba loco —replicó Racine, con una vehemencia inusitada—. Jules consideró nuestros descubrimientos como un beneficio para la humanidad. Intentó convencernos que cesáramos en nuestro empeño por fomentar la guerra y

diéramos a conocer la fórmula. Yo dirigí la oposición de la familia. Escapó del país en su avión. Llevaba documentos que implicaban a la familia en el estallido de la contienda y supongo que pretendía utilizarlos para hacernos un chantaje. Afortunadamente fue derribado.

—¿Por qué se llevó el casco?

—Era un símbolo de autoridad del cabeza de familia. Con sus acciones perdió el derecho a tenerlo, y tendría que haber pasado a mis manos.

Austin se reclinó en la silla y entrelazó las manos en la nuca.

—Así que Jules desapareció, junto con la amenaza de que se desvelaran los planes de la familia para propiciar la guerra.

Ya no estaba en posición de detener las investigaciones científicas.

—Ya las había detenido. Grabó la fórmula en el casco y destruyó toda la documentación científica. Fue una jugada hábil, muy hábil. Tuvimos que empezar de nuevo. Había un millón de combinaciones posibles. Mantuvimos vivos a los mutantes con la esperanza de que algún día pudieran revelarnos el secreto de la fórmula. Los trabajos se suspendieron durante la guerra y la Depresión. Estábamos muy cerca de conseguir nuestros propósitos durante la Segunda Guerra Mundial, pero entonces ocurrió que el laboratorio fue destruido en un bombardeo aliado. Una vez más la investigación sufrió un retraso de décadas.

—Quiere decir que las guerras que usted propicia retrasaron su investigación. —Austin se rio—. Espero que haya apreciado la ironía.

—Ojalá no hubiese tenido que hacerlo.

—Mientras tanto, usted envejecía.

—Efectivamente, envejecía —admitió *madame* Fauchard con un claro tono de pena—. Perdí mi belleza y me convertí en una vieja achacosa. Así y todo, insistí. Conseguimos retrasar algo el envejecimiento, un adelanto que compartí con Emil, pero teníamos cada vez más cerca a la parca. Estábamos tan cerca. Intentamos crear la enzima correcta, aunque solo obtuvimos unos éxitos parciales. Entonces uno de nuestros científicos escuchó hablar de la enzima de la Ciudad Perdida.

Parecía ser el eslabón perdido. Compré la compañía que investigaba la enzima, y ordené al doctor MacLean y a sus colegas que trabajaran todo el día. Construimos un submarino que pudiera recolectar la enzima y montamos un laboratorio de ensayos.

—¿Por qué ordenó que mataran a los científicos de la compañía de MacLean?

—No somos los primeros que han matado a un equipo de científicos para que no hablen de sus investigaciones. El gobierno británico todavía investiga la muerte de los científicos que trabajaron en uno de los sistemas de misiles de defensa del proyecto Guerras de las Galaxias. Creamos un nuevo grupo de mutantes y los científicos amenazaron con denunciarlo públicamente, así que nos libramos de ellos.

—El único problema con sus científicos fue que en realidad no habían acabado el trabajo —opinó Austin—. Perdóneme, pero todo esto parece una convención de payasos.

—No es una comparación desacertada. Cometí el error de que Emil se ocupara de todo. Fue una equivocación grave.

En cuanto recuperé el control, busqué al doctor MacLean para que formara un nuevo equipo. Consiguieron recuperar gran parte del trabajo.

—¿Emil fue el responsable de inundar el túnel en el glaciar?

—De nuevo soy yo la única culpable. No le dije nada sobre la importancia del casco, así que no se preocupó en recuperarlo antes de inundar el túnel.

—Otro error.

—Afortunadamente, *mademoiselle* Labelle se llevó el casco, y ahora está en mi poder. Nos facilitó el eslabón perdido y cerramos el laboratorio. Así que ya lo ve, cometemos errores, pero aprendemos de ellos. Algo que no parece ser su caso. Escapó una vez de aquí, y sin embargo ha regresado a sabiendas de que le costaría la vida.

—No creo que ese sea el caso.

—¿A qué se refiere?

—¿Ha tenido alguna noticia de Emil?

—No. —Por primera vez, una sombra de duda apareció en el rostro de la mujer—. ¿Dónde está?

—Déjenos ir y se lo diré con mucho gusto.

—¿De qué habla?

—Pasé por el glaciar antes de venir aquí. Emil está bajo custodia.

—Es una pena —declaró la mujer—. Lamento que no lo matara.

—No me venga con faroles. Estamos hablando de su hijo.

—No es necesario que me recuerde mis obligaciones familiares —replicó Racine, con un tono desabrido—. No me importa lo que pueda pasarle a Emil o a ese cretino de guardaespaldas que tiene, Sebastian. Emil quiere usurpar mi puesto. Antes o después tendré que acabar con él. Si usted lo ha matado, me ha hecho un favor.

Escuchar el comentario fue para Austin como si le hubiesen dado una pareja de doses en una mano de póquer donde había miles de dólares en juego.

—Tendría que haber recordado que en ocasiones las serpientes se comen sus propios huevos.

—No conseguirá molestarme con sus pueriles insultos.

A pesar de las fricciones internas, nuestra familia ha ido aumentando su poder con el transcurso de los siglos.

—¿A costa de un río de sangre?

—¿Qué nos importa la sangre? Es el producto más barato en el mercado.

—Algunos no estarían de acuerdo.

—No tiene idea de dónde se ha metido —afirmó *madame* Fauchard, con un tono despectivo—. ¿Cree que nos conoce?

Hay capas y más capas todas invisibles para usted. Cuando sus antepasados buscaban en los troncos podridos los gusanos que comían, el primer Spear ya había

fabricado una punta de pedernal, la había sujetado a un astil y se la había vendido a un vecino. Somos universales. Vendimos armas a los griegos contra los persas y a los persas contra los griegos. Las legiones romanas marcharon a través de Europa con las espadas que diseñamos nosotros. Ahora forjaremos el tiempo, lo moldearemos a nuestra voluntad como una vez hicimos con el acero.

—Quizá viva otros cien o incluso mil años, ¿para qué?

—Lo importante no es cuánto se vive sino lo que se hace con el tiempo. ¿Por qué no se une a mí? Admiro sus recursos y coraje. Puede que incluso encuentre un lugar para sus amigos. Piénselo. ¡La inmortalidad! En lo más profundo, ¿no es su más ferviente deseo?

—Su hijo me hizo la misma pregunta.

—¿Qué le respondió?

Una sonrisa helada apareció en el rostro de Austin.

—Mi único deseo es enviarla a usted y a sus amigos a que se reúnan con él en el infierno.

—¡Así que lo mató! —*Madame* Fauchard lo aplaudió—. Bien hecho, señor Austin, no esperaba menos. Debe de ser que mi propuesta no era seria. Si hay algo que he aprendido en un siglo, es que los hombres con conciencia son siempre un peligro. Muy bien, usted y sus amigos quieren participar de mi mascarada. En agradecimiento por haber matado a mi hijo, no lo mataré ahora mismo. Dejaré que esté presente en el nacimiento de un nuevo día en la tierra. —Metió la mano en el corpiño y sacó un frasquito de color ámbar. Lo sostuvo por encima de la cabeza—. El elixir de la vida.

Austin estaba pensando en otra cosa: MacLean. Sus ojos brillaron cuando comprendió el significado de las últimas palabras del científico.

—Su plan nunca funcionará —dijo Austin en voz baja.

Racine lo miró con furia y en su rostro se dibujó una mueca de desprecio.

—¿Quién me detendrá? ¿Usted? ¿Se atreve a medir su miserable intelecto contra las lecciones de un siglo?

Descorchó el frasquito y se bebió el contenido. Su rostro resplandeció. Austin la observó fascinado durante un momento, consciente de que presenciaba un milagro, pero se libró rápidamente del hechizo. Racine advirtió que apretaba el botón que ponía en marcha el cronómetro del reloj.

—Yo en su lugar tiraría ese reloj —dijo despectivamente—. En mi mundo, el tiempo no tendrá significado.

—Perdóneme si no hago caso de la sugerencia. En mi mundo, el tiempo sigue teniendo mucho significado.

Racine echó la cabeza hacia atrás en un gesto de arrogancia, y después llamó a Marcel con un gesto. Junto con los demás prisioneros, caminaron hacia la puerta que daba a las catacumbas.

En el momento en que se abría la pesada puerta de madera y Austin y los demás

comenzaron a bajar, la advertencia del piloto francés apareció en su mente.

Los Fauchard tienen un pasado.

Consultó su reloj y rezó a los dioses que protegen a los locos y los aventureros.
Con un poco de suerte, esta espantosa familia quizá no tendría un futuro.

Racine cogió una tea del soporte de la pared y se lanzó a través del portal. Animada por la libertad de su recuperada juventud, bajó ágilmente las escaleras que conducían a las catacumbas.

Su entusiasmo de colegiala contrastaba con lo siniestro del entorno, con las paredes que rezumaban humedad y los techos cubiertos de musgo.

Detrás de Racine iba Skye, seguida por Austin y un guardia que vigilaba cada uno de sus movimientos, después Zavala y otro guardia. El último de la fila era Marcel, siempre alerta, como el jefe de un arreo que vigila que no se extravíe ninguna res. El grupo pasó junto al osario y las mazmorras y luego bajó otras escaleras que llevaron a los guardias y a los prisioneros hacia las profundidades de las catacumbas. El aire era cada vez más rancio y les costaba respirar.

Un angosto pasillo con el techo abovedado de unos treinta metros de largo los llevó desde el pie de las últimas escaleras hasta una puerta de piedra. Dos guardias se encargaron de abrirla. Se abrió silenciosamente, como si hubiesen engrasado los goznes. Mientras los prisioneros caminaban por otro pasillo, Austin consideró las opciones y decidió que no había ninguna. Al menos por ahora. Los Trout debían mantenerse a la espera hasta que él les avisara.

Se hubiese dado de bofetadas por pasarse de listo. Había calculado mal. Racine era despiadada, tal como demostraba el hecho de que hubiese asesinado a su hermano, pero nunca había imaginado que no le importara en absoluto el destino de su hijo. Miró a Skye, que marchaba delante. Parecía soportarlo bien, y estaba demasiado ocupado en apartar las telarañas de sus cabellos como para pensar en las perspectivas a largo plazo. Rogó para que ella no tuviese que pagar por sus errores.

El pasillo acababa en otra puerta de piedra, que también apartaron. Racine pasó por la abertura y agitó la antorcha de forma tal que se escuchó el crepitar de la madera y las llamas se avivaron. La luz alumbró una laja de unos sesenta centímetros de ancho que sobresalía en el borde de un precipicio.

—Yo lo llamo el Puente de los Suspiros —dijo Racine, y el eco de su voz se repitió en las profundidades del abismo—. Es mucho más antiguo que el puente de Venecia. Escuchen. —El viento aullaba como un coro de almas perdidas y le alborotaba los largos cabellos rubios—. Lo mejor es cruzar sin vacilar.

Caminó por la laja con toda tranquilidad.

Skye titubeó. Austin le cogió una mano y, juntos, avanzaron arrastrando los pies hacia la antorcha de Racine. El viento los zarandeaba. La distancia era de unos diez metros, pero para el caso era como si fuese diez kilómetros.

Zavala era un atleta nato, que había sido boxeador en su etapa universitaria, y cruzó el puente con la seguridad de un funambulista. Los guardias, e incluso Marcel,

se tomaron su tiempo y resultó evidente que no les gustaba en lo más mínimo esta parte de su trabajo.

Los guardias abrieron una pesada puerta de madera y la comitiva dejó atrás las catacumbas para entrar en un espacio abierto. El aire era seco y olía muy fuerte a resina de pino. Estaban en lo que parecía ser un vestíbulo de unos cuatro metros de ancho. Racine fue hasta una pared baja entre dos enormes pilastras y le hizo un gesto a los demás para que la siguieran.

La pasarela era en realidad la última fila de un anfiteatro.

Otras tres filas de asientos iluminados por un círculo de antorchas bajaban hasta la arena. Los asientos estaban ocupados por centenares de espectadores silenciosos.

Austin miró a través de una arcada el gran espacio abierto.

—No deja de sorprenderme, *madame* Fauchard.

—Solo un puñado de extraños han tenido la oportunidad de ver el sanctasanctórum de los Fauchard.

Los miedos de Skye habían sido desplazados momentáneamente por su curiosidad científica.

—Es una réplica exacta del Coliseo —comentó, con la autoridad de una erudita—. El número de columnas, los arcos, todo es igual solo que a menor escala.

—No tiene nada de particular —explicó Racine—. Es una copia en pequeño del Coliseo, construida para un nostálgico procónsul romano en la Galia que añoraba los entretenimientos del hogar. Cuando mis antepasados buscaban un lugar para edificar el castillo, creyeron que si lo levantaban sobre el lugar donde los gladiadores habían derramado su sangre, lo imbuirían con su espíritu marcial. Mi familia hizo unas pocas modificaciones, como la de añadir un ingenioso sistema de ventilación que renueva el aire en el lugar, pero por lo demás está tal como lo encontraron.

Austin se sentía intrigado por los espectadores. Lo lógico era escuchar algún murmullo, toses, o el roce de las prendas.

Sin embargo, el silencio era total.

—¿Quiénes son estas personas? —le preguntó a Racine.

—Se los presentaré.

Bajaron por la primera de varias escaleras ruinosas. Al nivel del suelo, un guardia descorrió el cerrojo de una reja de hierro y el grupo pasó por un túnel. Racine les explicó que era el acceso de los gladiadores y otros participantes de los juegos. El túnel comunicaba con el ruedo, que estaba cubierto de una capa de arena blanca muy fina.

Un estrado de mármol tallado de un metro y medio de alto ocupaba el centro de la arena. Había una escalinata a uno de los lados. Austin observaba los rostros impassibles de los guardias que estaban en posición de firme en todo el perímetro de la arena cuando escuchó la exclamación ahogada de Skye, que no le había soltado la mano desde que habían cruzado el abismo. La muchacha le apretó los dedos con una fuerza tremenda.

—Tranquila —dijo Austin—. No te harán daño.

—Esto no es más que una enorme tumba —comentó Zavala, asombrado.

—Te recuerdo que he actuado ante audiencias mucho más animadas —replicó Austin. Se volvió hacia *madame* Fauchard—. Joe tiene razón. Su sanctasanctórum no es más que un enorme mausoleo.

—Se equivoca —afirmó Racine—. Se encuentra en la tierra más sagrada de la familia. Fue en este podio donde desafié a Jules en 1914. Aquí es donde él manifestó que no acataría los deseos del consejo familiar. De no haber fallado Emil en su misión, ahora hubiese colocado el cuerpo de mi hermano junto con todos los demás para que pudiera presenciar mi triunfo.

Austin intentó imaginarse al hermano de Racine en su alegato en defensa de la humanidad y su decepción al ver que caía en oídos sordos.

—Jules debió de ser un hombre de un coraje extraordinario para enfrentarse a una familia de asesinos.

Racine no hizo caso del comentario. Giró sobre los talones como una bailarina de *ballet*, al parecer muy contenta de estar en esta horrible necrópolis, y señaló a varios miembros de la familia que habían rechazado la petición de Jules décadas atrás.

—Perdóneme si no lloro —dijo Austin—. Por la expresión de sus rostros, me parece que aún no han superado la defección de su hermano.

—No solo nos desafiaba a nosotros; rechazaba cinco mil años de historia familiar. Cuando regresamos a Francia con los cruzados, trajimos a nuestros antepasados aquí para que estuvieran con nosotros. Se tardaron años en transportarlos en las caravanas que recorrieron miles de kilómetros desde Oriente Medio, hasta que todas las momias estuvieran en su tumba definitiva.

—¿Por qué se tomaron tanto trabajo en traer todos estos montones de huesos?

—Nuestra familia siempre ha soñado con la vida eterna.

Como los egipcios, creían que si se preserva el cuerpo, la vida continuaría después de la muerte. La momificación no es más que un burdo remedo de la criogénica. Los primeros embalsamadores utilizaban resina de pino en lugar de oxígeno líquido como se hace ahora. —Miró por encima del hombro de Austin—. Veo que llegan nuestros invitados. Ya podemos comenzar la ceremonia.

Unas figuras que parecían fantasmas con las largas túnicas blancas comenzaban a llenar la arena. El grupo estaba dividido por partes iguales entre hombres y mujeres. Eran unas dos docenas, y con las cabelleras blancas y los rostros arrugados no se diferenciaban mucho de las momias. Los invitados besaban la mano de *madame* Fauchard y luego se acomodaban para formar un círculo alrededor del estrado.

—Ya conoce a estas personas —le dijo Racine a Austin—. Los conoció en la fiesta. Son los descendientes de las antiguas familias de fabricantes de armas.

—Quedaban mucho mejor disfrazados —señaló Austin.

—Los estragos del tiempo no perdonan a nadie, pero ellos serán la élite que gobernará el mundo conmigo. Marcel estará al mando de nuestro ejército privado.

Austin soltó una sonora carcajada. Los demás lo miraron, sorprendidos.

—¿Así que ese es el objetivo de toda esta locura? ¿Dominar el mundo?

Racine miró a Austin como una Medusa ofendida.

—¿Lo encuentra divertido?

—No es usted la primera megalómana que habla de dominar el mundo. Hitler y Gengis Kan ya lo intentaron. Lo único que consiguieron fue que murieran millones inútilmente.

Madame Fauchard ya había recuperado la compostura.

—Piense en cómo sería hoy el mundo de haber sido inmortales.

—No creo que fuera un mundo donde a la mayoría de las personas les gustaría vivir.

—Se equivoca de nuevo. Dostoievski tenía razón cuando dijo que la humanidad siempre buscará a alguien nuevo al que adorar. Seremos recibidos como salvadores una vez que los océanos se conviertan en fétidos pantanos. Sin duda alguien de la NUMA ya debe conocer la plaga submarina que se extiende por el océano como un cáncer verde.

—¿El alga gorgona?

—¿Es así como la llama? Un nombre bonito, y muy adecuado.

—La epidemia no es del conocimiento público. ¿Cómo se enteró?

—¡Es usted patético! Yo la creé. La inmortalidad por sí misma no me dará el poder que deseo. Mis científicos descubrieron la mutación del alga como un subproducto de las investigaciones. Cuando me comunicaron sus hallazgos, me di cuenta de que era el arma perfecta para mi plan. Convertí la Ciudad Perdida en el campo de cultivo del alga venenosa.

Austin no pudo menos que admirar la tortuosidad de su mente criminal. Siempre había estado un paso por delante de los demás.

—Ese es el motivo por el que mandó eliminar a la expedición de Woods Hole.

—Por supuesto. No podía permitir que esos idiotas pusieran en peligro mis planes.

—¿Quiere convertirse en la emperatriz de un mundo sumido en el caos?

—Así es. Una vez que los países estén en la bancarrota, víctimas de la hambruna y la anarquía política, con sus mandatarios impotentes, apareceré para eliminar esta plaga del mundo.

—¿Me está diciendo que puede eliminar el alga gorgona?

—Con la misma facilidad que puedo matarlo a usted y a sus amigos. Los mortales rendirán culto a los inmortales que serán creados aquí esta noche. Estas personas regresarán a sus respectivos países y poco a poco asumirán todo el poder. Seremos seres superiores cuya sabiduría será un reemplazo bienvenido de la democracia, que solo se ocupa de atender las exigencias del vulgo. ¡Seremos dioses!

—¿Semidioses que vivirán eternamente? No es una perspectiva muy halagüeña.

—No para usted y sus amigos. Pero alégrese. Quizá le permita vivir aunque con

algunos cambios. Tal vez como una mascota. Solo se tarda unos pocos días en convertir a un ser humano en una bestia. Un proceso francamente notable. Será divertido dejar que sea testigo de los cambios en su amiga y ver si todavía quiere tenerla entre sus brazos.

—Yo no me haría tantas ilusiones —respondió Austin—. Puede ser que las reservas de su elixir milagroso se acaben antes de lo que cree.

—Imposible. Mis laboratorios continuarán suministrándome todo el que necesite.

—¿Hace mucho que no está en contacto con su isla?

—No necesito comunicarme con ellos. Saben lo que deben hacer.

—Su gente ya no está. El laboratorio de la isla está destruido. Yo mismo vi cómo lo destruían.

—No le creo.

Austin sonrió, pero la mirada de sus ojos azul coral era implacable.

—Los mutantes escaparon de las jaulas. Mataron al coronel Strega y a sus hombres. Destrozaron el laboratorio, pero de todas maneras no le hubieran servido, porque la isla y su submarino están ahora en manos de la marina británica. Su principal científico, el doctor MacLean, está muerto. Lo mató uno de sus guardias.

Racine apenas si parpadeó al escuchar las noticias.

—No importa. Con los recursos a mi disposición, puedo construir nuevos laboratorios en otras islas. En cuanto a MacLean, estaba condenado a morir junto con los demás. Tengo la fórmula y se puede reproducir sin problemas. He ganado y usted y sus amigos han perdido.

Austin consultó su reloj.

—Es una verdadera pena, pero nunca llegará a ver su utopía —afirmó, con nuevos bríos.

—Parece usted fascinado con el paso del tiempo —dijo Racine—. ¿Quizá es que llega tarde a una cita?

Austin miró los ojos de Racine, que ahora comenzaban a brillar con una tonalidad rojiza.

—Es usted quien tiene la cita.

Racine pareció intrigada por la respuesta de Austin.

—¿Con quién?

—No con quién. Con qué. Con la cosa que más teme.

Las facciones de Racine se endurecieron.

—No le temo a nada ni a nadie. —Se volvió y subió al estrado.

Una pareja de cabellos blancos se había separado del círculo para acercarse al estrado. La mujer llevaba una bandeja cargada con los frasquitos llenos del líquido ámbar, idénticos al que se había bebido Racine en la armería. El hombre sostenía una caja de madera oscura con el águila tricéfala de marfil incrustada en la tapa. Skye apretó la mano de Austin hasta casi aplastársela.

—Son las personas que me secuestraron en París —susurró—. ¿Qué hacemos

ahora?

—Esperar —respondió Austin.

Miró su reloj, aunque lo había hecho un minuto antes.

Las cosas se desarrollaban demasiado deprisa. Austin comenzó a elaborar un plan desesperado. Intercambió una mirada con Zavala para que estuviese alerta. Joe le respondió con un guiño para indicarle que había comprendido. Los próximos minutos serían cruciales.

Racine metió las manos en la caja y sacó el casco. Se escucharon unos aplausos. Levantó el casco bien alto, luego se lo puso y miró en derredor, con una expresión triunfal en su hermoso rostro.

—Habéis hecho un largo viaje para llegar a este lugar sagrado, y me alegra ver que todos habéis conseguido cruzar el puente de los Suspiros.

Se escucharon algunas risas discretas.

—Cuando salgáis seréis capaces de saltar el abismo. Muy pronto todos seremos dioses, adorados por los simples mortales incapaces de comprender nuestro poder y sabiduría. Yo fui una vez como vosotros. Ahora vosotros seréis como yo.

Los acólitos de Racine la miraban con admiración e impaciencia.

—Tomé la última dosis de la fórmula hace una hora. Ahora, mis queridos amigos, que me habéis prestado tantos servicios, os toca a vosotros. Estáis a punto de beber la verdadera piedra filosofal, el elixir de la vida que tantos buscaron en vano a lo largo de los siglos.

La mujer con la bandeja caminó alrededor del estrado.

Todos cogieron los frasquitos.

Austin esperaba a que Marcel y los guardias se adelantaran. Tendrían una mínima oportunidad cuando se despreocuparan de los prisioneros para ir a beber el preparado que les daría la vida eterna. Estaba seguro de que incluso Marcel sucumbiría a la excitación del momento. Se había ido acercando al guardia más cercano con mucho disimulo. El hombre solo tenía ojos para el espectáculo que se desarrollaba en el estrado, y había bajado el arma.

La mujer comenzó a repartir los frasquitos a Marcel y a sus hombres.

Austin planeaba saltar sobre el guardia y dominarlo. Zavala cogería a Skye y correría hacia el túnel. Era consciente de que estaba a punto de sacrificar su vida, pero se lo debía a sus amigos por haberlos metido en este compromiso. Miró de nuevo a Joe para transmitirle una señal, y tensó los músculos para el salto, pero se contuvo al escuchar el murmullo de los demás.

Los seguidores de Racine tenían los frasquitos junto a los labios, pero sus miradas estaban fijas en el estrado.

Racine se había llevado una mano a su delicado cuello, como si algo se le hubiese atravesado en la garganta. En su mirada se reflejaba una expresión de desconcierto. Después se llevó la mano a la mejilla. La piel comenzaba a perder la tersura. En cuestión de segundos, se volvió amarillenta y arrugada como si la hubiesen rociado

con ácido.

—¿Qué me está pasando? —gritó Racine.

Se tocó los cabellos. Los largos rizos habían perdido el color dorado y ahora se habían vuelto blancos. Tiró suavemente de ellos con una mano que parecía una garra. Se le quedó un mechón entre los dedos. Lo miró con una mirada de terror.

Las arrugas en su rostro se extendían como grietas en el fango seco.

—¡Decidme qué está pasando! —aulló.

—Está envejeciendo de nuevo —dijo alguien en un susurro que tuvo el impacto de un grito.

Racine miró a su interlocutor. Los ojos comenzaban a perder el resplandor rojizo y se hundían cada vez más en las órbitas. Sus brazos se adelgazaban y el casco le pesaba en el cuello cada vez más delgado. Comenzó a doblarse sobre sí misma como una gamba. Su hermoso rostro era una ruina, la piel de melocotón estaba ahora salpicada con unas manchas oscuras. Parecía estar sufriendo un proceso de envejecimiento fulminante. Se dio cuenta de lo que le estaba pasando.

—No. —Su voz ya no tenía fuerzas y no fue más que un gemido—. No —repitió.

Las piernas ya no la sostenían. Cayó de rodillas y luego de bruces. Se arrastró un poco y tendió una mano esquelética hacia Austin.

El horror del momento no le pasó desapercibido, pero Racine era la responsable de innumerables muertes y sufrimientos. La miró con la más absoluta frialdad. Por fin se cumplía la cita de Racine con la muerte.

—Que tenga un buen viaje a la eternidad —dijo.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Racine con una voz ronca.

—MacLean me lo dijo antes de morir. Cambió la fórmula para que acelerara el envejecimiento en lugar de detenerlo —contestó Austin—. Solo había que tomar la tercera dosis del elixir. Comprimía un siglo de envejecimiento en una hora.

—MacLean. —El nombre del científico escapó de sus labios como un silbido.

Se sacudió una vez y exhaló el último suspiro.

En el silencio que siguió a su muerte, los acólitos de Racine miraron los frasquitos como si su contenido fuese plomo derretido y los dejaron caer sobre la arena.

El grito de una mujer precipitó una enloquecida carrera hacia el túnel de salida. Marcel y los guardias se vieron arrollados por los fugitivos.

Austin se lanzó sobre el guardia más cercano, lo hizo girar y lo tumbó con un tremendo puñetazo en la barbilla. Zavala cogió a Skye del brazo, y con Austin en cabeza, formaron una cuña volante que se abrió paso entre los viejos que huían.

Marcel vio que los prisioneros escapaban. Se comportó como un hombre poseído. Comenzó a disparar y los proyectiles abrieron un hueco entre los aspirantes a dioses como una guadaña invisible, pero para entonces Austin y los otros ya habían entrado en el túnel.

Mientras Skye y Zavala corrían hacia las escaleras, Austin se ocupó de echar el

cerrojo en la reja antes de seguir a sus amigos. Las balas rebotaron en los barrotes de hierro y el estrépito del choque de los metales ahogó los gritos de los moribundos.

Austin se detuvo en el primer nivel y le dijo a sus compañeros que siguieran adelante. Corrió al pasillo que comunicaba con las gradas. Tal como se temía, Marcel y sus hombres se habían despreocupado de tirar abajo la reja y habían optado por una ruta más directa. Habían saltado por encima de la pared que había entre la primera fila de asientos y la arena.

Retrocedió para subir al siguiente nivel. Zavala y Skye lo estaban esperando. Les gritó que siguieran mientras él tomaba por un pasillo que lo llevó a la grada siguiente. Marcel y sus hombres ya habían alcanzado la primera grada y avanzaban rápidamente. Apartaban las momias, que estallaban en nubes de polvo.

Marcel vio a Austin y le ordenó a sus hombres que dispararan. Austin se apartó en el acto. Las balas repiquetearon en la pared donde había estado. Marcel no tardaría en darle alcance. Debía detenerlo.

Se asomó repentinamente un poco más allá. Antes de que Marcel y los guardias pudieran apuntar, cogió una antorcha y la arrojó con todas sus fuerzas. La antorcha trazó una curva flamígera que acabó en una lluvia de chispas cuando aterrizó en una fila de momias.

La resina utilizada para preservar las momias sirvió como combustible y los antiguos restos se incendiaron en el acto. Se elevaron las llamas y los sonrientes cuerpos estallaron como los petardos de una traca. Los hombres de Marcel vieron cómo el anfiteatro se convertía en un círculo de fuego y se lanzaron escaleras abajo. Muchos rodaron por las gradas en su prisa por escapar. Marcel permaneció donde estaba, con el rostro desfigurado por la furia. Continuó disparando hasta que desapareció detrás de una pared de llamas y se le acabaron las balas.

El incendio se propagó por todo el recinto en cuestión de segundos. Las momias se consumían en todas las gradas y espesas nubes de humo negro cubrieron la escena. El fuego ardía con una intensidad tremenda. Austin tenía la sensación de haber abierto la puerta de un horno. Agachó la cabeza y corrió hacia las escaleras. El humo le escocía en los ojos y estaba casi ciego cuando llegó a la última grada del anfiteatro.

Zavala y Skye lo esperaban ansiosos en la entrada del túnel que conducía a las catacumbas. Entraron en el túnel lleno de humo y avanzaron pegados a la pared hasta que salieron al abismo donde estaba el puente de los Suspiros.

Zavala llevaba una antorcha, pero era prácticamente inservible porque la luz se perdía en las nubes negras que salían del túnel. Después se apagó. Austin se agachó para avanzar a gatas al tiempo que palpaba el suelo. Por fin tocó la superficie lisa de la losa. Le dijo a Skye y Zavala que lo siguieran. Utilizó los bordes de la piedra para guiarse y comenzó a cruzar el abismo en la más total oscuridad.

El viento caliente que soplaba desde el fondo del abismo arrastraba el denso humo que los asfixiaba. Las chispas volaban a su alrededor. La tos provocada por el humo retrasaba el avance, pero lenta y laboriosamente llegaron al otro lado.

El camino de regreso a través de las catacumbas fue una pesadilla. El humo llenaba el laberinto y les costaba mucho orientarse, pero se hicieron con un par de antorchas y siguieron la tortuosa ruta hasta el osario. Austin nunca había pensado que se alegraría de ver el sepulcro de los Fauchard. El camino hasta el patio los sacaría del castillo, pero no estaba muy seguro de poder encontrarlo. Por lo tanto, decidió seguir el pasillo que llevaba a la armería.

Había esperado que en la armería el aire estuviese limpio, pero en cuanto cruzó la puerta detrás del altar, descubrió que la gran sala estaba llena de una niebla gris. El humo entraba en la armería por una docena de rejillas de ventilación. Entonces recordó el comentario de Racine sobre el sistema de ventilación que permitía airear el anfiteatro subterráneo y llegó a la conclusión de que los conductos del aire debían de estar conectados con el sistema central.

Así y todo, se veía con relativa claridad. Recorrieron la nave a la carrera y salieron al pasillo. Continuaron la marcha hasta que llegaron a la galería de los retratos. Una densa capa de humo tapaba las pinturas del techo y la temperatura en la galería se aproximaba a la del mediodía en el desierto.

Austin se alarmó al ver un resplandor rojizo entre el humo y animó a sus compañeros a que corrieran con todas sus fuerzas.

Llegaron a la puerta principal, la abrieron y salieron al patio, donde por fin pudieron llenar los pulmones con aire limpio.

La puerta abierta sirvió de tiro para que el aire entrara en el castillo. Con una nueva fuente de oxígeno, el humo recalentado en la galería de los retratos se incendió con un sonoro rugido.

Las llamas lamieron las paredes y en un segundo comenzaron a arder los retratos de generaciones enteras de Fauchard.

Vieron correr unas sombras entre el humo que comenzaba a llenar el patio. Los guardias de Racine. Los hombres no pensaban en otra cosa que no fuese salvar el pellejo y ninguno molestó a Austin y sus amigos cuando cruzaron el rastrillo y el puente levadizo. Se detuvieron junto a la fuente de los caballeros y sumergieron la cabeza en el agua fresca para lavarse las cenizas de los ojos y beber unos sorbos que les aliviaran la irritación de la garganta.

El fuego había ganado en intensidad en los pocos minutos que tardaron en refrescarse. Mientras avanzaban por el camino de coches que los llevaría hasta la carretera a través del bosque, escucharon un retumbar como si las placas tectónicas estuviesen rozando unas con otras. Miraron atrás y vieron que el enorme edificio detrás de las murallas estaba totalmente envuelto en llamas, excepto las torres, que se alzaban desafiantes entre las nubes de humo negro.

Después también las torres quedaron ocultas entre las nubes. El ruido se repitió, esta vez mucho más fuerte, seguido por un tremendo rugido. Las llamas se elevaron a gran altura.

El aire sobre el castillo se despejó por un instante y Austin vio que las torres se

habían esfumado.

El castillo se había desplomado sobre sí mismo. Una nube de humo gris con forma de hongo oscureció el lugar. De la nube que se retorció como una cosa viva mientras se elevaba cayó una lluvia de ascuas.

—¡Dios santo! —gritó Skye—. ¿Qué ha pasado?

—La casa Usher —respondió Austin, asombrado.

Skye se enjugó las lágrimas provocadas por el humo con la manga de la camisa.

—¿Qué has dicho?

—Es un cuento de Poe. La familia Usher y su casa estaban podridas hasta la médula. Lo mismo que los Fauchard, acabaron aplastados por el peso de sus actos.

Skye miró el lugar donde se había alzado el castillo.

—Creo que me gusta más Rousseau.

Austin apoyó un brazo en los hombros de la joven. Con Zavala en cabeza, emprendieron la larga caminata que los llevaría de regreso a la civilización. A los pocos minutos de dejar atrás el túnel formado por los árboles, escucharon el ruido de un motor. Momentos más tarde, un helicóptero apareció a la vista. Estaban demasiado agotados como para correr, y miraron como tontos el helicóptero que aterrizó delante de ellos.

Paul Trout saltó de la carlinga y se les acercó.

—¿Necesitan que los lleve a alguna parte? —preguntó.

—Ya puestos, no me vendría mal una ducha —respondió Austin.

—Pues a mí una copa de tequila —dijo Zavala.

—Y yo quiero darme un buen baño caliente —declaró Skye, que ya sabía cómo las gastaban sus amigos.

—Todo a su tiempo —dijo Paul, mientras los acompañaba hasta el helicóptero.

Gamay ocupaba el asiento del piloto. Los saludó con una resplandeciente sonrisa.

Se abrocharon los cinturones, y al cabo de un momento el helicóptero se elevó por encima de los árboles, dio una vuelta por el agujero humeante donde había estado el castillo de los Fauchard y se dirigió a la libertad.

Ninguno de los ocupantes del helicóptero miró atrás.

La fila de barcos se extendía desde la bahía de Chesapeake hasta el golfo de Maine a todo lo largo de la plataforma continental de la costa atlántica de Estados Unidos.

Días antes, toda la flota de la NUMA y naves de la marina había llegado desde todos los rumbos para formar un primer perímetro defensivo a ciento cincuenta kilómetros al este de la plataforma, con la intención de repeler la invasión lejos de la costa. Sin embargo, había tenido que retroceder ante el inexorable avance del silencioso enemigo.

El helicóptero color turquesa de la NUMA llevaba en el aire desde el amanecer, en un rumbo que seguía la disposición de la flota. El aparato volaba al este de cabo Hatteras cuando Zavala, que lo pilotaba, miró a través de la ventanilla y comentó:

—Parece como si al mar de los Sargazos lo hubiesen abonado con hormonas.

Austin bajó los prismáticos y esbozó una sonrisa.

—El mar de los Sargazos es un hermoso jardín comparado con esta inmundicia.

El océano aparecía dividido. Al oeste de los barcos, el agua tenía el color azul oscuro de siempre y se veían las crestas blancas de las olas. Al este, más allá de la línea defensiva, el alga gorgona había creado una alfombra de color amarillo verdoso que se extendía hasta donde alcanzaba la vista.

Austin y Zavala habían observado desde el helicóptero cómo los barcos empleaban diferentes técnicas en sus intentos por detener el implacable avance del alga. Los buques de guerra lo habían intentado con salvas de artillería. Los proyectiles habían levantado gigantescos géiseres de masa verde, pero los agujeros abiertos en el tapiz se habían cerrado en cuestión de minutos. Los cazabombarderos que despegaban de los portaaviones atacaron el alga con bombas y misiles. Fue como ver un mosquito picando a un elefante. Los artefactos incendiarios se habían consumido en la superficie de la alfombra, sin alcanzar la masa sumergida. Los pesticidas rociados por los aviones fumigadores se los llevó el agua antes de que pudieran tocar ni una hoja.

Austin le pidió a Joe que sobrevolara dos barcos que intentaban detener el avance del alga con una barrera hecha de cilindros encadenados. Otro fracaso. La barrera funcionó durante unos cinco minutos. Empujada por la terrible presión de la masa en movimiento que se extendía a lo largo de kilómetros, el alga se amontonaba contra los cilindros, los sobrepasaba y acababa por hundirlos.

—Ya he visto más que suficiente —dijo Austin, descorazonado—. Regresemos al barco.

Racine Fauchard estaba muerta, convertida en un montón de cenizas bajo las ruinas de su magnífico castillo, pero la primera parte de su plan había superado con creces todo lo imaginable. El océano Atlántico se estaba convirtiendo en el hediondo

pantano que había anunciado.

Se consoló con el hecho de que Racine y su despreciable hijo Emil no podrían aprovecharse del caos que habían provocado. Claro que eso no solucionaba la catástrofe que tenía delante de sus ojos. Austin se había encontrado con otros adversarios humanos que, como los Fauchard, eran la encarnación del mal, y los había derrotado a todos. Pero este fenómeno antinatural estaba fuera de su alcance.

Volaron durante otra media hora. Austin comprobó por las estelas de los barcos que se estaban retirando para no quedar atrapados en el avance del alga.

—Vamos a aterrizar, Kurt —avisó Zavala.

El helicóptero inició el descenso hacia un crucero de la marina norteamericana, y un par de minutos más tarde se posó suavemente en el círculo marcado en la cubierta. Pete Muller, el alférez que habían conocido cuando el buque custodiaba los barcos en la Ciudad Perdida, los esperaba para saludarlos.

—¿Qué aspecto tiene? —gritó Muller por encima de los rotores.

—Es una auténtica pesadilla —afirmó Austin, con una expresión grave.

Austin y Zavala siguieron a Muller a una sala bajo cubierto. Había una treintena de personas entre hombres y mujeres sentados en las sillas metálicas plegables colocadas delante de una gran pantalla mural. Los amigos se sentaron discretamente en la última fila. Austin reconoció a algunos de los científicos de la NUMA entre los asistentes pero los demás pertenecían a las fuerzas armadas y a diferentes agencias gubernamentales encargadas de la seguridad pública.

Delante de la pantalla estaba el doctor Osborne, el botánico de Woods Hole que había comunicado a los Trout la amenaza del alga gorgona. En una mano tenía un control remoto y en la otra un puntero láser. En la pantalla aparecía una carta náutica con las corrientes del océano Atlántico.

—Aquí es donde comienza la infección, en la Ciudad Perdida —explicó el científico—. La corriente de las Canarias arrastra el alga más allá de las Azores, y sigue en dirección oeste a través del Atlántico para encontrarse con la corriente del Golfo que se mueve hacia el norte en paralelo a la plataforma continental. Después se encuentra con la corriente del Atlántico Norte, que la lleva de regreso a Europa, para completar el giro. —Señaló con el punto rojo del puntero láser el lugar—. ¿Alguna pregunta?

—¿A qué velocidad se mueve la corriente del Golfo? —Preguntó alguien.

—Unos cinco nudos por hora es su velocidad máxima.

Más de cien millas por día.

—¿Hasta dónde se extiende ahora el alga? —preguntó Muller.

Osborne apretó una tecla del control remoto y desapareció la imagen de la carta náutica. En su lugar apareció una foto del Atlántico Norte tomada desde un satélite. Una mancha amarilla que parecía un enorme donut aplastado formaba un círculo irregular cuyos bordes se acercaban a los continentes.

—Esta composición en tiempo real les dará una idea de las zonas ocupadas por el

alga gorgona —respondió Osborne—. Ahora les mostraré la proyección calculada por los ordenadores. —Otro cambio de imagen.

En la nueva foto el océano era todo amarillo, excepto unas pocas manchas azul oscuro en el centro del océano.

Se escucharon las exclamaciones de asombro de la concurrencia.

—¿Cuánto se tardará en llegar a esa etapa? —planteó el alférez.

Osborne carraspeó como si se le hubiesen atragantado las palabras.

—Cuestión de días.

De nuevo se escucharon las exclamaciones de sorpresa.

El científico apretó el botón para ampliar la imagen correspondiente a la costa atlántica de América del Norte.

—Esta es la zona que más nos preocupa. En cuanto el alga llegue a las aguas poco profundas de la plataforma continental, la situación será de una gravedad extrema. Para empezar, destruirá toda la actividad pesquera de la costa este de Estados Unidos, Canadá y la costa occidental europea. Hemos ensayado diversos métodos para controlar el avance en alta mar.

He visto entrar al señor Austin. ¿Querría tener la bondad de comunicarnos las últimas noticias, señor Austin?

Preferiría no hacerlo, pensó Austin mientras se acercaba a la pantalla. Miró los pálidos rostros de los asistentes.

—Mi compañero, Joe Zavala, y yo acabamos de realizar una inspección aérea de la línea defensiva situada a lo largo del borde de la plataforma continental. —Les describió todo lo que habían visto—. Desafortunadamente —concluyó—, nada ha conseguido detenerla ni un palmo.

—¿Qué pasó con los agentes químicos? —preguntó un funcionario del gobierno.

—Los agentes químicos fueron disipados rápidamente por el agua y el viento —respondió Austin—. Puede que se hayan colado un poco y destruido algunas plantas, pero el alga gorgona forma una capa de tanto espesor que los agentes no consiguen penetrarla. Hablamos de una zona enorme. Incluso si consiguiera rociarla toda, acabaría envenenando el mar.

—¿Hay algo capaz de destruir una extensión tan enorme? —Quiso saber Muller.

—Por supuesto. Una bomba atómica —dijo Austin, con una sonrisa triste—. No obstante, incluso así no serviría de mucho dado que hablamos de miles de kilómetros cuadrados de océano. Recomendaré que se instalen muros de contención en las ciudades más importantes. Tenemos que mantener abiertos los principales puertos y ganar tiempo.

Un rubicundo general de cuatro estrellas llamado Frank Kyle se levantó.

—¿Tiempo para qué? Usted mismo ha dicho que no hay defensa contra esa cosa.

—Ahora mismo hay personas que trabajan para encontrar una solución genética.

El general soltó un bufido como si Austin le hubiese propuesto reemplazar con flores los fusiles de sus soldados.

—¿Genética? ¿El rollo del ADN? ¿De qué demonios nos serviría todo eso? Podría tardar meses. Años.

—Estoy abierto a cualquier sugerencia —dijo Austin.

—Me alegra saberlo —replicó el general, con una sonrisa—. Le transmitiré al presidente la sugerencia de emplear armas nucleares.

Austin ya había tratado con los militares cuando estaba en la CIA y habían descubierto que la mayoría no eran partidarios de utilizar armas nucleares cualquiera que fuese el enemigo. Por lo visto, el general Kyle era un digno discípulo de otro general acérrimo partidario del armamento atómico, Curtis LeMay, y dada la situación donde prevalecía el miedo quizá prevaleciera su recomendación.

—No la sugiero —manifestó Austin pacientemente—. Como recordará, dije que una bomba atómica solo abriría una brecha relativamente pequeña en el alga.

—Pues yo no hablo de una sola bomba —declaró el general Kyle—. Tenemos guardadas miles de bombas que íbamos a utilizar contra los rusos. Podemos bombardear todo el océano, y si se nos acaban podemos pedirle más a los rusos.

—Habla usted de convertir el océano en un basurero nuclear. Un bombardeo de esas dimensiones acabaría con toda la vida marina.

—Qué más da si su dichosa alga acabará de todas maneras con ella —señaló Kyle—. Como sabe, ya se ha interrumpido el tráfico marítimo y se pierden miles de millones de dólares con cada hora que pasa. El alga amenaza nuestras ciudades.

Hay que detenerla como sea. Podríamos emplear las bombas «limpias».

Fueron muchos entre la concurrencia que asintieron al escuchar sus palabras. Austin le pidió a Zavala que se quedara a escuchar el resto de la sesión mientras él iba al puente. Al cabo de unos minutos estaba en el puente para llamar a los Trout, que se encontraban a bordo del *Sea Searcher*, en la Ciudad Perdida. Se puso en contacto con el barco de la NUMA y un marinero buscó a Paul, que en esos momentos estaba dirigiendo por control remoto las maniobras de un sumergible no tripulado.

—Saludos desde el muy extraño mundo del doctor Strangelove —dijo Austin.

—¿Qué? —exclamó Paul.

—Ahora mismo te lo explico. ¿Qué tal van los trabajos?

—Van —respondió Paul, sin mucho entusiasmo—. Ahora mismo tengo un sumergible en la zona para recoger muestras del alga. Gamay y su equipo están realizando unos ensayos en el laboratorio.

—¿Qué buscan?

—Esperan encontrar algo en la estructura molecular del alga que pueda ayudar a controlarla. Estamos compartiendo la información con los científicos de la NUMA en Washington y con los equipos de otros países. ¿Qué tal te ha ido?

Austin exhaló un suspiro.

—Hemos intentado todos los trucos que se nos han ocurrido y más, sin tener ningún resultado positivo. El viento de tierra nos ayuda un poco, pero no falta mucho

para que todos los puertos de la costa este se encuentren cerrados. Además, en el Pacífico ya han comenzado a aparecer las primeras manchas.

—¿De cuánto tiempo disponemos?

Kurt le repitió las palabras de Osborne. Escuchó cómo Paul contenía el aliento.

—¿Tienes algún problema para navegar entre las algas? —Preguntó Austin.

—La zona alrededor de la Ciudad Perdida está relativamente limpia. Aquí es donde comienzan, y se espesan a medida que se extienden hacia el este y el oeste.

—Ese podría ser el único trozo de océano limpio que quede dentro de poco. Será mejor que calcules un rumbo de salida para no encontrarte atrapado entre las algas.

—Ya lo he hablado con el capitán. Hay un canal abierto al sur de aquí, pero tendremos que marcharnos dentro de las próximas veinticuatro horas. ¿Qué es eso que dijiste de Strangelove?

—Hay aquí un general llamado Kyle. Tiene la intención de recomendarle al presidente que bombardee las algas con todo el arsenal atómico de que disponemos.

Trout se quedó mudo de asombro. Tardó en recuperar la voz.

—No lo puede decir en serio.

—Me temo que sí. Los líderes mundiales se están viendo sometidos a una tremenda presión política para que hagan algo. Lo que sea. Puede que el vicepresidente Sandecker consiga demorar la decisión. Pero el presidente se verá obligado a actuar, aunque el plan sea una tontería.

—¡Es más que una tontería, es una locura! No funcionará. Pueden hacer pedazos las algas, pero cualquier filamento se replicará a sí mismo. Volvería a repetirse el problema. —Exhaló un suspiro—. ¿Para cuándo debemos esperar que los hongos atómicos florezcan sobre el Atlántico?

—Ahora mismo hay una reunión. Es probable que mañana tomen la decisión. Una vez que la maquinaria se ponga en marcha, las cosas irán deprisa, sobre todo con el alga gorgona delante de nuestras costas. —Hizo una pausa—. He estado pensando en MacLean. ¿No mencionó que podría encontrar un antídoto para el alga a partir de la fórmula de Fauchard?

—Parecía muy seguro de poder conseguirlo. Lamentablemente, no tenemos a MacLean ni la fórmula.

Austin pensó en el casco enterrado debajo de toneladas de escombros.

—La clave está en la Ciudad Perdida. El agente que produjo la mutación vino de allí. Tiene que haber alguna manera de utilizar lo que hay allí abajo para combatir esta cosa.

—Pensemos un momento —dijo Trout—. MacLean sabía que su fórmula para alargar la vida tenía un fallo, que podía invertir el proceso de envejecimiento, pero como Racine Fauchard aprendió a las malas, la fórmula también aceleraba el crecimiento.

—A eso voy. La naturaleza siempre está en desequilibrio.

—Tienes razón. Es como un elástico que se encoge después de estirarlo al

máximo.

—No sé si a Racine Fauchard le gustaría verse comparada con un elástico, pero es un buen ejemplo sobre la búsqueda del equilibrio por parte de la naturaleza. Las mutaciones ocurren todos los días, incluso en los humanos. La naturaleza tiene un mecanismo correctivo en el sistema. De lo contrario, tendríamos por ahí a personas con dos y tres cabezas, algo que dicho sea de paso tampoco estaría mal. Cuando se trata del envejecimiento, todas las especies tienen un gen letal que mata a la vieja generación para hacer lugar a la nueva. El alga gorgona se mantuvo estable hasta que los Fauchard introdujeron la enzima en la ecuación, y provocaron el desequilibrio.

Acabará por encogerse.

—¿Qué me dices de los soldados mutantes que vivieron tanto tiempo?

—Aquella fue una situación artificial. De haber estado librados a su suerte, probablemente se hubiesen devorado los unos a los otros. Otra vez el equilibrio.

—Aquí la constante es la enzima —concluyó Trout—. Es el factor precipitante. Puede retardar o acelerar el envejecimiento.

—Dile a Gamay que vuelva a estudiar la enzima.

—Iré a ver cómo le va.

—Vuelvo a la reunión para ver si consigo convencer al general Kyle de que no bombardee el mar, aunque no soy optimista.

A Trout le daba vueltas la cabeza. Los Fauchard estaban muertos, pero aún conseguían hacer daño desde sus tumbas.

Dejó el puente y bajó al laboratorio, donde Gamay trabajaba con un equipo de cuatro biólogos marinos y otras ciencias anejas.

—Acabo de hablar con Kurt. Las noticias no son buenas. —Le hizo un resumen—. ¿Has encontrado algo nuevo?

—He investigado la interrelación entre la enzima y la planta, pero acabé en un callejón sin salida. Así que ahora he vuelto al ADN. No se pierde nada con repasar estudios anteriores.

Lo llevó a una mesa donde había una hilera de veinte cubetas de acero.

—Cada una de estas cubetas contiene una muestra de alga gorgona. He expuesto las muestras a las enzimas que recogimos de las chimeneas para ver qué pasaba. Me interesaba saber si se produciría alguna reacción si sobresaturaba el lago con diversos tipos de enzimas. Como al mismo tiempo investigaba otras vías no he podido hacer un seguimiento constante.

—A ver si entiendo lo que ha pasado. Los Fauchard modificaron la estructura molecular de la enzima durante el proceso de refinamiento, cuando la separaron de los microorganismos que creaban la sustancia. La irregularidad fue absorbida por los genes del alga, y puso en marcha la mutación.

—Es un resumen bastante exacto.

—Sigamos. Hasta entonces, el alga coexistía con la enzima en su estado natural.

—Efectivamente. Solo cuando la enzima fue modificada comenzó a interactuar

con la forma de vida más cercana, que resultó el alga normal, y la transformó en un monstruo. Esperaba que una sobredosis aceleraría el proceso de envejecimiento, de la misma manera que ocurrió con Racine Fauchard. No funcionó.

—La premisa parece lógica; aquí falta algo. —Paul pensó durante unos segundos—. ¿Por qué no pueden ser las bacterias y no las enzimas las que controlan todo?

—Nunca se me había ocurrido. Me he centrado en lo químico, convencida de que era el factor equilibrante, y no que pudieran ser las bacterias productoras. Cuando los Fauchard extrajeron la enzima del agua, mataron a las bacterias, que quizá son quienes han mantenido el equilibrio.

Se acercó a un frigorífico y sacó un frasco. El líquido que contenía era de un color marrón claro.

—Este es un cultivo de las bacterias que recogimos debajo de las chimeneas de la Ciudad Perdida.

Midió una cantidad de líquido, lo vertió en una de las cubetas y tomó nota.

—¿Ahora qué?

—Tendremos que darle tiempo a la bacteria para que haga su trabajo. No tardará mucho. No he comido. ¿Podrías ir a buscarme algo de comer?

—¿Qué te parece si sales de aquí y vamos a comer algo de verdad en el comedor?

Gamay se apartó un mechón de la frente.

—Es la mejor invitación que he recibido en todo el día.

Las hamburguesas con queso les supieron a gloria. Los Trout volvieron al laboratorio con nuevos bríos al cabo de una hora. Paul echó una ojeada a la cubeta con las bacterias.

La masa de filamentos no mostraba ningún cambio aparente.

—¿Puedes mirar esta cosa un poco más de cerca? Es difícil de ver con esta luz.

Gamay le señaló unas pinzas muy largas.

—Utiliza esas. Puedes examinar la muestra en aquella pila.

Paul cogió una muestra, la llevó hasta la pila y la dejó en una palangana de plástico. El alga gorgona tenía un aspecto inofensivo. No era una planta bonita, pero sí de una funcionalidad admirable, con los filamentos que se entrelazaban para formar una impenetrable alfombra que absorbía los nutrientes del mar. La tocó con las pinzas, y la levantó por uno de los filamentos. El filamento se quebró por la base y la muestra cayó con un chapoteo en la palangana.

—Lo siento —dijo—. He roto la muestra.

Gamay lo miró, un tanto sorprendida y le cogió las pinzas. Sujetó otro filamento que también se quebró. Repitió el intento. Los filamentos se quebraron uno tras otro. Se llevó uno de los filamentos a su mesa, donde preparó varias platinas y las fue colocando sucesivamente bajo el microscopio.

Después de mirar la última, afirmó:

—Se está muriendo.

—¿Qué? —Trout miró en la palangana—. A mí me parece sana.

Ella sonrió y cogió más filamentos. Ocurrió lo mismo de antes.

—Nunca pude hacer esto con un alga sana. Los filamentos son tremendamente elásticos. Estos son quebradizos.

Llamó a sus ayudantes y les pidió que prepararan varias platinas con diferentes partes de la muestra. Cuando volvió a apartarse del microscopio, tenía los ojos enrojecidos, pero en su rostro brillaba una sonrisa.

—La muestra está en la primera etapa de la necrosis. En otras palabras, se muere. Repetiremos el ensayo con algunas de las otras muestras para confirmarlo.

Vertió el cultivo de bacterias en las demás cubetas, y de nuevo esperaron una hora. El examen microscópico confirmó el hallazgo original. Todas las muestras comenzaban a morir.

—Las bacterias se comen algo que el alga gorgona necesita para vivir —dijo Gamay—. Tendremos que hacer más pruebas.

Paul cogió el frasco con el cultivo.

—¿Cuál es la mejor manera de utilizar estos bichos hambrientos?

—Tendremos que preparar cultivos a gran escala, rociar los campos de algas y dejar que hagan su trabajo.

—¿Crees que el gobierno británico nos permitiría utilizar el submarino de los Fauchard? Tiene la capacidad y la velocidad que necesitamos.

—Te permitirán usar el submarino y lo que haga falta para evitar que sus islas queden aisladas del resto del mundo.

—MacLean ha vuelto a salvarnos el pellejo. —Trout sacudió la cabeza—. Nos dio la esperanza de que seríamos capaces de vencer a esta cosa.

—Kurt también se merece parte de la gloria.

—Su instinto fue tan certero como siempre cuando dijo que volviéramos a la Ciudad Perdida y que pensáramos en términos de equilibrio.

Trout fue hacia la puerta.

—¿Vas a comunicarle a Kurt la buena noticia?

—Sí, y después le diré que es hora de preparar una ceremonia de despedida por todo lo alto a un muy distinguido caballero escocés.

El lago tenía varios kilómetros de largo y la mitad de ancho, y sus heladas aguas reflejaban el brillante cielo escocés como el espejo de una reina. Las ásperas colinas cubiertas de brezo encerraban el lago con su abrazo púrpura.

La barca surcó las tranquilas aguas para ir a detenerse en la parte más profunda del lago. En la embarcación viajaban cuatro pasajeros: Paul y Gamay Trout, Douglas MacLean, y su difunto primo Angus, cuyas cenizas estaban guardadas en un precioso cofre bizantino que el químico había comprado en uno de sus viajes.

Douglas MacLean había conocido a su primo Angus en la boda de un familiar algunos años atrás. Los primos habían prometido mantener el contacto, pero como ocurre con muchas promesas hechas mientras se comparte un copa, no volvieron a encontrarse nunca más. Hasta ahora. Douglas era el único pariente vivo que había encontrado Paul. Algo muy importante era que tocaba la gaita. No bien, pero con brío.

De pie en la proa, vestido con el tartán de los MacLean, esperó la señal de Gamay para interpretar *Amazing Grace*.

Mientras los melancólicos acordes resonaban en las colinas, Paul vació las cenizas de Angus en el lago. El polvo gris flotó en la superficie durante unos minutos y luego comenzó a hundirse en las aguas azul oscuro.

—*Ave atque vale* -dijo Trout en voz baja. Salve y adiós.

Más o menos a la misma hora, Joe Zavala era uno de los que cargaban el sencillo féretro de madera por un sendero de tierra entre las lápidas mohosas del viejo cementerio cerca de Rouen. Los demás eran todos descendientes del capitán Pierre Levant.

Al menos veinte miembros de la familia rodeaban la fosa abierta junto a las lápidas que señalaban las tumbas de la esposa y el hijo del capitán. También había un pelotón del ejército francés. Mientras el párroco rural pronunciaba un sermón, los soldados rindieron honores, y bajaron los restos del capitán a su última morada. Por fin descansarían en paz.

—*Ave atque vale* —susurró Zavala.

El pequeño biplano rojo volaba muy alto sobre los viñedos Fauchard, como un gavilán hambriento. Austin consultó su reloj, inició un giro con el Aviatik, y volcó las cenizas de Jules Fauchard, cuyo cuerpo había sido rescatado del glaciar.

Habían discutido el tema de incinerar el cadáver de Jules, dado que era una práctica mal vista por la Iglesia católica.

Pero como no había ningún pariente vivo, Austin y Skye acabaron por tomar el asunto en sus manos, y decidieron que Jules volvería a la tierra que nutría a sus amados viñedos.

Como habían hecho Trout y Zavala, también Austin pronunció la antigua frase latina.

—Bien, ya hemos acabado —le dijo a Skye, que ocupaba el asiento del artillero—. Jules demostró ser el mejor de toda esa gentuza. No se merecía permanecer congelado como una merluza en aquel glaciario.

—Estoy de acuerdo. Me pregunto qué hubiese pasado de haber conseguido llegar a Suiza.

—Nunca lo sabremos. Me gustaría creer que en una dimensión paralela hubiese podido impedir la maldita guerra.

—Es un bonito pensamiento. —Skye hizo un pausa—. ¿Hasta dónde podemos volar en este trasto?

—Hasta que nos quedemos sin combustible.

—¿Podemos llegar hasta Aix-en-Provence?

—Espera. —Austin tecleó la orden en el GPS para que mostrara una ruta con todos los lugares donde repostar—. Tardaremos unas cuantas horas y tendremos que poner más combustible. ¿Por qué lo preguntas?

—Charles nos ha ofrecido su casa. Dice que incluso podemos usar su nuevo Bentley siempre que le prometamos que no lo echaremos a la piscina.

—Costará de cumplir, pero creo que podemos prometérselo.

—La casa es de fábula, en un paraje hermoso y con una bodega excelente. Me pareció un lugar muy apropiado para acabar mi ensayo. Debo agradecerles a los Fauchard una cosa.

Con todo lo que Racine relató de la historia de la familia, podré demostrar mi teoría que une a los minoicos con los inicios del comercio europeo. También podremos discutir tu teoría de que llegaron hasta las islas Feroe, quizá incluso a Norteamérica. ¿Qué dices?

—No he traído ropa.

—¿Quién la necesita? —preguntó ella con una risa llena de promesas—. Nunca ha sido un inconveniente para nosotros.

—Me has convencido. —Austin sonrió—. Tenemos viento de cola. Intentaré llegar a Aix-en-Provence a tiempo para la cena.

Consultó la brújula y apuntó el morro del avión hacia el sur, en un rumbo que los llevaría a las cálidas playas del Mediterráneo.